

Pájaro azul

Clara Cortés

13

Ha pasado un año desde el accidente que tuvo lugar al final de la calle 118 y Simon aún ve el fantasma por todas partes: en la calle donde ocurrió, en su casa, en la tienda... Le sigue de cerca y solo él la puede ver. Todo el mundo parece haber pasado página, pero Simon se siente atrapado en una espiral de la que no sabe cómo salir. María siempre ha tenido una forma muy curiosa de lidiar con los problemas: huir de ellos. Después de lo que pasó con su familia, tomó un avión y acabó en Francia, de donde era su madre, para empezar de cero su vida. Lo único que la une a su pasado son las postales que le envía a su hermano: siempre sin remitente; charlas unilaterales y seguras. Cuando encuentran una foto en uno de los libros de Valeria y leen la carta escrita en el dorso, la única opción plausible parece intentar encontrar a la dueña para devolvérsela. Y tal vez, de paso, tratar de solucionar algunos de sus problemas por el camino. Los universos de *Al final de la calle 118* y *Cosas que escribiste sobre el fuego* se cruzan una última vez en una novela que nos habla del duelo y los fantasmas, escrita por una de las voces más prometedoras de la literatura juvenil española.

Clara Cortés

Pájaro azul



Título original: *Pájaro azul*
Clara Cortés, 2018

Revisión: 1.0
25/04/2019

Para Paula, por decirme que beba agua (la he bebido).

«Love ended and there
was no music.

Not even
a violin.

All that was left was the
driveway where it happened
and the sock that they dropped
on their way not-home,
not-here, not-anymore.

It happens like that.
No one makes a plaque for the death
of a small love.

No one makes a statue for forgetting.
They just wander over the dirt
until the grass grows back.

So you wash the sock and
place it in your drawer
where it will find its way
into the pile of unmatched
ones and you'll wear it
one day without even
realizing.

You remember
but it doesn't
hurt
anymore^[1]».

Wash, Caitlyn Siehl

Prólogo

«You can love someone so much, but you can never love people as much as you can miss them^[2]».

An Abundance of Katherines, JOHN GREEN

SIMON

A veces, cuando levanto la vista, Valeria sigue al otro lado de la valla. Me espera en silencio, tranquila. Quiere que acabe mi turno para que podamos pasar un rato juntos y hablar. Me paso todo el día esperando a que llegue este rato con ella y, cuando por fin la veo, parece que ya nada puede ir mal; ahora está ahí, sonriéndome, su figura distorsionada por culpa de los rimbombos metálicos que la cortan en cientos de trozos iguales. Sopla mucho viento, así que no para de apartar hacia un lado el pelo largo y rubio que se le viene a la cara. Me distraigo un segundo observándola, pero sin dejar de tocar en ningún momento.

El pulso se me acelera por el simple hecho de que haya aparecido.

—¿Es nueva? —Alza un poco la voz para que pueda oírla por encima de la canción y los niños—. No recuerdo haberla escuchado antes. No la conocía. No has llegado a enseñármela aún, ¿no?

—¿Dónde has estado? —pregunto sin poder contenerme, porque hace mucho que no la veo. La he echado mucho de menos y no puedo creerme que

otra vez esté aquí, que haya vuelto y se haya pasado a saludarme.

—Estaba aquí, Simon. No me he movido de esta acera. Te estaba esperando un poquito más abajo, al lado de la puerta del motel.

—¿Has escrito tú esa canción?

La figura de Valeria se transforma y, de repente, donde estaba ella aparece una chica con el pelo negro y despeinado y los ojos grandes.

Ha desaparecido. Ha desaparecido de nuevo. Miro a mis lados, pero el único ser en toda la calle es la minúscula persona que me mira y espera. Por su cara diría que está realmente interesada en la respuesta, y yo me quedo pensando en cuál debería darle teniendo en cuenta que ya no recuerdo la pregunta.

Su presencia me desconcierta. No debería estar ahí. Aquí no debería haber nadie más que nosotros dos, como siempre.

—¿Perdón?

—La canción —insiste, haciendo un movimiento con la cabeza para señalar mi guitarra—. Es tuya, ¿no?

—S-sí...

¿Por qué le interesa? Es la primera canción que escribo y es un completo desastre. Vuelvo a buscar a Valeria, porque aunque haya parado ella no tenía por qué haberse ido. Hacía mucho que no se marchaba cuando dejaba de tocar. ¿Es porque la chica se ha puesto justo en el sitio que siempre ocupa ella? ¿Es eso? Sí, tiene que...

La intrusa sonrío y, con una voz que no es real y que suena como salida de un sueño, comenta:

—Pues es muy buena. Felicidades.

No tenía que haber parado. Seguro que ha sido ese el problema. Si eso ya lo sabía, ¿no? No debería haberme confiado. Hacía mucho que no le importaba, pero a lo mejor ha vuelto a...

Ella llevaba mucho tiempo sin venir...

Sonríó un poco, no sé si porque siento que tengo que hacer algo con mi cara o porque todo esto parece algún tipo de broma. No entiendo muy bien qué significa que la chica esta se haya parado justo ahí, pero no importa. No me gusta nada. Me molesta su presencia, como cuando tienes una mancha en las gafas y, aunque aún puedes ver, sabes que está ahí; es un borrón en la realidad,

una mota que enturbia la imagen.

—Bueno, gracias.

Si esto es obra de los dioses, tienen muy mal gusto o un sentido del humor muy retorcido.

El viento vuelve a soplar y es mucho más frío que antes. Se me cuele por la ropa y me atraviesa la piel y los músculos y se asienta en mis huesos y, de repente, quiero irme. O no, que se vaya ella, pero sé que, aunque lo haga, Valeria no va a volver, porque no es tan fácil. No es así como funciona. Aparece cuando quiere y se va cuando algo le molesta: lo tengo comprobado.

La chica no se mueve de su sitio en ese lado de la acera. Creo que está esperando algo. Me mira, la miro y, a los pocos segundos, me doy cuenta de que lo que quiere es que me ponga otra vez a tocar. Tiene unos ojos muy azules que me recuerdan un poco a los de mi madre, y me pregunto cómo puede ser que ella siempre se las apañara para interrumpirnos a Val y a mí, pero que ahora, con esta otra chica, no aparezca.

Supongo que, en realidad, lo que pasa es que no puedo controlar nada.

—¿Pero vas a parar ya?

La chica se recoge el pelo detrás de la oreja, pero se le viene inmediatamente hacia delante. Parece que le da igual porque sacude la cabeza para quitárselo de los ojos. Tiene una expresión demasiado complaciente para pertenecer a un desconocido y me pregunto qué es lo que querrá en realidad, a qué habrá venido y por qué no se marcha.

—A lo mejor —contesto.

—¿Es por mí? —insiste, y sus labios se estiran un poco más hasta que su expresión consigue parecer burlona.

Me encojo de hombros.

—No lo sé, a lo mejor.

—¿Solo sabes decir «a lo mejor»?

Apoyo la guitarra en el suelo y me agacho para recoger con la otra mano la funda. Ella me observa hacerlo y luego mira a su alrededor, curiosa.

—Oye, por cierto, ¿este sitio qué es? Parece como un colegio, ¿no? Está muy a las afueras.

Su voz es rara. Puede que sea su acento. No habla mal exactamente, pero todo lo que dice es simple y tiene una voz un poco extraña.

—Es un orfanato.

—Ah. —Le da otro repaso con la mirada y luego vuelve a mí—. ¿Y tú estás aquí también?

—Sí. Trabajando, se supone.

—Pues qué bien, ¿no? Trabajar tocando la guitarra está bastante bien para mí.

—¿También tocas? —pregunto, aunque en realidad ni siquiera la miro. No me interesa, solo lo he dicho por pura educación.

—¿Yo? No, no, qué va. A mí me gusta escuchar.

—Ah, pues qué bien.

Ella sonríe un poco más. Me pregunto si es algo que suele hacer, lo de interrumpir a desconocidos y molestarlos y no darse cuenta de que lo está haciendo. Ni siquiera sé qué hace en la 118, en realidad. Nadie viene nunca por aquí, y mucho menos gente de fuera (porque ella lo es, claramente).

—Se te ve muy incómodo como para seguir insistiendo, así que creo que voy a irme... —Me mira un momento y yo cierro la cremallera de la funda de la guitarra. Deja salir el aire con un resoplido. No la escucho, claro, porque está demasiado lejos, pero hace ese movimiento con los hombros de la gente que suspira—. En fin, feliz principio del otoño. *Au revoir!*

Capítulo uno

«Sucede de una forma tan repentina que no hay lugar para la reflexión: la mente no tiene tiempo de encontrar una palabra de consuelo. No nos queda otra cosa, la irreductible certeza de nuestra mortalidad. Podemos aceptar con resignación la muerte que sobreviene después de una larga enfermedad, e incluso la accidental podemos achacarla al destino; pero cuando un hombre muere sin causa aparente, cuando un hombre muere simplemente porque es un hombre, nos acerca tanto a la frontera invisible entre la vida y la muerte que no sabemos de qué lado nos encontramos. La vida se convierte en muerte, y es como si la muerte hubiese sido dueña de la vida durante toda su existencia. Muerte sin previo aviso, o sea, la vida se detiene. Y puede detenerse en cualquier momento».

La invención de la soledad, PAUL AUSTER

SIMON

Llego a la tienda y dejo la mochila a un lado del mostrador, sin mirar, antes de agarrar el delantal que dejé doblado en un cajón y ponérmelo. Hay una nota encuna de la caja registradora:

Coloca el pedido

Llama al frutero

He salido a fumar y a dar una vuelta

Justo cuando termino de atarme el delantal, la campanita sobre la puerta suena y, al levantar la vista, veo que ella está entrando con pasos largos y suaves.

Me saluda con la mano como si nada, aburrída. Levantando el papel arrugado donde ha escrito, le digo:

—Acabo de leer esto.

—¿Has llegado ahora?

Asiento y ella suelta un suspiro cansado.

—Eso explica la enorme cola que hay para entrar en la tienda.

—¿Hay cola?

—No. Pero ¿tú por dónde has entrado?

Noto que me ruborizo un poco, pero intento resoplar como para quitarle importancia. Ella se ríe y sacude la cabeza.

—Hay que ver, mira que eres facilito.

Rachel se recoge el pelo, pasa a mi lado y se mete en la minúscula salita de detrás del mostrador porque tiene cosas que hacer. Yo agarro el carrito lleno del último pedido y empiezo a pasearme por los pasillos para colocarlo todo. Me gusta hacerlo desordenadamente para tardar más. Al echar un vistazo hacia el fondo la veo sentada en un taburete marcando el teléfono inalámbrico, supongo que para llamar al frutero ella misma, y me quedo mirándola un momento mientras espera a que le contesten al otro lado de la línea. La coleta le cae por encima del hombro, blanca y brillante. Le ha crecido mucho el pelo. Cuando me parece que va a moverse sigo avanzando, porque no debería distraerme, y al cabo de un rato termino de colocarlo todo y dejo el carro a un lado, al fondo, donde sé que no molesta.

Ella, que está apuntando algo cuando vuelvo a su lado, ni siquiera me mira al hablarme.

—¿Estarás aquí mañana a las siete?

—¿De la mañana?

—Sí.

—No. Pero tú vives arriba, puedes venir perfectamente.

Levanta la vista con una ceja arqueada y cara de que eso no le ha hecho mucha gracia.

—Esta noche duermo en casa de Be para estar con Mel, así que no voy a estar *arriba*. De todas formas, ¿tienes algo en contra de madrugar?

—Sí.

—No seas vago, anda.

—No soy vago, simplemente no me apetece.

—Bueno, pues yo no puedo, y como sigues trabajando aquí y no tienes nada que hacer fuera, me parece que mañana te toca venir tempranito.

Aprieto los labios y miro hacia otro lado. Aunque eso me molesta, no contesto; creo que si lo hubiera dicho cualquier otra persona, habría protestado, pero me es imposible hacerlo con Raven. Algo me bloquea, así que simplemente le doy la espalda e intento volver a ocupar las manos con cualquier tontería. Me cuesta tragarme la vergüenza de que haya mencionado con tanta tranquilidad que no tengo otra cosa que hacer aparte de esto, porque tiene razón; venir aquí todo el tiempo es lo único que hago actualmente con mi vida.

No digo nada más. Ella lo interpreta como que mañana estaré aquí y sigue a lo suyo. Aunque acabe de llegar, ya estoy cansado, y no sé muy bien para qué me necesita o por qué he venido hoy si el sitio está vacío. Normalmente no, siempre puedes encontrar al menos a una persona comprando, sobre todo desde que está Rachel y los horarios son mucho más estables y hay más luz. Pero ¿hoy? Es 3 de octubre y no hay nadie. No sé por qué, pero nadie entra.

Después de estar varios minutos plantados allí en silencio, abro la boca y ella dice «Vale» antes de que me haya dado tiempo a preguntar. La miro. Alza los ojos hacia mí despacio.

—Yo estoy haciendo cosas, así que puedes irte. Pero estate pendiente del móvil por si te necesito..., podría animarse la cosa.

No va a pasar y lo sé, y ella también lo sabe, pero asiento y murmuro un «Claro» antes de recoger mi cuerpo y salir de allí.

—Cuídate —murmura antes de que me vaya, y la puerta se cierra a mi espalda antes de que me dé tiempo a decirle que se cuide también.



María

Querido Chris (6 de octubre).

Adivina quién tiene trabajo en un sitio de hamburguesas. Adivina también quién va a ir a la lavandería mucho más a menudo porque le huele la ropa fatal. En fin, un asco, pero aún así es algo bueno... Así puedo practicar más francés y además hay un chico en el trabajo que dice que puede ayudarme con el argot. Es majo. Estoy viviendo en aquella resi de estudiantes que te dije, así que todo correcto, y más ahora que puedo pagarla, lo cual es guay. Ya te contaré qué tal sigue todo.

Te quiero,

María

Me paso el sello por la lengua y lo pego en la esquina, un poco por fuera. No soy muy buena calculando el espacio que tengo que dejar libre para ponerlo, pero como siempre tengo miedo de malgastar un sello a lo tonto suelo esperar a tener la postal acabada. La boca va a saberme a este pegamento asqueroso durante un buen rato, pero no me importa, porque hasta cierto punto me he acostumbrado a él. Me pregunto si será tóxico. Si lo es, a lo mejor me enveneno, y anda que no sería eso interesante.

Si me pasara algo, ¿podría denunciar a la compañía y lograr que me pagaran un montón de pasta de indemnización? Si tuviera dinero, no tendría que haber acabado en un sitio como este ni ganarme la vida como una persona normal, lo que ahora mismo me da una pereza tremenda...

Cuando echo la carta en el buzón que está en la calle de mi residencia maldigo porque, como siempre, se me ha olvidado sacarle una foto para acordarme de qué le he dicho a Chris en esta estúpida comunicación unilateral.

Ese mensaje es como si ya no existiera. Lo he dejado ahí dentro y va a *no ser nada* hasta que llegue a España y mi hermano la lea. Si es que la lee. Y después, ¿qué hará? ¿Qué hace con todas? ¿Las tira? A mí me parece que lo hace. Porque ¿quién iba a acumular tantísimas postales, sobre todo siendo la mitad tan estúpidas y feas? No tiene sentido, igual que no lo tiene que yo escriba contándole memeces como si él siguiera siendo el mismo después de haber estado tanto tiempo en prisión.

Sobre todo porque sigue estando allí.

Me llamo María y hace cuatro meses y pico que me fui de mi casa. Y de mi país. Dejé atrás a mis padres, que están muertos, y ahora estoy en un sitio cuyo nombre no he dicho nunca en voz alta por miedo a que alguien pueda encontrarme. Ya no tengo apellido (me gustaría llevar el de mi madre, pero es difícil) y, aunque tengo que usar uno viejo para asuntos legales, me presento a todo el mundo como si fuera la chica misteriosa de todas las películas independientes que antes adoraba ver. Solo se me dan bien tres cosas: escribir cartas, dibujar y mentir bastante. Miento de primera. A las últimas personas conocidas con las que me crucé (mis tíos abuelos, una adorable pareja de ancianitos que me acogió durante el verano en su casa) les dije que había acabado el instituto y que estaba tomándome un año sabático para «aprender

cosas de la vida», y se lo creyeron. No les dije nada sobre la muerte de mi padre, ni sobre la de mi madre ni que mi hermano estaba en la cárcel y que intento no pensar en las dos últimas cosas, aunque están constantemente en primer plano en mi cabeza.

Mi hermano Christophe es la única familia que tengo ahora, pero no puedo ayudarlo ni puedo verlo. Por eso le escribo. Tengo la esperanza de que mis estúpidas y regulares postales le sirvan para algo, pero lo cierto es que ni responde ni dejo que me responda. Tampoco creo que fuera a hacerlo. Pero bueno, en fin, aquí estoy; como lanzando botellas al mar de un modo un poco patético.

Subo en el ascensor hasta el quinto piso, donde está mi habitación compartida. Llamo antes de entrar porque me da un poco de miedo que mi compañera se esté cambiando o algo así y, cuando nadie contesta, abro. No es muy grande, porque ya bastante que tuve que engatusar a la señora de administración con mi extrañísimo y básico francés para que me diera una, pero tampoco está tan mal. Quiero decir, es muy barata y el colchón es cómodo. Yo estoy en la litera de arriba, algo que creo que deja de hacerte ilusión cuando cumples los trece años, y tengo un escritorio bastante grande, estanterías y relativa privacidad. Mi compañera casi no habla, pero por lo menos tampoco ensucia, así que en parte lo agradezco.

El otro día me compré una planta. La he llamado Edmée, como la tía abuela, porque así me acuerdo de llamarla y de regar. Ella sigue sin saber español, pero como yo cada vez me manejo un poquito mejor en francés (me espabilé bastante respecto a eso cuando estuve viviendo en su casa), pues, bueno, nos comunicamos. Con el tío Fabrice me cuesta más porque tiene un acento muy cerrado. Ellos son en realidad los únicos que saben dónde estoy, pero no me preocupa y, es más, me gusta que lo sepan porque así no estoy tan sola. Quiero decir, viven en la otra punta del país, pero sé que están pensando en mí, y eso me alivia.

La tía Edmée dice que reza por mí todas las noches. En parte me gustaría poder apreciarlo más de lo que lo hago.

Es muy extraño estar aquí. Es raro no entender del todo a la gente por la calle, ni los carteles ni comprender qué te dicen cuando te llaman y tener que pedir por favor si pueden repetirlo. Es raro que el español sea ahora mi

«idioma secreto», aunque sin nadie con quien hablarlo el secreto es tan grande que pierde su gracia. También es raro tener que *ocuparme de mí*. Y, sí, supongo que antes lo hacía, lo de cocinar y lavarme la ropa e inventar mil maneras de tenderla para luego no tener que plancharla, pero ahora estoy cien por cien *toute seule*. Ya no existe esa presencia que me rondaba, aquel hombre que sabía que vivía conmigo y que unas veces estaba y otras no. Así que es extraño, ser completamente responsable y ser completamente libre. Y, excepto por el tiempo que pasé con los tíos, desde que me fui ha sido todo así.

Ya no me acuerdo de nada de la vida de antes. Por no recordar, no recuerdo ni dónde vivía.

Capítulo dos

«Se podría decir que la muerte es intrínsecamente absurda, y que esa risa tonta no tiene por qué ser una respuesta inadecuada. Me refiero a absurda en el sentido de ridícula, irracional. Ahora estás aquí y un momento después ya no estás».

Fun home, ALISON BECHDEL

SIMON

Le doy a la mujer de las flores el dinero, me dedica la sonrisa triste de siempre y me voy, incómodo por esa forma que tiene todo el mundo de mirarme.

Puede que esté un poco paranoico. No me gusta creer que soy el centro de ningún tipo de atención, pero desde que me acompaña este fantasma parece que no soy el único que lo ve colgando de mi espalda.

Han pasado meses desde la muerte de mi mejor amiga y no puedo evitar sentir que todo el mundo lo sabe, que murió y que lo único que hago es llevarle flores.

Cada vez le llevo una diferente porque no tengo ni idea de cuál es la que más le gusta. Ella no contesta a «ese tipo de preguntas tontas», dice. Una vez intente que me dijera si no le molestaba que fuera tan inconstante, pero ella se quedó mirándome sin hablar y luego se rio y solo dijo: «Esperas mucho de mí,

¿verdad?». Por eso ya no le pregunto. Tenía en la cara una sonrisa condescendiente que odio, así que desde ese día sigo improvisando.

Las dejo en la puerta del motel donde vivía con su hermana, como todas las veces. Es aquí donde la atropellaron. Me resulta siempre extraño volver y no entrar, no subir la escalera metálica ni llamar a la puerta; observo durante un momento el apartamento en el que vivían, preguntándome quién lo ocupará ahora, pero enseguida me siento estúpido por haberme preocupado por eso. ¿Qué más da quién lo haga, si no son ellas? Ni siquiera debería venir aquí. Han pasado muchos meses y aún no siento ningún alivio, solo angustia cada vez que recojo las flores marchitas y las tiro a la basura. Qué estupidez, ¿no? Las desecho y pierden todo su significado, como si jamás hubieran tenido un propósito fijo.

Dejo las nuevas, deshago el camino y entro a trabajar.

Me enteré de que Valeria había muerto por mi padre.

Tenía la música puesta y había estado mirando al techo embobado cuando vinieron. Pensaba en ella, en que me había atrevido a declararme y en que aún me temblaba todo el cuerpo por lo que me había respondido. ¿Era de verdad? ¿Estaba segura? Sí, tenía que estarlo. Por eso lo había dicho. Yo le gustaba también, y por eso sonreía tanto, porque lo único que escuchaba era su *sí* a mi pregunta. Sí. «Sí, sí, que me gustas, ¿vale?». Cuando mi padre llamó, me incorporé y apagué corriendo la música. No me esperaba que fuera él, y supongo que su presencia fue lo primero que me alertó; se había ido a trabajar después de venir con nosotros a la entrevista que el abuelo le había hecho a Rachel, y con el turno de noche no tendría que haber aparecido hasta el día siguiente. Fue lo primero raro, verlo allí con aquella expresión triste y pesada.

—¿Qué haces aquí, no tenías turno?

Me quedé mirándolo y después me puse de pie. Él sacudió la cabeza y extendió los brazos hacia mí como para decirme que parara.

—¿Qué pasa?

—No, Simon, mejor que estés sentado.

Despacio, obedecí. Luego por fin me miró. Tenía los ojos de las malas noticias; reconocía esa expresión porque era la que ponía siempre que anunciaba cualquier tipo de desastre.

—Papá, ¿qué pasa?

Él miró un momento hacia atrás y fue entonces cuando vi a mi madre en la puerta. Parecía algo distraída, como si tuviera un oído puesto en otro sitio, pendiente de algo. Su cara imitaba a la de mi padre, aunque en su caso no parecía que fuera a ponerse a llorar. Pero, claro, ella nunca lloraba.

Mi padre se sentó a mi lado y me puso una mano en la pierna.

—Sí, tenía turno ahora, Simon. Nos han llamado de urgencia al poco de empezar. Ha habido un accidente.

—¿Qué accidente?

—Han atropellado a alguien en la calle Bion. Hemos tenido que mandar dos unidades a la 118, una para intervenir allí y otra para intentar encontrar al coche, porque se ha fugado. Ha muerto una persona.

Creo que lo supe en cuanto dijo la palabra «atropellado». Creo que pensé inmediatamente en Valeria. No sé por qué, pero sospecho que fue cuando añadió la idea de la muerte, aunque suene extraño. Recuerdo que el corazón empezó a latirme muy rápido, como para ayudarme a descifrar el problema, y de repente la voz de mi padre venía como de muy lejos, como de otra parte. Desapareció de mi mente. Primero miré su mano, que seguía apretándome la rodilla en un intento de consolarme, y luego levanté la vista y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas porque lo sentía mucho por mí. También hablaba, lo sé porque veía su boca moverse, pero si emitía algún sonido no podía escucharlo del todo bien. Era como si estuviera debajo del agua. Me quedé unos segundos observándolo, confundido, y una idea se me pasó por la cabeza: «Pero si él sigue aquí, ¿significa eso que el que se marcha soy yo? ¿Y adónde estoy yendo?».

Volví la cabeza hacia mi madre. Tenía los pies bien clavados a la tierra, como siempre lo había hecho. Era probablemente el ser más grande que jamás había conocido, aunque apenas superara el metro sesenta. No sé por qué pensé eso en ese momento. Ella también tenía esa cara de pena terrible, la que reconocía en mi padre pero no le había visto a ella hasta entonces. Y eso fue lo que lo confirmó. Antes de que nadie lo dijera realmente, antes de que las palabras me devolvieran adónde estábamos.

—Es Valeria, hijo —dijo mi padre con voz cansada—. Ha fallecido en el acto. Si la ambulancia hubiera llegado antes, no podrían haber hecho nada por ella. Lo lamento muchísimo.

Mamá cerró los ojos y papá apretó los labios para no llorar. Yo dejé de percibir nítidamente el ambiente, y de repente todo era ambiguo en torno a mí, las voces y las formas y los colores, y lo único que era seguro en el mundo era una sola palabra:

no.

La palabra «no» inundó mi cabeza. No podía ser. No tenía que pasar eso. No podía haber pasado ya, y mi padre definitivamente no podía estar en lo cierto.

Pero podía ser, y había pasado, y él no mentía. Valeria ya no estaba. Había muerto, y eso era lo que iba a ser el mundo a partir de entonces.

Un vacío en mi cuerpo, a la altura del estómago, que parecía permanente.

Pero el tiempo pasa y la gente supera las cosas, alguna vez. O eso creo.

Valeria murió hace diez meses y por alguna razón siento que soy el único que aún se molesta en recordarlo.



María

Querido Chris (26 de octubre):

He estado hablando con la tía y dice que no debería comprarme plantas a la ligera, que debería conocer las flores. Hay una aplicación de móvil (ahora solo lo uso con wifi y para tonterías así,

tiene su gracia) que te dice cuál es si le sacas una foto. Supongo que debería haber sabido reconocer una petunia al verla, pero bueno. ¡Qué más da? No soy tan lista, y para eso tengo la app, que me ha dicho lo que era.

¡Sabes lo mejor? He mirado el significado. Las petunias simbolizan la colère, la furia..., y eso me hizo pensar en el fuego. Menudo chiste.

Bueno, supongo que en realidad no es un chiste, pero da lo mismo.

Te quiero mucho, Chris.

María.



Capítulo tres

«No sé qué ocurre, pero sé que ha crecido la tristeza.
Hemos dejado de cantar para escuchar música en solitario».

Variantes, FRANCISCA AGUIRRE

Simon

Antes sí que hablaba bastante sobre Valeria. Con Rachel. Ella parecía incluso más desesperada que yo por tener compañía, por compartir lo que sentía o al menos por estar en silencio con alguien que la comprendiera. Tenía un brillo permanente en los ojos que creo que era una mezcla de tristeza, del desajuste de sus pastillas y de las cosas que había visto. Una vez hasta describió el accidente; me contó cómo vio volar el cuerpo de su hermana, como si de pronto fuera increíblemente ligero, y cómo este pasó mucho tiempo en el aire; más del que debería. «Pensé que se echaría a volar, ¿puedes creerlo? Cuando estaba allí arriba, por un segundo no bajaba, y pensé que se iría como si fuera una golondrina o algo parecido. Pero no, luego cayó. Y cayó de golpe, demasiado rápido». Según lo que sé, cuando atropellaron a Valeria nadie llamó a la policía hasta que la mujer del dueño del motel, alarmada por la cantidad de gente que se había apelotonado en la puerta, bajó a ver qué pasaba. Fue ella quien lo hizo. Nadie ha sabido decirme cuánto tiempo pasó Rachel abrazada al cuerpo o por qué ninguna de aquellas personas se dignó a

ayudar. Mi padre dice que ha visto eso muchas veces, la difusión de la responsabilidad ante una tragedia, los murmullos y la inseguridad de intentar ayudar y no hacerlo bien. Él había estado en la comisaría B cuando recibieron la llamada, así que no tardaron nada en llegar; tuvo que abrirse paso entre aquellas personas para llegar a ella y, cuando la reconoció, corrió al suelo a abrazarla y a separarla delicadamente del cadáver.

Le tapó la cabeza con los brazos y le dijo que no pasaba nada, que ya estaba, que se solucionaría. Ella se deshizo en sus brazos. Cuando Rachel me habló de aquel día, recordándolo todo con una dificultad un poco torpe, murmuró que era consciente de que mentía, pero que en parte lo agradeció, como si pudiera haber valorado la posibilidad de que aquella pesadilla simplemente acabara. La sacó del círculo de curiosos, hizo que la ambulancia la examinara y luego decidió traerla a casa. «Fue todo muy rápido», murmuró ella. Dice que lo recuerda todo como un sueño, a trozos, pero que se alegró de ver a mi madre como si la conociera de toda la vida.

Nunca le he preguntado a mi padre cómo fue verla tan seguido, dos veces el mismo día, y que las situaciones en las que se encontraran no tuvieran nada que ver. Debió de pasar media hora como máximo entre ambos encuentros, pero para mí que la chica de antes y la de después eran ya seres diferentes. La segunda, según el propio cuervo blanco me contó, había nacido justo antes de que él llegara. «Lo sentí así, te lo juro; como una nueva vida. Como una realidad paralela que había empezado justo en aquel momento y en la que había acabado apareciendo yo». Era alguien que jamás había presenciado el fin de una vida ni había ido a pedir trabajo a la tienda de mi abuelo ni estaba feliz de no haberse muerto por todas aquellas pastillas; era alguien más. Y esa chica ya no era la hermana de nadie, así que estaba sola y vulnerablemente desnuda en un mundo en el que ya no sabía cómo funcionar, porque ya no tenía responsabilidades sobre otra persona ni se preocupaba ni tenía a nadie que fuera su razón de levantarse por las mañanas.

Eso fue lo que me dijo cuando intentó explicar cómo se sentía. Decía constantemente que era como si fuera una nueva persona. No paraba de repetirlo, y creo que en parte intentaba convencerse.

Mi padre le hizo algunas preguntas con todo el cuidado que pudo y luego la dejó en manos de mi madre antes de volver al trabajo, ya que quedaban

demasiados cabos por atar. Al volver, una o dos horas más tarde, subió a mi cuarto a darme la noticia.

No recuerdo exactamente cuándo decidieron que Rachel se quedaría a vivir con nosotros, pero supongo que conocían su situación por lo que yo les había contado de Valeria y juntaron eso con las cosas que ya debía de haber descubierto mi padre. Lo más importante, supongo, era que estaba sola. Él le preparó la cama del cuarto de invitados y mi madre seleccionó un montón de su ropa para que pudiera vestirse. I, e estuvo subiendo comida toda la semana. Solo después de escucharla abrir la puerta de arriba tan a menudo, murmurando siempre aquel suave «¿Tienes hambre?», caí en que debía haber pedido la baja en el trabajo para cuidarla. Le hablaba con voz calmada, le recordaba que le haría bien darse baños y le llevaba constantemente bebidas calientes y agua para que bebiera. Nunca la había visto así con nadie. Bueno, sí, con los niños del orfanato y con mi padre, pero con nadie más. Se encargó de ir al motel a hablar con el casero y pagarle el mes de enero, por si ella volvía, y cuando supo que no lo haría, recogió todas sus cosas y las llevó a nuestro garaje para que pudiera revisarlas con calma.

El día que me cansé y le pregunté por qué se esforzaba tanto, ella alzó la cabeza hacia mí y murmuró con el ceño fruncido que no veía diferencia entre cómo nos trataba a los dos. Que a mí también me cuidaba. Me ofendió tanto que lo dijera, y más con ese tono de que yo ya debía haberlo sabido, que me fui de allí sin decir nada más y me encerré en mi cuarto durante los dos días siguientes.

Ni siquiera sé cómo estuve yo al principio. No lo recuerdo. Sé cómo estuvo Rachel porque la veía desde fuera y registraba sus movimientos, pero me cuesta intentar recuperar información sobre mi propio estado, como si yo no hubiera sentido nada. Creo que no me paré ni una vez a comprobar qué sentía o qué pensaba aparte de toda aquella negación. Había tan solo una gran nada, una barrera-separación de todo lo que existía en mi cabeza que mi cerebro había levantado para protegerme. Supongo que a veces me daba cuenta de que lloraba, o de que llevaba demasiado tiempo intentando dormir, o de que había estado mucho tiempo embobado mirando un punto en el vacío y que los minutos habían pasado a mi lado sin que me diera cuenta. Pero tampoco lo registraba del todo, y no era importante, porque lo sentía como si

pasara en un cuerpo que no era el mío.

Y, mientras, lo que hacía mi madre era comportarse de la forma más suave del mundo con Raven, no presionándola, ayudándola a marcar nuevos ritmos y dejándola comer despacio y llorar y dormir.

Pero a mí no me curaba para nada, porque aquella angustia y aquella ausencia seguían ahí y ella no se esforzaba por que desapareciera.

Me enfadé. Estaba enfadado con ella y con el resto y, por extraño que parezca, la única que salió aquellos días en mi búsqueda fue Rachel.

Porque en medio de aquella tortura el único que podía compartir su pena era yo.

La imagen que había tenido de Raven en mi cabeza había sido siempre la de alguien imponente y bastante intimidante. Aquellos días, cuando ella llegaba a mi cuarto y nos sentábamos en la cama con un metro de distancia entre nosotros, la miraba y me era imposible ver a la chica de veinticinco años que se suponía que era. Siempre parecía alguien más joven, como de dieciocho o diecisiete, como si hubiera vuelto a la edad que tenía cuando todo empezó. Y éramos iguales. Estábamos a la misma altura, insignificantes e infinitamente tristes, y compartíamos el mismo espacio oscuro donde, en el fondo, al menos yo encontré cierta comodidad.

Pero entonces mi madre llevó a Raven a la psiquiatra y la cosa cambió.

Había estado controlando las pastillas que le habían recetado aquella vez en diciembre, *antes*, tras su intento de suicidio, y fue al médico con ellas para preguntar si debía seguir tomando esa dosis. La psiquiatra se la ajustó y le recomendó una psicóloga que le vendría bien y la ayudaría más allá del tratamiento. La mujer le preguntó cómo lo estaba llevando, y ella respondió «Mal» casi sin dudar, así que dijo:

—Entonces creo que te vendrá bien ir. —Y mi madre asintió a su lado, tomando la mano de Raven y apretándola con cariño.

Ella aceptó y así fue como empezó otro camino, uno mejor.

Uno distinto al mío.



María

Querido Chris (3 de noviembre).

Nunca nos hemos parado a hablar seriamente de los pájaros, creo que no. Quiero decir, tú sí que hablabas de pájaros todo el tiempo, ya sabes, porque eres un friki que quería ser ornitólogo, pero yo normalmente no sabía qué decir. Ahora me recuerdan a ti siempre. Casi empiezo a ver qué tienen de fascinantes, ¿sabes? Aunque sea desde mi postura «de artista» (como tú la llamabas). Me gusta que tengan un sentido de la unidad diferente, que se muevan como uno solo cuando están volando. Una vez vi un montón salir al mismo tiempo de entre las ramas de un ciprés, hacer unas volteretas en el aire y luego volver.

Te echo de menos,

María

Decido que no voy a volver a comer carne al sexto día de estar trabajando aquí.

El décimo sé que no voy a volver a comprar ni un café en ningún sitio de comida rápida como este. Nunca. Nunca.

El vigésimo empiezo a regalar algunas hamburguesas de las más baratas a la gente que parece tener problemas para pagar, como ese vagabundo que viene todos los lunes y los martes con sus céntimos contados para comprar un menú entero completo. Lo hago sin que me vean, a veces a través de la ventanilla de los coches. El hombre siempre me lo agradece y yo siempre me siento bien y mal.

Y el 3 de noviembre, de la nada, en medio del barullo que puede suponer el turno del jueves a las doce y media de la noche, me llevo la grata sorpresa de ver aparecer por aquí al chico alto que tocaba la guitarra aquel día en el orfanato junto al que pasé.

Me hace muchísima ilusión reconocerlo, al principio. Sé que no fue muy amable, pero me acuerdo de él porque me gustó su canción y, sobre todo, porque el día que lo vi fue cuando encontré la residencia y por eso siempre será para mí como un símbolo de suerte. Por eso cuando le llega el turno (solo somos dos atendiendo y por un segundo me ha dado un poco de miedo que las posibilidades que tenía de que me tocara a mí se pusieran en mi contra), le sonrío con más ganas, recito el saludo oficial y le pregunto qué quiere. Él no me ha echado ni un vistazo porque está mirando al menú.

—Eh... ¿Cuánto sería comprar solo patatas?

—Para ti nada, ya que somos amigos.

Eso le extraña y por fin me mira. Sonrío muchísimo. Me esperaba que me reconociera al instante, aunque, por la forma en que me mira, me doy cuenta enseguida de que no lo hace. Para nada. Y es un poco decepcionante, la verdad.

—¿Qué?

—¿Hola? —Me inclino un poco hacia delante, él me imita, pero hacia atrás—. ¿No te acuerdas de mí? Te vi el otro día, hablamos.

—¿Cuándo hablamos?

—Bueno, no fue el otro día. Fue hace más de un mes. A lo mejor por eso

no te acuerdas de mí, pero yo de ti sí porque eres inolvidable.

El chico parece un cero por ciento impresionado por mi frase estrella para ligar. De hecho, parece hasta disgustado. Entiendo eso como una señal más que clara —si *ves que no hay feeling, deja de tirar cañas*— y carraspeo, volviendo a mi posición normal.

—Simplemente pasé por aquel orfanato, tú me dijiste que lo era. Estabas tocando. Eh... ¿y te interrumpí?

—Oh. —Parece que ahora se acuerda. La cara le cambia mínimamente, pero no para bien, creo—. Bueno. ¿Puedo comprar dos de patatas y el menú infantil para llevar, por favor?

—No, no puedes comprarlo, porque voy a invitarte. —Le guiño un ojo, pero esta vez con cero contenido de flirteo, y él arruga un poquito su puntiaguda nariz—. Es a modo de disculpas. Solo hoy, no te acostumbres, pero por haberte cortado.

—No hace falta —dice él, mirando hacia atrás un momento. No hay tanta gente ya, de todas formas, y mi compañero va rapidito—. Dime, ¿cuánto es?

—Que te digo que nada. En serio. Va sin compromiso, señor Completo Desconocido. Ya te considero de la familia. Tómalo como un favorcillo estúpido. No pasa nada.

Me doy la vuelta y empiezo a preparar su pedido antes de que pueda volver a protestar. Me va un poco rápido el corazón, no sé por qué. ¿Es porque estoy yendo muy allá? A lo mejor no debería presionar tanto a nadie. Es como el otro día, cuando le ofrecí una taza de té a mi compañera de cuarto porque me moría de ganas de hablar con ella y después de insistir unas tres veces ella aceptó y entramos en los quince minutos de silencio más incómodos que he tenido la desgracia de vivir. Pero es que a la vez pienso: ¿y si no insistiera? ¿Haría algún amigo en *alguna parte*? No dejo de pensarlo. Que así se conoce la gente, charla con ella, pero que por algún motivo no puedo calcular la cantidad exacta de charla que necesito antes de que se sientan incómodos y se marchen. Y no sé muy bien qué me pasa; no sé medirme. Antes, en el instituto, era todo muchísimo más fácil. Podía controlarlo. O a lo mejor es que el ambiente de allí hacía que fuera más natural, no lo sé, pero el caso es que no lo comprendo. ¿Cómo he perdido el don de gentes? ¿Se fue con el fuego?

Yo qué sé, ya no entiendo nada.

Cuando me vuelvo a él con todas las cosas en una bolsa de papel, sin embargo, le sonrío como si de verdad me sintiera así de segura.

—Aquí tienes. —Me inclino sobre el mostrador de forma casual, intentando parecer simpática—. Que aproveche, y a ver si nos vemos otro día.

—Gracias. —Él, con cara rara y algo distraída, recoge la bolsa y se va.

Lo miro marcharse. La persona siguiente agarra algo que no he visto, carraspea para llamar la atención y lo levanta.

—Esto... ¿no se lo has aceptado por algo...?

Miro lo que sujeta. Es un billete de diez euros. Me da un vuelco el corazón y me desanimo un poco.

Se lo arranco a la persona, preguntándome por qué no se lo habrá guardado sin que me diera cuenta, aunque no se lo ofrezco. En vez de eso, lo doblo con cuidado y lo meto en una de las huchas transparentes que hay junto a cada caja y que recaudan propinas para una ONG.

Capítulo cuatro

«Cause in my head you're still alive,
you're still alive,
and I know that it's a lie, but it's one I like^[3]».

Nightclothes, RADICAL FACE

Simon

Entro con mis llaves en la casa del abuelo y las dejo en el mueble que tiene en la entrada. Está oscuro, como siempre. Ni siquiera me quito el abrigo; paso a la cocina, suelto la bolsa con comida que me ha dado mamá y luego me asomo al salón para decir hola.

Rachel lleva los pantalones que Valeria llamaba «de yoga». Siempre se muerde el pulgar cuando se sienta a ver la tele con el abuelo, como si fuera una niña pequeña o estuviera muy concentrada. Están poniendo un *reality show* de cocina y, justo cuando aparezco, escucho al abuelo decir: «Muérete, estúpido arrogante».

—Este capítulo es el que echaron el otro día —dice ella, subiendo los pies al sofá—. Me enteré de los resultados por internet. Al final lo expulsan a él, así que no te preocupes.

—Deberían haberlo echado hace mucho.

—Ya. Es un capullo. Pero al parecer cocina de puta madre. —Se encoge

de hombros. Carraspeo y ambos levantan una mano para saludarme, pero ninguno me mira.

La relación de Rachel y el abuelo es un poco extraña y, en parte, me hace sentir algo incómodo. «¿Porque le hace más caso a él que a ti?», me chincha Valeria, pero no es eso. Eso me da igual. Creo que tiene más que ver con la forma en la que han encajado, con cómo de alguna manera parecen haber sido hechos para cuidarse el uno al otro y para compartir tardes absurdas como esa. Los observo un segundo: el abuelo está sentado en su butacón reclinable (una pijada de la que estuvo quejándose un mes, pero sin la que hoy no podría vivir, porque se pasa la vida ahí sentado) y Rachel está hecha un pequeño ovillo entre mantas y cojines en el sofá. Tiene el pelo enmarañado y le cae por los ojos y los hombros. Parece estar muy cómoda. Me gusta cómo le brillan las mejillas.

Carraspeo otra vez para que me presten atención, pero siguen ignorándome.

—Os he traído un guiso que ha hecho mi madre —digo desde donde estoy—. Vale con que lo calentéis en el micro un par de minutos. Está bastante bueno, la verdad.

—Gracias, hijo —responde el abuelo. Sinceramente, dudo que me haya oído bien, pero no importa.

—Si no necesitáis nada de mí me vuelvo a casa, que estoy cansado.

—¡Ahhhh, espera! Espera un segundo. —Rachel levanta una mano pequeña y blanca hacia mí, y me quedo parado mirándola, como si tuviera poderes y con ellos hubiera conseguido bloquearme. Cuando el chef que hace de jurado da su veredicto y ella se queda conforme, sonrío y se vuelve hacia mí. Me acerco un paso—. Quería comentarte que Alejandro va a tener un congreso de pijos excéntricos este viernes, así que voy a quedarme con Mel de jueves a domingo. Bob incluso me ha invitado a pasar la noche allí. Lo digo porque no voy a poder hacer mi turno, por si te importa tener que cubrirme. ¿O tienes lío?

Los dos sabemos que no, que no tengo nada que hacer, que la tienda y el orfanato son las únicas dos cosas permanentes en mi horario. Me quedo mirándola fijamente. Estoy esperando a que se dé cuenta de que me ha preguntado eso, pero cuando mantiene el rostro inmóvil esperando a que yo

responda, resoplo.

—No, no tengo nada. Ve tranquila. Y pasadlo bien.

—Gracias. Le daré un beso a la peque de tu parte.

Le sonrío de forma tirante, vuelvo al pasillo, recojo mis llaves y cierro.

Valeria está en la calle cuando salgo. Me choca verla allí otra vez, sobre todo porque ha pasado una semana desde la última vez que apareció y no he hecho nada para invocarla. Dice algo al verme y, aunque me gustaría poder ignorarla, sus palabras siempre llegan a mí de un modo u otro: «¿Es que ya nunca sonrías, chico?».

Paso a su lado sin responderle y ella me sigue con esa expresión burlona y prepotente en el rostro. Le encanta vacilarme. A mí, cuando me pilla como estoy hoy, me gustaría que se cortara un poco.

La primera vez que Valeria me visitó fue al mes de que la mejoría de Rachel se volviera algo palpable. Le habían cambiado las pastillas e ir a la psicóloga le estaba funcionando, así que el siguiente paso en su mejoría era encontrar algo con lo que pudiera mantener las manos ocupadas «para no tener tiempo de centrarse en lo malo». Mi madre sugirió la tienda. Había estado funcionando mal y de forma intermitente desde que el abuelo se cayó, ya que solo abría cuando se encontraba cien por cien bien (y eso no pasaba tantas veces), así que se le ocurrió proponer un contrato.

—Así tendrías un horario y dinero propio. A mí me parece una buena idea.

—Pero, Pauline, ¿cómo voy a dejar que me pagues después de todo lo que me has ayudado?

—Sería un trabajo, y los trabajos se pagan. No veo el dilema, sinceramente.

Rachel se puso a llorar y mi madre suspiró y le pasó un brazo por encima del hombro para consolarla.

Y entonces, cuando me quedé solo y dejé de ver a una hermana, volví a tocar y vino la otra.

Casi nunca recuerdo el momento en el que Valeria empezó a visitarme, pero la ilusión de que siempre ha sido un fantasma no suele durar mucho. Hubo un principio. La primera vez apareció en una esquina de mi habitación, sus ojos fijos en mí, callada, y dejé de tocar y casi se me cae la guitarra. Desapareció al instante. La silueta de su cuerpo duró un poco más en el

espacio, como cuando miras fijamente una luz y luego cierras los ojos, e inmediatamente empecé a llorar. Me sentía superestúpido. ¿Qué clase de alucinación había sido esa? Aunque no, había sido de verdad, estaba seguro. No podía habérmela imaginado de forma tan nítida.

Me quedé dormido y me desperté en mitad de la noche, sudando y soñando que me miraba.

La segunda vez que vino también dejé de tocar, pero esta vez agarré con fuerza la guitarra. Ella soltó un suspiro resignado y se marchó.

El tercer día la estaba esperando y, aunque me asusté igualmente, esa vez no paré.

Al principio, Valeria no decía nada. Tan solo se quedaba ahí, muy quieta, mirándome descarada y pestañeando despacio cada tres o cuatro segundos. Yo nunca paraba. Solía equivocarme bastante, porque no quería apartar los ojos de ella por si acaso se marchaba y, además de los nervios, me temblaban las manos. Aquellas primeras veces fueron un desastre. Pero no le importaba, o eso parecía; su expresión era satisfecha, como si dijera: «Lo único que tienes que hacer es tocar, no pasa nada si no suena como música».

Parecía un animal salvaje invocado para mí, aquella Valeria.

El día en que por fin habló fue tan extraño escucharla que por un instante su voz no me pareció su voz, sino cualquier otro sonido. Algo diferente. Por un momento se hizo el vacío, y al mirarla vi que tampoco su cara parecía la que yo había conocido. La distorsión duró solo un segundo, pero ocurrió, y aquel descuido me dejó sin aliento.

Tampoco sé qué fue exactamente lo primero que me dijo, pero debió ser algo como:

—No había podido hablarte hasta ahora, pero me alegro de poder hacerlo por fin.

o:

—No puedo creerme que por fin hayas dejado que te hable. Te extrañaba.

o algo así, creo.

Mis manos perdieron velocidad y ella se echó hacia delante, con el ceño fruncido y alerta de pronto.

—Simon, si paras, me iré.

—Lo siento.

Puso los ojos en blanco, como lo hacía cuando estaba viva, y soltó:

—Siempre te disculpas. No hace falta que lo hagas *todo el tiempo*.

—Lo siento.

Resopló y desapareció y entonces yo cedí, con el corazón en un puño. Había conocido a un fantasma.



María

Hay una biblioteca bien maja a unos quince minutos andando desde la residencia, y he decidido que, ahora que se me da bastante mejor hablar en francés, voy a centrarme en el resto de los aspectos y a afanarme un poco en leer y escribir. Voy poco a poco. Mi compañera de cuarto me recomendó leer los libros de *Le petit Nicolas* y, como me suena que debieron mandarme uno de esos el año que di clases de francés en el instituto, le hago caso y saco un par. Los personajes me gustan. No es que sea una lectura especialmente fascinante, pero no está mal.

He estado una hora ahí dentro, entre apañármelas con las etiquetas y elegir un libro he tardado un poco. Cuando salgo ya es tarde, está anocheciendo y, al mirar a mi alrededor para empezar a bajar la escalera, de repente me encuentro con una sorpresa, casi un milagro.

Ahí está mi amigo.

O, bueno, mi amigo no, pero a mi me parece que tres veces ya tiene que significar algo.

—¡Hey! *Ça va!*

Sinceramente, su cara de sorpresa inicial no tiene desperdicio.

—Quién... ¿tú?

—¡Yo! —Sonrió un poco, porque hay algo que me empuja a ser

supersimpática con él, y la verdad es que... ¿me hace ilusión haberle visto?—. ¿Te acuerdas de mí?

El chico alto de la guitarrita que tiene todas las papeletas de ser el que toca *Wonderwall* en las fiestas me mira de arriba abajo un momento. Ignoro el hecho de que parece un pelín molesto. A lo mejor lo estoy interrumpiendo, porque siendo 18 de noviembre lo más probable es que haya venido a la biblioteca a estudiar, pero...

—Claro que me acuerdo. ¿Cómo no voy a acordarme?

Habla como uno de esos audios de ejercicios que nos ponían en clase de francés. ¿Es normal que alguien sea tan neutro hablando como este señor ahora mismo? La verdad es que es un poco impresionante. Con sinceridad, no sería capaz de decir si es que no siente nada o si de verdad está tan enfadado por mi presencia como parece.

Espero a ver si añade algo que me ayude a sacar conclusiones a partir del contexto, pero lo único que sale por su boca después es:

—¿Me estás acosando?

—¿Qué?

Pestaño. Madre mía. ¿Esa es la imagen que doy?

—No. ¿Cómo voy a acosarte? ¿Qué razones tendría?

—Me llamaste tu amigo. E intentaste regalarme la comida. Eres rara.

—¡No soy rara, he venido aquí a leer! ¡E intentaba ser amable! ¿Pero qué pasa contigo?

El chico se queda mirándome con el ceño fruncido. Es gracioso, porque él es tan alto y yo soy tan bajita que, aunque él esté de pie unos tres escalones más abajo, estamos a la misma altura. De hecho, ahora yo estoy un poco más alta. La situación se me hace más manejable estando así, aunque de todas formas me ha ofendido bastante que suponga que el hecho de habernos cruzado tres veces sea todo cosa mía.

Sobre todo porque, para empezar, dos de esas tres veces ha venido él a mí. Frunzo el ceño y miro hacia otro lado, mosqueada.

—Además, qué más da. Ya no voy a poder «acosarte» más así, porque me han echado.

—Tiene sentido si ibas regalando la comida por ahí.

—No la regalaba del todo. ¿Y tú qué sabes? Estaba devolviendo el dinero

de mi sueldo, poco a poco.

El arruga un poco la nariz, pero, en vez de mostrar el disgusto infinito del otro día, parece un poco sorprendido. Entrecierra los ojos.

—¿Y por qué harías algo así?

—Porque... —Subo ambas cejas, desprevenida—. Eh... Porque quería...

¿Por qué lo estaba haciendo exactamente? Lo pienso durante un segundo.

—Porque quería ayudar a alguien.

El chico se me queda mirando fijamente. Tiene unos ojos demasiado grandes para ser un chico, no sé explicarlo. Como si lo hubieran dibujado. Como en un anime. Son bonitos, eso seguro, pero hacen que su cara sea algo extraña, como si no encajara del todo con la del resto de las personas sobre la Tierra. Además, está esa... ese aire que tiene. Como la sensación de que le pasa algo.

Tras unos segundos allí parado observándome, mira detrás de mí, hacia la puerta de la biblioteca, y luego pregunta:

—¿Cómo te llamas?

Guau, eso no me lo esperaba, para nada.

—María.

—¿Marie?

Que me muero, *Maggiú*.

—No, no. —Intento no reírme—. *Marí-A*.

Él lo piensa durante un momento.

—¿En español? ¿Eres española?

Sonrío, arqueando un poco una ceja. Hay que ver lo que me ha costado llamar mínimamente su atención.

—*Oui*. A que ahora quieres saber más, ¿eh?

Y, aunque no contesta a eso y solo murmura algo como «Eso explica el acento» que desde aquí no pillo del todo bien, consigo que sacuda la cabeza mientras entorna una minúscula sonrisa que, mira, no será el mayor éxito del mundo, pero algo es algo, y me hace sentir un poco orgullosa.

—Da igual, ¿y tú qué? —pregunto, inclinándome un poco hacia delante. Sigue donde estaba, tres escalones por debajo de mí—. ¿Tu nombre?

—Simon.

Asiento. Esas dos sílabas suenan en mi cabeza despacio: *Sí-mon*.

—Encantada, oficialmente, por fin. ¿Qué te trae por aquí? ¿Eres universitario, vienes a estudiar?

—Eh, no. Vengo a sacar una cosa... —Arruga la nariz, moviéndose un poco y poniendo un pie en el siguiente escalón—. Tú ocúpate de tus cebollas.

—¿Perdón?

Mira hacia arriba, suspirando.

—Que te metas en tus asuntos.

—¡Eh! Ahora somos amigos, no puedes ser tan borde así como así.

—¿Lo somos? ¿Tú crees?

Vuelve a usar ese tono neutro de antes, pero creo que ahora está un poco más relajado. Me cruzo de brazos. El baja un poco los párpados, como si estuviera aburriéndose.

—He venido a sacar un libro, no a estudiar.

—¿Qué clase de libro?

—No lo sé, ¿qué clase de libro has elegido tú?

Una trepidante novela de intrigas y misterios.

—¿En serio? —Alza mínimamente una ceja—. ¿Cuál?

—*Les récrés du petit Nicolas*.

Por primera vez en la historia, cuando abre la boca, el chico que tengo delante suelta una carcajada. Una de las reales. Por algún motivo es mucho más especial cuando se ríe él, como si la sensación que tengo de que es algo que no pasa muy a menudo fuera real. La ilusión hace que me dé un vuelco el estómago. Es solo un segundo, y en realidad más que carcajada podría denominarse «ha echado el aire por la nariz con mucha fuerza mientras su boca tomaba momentáneamente la forma de una sonrisa», pero me vale. Y tanto que me vale. Es más, me hace ilusión.

—¿Y tú? ¿Qué vas a sacar tú, *Sí-mon*?

Nada tan interesante, solo un libro de contabilidad que me ha pedido mi, eh..., compañera de trabajo. Espero encontrarlo pronto, porque tengo cosas que hacer.

Sacude la cabeza un momento, sube un par de escalones y yo me echo a un lado, aunque en realidad no hace falta porque puede pasar perfectamente a pesar de que yo esté aquí.

—¿Dónde trabajas?

En una tienda.

—¿En una tienda dónde?

—Claro, como que te lo voy a decir, para que vayas.

En cuanto ha empezado a subir escalones he perdido mi ventaja y mi autoridad. Lo miro ahora mientras pasa a mi lado.

—¿Y de qué es la tienda? ¿De libros? ¿De ropa?

—Que no.

—¿De electrodomésticos? ¿De juguetes?

—Sigue probando...

No se detiene ni un segundo, pero, cuando digo lo siguiente, lo veo dudar un instante minúsculo, y por eso creo que me he acercado a la respuesta correcta:

—¿De comida? ¿Un supermercado?

Él ya no dice nada, simplemente abre la puerta de la biblioteca y se mete dentro. Sí, sin siquiera despedirse. Sin embargo, no me importa, porque por algún motivo me he quedado satisfecha, y la verdad es que estoy bastante contenta para ser alguien que acaba de ser llamada acosadora.

Capítulo cinco

«Pero, ante todo, la felicidad me asusta. Soy consciente del dolor que puedo causar. La idea de la decepción me impide disfrutar de una historia de forma espontánea.

Creo que no he nacido para vivir las cosas de forma duradera, aparte de la invisibilidad».

El beso más pequeño, MATHIAS MALZIEU

Simon

Raven tiene la rara costumbre de tumbarse en todas partes. Muchas veces está en el suelo o en el sillón o en el respaldo del sofá, simplemente ahí, cuanto larga es (no mucho) mirando al techo. Como ahora. Cuando entro en el salón del abuelo ella gira la cabeza hacia mí, sonrío y se incorpora un poco, apoyando el peso en un codo para tener la cabeza un poco alta.

Había venido a dejarle unas cosas que me ha dado mi madre, pero, en vez de decirle eso inmediatamente para irme lo antes posible, lo único que me sale es:

—El día que te cuenten qué es una silla vas a caerte de culo. Ella me dedica una sonrisa muy grande.

—Vaya, vaya, vaya, alguien está hoy de buen humor...

De un salto, se baja del respaldo y se alisa la ropa. Luego me mira,

alzando la vista. Noto cómo me hago un poco pequeño y me da un vuelco el corazón, pero lo ignoro y carraspeo.

—Mi madre te ha cosido esas cosas que le pediste. Dice que ya podrías aprender a hacerlo tú, que eres mayorcita y tienes dos buenas manos. —Le tiendo la bolsa que tengo en la mano y ella la agarra.

—Dile que gracias. —Mira dentro, luego sonrío de nuevo—. Y también que no proteste tanto, que sabe que lo he intentado y es imposible.

—Hasta yo sé coser.

—Pues nada, la próxima vez que se me salga el aro de un sujetador te pediré que lo arregles.

Se ríe, supongo que por la cara que se me ha puesto, y yo carraspeo. No me gusta no poder controlarlo. Miro hacia otro lado (¿estaré muy rojo por esa tontería?) y me doy cuenta de que el abuelo no está.

—Quería echarse un poco después del paseo que nos hemos dado con Mel esta mañana —dice cuando le pregunto por él, encogiéndose de hombros—. ¿Necesitas algo de él? Debe estar dormidísimo en este momento.

—No, no, solo... por curiosidad. Tampoco sabía que venía hoy Mel.

—Sí, pero acaba de irse. La verdad es que ha sido genial. Si quieres te aviso para el próximo día, total, con el frío que hace tu abuelo anda aún más lento y no me vendrían mal otro par de brazos para controlarlos a los dos...

—Eh... Sí, claro. Llámame para la próxima. Si puedo, eh..., me apunto. —Me pregunto si es consciente de que probablemente no la llame y de que ya quiero irme—. Pero si hubiera sabido que venía, le habría traído una cosa que encontré el otro día por casa. Es una tontería, pero estaba recogiendo y pensé que a lo mejor podría gustarle...

—Simon Moureau, no estarás malcriando a mi hija, ¿no?

Pum-pum. Lo ha dicho con una media sonrisa. Y lo ha dicho así, de forma juguetona. Mi nombre completo.

—No, no, es solo un coche de juguete... —Intento concentrarme—. Es de cuando era pequeño. Pensé que le gustaría, que a lo mejor..., no lo sé.

—Era broma. Seguro que sí le gusta. ¿Lo has traído?

—No, me paso a dárselo otro día. Y a lo mejor viene con chuches o algo para malcriarla en serio, que para algo soy el tío guay.

Ella suelta una carcajada.

—Sí, para que Alejandro y Bob me echen la bronca, *tío guay*. Que luego le salen caries, ¿sabes?

—Pero ¿no se le están cayendo los dientes de leche? ¿Qué más dará?

Vuelve a reírse y yo sonrío. Me gusta mucho verla reír así, de verdad.

—Claro, claro, porque funciona así, ¿no? —Sacude la cabeza—. Anda, que ya tiene suficiente con esos caramelos marrones que le da tu abuelo.

—Pero sabes que esos se los da para que se le peguen los dientes y le cueste más hablar, ¿verdad? Quiero decir, a mí también me lo hacía, es para ver la tele tranquilo.

Rachel se lleva las manos a la boca.

—Noooo. —Abre mucho los ojos y suelta otra carcajada—. ¿Cómo puede ser que cada día lo quiera más? Este hombre es un genio.

Excepto cuando te lo hace a ti, pero bueno.

Rachel mira un momento para arriba, sacudiendo la cabeza. Yo me quedo observando su cara. Parece que hace una eternidad desde que tuve la oportunidad de tenerla tan cerca, pero todas sus marcas son extremadamente familiares. Excepto sus hoyuelos. Esos hoyuelos siempre me pillan desprevenido, todas las veces que tengo la oportunidad de verlos. Y hacen que se me corte el aliento. No entiendo muy bien por qué, no sé bien cómo funciona, pero tenerlos delante hace que quiera levantar la mano para marcarlos, para hundir un dedo en ellos y hacer que Rachel mantenga la sonrisa para siempre.

Vuelve a clavar los ojos en mí y yo me pongo erguido rápidamente. No se ha dado cuenta de nada.

—¿Sabes? Es genial que estés aquí. Me gusta hablar así contigo. ¿Te gustaría quedarte a cenar? Iba a ponerme a preparar algo ahora.

La primera palabra que me viene a la boca es «sí», y la abro para decirla, pero en el último instante me callo. Y no sé por qué. La miro esperarme, echando un poco la cabeza hacia delante, y, aunque lo que tengo en la boca para decirle es un «Me encantaría», me corto y me lo trago.

Y, cuando lo hago, como ya es demasiado tarde para intentarlo, su cara de repente sufre una interferencia y la que me mira ya no es ella, sino la otra hermana.

—¿Ya te está invitando a cenar? Buah, debes estar en una nube ahora

mismo, ¿no?

Valeria tiene una sonrisa socarrona en el rostro y una ceja tan arqueada que se le oculta tras el flequillo. Cierro los ojos con fuerza. A veces he probado este truco para que se vaya, y alguna vez funciona, pero hoy no.

Su voz vuelve y yo tengo que mirar.

—Qué bobo eres —insiste—. Te has puesto hasta blanco. ¿Qué pasa, te estoy interrumpiendo? ¿O es porque te he pillado con las manos en la masa?

—¿Qué...? N-no.

—¿Por qué no? —Rachel inclina la cabeza a un lado, confundida.

—Eh... p-porque...

—Porque es incomodísimo para ti, ¿no es verdad? —Vuelve Valeria, cruzando los brazos sobre el pecho—. Estar con ella, aunque sea cenando, incluso aunque esté tu abuelo...

—No...

—¿Simón? —insiste Rachel.

—Lo siento, es que... tengo que irme.

Me aparto de ella y la rodeo para salir del salón e ir al pasillo. He dejado la bufanda colgada del perchero, pero por suerte no llegué a quitarme el abrigo.

Raven me sigue.

—¿Simón? ¿He dicho algo? —pregunta, pareciendo entre preocupada y sorprendida.

—No, es que acabo de acordarme de algo muy urgente.

Valeria suelta una carcajada.

—¡Acaba de acordarse de mí!

—Bueno, eh... Como quieras.

Mi huida de allí es lo más patético que jamás debe de haber visto, y soy consciente de ello, pero cierro la puerta a mi espalda y no me importa, porque *tenía* que irme.

Y me falta la respiración cuando llego abajo porque no lo entiendo, no lo entiendo, no lo entiendo.

Y la risa de Valeria está por todas partes.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué demonios te acaba de pasar?

—Déjame en paz, por favor. Ya he tenido bastante. Vete.

—No, si ya veo. Pero aun así. ¿Cómo es posible que des tanta pena?

Siento el dolor directo en el pecho. Los ojos se me llenan de lágrimas y los cierro un momento antes de empezar a alejarme de allí.

—Déjame solo.

—No puedo. Voy adonde sea contigo. —Se pone a caminar a mi lado, mirándome, y noto que lo hace aunque la esté ignorando. Espera un segundo, luego habla—: ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado ya?

—No me lo digas.

Pero, por supuesto, lo hace.

—Han pasado once meses. Once. ¿Cómo puedes ser el único que sigue atascado?

No contesto. He dejado el coche a un par de calles y hace frío, así que acelero un poco para llegar lo antes posible.

—Simon. —Oigo que dice a mi espalda—. ¿Te has parado a pensar siquiera por qué eres el único que no pasa página, que no sale?

Me detengo. Tengo algo en el pecho que no me deja respirar bien y que me está descolocando por dentro. Hace trío y veo mi respiración alzarse delante de mí en forma de vaho casi invisible.

—Lo he intentado —murmuro, aunque no sé si desde donde está puede escucharme.

—Es que... ni siquiera éramos tan amigos. Casi ni me conocías. Coincidimos un par de meses, no tiene mucho sentido que estés tan hundido, ¿no?

Cuando me vuelvo hacia ella Valeria ya no está, es de noche y yo estoy solo en medio de alguna parte.

Y no me acuerdo de cómo volver.



María

Querido Chris (24 de noviembre).

Ojalá fuera una persona más creativa. Sobre todo a la hora de cocinar. Estoy harta de comer yogures. Osea, que me encantan, y gracias a Dios hay una variedad terrible, pero a veces me gustaría que no fueran la cosa más barata que poder comer sin necesidad de preparación. En la habitación tenemos una nevera, pero para cocinar tienes que ir a la cocina compartida con todas tus cosas y darte prisa en los fogones, así que lo evito.

¿Sabes que no hay bandejas de horno? Solo hay tarros de cristal que la gente ha dejado ahí para que pongas tu plato en alto, a veces hasta se los llevan... Lamentable. Y cutre.

Ojalá yo también dejara de ser tan cutre
¿Qué clase de postal basura es esta? No puedo creerme que vaya a enviarla.

En fin, que te quiero.

María

Una campanita suena cuando abro la puerta de la tienda. Me quedo mirándola un momento. En realidad es un móvil, de esos con figuritas de colores, y los cristales que lo forman están sucísimos, pero se ve que son mariposas. Cuando bajo la vista y escaneo el sitio, para variar, Simon tampoco está ahí. Qué raro, no es que me hubiera pasado lo mismo en las cinco últimas tiendas a las que he ido ya... Suelto un gruñido y miro una caja que hay junto a la puerta con ganas de pegarle una patada. Obviamente no voy a hacerlo, primero porque es incivilizado y segundo porque ya no necesito recurrir a la destrucción para desahogarme, pero sí que aprieto los puños.

Suelto un suspiro y miro al frente, donde una chica rubia que aparenta veintitantos años levanta la cabeza desde detrás de la caja y se me queda mirando.

Iba a avanzar un poco, pero me quedo parada. Es muy guapa. Al cabo de unos segundos, alza una ceja y pregunta:

—¿Puedo ayudarte?

Sacudo la cabeza automáticamente y me planteo salir por patas, pero llevo toda la tarde yendo de tienda en tienda y, de hecho, no tengo comida en casa, así que podría comprar algo.

—Sí, eh..., digo, ¡no! Todo bien. Eh, gracias.

Me muevo rápido para salir de su vista y espero que eso no haya sido demasiado raro. La tienda es un poco más grande por dentro de lo que parece por fuera y tiene más cosas de las que me esperaba, eso seguro, todo colocado ordenadísimamente en unas estanterías metálicas un poco altas para mí. Me pongo a echar un vistazo, paseando un poco. ¿Cuánto dinero tengo? ¿Qué necesito? ¿Cuánto puedo permitirme gastar?

—Hola.

Miro hacia mi derecha, un poco sobresaltada, para encontrarme a una niña que no he oído aparecer junto a mí. Debe tener ocho años o así, por la cara,

aunque tiene una expresión muy decidida que no le pega demasiado y que no sé a qué viene.

—Eh... Hola.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta, seria—. Estoy ayudando a mi madre. Me ha dicho que soy la encargada. Las encargadas ayudan, así que...

—Oh. —Me quedo un segundo pensando y de repente dirijo la atención a donde debe estar el mostrador con la caja y la chica rubia que he visto al entrar—. ¿Ella es tu madre?

—Sí. Es mi madre nueva. Mis otros padres están trabajando hoy, por eso estoy aquí. En fin, ¿puedo ayudarte o no?

No he entendido nada y no me salen bien las cuentas, pero tampoco me parece momento de ponerse a preguntar. Vuelvo la vista al estante un momento, mirando qué tengo delante.

—Eh... Creo que solo quiero lo básico: macarrones y tomate frito, si puede ser. Y... *noodles*, de esos que se hacen con agua caliente nada más. Eso también, si tenéis.

—La gente joven siempre pedís lo mismo. Dice mi papi que eso es basura y que no va a dejar que coma cosas de esas jamás.

—¿Macarrones?

—No, los *nouilles*, porque son como comida precocinada.

—Pero si al final es comida asiática, ¿no se supone que es la sana?

—¿Quién dice eso? —La niña se cruza de brazos—. Las cosas sanas vienen de los árboles, como la fruta.

—Bueno, ya, pero la fruta es muy cara y yo no puedo comprarla.

Ella pone cara de confusión un momento, tal vez intentando encontrar un argumento para luchar contra el sistema que me impide comer sano o algo así, y justo entonces aparece la chica guapa y nos ve allí charlando.

—¡Mel! Por Dios, te he dicho que no molestes a la gente.

—¡No estoy molestando, estoy haciendo de encargada! Intentaba aconsejarle sobre los valores nutricionales de la comida.

—¿Pero qué...? —La chica se queda mirándola fijamente un momento y luego mueve los ojos hacia mí, como intentando entender qué acaba de decir.

—C-creo que aún no había llegado a esa parte, de todas formas — respondo torpemente, porque es lo único que se me ocurre y encuna, al tenerla

mirándome, he entrado un poco en pánico.

Pero estaba a punto de hacerlo. —La niña se cruza de brazos y resopla—. Iba a comprar comida basura, Rachel.

—Pero deja que compre lo que quiera...

—No, porque tiene *grasas rápidas* que se te *acumulan* y son *malas*.

Guau. Echo la cabeza hacia atrás, intentando repasar lo que ha dicho para ver si lo he entendido bien. La chica de la tienda pestañea dos veces muy despacio, incrédula, y luego sacude la cabeza.

—Pero ¿dónde has oído eso?

De papi. A veces, en su trabajo, cuando voy. Cuando habla con todas las modelos a la vez. Algunas se ríen, pero luego él se pone superserio y les dice: «La salud no es una broma».

La chica está tan sorprendida que solo puede mirarla fijamente. Luego vuelve la cabeza hacia mí. Es raro que busque complicidad en una completa desconocida, pero a la vez me gusta esta sensación porque es parecida a cuando un bebé te mira en el transporte público y de repente te sonrío.

—Cada día salta con una cosa nueva.

—A ver —murmuro—, tiene su parte de razón. Pero yo no tengo dinero, así que tendré que seguir con la terrible dieta de los macarrones...

Miro a la niña y me encojo de hombros, sonriéndole un poco. Ella cierra los ojos y sacude la cabeza como si yo no tuviera remedio o algo así.

—Siento si te ha molestado —dice la chica de la tienda, y de verdad parece que está un pelín preocupada. Estira la mano hacia la niña—. Anda, Mel, vente.

—Que no le he dicho nada.

—Vale, vale, pero ven.

Mel, la niña, me mira mientras se están alejando y le sonrío. Ella me devuelve la sonrisa. Cuando desaparece del todo, vuelvo a fijarme en la estantería y me pongo a mirar precios. Resulta que el truco para de verdad comprar el más barato es mirar el precio por kilo, y esto lleva un tiempo, pero algo de lo que ha dicho me ha calado y a lo mejor sí que debería dejarme de tantos macarrones y sándwiches de queso y yogures, que es en lo que se resume mi dieta últimamente. Odio cocinar para mí, porque cuando me preparo la comida nunca siento que estoy comiendo, sino como si solo me

estuviera alimentando, así que en general tampoco me esfuerzo demasiado. Escojo el arroz en vez de la pasta y media docena de huevos y, cuando me muevo porque decido que con esto ya está bien y voy a pagarlo, veo que al lado del mostrador tienen unos estantes con fruta y verdura y que la niña los está mirando de reojo, como si pensase en lo que yo acabo de decirle.

—¿Cuál crees que es la más barata? —le pregunto cuando me acerco. Se encoge de hombros.

—No lo sé. No me sé el dinero todavía.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete, ¿y tú?

—Dieciocho.

Parece bastante sorprendida.

—Pareces más pequeña —dice.

—¿Por mi estatura?

Asiente, aunque de repente pone cara de que a lo mejor no ha sido un comentario apropiado y que solo se ha dado cuenta ahora. Yo me río. Qué mona.

—No te preocupes, me lo dicen mucho.

La chica rubia sale de una salita de detrás de la caja y me dedica una expresión amable.

—Los tomates están más baratos hoy —comenta, porque me ha oído—. Por si quieres.

—Pues sí, por favor.

—¿Cuántos?

—Dos, gracias.

Ella se mueve a mi lado para ir a por ellos. La niña, apoyando la cara en una mano, me pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—María.

—*Magguía* —repite, y no la corrijo como hice con Simon, solo sonrío.

—Eso es. ¿Y tú?

—Mel. Aunque no sé si me gusta del todo y estoy pensando en ponerme otro más tarde, a lo mejor.

—Eso tendrás que hablarlo con tus padres —responde la chica, con mis

dos tomates metidos en una bolsa. Pasa por detrás de mí, se coloca al lado de una báscula y los pesa antes de ponerlos al lado del resto de las cosas que he escogido.

—Mi papi dice que como si quiero llamarme Chaussettes^[4], que a él le da igual.

—Tu papi es un excéntrico, le encantaría tener una hija llamada Chaussettes.

—Voy a decirle que has dicho eso.

—Bien. Ya verás como Bob piensa que tengo razón.

Me está dejando un poco embelesada oír las hablar, porque, aunque Mel ha dicho que es su madre (o eso es lo que he entendido yo, pero podría haber escuchado mal), hay una fluidez entre ellas que no es exactamente como de madre-hija. Es distinta. Esta chica parece más su hermana mayor o su niñera o su tía joven y guay, y la forma que tienen de dirigirse la una a la otra hace que parezca que están en un plano completamente diferente al del resto de las personas, un plano en el que comparten cosas que nosotros no. Como si cada cosa que dijeran fuera una broma interna, no sé. Se miran un segundo y luego la niña le saca la lengua y la chica se ríe.

—Mel es muy bonito —digo cuando vuelve la vista hacia mí—. Encantada de conocerte.

—Igualmente —dice ella, asintiendo satisfecha.

—Son tres euros en total.

Saco el dinero (odio pagar con calderilla y más tener que ponerme a contarla, pero es lo único que llevo encima ahora, desgraciadamente) y se lo doy. Ella lo guarda en la caja y sonrío.

—Gracias. Vuelve pronto.

—Pero vuelve pronto de verdad, *Magguí*.

Ya sin «a» ni nada. Bueno, tiene su encanto.

—Lo intentaré. —Y, aunque no estoy segura de si de verdad voy a volver a venir, porque tengo sitios como este más cerca de la residencia, lo cierto es que me apetece hacerlo.



Simon

La actitud de Valeria ha dependido siempre de la mía. Aparece según mis sentimientos. A veces habla desde el más puro criticismo, otras tiene cuidado para no machacarme. Y eso viene de mí, de mi estado.

Aunque puede llegar a mi límite, no lo traspasa.

—Soy un ser bueno —me dijo un día—. Estoy aquí para ayudarte. Eso lo sabes, ¿no?

—Sí —respondí, pero no estaba seguro de que lo fuese ni de saberlo de verdad.

Sus visitas se hicieron más regulares según fuimos hablando. Cuanto más conocía de mí, más preguntas le surgían. Quería saberlo todo, así que al final acabé hablándole de aquello que le había contado solo a Rachel y, con el tiempo, también de mucho más. Me abrí en canal para ella. Sangré.

Y de eso se alimentó.

Capítulo seis

«I want to tell you this story without having to confess anything^[5]».

The Torn-Up Road, RICHARD SIKEN

María

Querido Chris (2de diciembre). Había una chica, en mi trabajo que decía que era, «sinestésica». No puedes ni imaginarte lo que me costó pillarlo, sobre todo porque no había oído hablar de eso antes, ni en español. Se supone que es sentir cosas con sentidos que no le corresponden o algo parecido, tipo ver la música, y ella decía que sentía los colores de la gente. Que cada uno tenemos un

aura, que nos rodea y que por eso sabía que yo no era mala persona. Me lo dijo antes de que me echaran (oh, ¿eso te lo conté? Fue como hace medio mes, en fin). ¿De qué color soy yo, entonces? Le pregunté, y ella, me dijo que rojo como si fuera la cosa más obvia del mundo. Cuando quise saber qué quiere decir eso, me dijo que amor y odio a la vez, o tal vez falta de equilibrio, «pero no en plan mal mal». Era una chica muy Maja, pero, en fin, las novedades.

Tu aura es naranja y brillante y me gusta mucho.

María

Echo mucho de menos a mi hermano.



Simon

Hoy se supone que tenemos comida familiar, y mi padre ha llamado a mi puerta para pedirme por favor que vaya a comer con todos. «Van a venir Rachel y tu abuelo, y me encantaría que estuvieras tú también». Sin embargo, cuando bajo pensando que ya estaría todo el mundo sentado a la mesa y que el encuentro duraría lo menos posible, resulta que en realidad no ha llegado nadie y que tengo que hacer de niñera mientras mamá y él terminan de cocinar.

—Pero si no están, ¿cómo ha aparecido Mel aquí? —pregunto cuando me dicen que la niña está en el salón desde hace un rato.

—La ha traído su padre. Rachel va a tardar algo más en llegar porque viene andando con tu abuelo —responde mi madre, mirándome como si le molestara que hubiera aparecido por allí para preguntarle obviedades.

—Viven bastante lejos, a pie.

—Por eso te digo que va a tardar. Pero no importa, así vienen cansados, que cuando tu abuelo se cansa come con buenos dientes y tu padre se ha pasado preparando comida, para variar.

—Ya verás como no sobra nada —dice él, sacudiendo la cabeza. Yo resoplo.

—¿Puedes quedarte con Melanie mientras nosotros acabamos, por favor? —pregunta mi madre, dándome la espalda para mover las patatas que se fríen en la sartén—. Te agradecería que le echases un ojo.

—¿Dónde está?

—En el salón. Se ha traído un *pendrive* con episodios de una serie y se los he puesto en la tele. ¿Vas a ir o no?

Resoplo.

—Sí, pero tampoco hace falta que lo digas así.

El salón de casa es mucho más grande que el del abuelo y es raro ver a Mel aquí, porque da la sensación de que sobra demasiado espacio en torno a ella. O de que se ha vuelto más pequeña de repente. Está de pie delante de la tele en vez de sentada en el sofá, algo que hace casi siempre, y tiene los brazos doblados y muy pegados al cuerpo, llena de tensión, como si fuera a despegar. Si viniera mi madre ahora mismo, le diría: «Melanie, no desde tan cerca», porque es así de amargada y tiene que probarlo llamándola «Melanie» aunque todo el mundo, Alejandro y Bob incluidos, la llame Mel. Pero bueno, ahora mismo, ahí de pie, parece muy emocionada con sus dibujos. Casi ni la veo

pestañear, y está tan absorta viendo a esa... ¿superheroína vestida de puntos? que a veces se le mueven los brazos imitándola sin querer.

—¿Qué miras? —pregunto, y noto inmediatamente que se me ha suavizado la voz. Se vuelve hacia mí y veo que le brillan los ojos.

—¡Simón, hola! ¡Estoy viendo *Miraculous Ladybug*! ¡Ven, ven a verla, corre!

Lo dice con tanta emoción que parece que nadie le haya preguntado nunca por la serie o que cada vez que quiere verla todo el mundo salga por patas de allí.

Me siento en el sofá detrás de ella. Mel se ve en la obligación de moverse hasta donde yo estoy, ya que he aparecido, como si tuviera que atenderme y mantener la compostura. Me pregunto si esa cortesía viene de lo que le ha enseñado la parte más canadiense de Robert, si es que todos esos estereotipos son verdad, y al mirarla tamborilear los dedos sobre su propia pierna, nerviosa, sé que en realidad se muere por volver a ponerse de pie para moverse como esa super-heroína, así que, sin decir nada, me levanto y me siento en el suelo a un metro o así de la tele.

Ella tampoco dice nada, pero cuando se pone a mi lado parece contenta. Al cabo de un minuto, le pregunto:

—¿De qué va?

Ella suelta un suspiro dramático.

—Es demasiado difícil de explicar. —Me dirige una mirada de disculpa y, al ver que alzo una ceja, mira un momento hacia arriba y suspira—. Vale, bueno. A ver. Es de una chica que se llama Marinette que es la superheroína Ladybug, que salva París de los malos todo el tiempo, y que tiene un compañero superhéroe que se llama Chat Noir y que ella no sabe que es el chico que le gusta de su clase. —Su expresión se vuelve por un segundo un tanto consternada, como si eso le afectase muchísimo, y luego sacude la cabeza y ya está bien—. Pero bueno. Es genial, porque Marinette diseña ropa como mi papi y yo no sabía que siendo pequeña se podía diseñar ropa también, así que la próxima vez que vaya a su trabajo voy a ver si me deja intentarlo.

—Seguro que te deja.

—Pero la serie es muy horrible porque a Marinette le gusta Adrien, y a él

siendo Chat Noir le gusta Ladybug, ¡y ellos no saben que son los mismos! — Se lleva las manos a la cara y se tira de las mejillas—. Una vez Chat Noir impidió que a Ladybug la congelaran en el tiempo. ¡Eso es que la quiere!

Impedir que te congelen en el tiempo es querer, como, por ejemplo, si impides que alguien tenga para siempre diecisiete años.

—¿Es que hay muchas más chicas con coletas azules en ese colegio?

—¡No! ¡Ya lo sé! Dios, menos mal que tú me entiendes, Rachel dice que no le dé tantas vueltas, que solo lo hacen para «darle chicha», pero ¡no hay necesidad!

Después de eso pasa algo que hace que vuelva a centrar su atención en la tele, y la observo un minuto recitar los diálogos a la vez que los personajes. Parece encantada. Y la verdad es que, cuando le echo un vistazo, me doy cuenta de que la serie no está nada mal. Es más, me gusta, y cuando me pregunta un poco vergonzosa si me importa que pongamos otro capítulo, le digo que sí porque quiero saber más de estos dos chavales.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando alguien llega por detrás y me tapa los ojos con unas manos heladas.

—¿Quién soy?

—¡Mamá! —Mel se levanta a mi lado y Rachel aleja sus manos de mí, dejándome con cara de imbécil y el corazón acelerado. Giro la cabeza para mirarla. Está abrazando a su hija, pero se vuelve y me sonrío.

La última vez que la vi fue en la tienda, hace cuatro días, cuando se marchó al empezar mi turno. De todas formas no le he dicho mucho desde que salí de su casa corriendo hace un par de semanas, porque solo de pensar en lo raro que debió ser me hace morir de vergüenza.

—Hola —murmuro.

—Hola.

Parece que no se acuerda o que ha decidido pasarlo por alto. Deja de mirarme cuando gira la cabeza para darle a Mel un beso en la coronilla y luego le pone las manos en los hombros y le pregunta qué tal.

—Genial, Simon y yo hemos estado viendo *Ladybug* durante tres horas. — Es un poco incorrecto, pero no digo nada—. ¿Y el abuelo?

—Hablando con Pauline. Se estaba quejando de que lo hago andar mucho, creo.

—Yo también me quejaría si tuviera que andar *hasta aquí*.

Rachel suelta un «¡Hey!» y le pellizca los costados para hacerle cosquillas. Ella se retuerce—, NO, ESO NO.

Me pongo de pie para alejarme unos pasos. Mel me mira.

—¡Sálvame, Chat Noir!

—Tengo que poner la mesa, que se enfría la comida.

—Me lavo las manos y te ayudo. Anda, Mel, ve a decirle hola a Oliver.

Estoy a punto de decirle que no quiero que venga, pero me callo y empiezo a sacar los platos de la alacena para hacerlo tan rápido que ella no tenga nada que hacer y pueda ir a hablar con mis padres y el abuelo o a estar con Mel o a hacer lo que sea, pero lejos. Cuando vuelve, oigo un carraspeo, y a mi espalda su voz dice:

—Simon, que primero va el mantel.

Me detengo mirando el plato que acabo de dejar sobre la madera y ella suelta el aire por la nariz a la vez que una leve risa.

—Ya voy yo a por él, no te preocupes.

Moverme para recogerlo todo de nuevo y que Rachel pueda poner el mantel me parece una tortura, sobre todo después de semejante ridículo, pero lo hago porque sería peor quedarme quieto como un pasmarote (eso es lo que el abuelo diría). Lo voy dejando donde puedo, en la alacena y en el mueble bajo que mamá tiene lleno de floreros vacíos y figuritas, y entonces ella vuelve y juntos volvemos a colocarlo.

—¿Estás bien?

—Sí, solo se me ha pasado.

—No, lo digo por la cara que tienes.

—Es mi cara normal.

Mucha gente me dice últimamente cosas sobre mi cara, como papá y mamá y esa compañera suya del orfanato que a veces está en el patio conmigo mientras toco (dice que últimamente parece que me atacan los fantasmas y que ya no presto atención a las cosas). Es probable que Raven sea la única a la que no se le hubiera ocurrido todavía, aunque, bueno, qué más da.

La dejo en el salón y le pregunto a mi padre, en la cocina, si puedo llevar algo; enseguida tengo los brazos llenos de cosas y, unos cinco minutos después, estamos todos sentados y servidos.

El tintineo de los cubiertos contra los platos suena al mismo volumen que la conversación que se alza sobre la mesa. Mamá se sienta junto a Mel y le parte en trozos muy pequeños la carne mientras ella empieza a dar buena cuenta del arroz con tomate que le han hecho papá desmenuza un poco el asado para el abuelo y, mientras, Rachel le pregunta cuántas patatas quiere que le ponga.

—Tú no te cortes, si tengo que morirme de eso, pues habrá valido la pena.

—Papá, nada de hablar de morirse —lo corta mi madre con voz dura.

—¿Qué más da? Ni que no supiéramos todos que va a pasar tarde o temprano.

Raven suelta una risita y él le palmea la espalda, como si fuera un chiste suyo, propio, y a mí me resulta tan terrible y absurdo que se me cierra el estómago de golpe.

La comida sigue. Le doy vueltas a lo que me han servido. No sé de qué está hablando nadie.

Al cabo de un rato, escucho a mi lado una voz:

—¿Qué pasa? No has tocado el plato.

Me vuelvo hacia Rachel, a mi derecha. La forma que tiene de inclinarse un poco hacia delante, tapando con la cabeza a mi madre y al resto de la mesa, me hace sentir al mismo tiempo nervioso y tranquilo. Me alejo un poco de ella porque me impone esa cercanía, pero sé que al hacer eso ella está levantando una barrera entre yo y el resto, creando un pequeño oasis donde solo estamos nosotros, y eso me gusta. Tiene los ojos grandes y marrones y de pronto parece más joven, como si tuviera seis años menos —los que nos separan— y fuera de nuevo mi cómplice.

De repente, cuando hace eso, no ha pasado el tiempo; de repente no estamos a punto de terminar el año, sino que acabamos de empezarlo, y estamos los dos tristes, y nos cuidamos el uno al otro.

Estira la mano y la pone sobre la mía. El corazón se me sale del pecho, no puedo evitarlo, y tengo la garganta tan seca que no puedo hablar. Pero ella quiere que lo haga, porque son esos ojos los que me preguntan, más allá de lo que ha murmurado hace unos segundos.

Y estamos solos, eso es lo más importante. No hay nadie más aquí con nosotros, estamos solos y me está tocando, así que tengo que contestar.

—Hum, nada...

—Simon —dice—. Vamos, no soy tonta. Llevas raro todo el día.

No, no es tonta. Y no va a dejarme en paz con estúpidas evasivas. Carraspeo un poco, aunque no demasiado alto para no llamar la atención de los demás, y respondo con lo primero que se me ocurre.

—Ultim... eh... últimamente estoy un poco... nervioso. N-no sé por qué exactamente, simplemente... Creo que no estoy durmiendo bien.

Suelta un suspiro y asiente. Casi puedo intuir lo que está pensando: «¿Últimamente? Llevas meses así». Aunque no lo dice, yo lo oigo, y bajo la vista. Por supuesto que lo oigo, como tantas otras cosas.

—Ya. No te preocupes. Creo que te entiendo un poco bien, ya sabes. Yo también he estado teniendo pesadillas.

Clava en mí esos ojos grandes de nuevo, como si quisiera añadir algo, pero luego parpadea y el mensaje se ha perdido, aunque esboza una pequeña sonrisa que es la más triste que he visto jamás.

Vuelvo la cabeza hacia el plato. Agarro el tenedor y pincho un par de patatas, aunque tengo el estómago cerrado y no creo que pueda comérmelas. Me doy cuenta de que si he podido agarrarlo es porque ella ha dejado de tocarme, pero no recuerdo exactamente cuándo ha pasado; su mano sobre la mía aún pesa, como si siguiera estando ahí. Qué raro. Ella come, masticando despacio (el movimiento de su mandíbula es casi hipnotizante), el abuelo le estaba contando algo a papá y mamá protesta cuando él se ríe. Mel, sentada delante de mí, tiene tomate alrededor de toda la boca, pero come en silencio, solo preocupándose por lo suyo, aunque sujeta la cuchara que le ha dado mi padre un poco mal. Todo tiene un filtro extraño, como si estuviera viendo una fotografía antigua en la que no salgo, y de repente la voz de Rachel rompe esa ilusión cuando susurra:

—Si necesitas hablar de algo, Simon... Bueno. Sé que a lo mejor es un poco raro decirlo ahora, pero si necesitas hablar de algo puedes llamarme a mí.

De nuevo, la miro. Parece que mi cabeza pesa una tonelada cuando giro hacia ella el cuello. ¿Lo dice porque sabe que no tengo a nadie más, porque es consciente de que no tengo ningún amigo y de que lo que sea que me pasa solo me pasa a mí? ¿Cómo sabe que lo estoy llevando todo dentro? ¿Le doy pena?

¿O es que se arrepiente de haber sido ella la que me dejó de lado en primer lugar, hace meses?

Aunque no puedo culparla. No puedo. De todas las personas que conozco, de todas las que posan en esta fotografía que alguien se ha molestado en revelar, Rachel es la única a la que no puedo culpar de nada, ni siquiera de este tipo especial de dolor.

—Ya, lo sé. Gracias.

La charla ha sido privada, pero no digo nada más ni la menciono durante el resto del día porque de repente no me acuerdo de si el resto de las personas en la mesa estaban pendientes de nosotros mientras ella hablaba o estaban manteniendo su propia conversación.

Capítulo siete

«My heart is every car crash.
I'm wrapped around a tree still.
If skies were houses,
I'd haunt yours first^[6]».

Summer Bleeds the Color of Forgetting, Y. Z.

Simon

Rachel me dijo que una de las cosas que más la despejaban era leer. «Mi psicóloga usa la libroterapia, que al principio suena un poco a mamarrachada, pero que, sinceramente, ayuda mucho más que otras cosas, sobre todo en determinados momentos». Me nombró algunos títulos de los que a ella le habían recomendado, dijo que todos estaban en la biblioteca y que por qué no sacaba uno a ver qué tal. Yo le dije que vale. Me he pasado casi una hora hoy allí, buscando por las estanterías uno de los que me había recomendado (el bibliotecario ha asegurado que nadie se lo había llevado así que tenía que estar, y que, si no lo encontraba era porque no me estaba esforzando), pero al final me he ido con las manos vacías e incluso he olvidado el título del libro que me había dicho Raven. Tendré que preguntarle por él en otro momento.

Me acerco a la tienda antes de que empiece mi turno, aunque alargo todo lo que puedo la llegada. No tengo energía. Llevo dos semanas sin ver a

Valeria, desde que me dijo eso en la calle, y, aunque al principio agradecí volver a tener espacio, últimamente me encuentro todo el tiempo buscándola, esperando que aparezca, y su ausencia es asfixiante porque no está *pero sí*. Siempre está, en todas partes. No deja de rondarme por la cabeza el hecho de que pueda aparecer en cualquier momento. El otro día incluso intenté invocarla tocando la guitarra; todo lo que cantaba sonaba a miedo y me imaginé que la oía reírse de mí.

Cuando se ríe de mí es lo peor del mundo. No puedo soportarlo.

«Ni siquiera éramos tan amigos. Casi no me conocías. ¿Por qué estás así?». No lo sé. ¿Cómo estoy? ¿Dónde estoy? ¿Dónde me he caído?

¿Qué estaba haciendo a estas alturas el año pasado?

Han pasado muchas cosas en doce meses. La cafetería donde quedamos una vez ha cerrado, la sala de estudio de la biblioteca ha cambiado de planta y, cuando paseo por aquí, es como si alguien desde arriba hubiera desordenado las calles. Me siento como si no perteneciera a este sitio, como si estas coordenadas no llevaran siendo más veinte años, como si alguien se hubiera esforzado muchísimo en mantener una farsa que me he creído todo este tiempo. Solo ahora, por alguna razón, me siento raro; solo ahora es cuando lo veo todo de verdad, porque ya he salido fuera, porque este sitio no parece mi sitio.

Me palpo los brazos y los encuentro, miro hacia abajo y ahí están mis pies. Pero el camino es distinto, las baldosas del suelo han cambiado de orden y los escalones de la entrada son un centímetro más bajos, así que siempre fallo un poco al poner el pie.

No veo que nada tenga demasiado sentido. ¿Qué podría encontrar en un libro que pudiera sacarme de aquí?

(¿Qué tiene que ofrecerme un libro aparte de un truco de escapismo momentáneo?). Llegar a la tienda con las manos vacías solo se siente una derrota si actúo como si de verdad hubiera querido encontrar el libro desde el principio. Ya desde bastante antes de llegar intento poner cara de persona no impresionada, y en mi cabeza me imagino por lo menos cinco formas distintas de responder a Rachel cuando me pregunte si tenían el libro allí. Sin embargo, cuando entro escucho su voz, lo que supongo que significa que está hablando con alguien, pero no la veo en el pasillo ni en el mostrador junto a la caja.

Me adentro en la tienda y miro a los lados y, cuando la veo, mi cara se descompone.

—¿Tú?

Rachel deja de hablar y me mira. La chica con la que charlaba se vuelve hacia mí y, al verme, abre muchísimo los ojos.

Es la tipa esa, la que me he cruzado ya mil veces. La acosadora.

—*¡Anda!* —exclama, lo cual no entiendo, aunque de todas formas parece demasiado sorprendida para traducir lo que sea que signifique eso.

—¿Qué haces aquí? —Aunque mi primer impulso es acercarme y parecer de alguna manera imponente, no puedo; lo único que se me ocurre es cruzarme de brazos y mantener las distancias—. ¿Sigues diciendo que no me persigues?

—¡No sabía que esta era la tienda, ¿vale?! —

Suelto un gruñido, luego me acuerdo de que está Rachel también y desvío hacia ella los ojos. Tiene las cejas increíblemente alzadas.

—Así que os conocéis...

—Esta... Lleva encontrándose «casualmente» conmigo desde hace dos meses o así, y dice que no es acoso. La última vez comenté que trabajaba en una tienda...

—Por supuesto que eres una de esas personas que hacen las comillas en el aire —me interrumpe ella, poniendo los ojos en blanco.

Raven se ríe, yo noto que me sonrojo y le echo una mirada.

—Me estás empezando a molestar.

—¡No sabía que esta era tu tienda, te lo he dicho! ¿Cómo demonios iba a adivinarlo? Ni que este fuera uno de esos pueblos con solo tres bares.

—Además, lleva viniendo como dos semanas ya, Simon, y no te ha pillado aquí ni una vez. ¿Cómo iba a saber que trabajas en una tienda donde no te ha visto trabajando ni un día?

La chica suelta una risa y yo aprieto los labios. Raven parece bastante divertida con todo esto, la verdad.

—Pero eso es porque no hemos coincidido, no porque no haya trabajado en todo este tiempo...

—¿Estás seguro? —Mi compañera se cruza de brazos. Aún lleva esa sonrisa, y me molesta que se lo esté pasando bien.

—Sabes que sí.

—Tampoco te enfades —interviene la otra—. No quería que te molestaras, Simon, pero Rachel me cae bien y me gusta que me cuente cosas.

Raven le sonríe mucho, contenta de oír algo así, y yo suelto un bufido y le echo una mirada de reojo. Me saca la lengua. Noto cómo me vuelvo blando solo con eso, su boca despierta en mí una extraña debilidad, y salgo del pasillo para ir a la salita detrás de la caja y cambiarme —bueno, no cambiarme, pero sí ponerme el delantal con el nombre de la tienda que tenemos desde que a Rachel se le ocurrió la idea de ser más «profesionales»—. Cuando salgo ellas están hablando de nuevo, aunque ahora no distingo del todo sus voces y no sé qué dicen. Me pongo a hacer cuentas, cualquier tontería que pruebe que efectivamente *trabajo aquí* (porque no puedo creerme que Raven haya dicho eso, me ofende), y al rato las dos aparecen delante de mí, María sonriendo y la otra sin dejar de hablar de lo que sea.

—¿Vas a comprar o no? —pregunto, a lo mejor un poco más seco de lo que debería teniendo en cuenta que, al menos en este momento, María es una clienta.

—Sí, esto. —Me deja un tetrabrik de leche delante y sonríe—. Siempre viene bien contar con uno de repuesto para no tener que ir a comprar más en caso de urgencia.

—Pero si pensaba que te pasabas el día aquí, comprando.

—Simon —dice Raven, cortante.

Pongo los ojos en blanco. María suspira.

—Es un euro —digo. Me lo da.

—Oye, Simon, perdón si te molestó tanto, de verdad, creía que después del otro día ya se había quedado como una broma o algo así.

Clavo los ojos en ella. De repente me siento culpable ante la posibilidad de haberla hecho sentir mal por haberla llamado acosadora (lo que tendría sentido). La figura que está a su espalda se cruza de brazos, arqueando una ceja, pero cuando Rachel suspira y no está detrás de ella sino a su lado me fijo en que es Valeria.

¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Bueno, qué, ¿vas a disculparte?

Me quedo observándola un segundo. Hacía mucho que no la veía, o al

menos a mí me ha parecido mucho tiempo. El corazón me da un vuelco e intento volver los ojos a María, carraspeando.

—Hum, supongo... Puede que haya exagerado un poco... Eh...

Ella espera. Valeria echa la cabeza hacia delante e insiste:

—¿Y...?

—No me... no me molestas tanto, en realidad —murmuro—. Quiero decir, eres un poco insistente, pero eres simpática.

Rachel asiente, como si se sintiera satisfecha, y noto que me sonrojo al obtener su aprobación. María sonrío muchísimo.

—Ah, pues... genial, gracias. Por lo de simpática, digo. ¿Y me alegro, creo? —Mira a Rachel, luego vuelve a mirarme a mí—. Tengo que irme. Chao.

—Adiós, nos vemos —le dice Rachel, mirándola marcharse. Cuando la puerta se cierra y el sonido de la campanita lo llena todo, se vuelve hacia mí y sonrío—: Buena salvada, me alegro de que hayas hecho eso.

Me encojo de hombros y me muevo hacia el último pedido.

—A trabajar.

Capítulo ocho

«It's funny. The day you lose someone isn't the worst. At least you've got something to do. It's all the days they stay dead^[7]»

«Heaven Sent», MARK GATISS

María

Si sé una cosa es que siempre podré hablar con Chris.

Quiero decir, me he acostumbrado a su no-presencia. Me he acostumbrado a no ver su cara preciosa y su sonrisa vergonzosa y aquel gesto que hacía de aprobación y desaprobación a la vez (era el gesto de las cosas problemáticas que le costaba reconocer que le habían gustado). Ahora recupero esas cosas con facilidad en mi mente, así que en teoría no necesitaría volver a tenerlo delante. El otro día hasta pensé que, si se muriera, ha estado viviendo tanto tiempo solo en mi cabeza que la diferencia entre la existencia de su cuerpo y la ausencia de este no importaría. Y lo sé, es un pensamiento terrible, pero Chris es ahora prácticamente un recuerdo, me guste o no. Lo es casi igual que lo es mi madre. Es una idea que he ido madurando todos estos meses, y la conclusión final es que supongo que ahora soy una chica que vive rodeada de fantasmas.

Y, sin embargo, a pesar de eso, sé que siempre voy a poder hablar con él, que siempre voy a poder escribirle. Estas estúpidas conversaciones

unidireccionales son para mí, son mías, aunque él sea el destinatario y mi nombre no esté en el remitente.

Si mis cartas le llegan, lo cual aún desconozco, él no puede saber que me pertenecen.

Me paso media hora mirando postales hasta que decido las dos más adecuadas, las que voy a mandarle, y el hombre de la tienda me observa de forma rara cuando le pago.



Simon

Al día siguiente Rachel no está y a mí me toca turno, solo. Se ha ido a ayudar a Alejandro y a Bob con la mudanza; se van a vivir a El Havre porque, aunque está aquí al lado, Bob dice que en general les ofrece ventajas a largo plazo, y según Alejandro la industria de la moda es poco importante allí y eso le da la oportunidad de impulsarla. Así que me toca turno doble, aunque en realidad, si somos sinceros, Rachel y yo no tenemos ningún tipo de orden respecto a quién hace qué y cuándo. «Yo creo que con que siempre haya alguien no hace falta ponerse quisquilloso, al fin y al cabo, si uno de los dos puede, se pasa y ya está, ¿no?», me dijo una vez, y estoy de acuerdo. Se despidió ayer de mí en la puerta recordándome que debía entregarle un mensaje a su amiga Marion, quien probablemente se pasaría por aquí sin acordarse de que ella no estaría, y que cuando la viera le insistiera en que no volvería hasta la semana siguiente.

—¿De verdad vas a gorronear techo de los padres ricos tanto tiempo?

—Oye, no es gorronear, que voy a estar ayudando.

Se encogió de hombros y se subió en la limusina donde Alejandro la estaba esperando. Me parece que no deberían hacer tanto uso personal de ella,

pero aun así lo hacen; casi puedo escuchar cualquier excusa tonta de ellos, como que para la mudanza viene mejor porque caben más cosas dentro o algo parecido. Me los imagino diciendo eso con una sonrisita.

Desde que se fue me acosa una sensación muy extraña.

No sé decir por qué, pero últimamente necesito verla todo el tiempo. Su presencia me genera una ansiedad que no reconozco, pero que se haya ido durante unos días hace que el sentimiento se mantenga y se agrande de alguna forma. Además, Valeria ha estado apareciendo mucho, pero otra vez de forma intermitente, como al principio. Me mira desde lejos con expresión triste, casi siempre cuando hay alguien más delante para que no pueda decir nada, y si le hago algún comentario, no responde. Tampoco habla. Intento cantar las canciones de mi repertorio que le gustaban, como *Wish you were here* o *Always Gold*, pero ni eso funciona.

Las dos hermanas están en mi cabeza, pero siempre será más fácil tratar solo con una.

Parece que Valeria espera algo de mí que no comprendo.

Dos días después de que Rachel haya vuelto ya de El Havre, voy a la tienda un poco antes para preguntarle qué tal la nueva casa de Alejandro antes de que tenga que irse. Su amiga Marion me dijo que iban a tener las tardes más ocupadas a partir del siguiente año porque estaban «intentando hacer ruido para que nos hagan caso» (sus palabras, aunque no me explicó a qué se refería), así que supuse que eso significaba que ya no podía quedarse tanto tiempo charlando conmigo como antes, y yo quería verla.

Sin embargo, cuando llego, el cartel de «Cerrado» está puesto en la puerta, y me extraña, así que doy la vuelta para subir a su casa a preguntarle a ella o al abuelo a qué viene.

Pero Rachel no está.

—¿Se ha ido?

—Si no está en casa será que sí —responde mi abuelo, un poco cortante.

Miro alrededor como si pudiera haberse escondido.

—¿Estás solo?

—¿Tú qué crees?

—Vale. —Me rasco la cabeza, incómodo. Siempre que el abuelo se dirige a mí es como si tuviera que pedirle perdón por haber aparecido, y odio sentir

eso.

El gruñe. Ni siquiera ha apartado los ojos de la tele, aunque no debe de ver nada.

—No sabrás, por alguna razón, dónde está...

—No, Simon, no tengo ni idea. Pero si te pones a buscarla no debería costar te dar con ella.

No sé qué quiere decir, pero ya no le pregunto porque me siento incómodo y un poco despreciado. Porque molesto.

Me voy.

Es 15 de diciembre, hace frío y el camino a casa se me hace infinito. Intento pensar en lo que ha dicho el abuelo y en los sitios en los que podría encontrar a Rachel. No se me ocurre por qué no ha abierto la tienda (todavía queda una semana para cerrarla por vacaciones), y si hubiera tenido alguna cosa que hacer o hubiera habido alguna emergencia, me habría avisado, ¿no? Me habría dejado una nota o un mensaje o le habría dicho al abuelo que me dijera que había ido a algún sitio concreto...

¿Entonces? ¿Por qué...?

Alzo los ojos. Al fondo de la calle aparece Valeria, a unos metros de mí. Me mira fijamente, seria, triste, con las comisuras de la boca hacia abajo. Tiene los hombros caídos y los brazos a los lados, flácidos. Parece molesta, pero no de forma demasiado evidente.

Me detengo. Ella gira la cabeza despacio hacia el cartel de la farmacia que está entre nosotros, que parpadea.

Cuando deja de mostrar la temperatura y la hora, llega la fecha y sigue siendo 15 de diciembre de 2016.

—¿No te acuerdas? —murmura, y aunque está lejos puedo oírla perfectamente—. ¿De verdad no te acuerdas, Simon?

Solo cuando lo dice entiendo de qué está hablando, y la sangre desaparece de todo mi cuerpo de golpe.

Ella sacude la cabeza.

—No te acordabas. Increíble. —Suspira—. Es terrible.

—Valeria...

Pero no sé qué decir después de eso, porque no puedo mentir. Porque los dos sabemos que me lee la mente, así que me callo.

Con lágrimas en los ojos, intento:

—Lo siento...

—No lo sientas conmigo —responde—. Yo no estoy aquí para que lo sientas conmigo, Simon.

Y desaparece y ya no puedo verla, y es probablemente la primera vez que siento un alivio real porque se haya ido.

A la mañana siguiente estoy paralizado. Mañana es día 17 de diciembre y ya sé por qué Rachel no va a abrir la tienda. También sé por qué está desaparecida. Intento levantarme de la cama y no puedo, me pesa el cuerpo, me siento atado de pies y manos y, en parte, como si un enorme público mirara mi humillación.

Mañana es el aniversario de la muerte de Valeria y, aunque sé exactamente dónde está su hermana, no quiero invadirla.

No quiero molestar. No puedo molestar.

Si fuera a ver a Rachel, la estaría molestando.

Durante todo el día, en vez de tristeza, lo único que me llena la mente es la preocupación que siento por Rachel. Sé que debe estar sola en el cementerio, delante de un nicho que nunca quiso tener, pero que finalmente agradeció que la anclara, llorando ante el sitio que no quería necesitar, pero al que ha vuelto muchas veces.

¿Estaría mal que me presentara, que fuera con ella, que me quedara a su lado? No quiero decir nada, ni siquiera tocarla. No podría tocarla delante de Valeria. Pero podría estar allí, ¿verdad? A su lado, a veinte centímetros de ella, en silencio, mirando hacia delante. Mirando a la placa que dice:

A ma sœur chérie,

Valeria Miles

27/12/1997—17/12/2015

Tu étais le soleil et maintenant

il fait toujours nuit^[8]..

Yo solo he ido una vez, pero por Rachel volvería. Por Rachel quiero

hacerlo. Quiero tornarla de la mano si lo necesita, cuando salgamos del cementerio, y que llore si quiere y abrazarla porque vuelve a sentir esa tristeza. Me imagino la situación como si ya la hubiera vivido: Rachel se quedará callada cuando sienta mi presencia y no dirá nada durante las siguientes dos horas, solo llorará en silencio. Luego será la primera en levantarse. Caminará delante solo un poco, pero entonces aminorará el ritmo y buscará mi mano sin mirarme, porque ya no sabe cómo se gestionaban esos recuerdos y necesita aferrarse a algo para intentar mantenerlos todos juntos.

Y yo podré enseñarla. Yo no he dejado de pensar en ella ni un minuto y tengo controlados a los fantasmas. Podré contarle mis trucos para no desmoronarme cada vez que llega este día.

—¿Pero quién te crees?

Esa voz me sobresalta. Me incorporo de golpe. En la puerta de mi habitación está Valeria, fulminándome con la mirada, y parece ofendida. Nunca la había visto tan furiosa; sus contornos se tambalean, un poco difuminados, temblando por el enfado. Es como si su imagen fuera a estallar y a desaparecer para siempre. Tiene los puños cerrados y me pregunto si querrá pegarme, y entonces se me ocurre que tal vez no pueda hacerlo, que su mano me atravesaría si lo intenta. ¿De verdad lo haría? No lo sé, la verdad; nunca me ha tocado. El corazón me late con fuerza y casi creo que se está haciendo un poco más grande del cabreo. Sin levantarme de la cama, me echo un poco hacia atrás.

—¿Quién demonios te crees que eres, eh?

No sé a qué se refiere. No sé qué significa. ¿Quién me creo, de qué? ¿Qué he hecho para que esté tan cabreada?

—Eres horrible —dice, asqueada—. No quiero que te acerques a ella.

Y se va de golpe, con más violencia que nunca, dejando la habitación caldeada y llevándose un montón de cosas de las que no sé el nombre.

El día de la muerte de Valeria lo paso solo, encerrado, en total oscuridad.

Capítulo nueve

«Ya lo sé que está muerto. ¿Te crees que no lo sé?
Pero puedo quererlo, ¿no? No sé por qué hay que dejar
de querer a una persona solo porque se haya muerto.
Sobre todo si era cien veces mejor que los que siguen viviendo».

El guardián entre el centeno, J. D. SALINGER

María

Cuando me fui había un punto indeterminado que no podía dejar de mirar.

Ni siquiera fue el mismo punto todo el tiempo, simplemente no dejé de mirar hacia atrás, al espacio que abandonaba la carretera. Me imaginé que Chris estaba al final de esa línea que conectaba aquel punto y mi cuerpo, y que por eso se movía, porque Chris no era un objeto estático. Me preguntaba si él lo notaría. ¿Estaría ese hilo invisible más tirante porque yo me había alejado? ¿Le diría secretamente a qué distancia estoy? El bus se alejaba y yo miraba el espacio recorrido intentando transformar los kilómetros en disculpas, pero al menos no me sentía tan mal porque sabía que ahora tocaba un nuevo comienzo y que Chris, aunque no estaba allí físicamente, me acompañaría.

Apenas llevaba nada conmigo. Un fuego terrible había quemado mi casa y un montón de hombres uniformados me buscaban, preguntándose dónde estaría. No sabía si había quedado algo, qué habían podido salvar, pero de todas

formas tampoco podía ir a comprobarlo o me encontrarían.

Además, también había estado el dolor.

Recuerdo cómo me dolió la cara cuando me hice lo que ahora solo son un par de líneas. Cómo apenas lo había sentido cuando mis propias manos habían estado sobre mi piel, pero cómo luego ardió durante horas, hasta que pensé que moriría, y cómo también pensé que no quería morir, que quería vivir y hacerlo sin dolor y descansar para siempre.

Fui al único sitio que me había servido de refugio en los últimos meses y le prometí a Moha que no lo haría más, que no volvería a romper nada, que me ayudara, por favor, y que no quería volver a hacerlo nunca.

Nunca lo dije en voz alta, pero en alguna parte de mi cerebro se alojaba el pensamiento de que fue Moha el que me quitó el fuego. Me lo imagino como un chamán, o el equivalente en árabe sabio, callado y recto y con poderes que eran y fueron los únicos capaces de darme un poco de paz.

Moha me trajo agua fría e infusiones calientes, cubrió mi cuello para que se curara y me dejó tener compañía. Durante el tiempo que estuvimos los dos solos en la tetería le confesé que debía haberlo hecho yo, lo de mi padre, que de alguna forma tenía que haber sido culpa mía. A él solo le hizo falta negarlo una vez para que parara de decirlo. Me gustaba la forma que tenía de hablarme, como si el dios en el que cree la tía Edmée usara su boca. Sus palabras eran siempre simples y suficientes, y nunca tenía que decir nada más de lo que decía, lo cual me calmaba. Por eso me gustaba hablar con él durante tanto tiempo, porque era certero.

—¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Adónde voy a ir, cómo...?

Entonces Moha dijo:

—Tú no has hecho nada, María. No pasará nada si la policía te encuentra, no van a acusarte. Porque tú no lo has hecho. Los bomberos han dicho que se trataba de una vela, que tu padre estaba dormido en el salón y que por eso no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Y ya está.

Y mi desazón se acalló. Un poco.

No sabía si lo creía de verdad o si solo quería creerlo.

Lo único con lo que no estuve de acuerdo fue cuando añadió:

—No tienes que huir de nada.

Porque huir me parecía la única forma de que se solucionara todo.

Porque, sinceramente, no sé qué otra cosa hacer aparte de eso. Todo el tiempo. Es el método que he seguido toda mi vida: huir, esquivar, ignorar, y al verme con todo eso encuna sentí que era demasiado y que, por primera vez, no iba a poder ignorarlo como cualquier otra cosa.

Hubo alguien que me dijo que todo sería mejor y que podría ayudarme. Hubo alguien que trató de hablarme de un futuro en el que todo se habría arreglado, pero no me paré a escucharlo porque era mucho más sencillo seguir con mi plan original. Porque hacer cualquier cosa distinta me parece imposible, y ahora mismo estoy demasiado cansada.

Porque siempre he estado demasiado cansada.



Simon

Cuando Raven se mudó al ático sobre la tienda se llevó muchas cosas de Valeria consigo. De hecho, es probable que se llevara más cosas de Valeria que suyas. Me pidió que la acompañara a recogerlas, así que un día bajamos los dos juntos al garaje, donde mamá lo había dejado todo en su día, y ella se dedicó a meter cajas y cajas en el maletero de mi coche. No me dejó que la ayudara a cargarlas, ni una. Eran de ropa, zapatos y algunos objetos de poco valor de los que no quería desprenderse porque le recordaban a ella. La última era la que parecía más pesada. Tuvo que pensar bastante en cómo colocarse para levantarla y, aunque me había rechazado antes, hice otro intento de ofrecerle mi ayuda, como excepción. Me lanzó una mirada fulminante y me dijo que ella podía perfectamente, gracias. Al final supongo que en parte sí pudo. Se movió despacio desde el fondo del garaje, dando pasos pequeños y apretando mucho los dientes por el esfuerzo, y, cuando ya casi estaba junto al coche, la caja se abrió por debajo y todo lo que había dentro cayó.

Eran libros. Libros que habían sido de Valeria.

Los dos nos quedamos mirándonos. Algunos habían caído abiertos y se les estaban arrugando las hojas. Ella no pareció mínimamente alterada; dejó la caja rota a un lado, se agachó despacio y empezó a colocarlos en un par de pilas delante de ella. «Rachel...», empecé, pero ella me cortó en seguida con un rotundo «No». Así que me quedé allí, de nuevo apartado, mientras recogía del suelo aquello que más había valorado su hermana y, después, con la misma calma, lo pasaba de la ordenada montaña al coche.

Cuando acabó me miró, neutra como nunca, y dijo:

—Ya podemos irnos.

Lo que hoy me encuentro en el suelo junto a la puerta de la tienda, a un lado, donde no molesta pero está perfectamente a la vista para que no obvие su presencia, es una caja llena de los mismos libros.

Y, encima, una nota de Raven que dice:

Ya que no quieres venir a casa a echarles un vistazo, aquí te los dejo.

Ya te lo dije, los que no quieras voy a donarlos. Porfa, no pases de mí con esto.

Una bolsa de plástico que llevaba en la mano cae casualmente encima y tapa el papel cuando paso. De alguna manera, eso me hace sentir un poquito menos culpable por ignorarlo.

Los dos primeros días me voy en cuanto Rachel llega y antes de que pueda decirme algo y, cuando vuelvo al día siguiente, la bolsa ya no está ahí. Pero la pongo de nuevo. A los cuatro días ya ni siquiera se molesta en quitarla y, más tranquilo, dejo de salir corriendo cuando acaba mi turno. Ella nunca saca el tema.

Sin embargo, un día, al cabo de una semana o así, al salir de la salita después de hacer el inventario, me encuentro una figura sentada frente a la dichosa caja, dándome la espalda.

No necesito verle la cara para saber que es ella.

Había estado toda la semana sin venir, desde que abrimos después de Navidad. ¿No podría haberse quedado en dondequiera que haya pasado las vacaciones, sin volver por aquí a molestar?

—Eh, María.

Se vuelve hacia donde estoy, sonriendo al verme. Como siempre, parece más contenta de lo que la situación requiere, lo cual parece forzado. Suspiro. Mueve un poco el culo para estar más girada hacia mí.

—Hey, *ça va*?

Ça va bien, pienso, aunque en realidad no me apetece nada seguir una conversación con ella. No entiendo cómo ha aparecido aquí sin que oyera las campanitas.

—¿Cómo te has colado?

Sonríe.

—Si entreabro un poquillo la puerta, quepo por el hueco y el móvil ese no suena.

Pongo los ojos en blanco, aunque no puedo evitar sonreír un poco. Luego examino la situación: está en el suelo, al lado de la puerta, y la caja colocada justo ahí está...

Abierta. Abierta y medio vacía. Los libros que había dentro están en el suelo, en montones, a su alrededor.

Avanzo hacia delante, frunciendo el ceño.

—¿Qué haces ahí, qué se supone que haces?

Ella alza las cejas, inclinándose hacia atrás, como para alejarse de mí. Se pega el libro que tiene en las manos al pecho. También arruga el entrecejo, como si no entendiera, y luego dice:

—Solo estoy echando un vistazo... Rachel dijo que podía.

—¿Rachel?

¿Quién es Rachel para darle permiso para hacer eso?

¿Quién es Rachel para dejar que una completa desconocida hurgue entre las cosas de Valeria?

—Suelta esos libros. No son tuyos.

Su boca se tuerce en una mueca, pero no se mueve. Me paro frente a ella. No sé qué hacer para que me obedezca, porque yo estoy de pie y ella sigue ahí

tirada, e intentar forcejear para arrancarle el libro de las manos me parece desesperado.

Pero que esté ahí quieta en el suelo y que no deje de mirarme me pone nervioso, más de lo que nadie me ha puesto en mucho tiempo.

—Rachel me ha dicho que los mirase —murmura con cautela—. Su... supuestamente te lo había pedido a ti unas cuantas veces y no le has hecho caso. Me ha contado que ha tenido que bajarlos aquí porque no te dignabas a subir a su casa a hacerlo y que como ha pasado más de una semana suponía que eso significaba vía libre.

¿Le ha contado eso? ¿Cuánto hablan estas dos?

—No los he mirado porque no me apetece. Y tampoco me apetece que lo hagas tú, así que levanta y dame eso.

—¿Por qué? Ha dicho que los que no te quedaras iba a donarlos a la biblioteca y que podía llevarme los que quisiera. Y no me ha dicho que fueran *tuyos*.

—Bueno, pues tampoco son suyos para decidirlo. ¿Quieres dejarlos? Ni siquiera sabes francés.

María arruga la nariz y entrecierra los ojos con expresión de disgusto. Me arrepiento solo un poco de haber dicho eso así, pero ella alza ambas cejas y me mantiene la mirada.

—Y yo que pensaba que estaba hablando francés contigo ahora mismo. — Abro la boca, pero gruñe y sigue antes de que me dé tiempo a decir algo—. ¿Sabes qué? Da igual. Además, ¿tú qué sabes de mi nivel de comprensión lectora? A lo mejor quiero aprender o mejorar.

Siento un vuelco en el estómago que sabe demasiado a culpabilidad, pero en mi cabeza no quiero arrepentir me. *No me arrepiento*. Le mantengo la mirada, porque no quiero ceder, pero sus ojos son tan claros y me atraviesan de tal forma que al final no puedo aguantarlo y me vuelvo.

Me miro las manos —tengo los dedos blancos de apretar los puños, aunque no sé por qué estaba reuniendo tanta fuerza— y observo despacio cómo el color vuelve a aparecer en ellas cuando intento relajarlas. Despacio, giro la cabeza en su dirección y la miro de nuevo. Ella parece menos tensa, pero no dice nada. Intento comprender qué acaba de pasar, qué acaba de pasarme, pero me parece un problema demasiado difícil y al final retrocedo.

Me escondo tras el mostrador mientras intento entender por qué me ha hecho sentir así que María esté tocando los libros de Valeria. Me quedo mirándola desde aquí con el pulso acelerado.

Esto va a pasar, esto va a pasar, esto va a pasármeme algún día.

Ojalá me visitase su fantasma para calmarme un poco el corazón.

A los pocos minutos, María, en la otra punta de la tienda, mueve la caja con bastante dificultad y la pone en un punto desde el cual, sentada ante ella, puede mirarme, y me sonríe. Yo arrugo la nariz, aunque reconozco que en el fondo tiene su gracia. Sigue con la tarea despacio, leyendo todas las sinopsis que puede y, si no, las primeras páginas, y luego olió todo con cuidado. Eso es raro, pero sus movimientos son lentos y la verdad es que le agradezco el respeto con el que parece tratarlo todo. Quiero decir, aunque le hayan dicho que son libros que ya nadie quiere, los abre y hojea con delicadeza, y me parece que a Valeria le gustaría.

Vale, puede que esta chica no sea tan terrible.

—¿Por qué te pasas todo el día aquí, es que no tienes casa? —le pregunto, alzando la voz. Cuando levanta la cabeza, yo intento sonreírle un poco, para que no piense que lo digo siendo tan borde como antes.

Quiero arreglar lo agresivo que me he puesto. Ella me devuelve la sonrisa.

—Porque sigo sin tener ni trabajo ni amigos —responde de forma sencilla.

—¿Entonces soy el único receptor de un menú infantil gratis que te sigue aguantando?

Sus labios se estiran hacia un lado, como si le hiciera ilusión que me haya acordado de eso, y sacude la cabeza a la vez que agarra otro libro sin volver a mirarme.

—Sí, porque eres un *pigeon de merde*^[9].

¿Cómo conoce esa expresión? A veces es tan confuso cómo se las apaña para usar un vocabulario que esperaría de un nativo, pero no de ella, que ni siquiera puedo sentirme un poco molesto por eso. Al final solo sonrió otro poco, porque no se me ocurre nada ingenioso que contestarle, y cuando miro la lista de cosas que debería hacer hoy veo que ya he acabado con todo.

Así que María es lo único con lo que puedo distraerme.

—¿Ves alguno que te guste?

—¿Tienes prisa? A lo mejor podrías echarles tú un vistazo en vez de

mirarme a mí hacerlo.

Uf, *touché*.

—Prefiero estar solo cuando lo haga.

—¿Por qué, por si encuentras alguno cochino?

—No hay ninguno cochino.

—¿Cómo lo sabes si no los has mirado?

Me río. Ella también un poco. Está colocando todos los libros a sus lados en lo que aparentemente no es ningún orden concreto, que es lo que haría yo si quisiera quedarme alguno. Intento centrarme en cualquier cosa de la tienda, así que me pongo a redactar uno de los informes que le pasamos al abuelo para que vea cómo van las cosas y organice lo que pueda (y que usa para enseñar a Rachel, porque lleva dándole truquitos para aprender contabilidad dos meses ya, creo), y a los pocos minutos la voz de María se escucha de nuevo y dice:

—Eh, mira esto.

Tiene algo en la mano, como un cartón o algo así, y cuando le pregunto qué es me dice que me mueva y me acerque a verlo.

—No entiendo la letra, solo algunas palabras. ¿Qué pone?

Cuando llego junto a ella, lo agarro y me lo acerco. Es una fotografía. Dos mujeres posan en una plaza llenísima de gente y, al fondo, las torres negras de una iglesia tras una fila de casas. Parecen muy felices. Una de ellas pasa el brazo por detrás de la otra y le rodea la cintura, inclinándose un poco para darle un beso en la sien; la otra cierra los ojos, disfrutando el momento. Hay una cercanía en ellas cómoda y suave, como si no pudieran dejar de tocarse o hubieran decidido no hacerlo hace tiempo. Le doy la vuelta. Tiene algo escrito.

Antes de leerlo vuelvo a mirar a María, que tiene cara de estar fascinada. Su expresión es un tanto indescriptible. Parece excitada, como si encontrar algo así fuera la cosa más interesante que le ha pasado en mucho tiempo, pero a la vez detrás de toda esa emoción repentina hay algo raro, como un nerviosismo extremo. Aunque está sentada como un indio, levanta un poco el culo, echándose hacia delante y acercándose a mí.

Frunzo un poco el ceño y procedo:

Tres meses antes de que muriera Aude.

Ni siquiera sabíamos que estaba mal por aquel entonces. Ni lo sospechábamos. Y, quiero decir, ¿por qué íbamos a hacerlo? Estábamos de vacaciones. Aude no quería volver de Praga. Dijo: «Quedémonos aquí sin decírselo a nadie, Cécile. No tenemos que volver. Quedémonos aquí para siempre». Aunque, ahora que lo pienso... ¿y si ella tenía una información que yo no? ¿Había ido al médico? Tal vez por eso digo aquello y pareció tan nostálgica y tan apremiante. Porque nuestra vida iba bien, en casa. Nuestra vida me gustaba. Siempre habíamos sido felices allí, pero supongo que ahora también deseo que nos hubiéramos quedado en Praga, congeladas para siempre en aquel mundo paralelo y antiguo.

—Es una... es una especie de carta de amor. Una de ellas murió y... y le había pedido a la otra que se quedaran juntas en Praga, pero no lo hicieron...



Intento leerla en voz alta, porque supongo que es más útil, pero mi voz es débil y se sacude como si alguien me estuviera apretando el cuello.

Si ella no entiende algo, no dice nada. Simplemente se queda mirándome las manos, como si pudiera seguir la lectura desde ahí, y cuando termino solo asiente.

—Qué pena. Qué historia más triste.

Tengo la vista un poco borrosa. Pestañeo un par de veces para ver bien.

—¿En qué... en qué libro la has encontrado? —pregunto en voz baja.

—En este.

Lo levanta para que lo vea. Aún tiene puesto el dedo entre las páginas donde estaba la foto, y lo agarró por ahí antes de que lo cierre y eso se pierda. 66, 67. Páginas 66 y 67. No hay ninguna frase subrayada, ni ninguna esquina está doblada, ni parece tener nada especial o relevante. Solo que la foto estaba ahí, entre las páginas 66 y 67.

«66 y 67», pienso, y cierro el libro. *Los nenúfares*, de C. Martín. Pongo la foto encima, tapando el título.

—Qué cosas se encuentran en los libros de segunda mano —murmuro.

—¿No vas a guardarla dentro otra vez? —pregunta María, señalándola. Levanto la cabeza hacia ella. Aunque es una pregunta sencilla, me da la sensación de que no la entiendo.

¿Cómo voy a guardarla? ¿Cómo voy a devolver la foto al olvido de esa caja dónde podía haberse quedado para siempre o, peor, haberse perdido de nuevo entre las páginas de un libro que probablemente pase a manos de otra persona?

No puedo hacer eso.

—Hum, n... no. —Alza ambas cejas, como extrañada, y me doy mucha prisa en pensar en una excusa para hacer algo semejante—. Eh... tal... tal vez... ¿podríamos dejarla por aquí?

—¿Dejarla aquí?

—Eh, sí, eh... ¿Pegada a la pared?

El corazón me late un tanto frenético. Miro a mi alrededor, buscando, y encuentro un espacio vacío en un hueco entre dos estanterías. Me acerco a él con los pasos más largos que puedo dar, rápido. A lo mejor demasiado.

Cuando dejo el libro a un lado y coloco la foto sobre la pintura blanca, mi desesperación por encontrar una razón para hacer esto hace que parezca que ahí está perfecta, pero necesito confirmación externa y me giro para buscarla.

—¿Qué piensas, queda bien aquí?

María, que se ha levantado para seguirme, me mira un momento desde el principio del pasillo antes de volverse hacia la foto. Supongo que piensa que lo que estoy haciendo es un poco raro, pero cuando por fin abre la boca lo que dice es diferente:

—¿Desde cuándo te importa lo que yo opine? —Entorna los ojos, cruza los brazos y, a los pocos segundos de que a mí no se me ocurra nada que decir, sonrío un poco y añade—: ¿Querrá decir esto que nuestra amistad por fin está floreciendo?

Sé que no lo dice en serio; quiero decir, que aunque finja ilusión en realidad es parte de una broma tras la que al final siempre se ríe, y es posible que esa sea la razón de que me moleste tanto. La primera cosa que se me ocurre es soltarle un «No», pero, al mirarla (y probablemente también porque estoy bastante nervioso), lo que digo es:

—No lo sé, puede.

Abre los ojos un poquito más de lo que ya los había abierto y luego suelta una risa.

—Tomaaa.

No tengo ni idea de qué ha dicho, pero el caso es que me vuelvo y muevo la foto un poco arriba y abajo. Le pido que la sujete mientras voy a por el celo (se queda mirando de cerca a las dos mujeres que posan en esa plaza principal) y, cuando vuelvo, me pregunta:

—¿Tú cuándo crees que se sacó esta foto? Porque yo diría que en 2003. Puede que en 2005.

—¿Cómo puedes saber eso?

—No sé, por la ropa. —Se encoge de hombros.

Me llevo el celo a la boca y, cuando corto dos trozos, se los tiendo.

—Toma, sujétalos.

Cuando tengo suficientes, recupero la foto de su otra mano y la pongo en el sitio donde me había parecido que encajaba.

—Me da un poco de pena que se vaya a tapar la carta —dice—, pero

queda bien. De recuerdo.

—Será *en* recuerdo —murmuro, y levanto la mano para apretar un poco más la tira de plástico contra una de las esquinas de arriba.

—Eso. A ver, déjame ver el libro.

Lo alcanzo y se lo paso, pero, antes de soltarlo, dudo un momento. Tomando aire, la miro a los ojos.

—¿Te importa que este me lo quede yo?

Sonríe.

—Si son todos tuyos, *Sí-mon*. —Siempre pone demasiado énfasis en ambas sílabas, pronunciándolo un poco despacio—. Además, de todas formas yo tampoco tengo tanto nivel como para leerlos...

Y me saca la lengua.

Aprieto los labios y pongo los ojos en blanco, pero la verdad es que no puedo evitar media sonrisa porque, del alivio, esa tontería casi me ha hecho reír.

Y vuelvo a pensar: «No está tan mal, esta chica no es tan mala».

Capítulo diez

«You see, I take the parts that I remember and stitch them back together to make a creature that will do what I say or love me back^[10]».

Litany in Which Certain Things Are Crossed Out, RICHARD
SIKEN

María

Querido Chris (18 de enero).

Si vas a dejar que alguien lea las cartas que te escribo (aunque seguro que antes de dártelas ya las leen de todas formas), quiero que quien las lea sepa que te quiero.

Que te quiero mucho, y que no voy a dejar de molestarte

À bientôt,

María.

Simon

La foto está presente en mi pensamiento todo el día, ocupando un espacio constante en el fondo de mi mente.

La encontramos hace nada, pero no puedo dejar de pensar en ella. Nunca.

Le he dicho a Rachel que haría su turno, muchas veces, y me he pasado aquí las cuatro últimas mañanas y tardes. Lo he hecho porque, cuando no hay gente, me asomo a verla. No puedo evitarlo. Me llama desde el final del pasillo. Sin embargo, otras veces, cuando he pasado por delante, lo único que he sentido ha sido una energía extraña, como un mal, como si hubiera una maldición que nos ha llegado a través de la fotografía. Y tiene sentido, de alguna forma: una de ellas murió y ahora Valeria también está muerta; es una conexión que tiene que significar algo.

Creo que Val la tenía guardada como un secreto, esperando paciente entre sus cosas favoritas.

Siempre tuvo un cariño especial por todos sus libros.

Solo he visto su fantasma junto a la fotografía una vez. Doblé la esquina del pasillo para reponer las legumbres, que quedan a la derecha, y la encontré dándome la espalda frente a la imagen. Al principio pensé que era Rachel, que la había descubierto e intentaba adivinar quiénes eran las personas que salían de ella. Solo cuando se volvió hacia mí pensé que no podía ser, que apenas se parecían, que jamás podría confundirlas, ni aunque se pareciesen tanto. Valeria tenía el color y los rasgos de alguien que ya no podía esperar nada, por lo que siempre sería distinguible.

Estaba muy quieta. Parecía disgustada. Llevaba sin verla un mes, desde que me gritó en el aniversario de su muerte, y por un momento sentí miedo por que siguiera enfadada. Me achanté. Ella despegó los labios un momento, como para hacer una pregunta, y luego los cerró de nuevo y suspiró pesadamente

antes de marcharse.

Me habría gustado preguntarle si había podido leer lo que ponía en el reverso, aunque esa parte diera a la pared (tal vez eso está incluido entre sus poderes sobrenaturales), o si se acordaba del texto de la primera vez que lo leyó. Si de ahí venía su expresión de tristeza. Coloqué las cosas, un poco inquieto por haberla visto, y luego me quedé todo el rato sentado tras el mostrador, saludando a la gente que entraba y salía como si fuera una marioneta y alguien me hubiera puesto el piloto automático.

Cuando volvió, más tarde, intenté preguntarle por la fotografía. Se quedó mirándome fijamente y pasó de contestar. Había intentado comentarlo de forma casual, como si en realidad tampoco me importara, pero ella clavó sus ojos en los míos y su silencio hizo que se me quitasen las ganas de insistir, aunque ni siquiera había llegado a fruncir el ceño. Dejé de intentarlo. Me había dado cuenta de que había echado de menos su presencia, y que estuviera aquí de nuevo me pareció absolutamente suficiente.

No tenía que hablar si no quería, pensé, yo podía cantar mientras.

Tal vez fue por su falta de respuesta que la imagen de esas dos mujeres no se me haya borrado del todo. El otro día hasta soñé con ellas, con el momento en el que habían decidido acercarse a alguien para pedirle que les sacara la foto en Praga. En el sueño ese alguien era yo, y de alguna forma era consciente de que la fotografía tenía que quedar perfecta, porque después sería importante; intentaba encuadrarlo todo: las dos torres de la iglesia, el famoso reloj que todo el mundo iba a visitar y las casas de los alrededores, y ellas se reían diciéndome que tampoco me esforzara, que no era para tanto, pero yo sabía que lo sería. Sus voces eran suaves, aunque ahora no puedo recordarlas del todo bien. Me habían pedido a mí que se la sacara porque por alguna extraña razón era la única persona allí que entendía el francés, y hablaron conmigo mientras tanto, preguntándome por qué había ido a Praga y si las había estado esperando. No recuerdo mis respuestas. Lo único que hacía todo el tiempo era sacarles la foto, excepto porque en realidad no lo hacía, y no sé cuánto tardé pero sí sé que durante toda la noche lo único que conseguí fue la imagen colgada de la pared.

Al despertarme, pensé: «No puede quedarse ahí».

Sin embargo, antes de tocarla, quería preguntarle a Val qué hacer con ella.

Como aún no decía nada, tenía mucho espacio para pensar y tener dudas. Me preguntaba a qué venía ese silencio y por qué me provocaba semejante desazón. Necesitaba que me hablara y, como no lo hacía, yo intentaba rellenar ese hueco con mis propias reflexiones. ¿Qué podía significar esa foto para ella? ¿Por qué había puesto esa cara, por qué había dejado de hablar?

Y entonces se me ocurrió algo: porque no lo había solucionado. Porque era una de sus Cosas Pendientes.

Recordaba que me había hablado de ellas alguna vez cuando nos conocimos, aunque solo me contó un par de los «millones» de asuntos que según ella le quedaban por hacer.

«Tengo que solucionar muchas cosas, Simon», me dijo un día, seria, y parecía tan solemne que casi me pareció una niña con un cometido. Siempre tuve la sensación de que Valeria se echaba más cosas a la espalda de las que le correspondían, pero tampoco era la persona indicada para decirle algo, porque en ese momento apenas nos conocíamos.

¿Y si había hecho lo mismo con aquello, añadirse otra responsabilidad?

Podía imaginar perfectamente a la Valeria que había sido mi amiga encontrando la fotografía en aquel libro, sintiendo una pena tremenda y decidiendo que eso era algo que tendría que guardar hasta que pudiera ocuparse de ello, más tarde.

Nadie más ha visto la foto. Ni los clientes, ni mi madre cuando nos hizo una visita ayer para comprar la comida del finde, ni Rachel. Los únicos que sabemos que existe y que está ahí somos María, Valeria y yo, y Valeria y yo no le hemos hablado de ella a nadie. Me preocupa un poco María y que le haya hablado largo y tendido a Rachel de ella cuando yo no estoy, pero lo cierto es que parece discreta. Lo único que ha hecho desde que la encontramos es «venir a verlas», como dice ella, lo que exactamente significa darse un paseo, mirar la foto durante unos segundos y luego comprar una docena de huevos antes de irse.

—¿Estás revendiéndolos o qué? —le pregunto la tercera vez que viene a por ellos.

—Calla, que son las únicas proteínas animales que tomo.

—Pero ¿cuántos huevos comes al día?

—Yo qué sé. Tres o cuatro, depende de lo que me apetezca.

—Eso no es nada normal.

Se encoge de hombros, dice: «Qué más da» y se despide, tranquila.

Así que la foto es una cosa nuestra, de los tres, privada, un secreto que nadie sabe, pero por el que nadie pregunta.

Y, como es una cosa que me pertenece en un tercio, me siento un poco responsable. Ese trozo de papel me atormenta. Las palabras de esa carta nunca me abandonan, así que saco *Los nenúfares* cuando no hay nadie (llevo el libro siempre encuna) y hojeo las páginas, examinando con cuidado la 66 y la 67 por si encuentro algo significativo, pero no hay nada. Quiero decir, no hay pistas, ni palabras marcadas ni mensajes ocultos, así que lo cierro de nuevo y me quedo mirando la portada, que no tiene nenúfares, hasta que decido que la mejor idea es leerlo.

Me parece que si lo leo voy a saber a quién devolverle la carta. Dejo de darle vueltas, vuelvo a enfrentarme a la portada y lo abro:

«En este libro no hay nenúfares. Ni uno».

Capítulo once

«This little bluebird sure won't give it a rest.
She swears that you may be better than all the rest.
I said, "No, you've got it all wrong;
if he was something special, I wouldn't have this song^[11]».

Bluebird, CHRISTINA PERRI

María

Cuando llego a la tienda de Simon me parece que hace un millón de años que no me paso, aunque estuve aquí ayer. Creo que la diferencia es que está Rachel. Me gusta mucho encontrarla, porque hace bastante tiempo que no coincido con ella e incluso me deja darle un abrazo a modo de saludo. Me pregunta qué tal estoy, a lo que respondo que bien, gracias. Siempre es un placer verla; aunque hoy parece un poco cansada, hay una luz que la acompaña siempre y que la ilumina de forma personal, como un foco constante, como para que el mundo no la pierda de vista.

Me cuenta que ha estado muy liada porque está intentando montar una especie de grupo con unas amigas, aunque cuando le pregunto sobre qué es se ríe y me dice que es un poco largo como para explicármelo ahora. «Ya te lo contaré más adelante, si sale. Y espero que salga, la verdad», dice. Por la cara que pone parece ilusionada, pero creo que es mejor no insistirle.

Le digo que vale y que descanse, y ella se ríe y me devuelve un: «Tranquila, no tienes que preocuparte por mí».

Lo dice con tanta dulzura que el corazón me da un saltito.

Una señora entra en ese momento y Rachel va a atenderla. Yo me quedo por allí pululando, haciéndome la interesante como si no me supiera todas las estanterías de memoria. Mis pasos llevan una dirección clara: El Pasillo. *Ese pasillo*. Sin embargo, cuando llego, veo que algo va mal:

la foto ha desaparecido.

Miro en los de alrededor, pero nada. El hueco donde Simon había colocado a las amantes de Praga (a veces las llamo así en mi cabeza, porque he estado pensando mucho en ellas estos días y me parece un nombre bonito) está vacío.

Le echo un vistazo a Rachel, que sigue hablando con la señora sobre los distintos tipos que existen de lo que sea que le ha pedido la buena mujer, y de repente me pone nerviosa la posibilidad de que la haya encontrado. No sé por qué, porque no hay motivo, pero lo hace.

A los cinco minutos vuelven a sonar las campanitas y escucho un «*Salut*» con el habitual tono cero por ciento eufórico de Simon.

Rachel le responde. Yo salgo al pasillo principal para abordarlo y, antes de que diga nada, lo agarro del brazo y lo llevo al hueco.

Ignoro completamente su minigrütito asustado y señalo la pared, mirándolo.

—¿La has despegado?

Se queda mirando fijamente el final de mi dedo, como si no entendiera de dónde tiene que sacar la respuesta, y luego baja la vista a mí con cara de confusión. Parece bloqueado.

Yo bajo un poco la voz para que Rachel no nos oiga.

—¿Dónde está la fotografía?

—Ah —dice finalmente. Parece como dormido—. Sí, la he quitado. La necesito.

¿La necesita?

—¿Para qué la necesitas? —pregunto, confundidísima. No entiendo nada.

En vez de contestarme, Simon se aparta y deshace el camino hasta el pasillo principal. Lo sigo. Se quita el abrigo, entra en la salita tras el mostrador y me deja ahí plantada.

Al cabo de dos minutos (¿qué ha hecho ahí tanto tiempo?) sale y no me mira.

—Hey, Rachel, ya estoy disponible. Cuando quieras.

Ella le dirige una mirada breve y le sonrío.

Me acerco a él otra vez, un poco ofendida.

—Oye, no me ignores. —Me inclino hacia delante, clavando los ojos en su cara—. ¿Qué significa que «la necesitas»?

Suspira.

—No seas ruidosa. —Arqueo una ceja, él gruñe—. Solo es que quiero encontrar a la mujer que escribió la carta, así que necesito la fotografía.

¿Encontrarla?

Mi primera reacción es subir las cejas hasta el infinito, porque definitivamente es la cosa más inesperada del día. ¿Por qué haría eso? O, más concretamente, ¿para qué? No me parece que tenga mucho sentido. No lo entiendo, la verdad, aunque en su voz hay una especie de determinación cansada, como si le hubiera dado *demasiadas* vueltas al asunto.

Así que le sigo el juego.

—Y... ¿cómo vas a hacerlo, si puede saberse?

Se encoge un poco de hombros, incómodo.

—No lo sé. Preguntando en sitios de segunda mano de por aquí, pidiendo información de los distribuidores...

—¿Y crees que así podrías llegar hasta la primera persona que lo tuvo?

Debería, ¿no? Quiero decir, para llegar hasta ahí tuvo que seguir un recorrido.

—¿Crees que se puede hacer eso?

Asiente una vez.

—Sí. O, al menos, eso espero.

Puede que esa sea la razón de que hoy Simon parezca distinto. No tiene los ojos enfadados de todos los días, ni los hombros tensos ni esa expresión general de no querer estar en ningún sitio. Parece... ¿más joven? Y también más ligero. Por primera vez aparenta de verdad sus veinte años. Me alegro del cambio, la verdad, y me alegro de que tenga que ver con la foto de esas dos mujeres.

—Vale. Pues me apunto, voy contigo.

Su expresión se deshace tan rápido que de repente dudo de que en un principio estuviera ahí.

—No.

Estira el cuerpo, se da la vuelta y se va, pasando a mi lado. —¿Qué?

Me giro y empiezo a seguirlo. La señora va tras Rachel hasta el mostrador (ella nos mira confundida por un segundo) y yo lo sigo adonde quiera que vaya, porque está huyendo de mí.

—¿Cómo que no? —pregunto, intentando no hacerlo demasiado alto.

—No vienes, María.

—¡Pero...!

—Esto es mío, tú te quedas.

—¿Cómo que es tuyo? —Me paro en seco, calculando para dónde va a tirar, y lo pillo dándose la vuelta corriendo al verme en el pasillo en el que él iba a entrar. Sigo persiguiéndolo—. ¡Oye, Simon! ¿Cómo que es tuyo, qué demonios significa eso?

La puerta suena, lo que debe significar que la señora ha salido. Nos quedamos los dos quietos. Rachel se asoma un momento al pasillo en el que estamos y nos pregunta qué pasa («¿Qué se supone que hacéis?»), pero contestamos a la vez que nada.

Tras unos segundos mirándonos dice que vale, aunque no suena muy convencida, y añade que tiene que irse a hablar con una tal Marion. Los dos asentimos. Cuando se va, volvemos a mirarnos.

—Es mi foto —sisea él—, así que tú no pintas nada.

Me niego a que me haga esto.

—¡Pero si estaba entre los libros de Rachel! —exclamo.

—Los que quería que mirara, te recuerdo.

—Los que no miraste, *te recuerdo yo a ti*. ¿Me estás vacilando? Si no hubiera venido yo, no la habrías encontrado en la vida. —Se da la vuelta para seguir huyendo, pero no me da la gana—. ¡Oye, Simon! ¡Ya vale, para!

Por alguna razón, lo hace. Estoy a punto de agradecerse, pero me cruzo de brazos y lo miro desde un par de metros de distancia.

Se vuelve hacia mí despacio.

Quiero ir.

—Que no.

La foto la encontré yo. Yo también quiero buscarla.

Simon se encoge, como si hubiera sentido un escalofrío, y mira a su alrededor un momento. Parece frustrado y a la vez un poco desamparado durante solo un segundo.

Después suspira, estira un brazo e intenta apartarse.

Algo que no había planeado aparece de repente y me golpea, tan fuerte que me quedo sin respiración: la irrefrenable sensación de que da igual lo que yo quiera, porque él no me necesita. Es más, no es que no me necesite, sino que no me quiere aquí. No puede esperar a que pare de venir a incordiarlo para dejarme por fin atrás, pero lo cierto es que... no puedo no venir. No por él, sino por Rachel. A lo mejor suena muy estúpido, pero hablar con ella (que ella hable conmigo y me cuente cosas) me alivia, y sin toda la desconexión que supone venir aquí unas horas a lo mejor acabaría hundida en la miseria.

Mi cerebro empieza a pensar que lo que le he estado haciendo a Simon es de verdad acoso y que le he hecho pasar malos ratos cuando me veía aparecer. Que desearía que no volviera. El estómago se me encoge. No puedo creer que le haya hecho eso.

—Estoy muy cansado, María. No seas pesada.

Noto que la garganta me tiembla un poco. El corazón me late más rápido de lo normal. Chasqueo los dedos. Tengo las uñas un poco largas. Me las dejé así porque creí que ya no tendría problema con ellas, pero de repente siento la tentación de clavármelas.

No, María, no lo hagas.

—Vale. No quería molestarte. Perdona.

Vuelve hacia mí la cabeza. A veces, por cómo me mira, me da la sensación de que desconecta. Es algo muy raro. No desenfoca la vista ni nada así, simplemente es como si le llegaran sonidos que al resto de las personas no y tuviera que dedicar un minuto a atenderlos. Me pregunto si es porque soy yo, porque prefiere no estar aquí antes que tenerme delante y, en ese caso, me pregunto cómo tendría que tomármelo.

¿Lo primero que pienso? Que en realidad no puedo culparlo.

Espera unos segundos. Intento que no note que estoy nerviosa y que trato de aliviar de la forma más suave el agobio que acaba de subirme desde el estómago hasta el fondo de la garganta.

Cierra los ojos, como si hubiera algo que no quisiera tener que oír —como si su conciencia o algún otro tipo de vocecilla interior lo estuviera aconsejando— y luego echa la cabeza hacia atrás, mira al techo y suelta un gruñido.

—Si vinieras conmigo, ¿por dónde empezarías?

Me da un salto enorme el corazón.

—¿En serio? —Él arruga la boca y asiente—. Pues... por preguntarle a Rachel de dónde sacó los libros, para empezar. No sé cuántas tiendas de esas puede haber por aquí, pero si supieras a cuál ir directamente se haría todo más corto...

Simon asiente una vez. Yo espero. Espero que diga lo que creo que va a decir, porque eso haría que todos los demonios que acaban de salir a atormentarme se fueran de repente.

Más o menos.

—Vale. —Me mira, y de repente sus ojos parecen mucho más redondos a través de sus gafas de pasta.

—¿«Vale» como... que puedo ir?

—Sí, supongo. Qué más da.

Pum-pum-pum, pum-pum-pum-pum-pum-pum. Pum.

—Vale. Genial. Gracias, Simon.

Pone los ojos en blanco, se vuelve y camina hacia la salita de detrás de la caja. Y, aunque yo había venido a comprar, después de eso vuelvo a casa con las manos vacías.

Capítulo doce

«Y entre tanto alboroto parece que suena
una madera de mi somier que ya no cantaba.
Es el espasmo final tras tanto tiempo,
es el cisne de ébano en este cuento
que no se sabe cómo acaba».

Cementerio de libros, ALVARO MOTA

Simon

Le dije a María que había empezado a leer el libro y que quería acabarlo antes de hacer nada. Le dije que se me había ocurrido que podría contener alguna pista (lo cual es verdad) y ella contestó que le parecía muy buena idea leerlo y que esperaba que lo acabara pronto para que le contase qué encontraba o qué pasaba en general en el libro. Eso tenía sentido. No me había hecho mucha gracia que se uniera a la «misión», lo reconozco, pero es cierto que me pasé tantísimo intentando rechazarla que hasta Valeria dijo que no dejarla participar era ser un monstruo.

Así que accedí.

Lo cierto es que si fuera un poco más amable desde el principio luego no tendría que ir compensándolo todo el rato.

Si me paro a pensarlo, antes era ese tipo de persona. Caigo en la cuenta de

golpe, como si fuera un dato que alguien hubiera alejado a propósito de mí. Mi yo de antes era una persona buena de primeras, alguien que sobre todo ayudaba, alguien que nunca habría sido desagradable como lo fui yo anteayer con María. Hacer algo así, hablarle así a alguien..., nunca se me habría pasado por la cabeza. Y me habría hecho sentir mal, peor de lo que yo me he sentido ahora, por lo menos. ¿Qué me ha pasado?

«Antes eras un pasmarote», oigo a mi abuelo decir desde alguna parte de mi cabeza. Parece que el juego es pisar o ser pisado, sin más opciones.

No paso por casa para dejar la guitarra después de ir al orfanato. Las flores que le he llevado hoy a Valeria eran girasoles; hacía mucho tiempo que no iba. Las antiguas estaban tan secas, tan destrozadas, que ni siquiera habría podido decir qué tipo o de qué color eran cuando las puse allí. Pero da lo mismo: cuando fui solo eran cadáveres viejos colgando de la valla del motel, y eso es triste, porque no tengo excusa para descuidar el único espacio que tengo para cuidar físicamente de ella.

Me estoy volviendo egoísta, lo noto. Cada vez me pudro más por dentro.

«Pero no, Simon, ahora tienes algo que hacer. Has escogido la misión. Y eso vas a hacerlo por ella». Me repito eso, me lo repito hasta el límite, me lo repito hasta que es imposible que surjan dudas de si la razón por la que lo hago es realmente Valeria o si esto también lo haré por mí.

«Que no, que no». Rachel me saluda cuando entro y me dice que esta tarde puede quedarse conmigo, porque hoy no tiene que organizar nada de ese grupo que está creando y del que aún no quiere hablarme. Lleva desde finales del año pasado con él, al parecer, y tiene tantas ideas sobre lo que quiera que sea que están haciendo que no deja de salir y llamar y quedar con sus amigas para contárselas todas. Hacía tiempo que no la veía tan contenta. Está radiante, llena de ganas, y cuando hoy le pregunto cómo es que se está saltando su reunión diaria solo dice:

—Ya tuve suficientes reuniones ayer, quita, quita.

Me ato el delantal, mirándola. Como casi siempre que sale el tema, no puedo evitar preguntar:

—¿Vas a contarme de qué va?

Pero, como siempre, ella solo responde:

—Todavía no, porque no quiero chafarlo. Pero espera, ya verás, ya

verás... Creo que vas a estar un poco orgulloso de mí.

El corazón me late dos veces rápido y me quedo mirándola fijamente, porque sí. Porque sé que lo estaré. Porque ya lo estoy, sea lo que sea que esté haciendo.

Porque, aunque me pese, aunque me moleste y me duela que haya evolucionado *tan rápido*, lo cierto es que detrás de mi envidia está el orgullo de que haya podido salir aunque sea un poco.

Algo que, reconozcámoslo, yo no he hecho.

—Vale, como quieras. Pero espero que sea bueno —bromeo.

—Oh, no te preocupes. Si sale bien va a ser *mejor*.

Después de eso nos ponemos a trabajar. Es lunes, así que hoy hay un montón de cosas que hacer durante todo el día, porque no todos los pedidos llegan por la mañana. Un par de horas después, cuando parece que está todo más calmado, ella se queda en un pasillo reordenando no sé qué y yo me pongo a hacer cuentas, que siempre me entretiene.

Al rato suena la puerta y yo alzo la vista, preparado para atender a cualquier cliente.

—¿Hola?

Una cabeza asoma por la rendija que ha quedado cuando no la ha abierto del todo y sus ojos echan un vistazo al interior, como tanteando. Es un chico. Aparenta ser un poco mayor que yo, al menos por la barba, y tiene una sonrisa juguetona en la cara. Cuando me ve parece satisfecho, aunque no lo entiendo, y mete el cuerpo un poco más, como si hubiera necesitado ver a alguien para dar un paso adelante.

—Hola —respondo.

—¿Es esta la tienda de Rachel Miles? —pregunta—. Traigo un paquete.

A un lado veo aparecer a Rachel, limpiándose las manos en el pantalón.

—Yo soy Rachel, pero no he pedido nada —dice ella, inclinando la cabeza al mirarlo. Tras hacerle un repaso, añade—. Tampoco parece que repartas algo, ¿no?

Cuando vuelvo a mirar al chico, él está completamente blanco.

—E-eh... —Parece de repente congelado, y en su cara ya no hay ni rastro de la expresión de antes—. Tú... ¿Tú eres Rachel? —pregunta.

—Sí. —Ella arquea una ceja. ¿Qué me has traído?

Sin decir nada, aún con los ojos clavados en ella, empuja un poco la puerta y se pega al marco, dejando el espacio libre suficiente para que una figura pequeñita se cuele por el hueco y corra hacia dentro.

—¡Mamá!

Mel aparece de repente junto a su madre, se lanza a su cintura y casi la tira de la fuerza del abrazo.

La chica necesita un par de segundos para poder reaccionar.

—«¡Pero bueno!», *Coucou, petit chat*^[12]! ¿Qué haces aquí?

—Me ha traído él. Papá tenía papeles en la oficina y papi me ha «encomendado» a Eric. ¿Sabes qué significa *encomendar*? —le pregunta.

—Sí, ¿lo sabes tú?

—Sí. Es como mandar una misión. Me lo ha explicado Eric.

—Así que Eric, Eric. —Rachel vuelve a centrar su atención en él. Yo, que no he dejado de mirarlo, veo que parece que se asusta cuando sube los ojos a ella. No ha relajado el ceño en todo el rato—. ¿Cómo es que la traes tú?

—E-eh...

—Pero si ya te lo he dicho yo —protesta Mel—, viene porque no pueden ni papá ni papi.

—Ya, pero le estoy preguntando quién es y por qué Alejandro le ha *encomendado* la misión de traerte.

El chico carraspea. Parece que está haciendo demasiado esfuerzo en no mirarla. Cuando Mel se encoge de hombros y me mira, la saludo sonriendo y se aleja de Rachel para venir hacia mí.

—Eh... Trabajo con Alejandro. Soy modelo en su agencia. ¿*ABe*, la cono...? Bueno, supongo que sí la conoces.

La conozco, la conozco —dice ella, cruzándose de brazos.

—Ya, claro. Bueno, pues yo... trabajo allí con él. Desde hace mucho tiempo. De hecho, probablemente sea de los modelos más antiguos, llevo... llevo siglos allí.

Lo miro. Eric. Modelo. Su nombre me ha sonado cuando lo ha dicho, pero ahora que ha mencionado (que *ha insistido* en) que trabaja en *ABe*, eso significa...

Que tuvo que coincidir con Valeria.

Me fijo en Rachel, pero ella solo asiente. Me encantaría saber si en su

cabeza ha llegado a la misma conclusión que yo.

—No te preocupes, sé que Alejandro no dejaría a Mel con cualquiera. Gracias por traerla. —Sonríe con esa expresión que va más allá de pretender ser simplemente amable, y luego añade—: Lo cierto es que para llevar siglos trabajando te conservas muy bien.

Arqueo una ceja. El chico parece desconcertado. Intenta reírse, sí, pero lo hace como si no supiera muy bien qué ha dicho.

Y, de repente, me parece que ya sé qué le pasa.

—Ya, bueno —murmura, aún con el eco de esa risa residual en la garganta. Se pasa la mano por el pelo un momento, mira hacia un lado—. Creo que tengo que irme. He tomado prestada la limusina con la excusa y me parece que tendría que devolverla... No debería abusar más.

—Por supuesto —responde ella—. Gracias por traerla.

—Sin problema. Adiós.

Se queda mirándola aún unos segundos antes de darse la vuelta e irse. Mel, que tiene la boca llena del bollo que le he dado, arruga la cara.

—Normalmente no se porta así de raro.

Cuando la puerta se cierra, Rachel se encoge de hombros y viene hasta donde estamos para ponerse detrás de Mel y darle un abrazo.

—No te metas con él, peque, que no ha sido tan raro para nada.

—Si *que lo ha sido*.

Mis ojos siguen clavados en el punto por donde el chico se ha ido.

—Ahora vuelvo —le digo a Rachel *entonces, saliendo de* detrás del mostrador. Parece que se sobresalta. Me pregunta adónde estoy yendo, pero no le respondo; me falta poco para ponerme a correr por el pasillo.

Abro la puerta, miro a los lados y por poco lo veo girar la esquina a mi izquierda.

Lo llamo, corriendo tras él. Eric se detiene para buscar de dónde ha venido mi voz. Al verme sube las cejas, lo que supongo que significa que se ha fijado en mí cuando ha entrado en la tienda y que le sorprende verme, pero no dice nada y espera a que llegue a su lado.

—Hola, ¿qué pasa?

—Eres Eric, yo... sé quién eres. —Intento tomar aire, porque he corrido demasiado—. Te... conozco.

—¿Sí? —Manteniendo la expresión de sorpresa, me mira de arriba abajo. A los pocos segundos sonrío de medio lado—. ¿Te van los modelos?

—No, te conozco porque Valeria me habló de ti.

Su cara es un poema. Abre mucho los ojos, muchísimo, y se pone todo blanco otra vez, como ha pasado antes.

—¡Lo sabía! —exclama, retrocediendo un poco—. Cu-cuando la he visto... Es igual que... Son... Esa chica...

—Es su hermana mayor.

—Hermana... —Se queda callado un momento, el ceño fruncido. Sus ojos se dirigen a la calle que acabo de dejar detrás, como si pudiera ver la tienda—. No me... No me acuerdo de si habló de una hermana, pero son... Dios, son idénticas.

—Lo sé.

—Aunque la verdad es que esta parece más simpática.

Sonríe al decir eso, solo un poco, de medio lado. Yo aprieto los labios, aunque parece que solo lo ha dicho porque está nervioso.

Al fijarse en mi expresión suelta una risa.

—Lo siento. Probablemente no debería haber dicho eso, ch..., perdona. No... No era mi intención ofender. Creo que me he puesto un poco nervioso.

Me quedo callado. Él, a los pocos segundos, vuelve a mirarme a la cara y luego suelta un suspiro.

—Lo siento, de verdad. Yo... no sé ni qué decir. No sé qué decirte. —Vuelve a pasarse la mano por el pelo. Sus ojos no han dejado de moverse en la misma dirección—. ¿Qué tal está?

¿Qué tal está... desde...?

—Está bien. Ya ha pasado un año.

—Ya. Lo sabemos. Fue un golpe un poco extraño para nosotros, ¿sabes? Nos enteramos muy tarde. Y nadie se esperaba nada así. Se había ido por un tiempo, por eso no la echamos tanto de menos, y cuando Alejandro nos lo contó...

—Ya, bueno.

Le corto porque no quiero oírlo, sinceramente. No me interesa echarme encima cómo fue perderla para él, un tío a quien hasta hoy no conocía, porque suficiente tengo con lo mío. Aunque no espero que lo entienda. Aparto la vista

porque prefiero no ver la cara de decepción que pone por que lo haya interrumpido (que supongo que pone, vaya..., yo lo haría) y, al cabo de un momento, me doy cuenta de que en realidad no sé qué quería que me dijera, si no eso. ¿Qué esperaba, saliendo corriendo detrás de él?

Cuando lo miro, sus ojos delineados de negro parecen tenerme pena. No me gusta, pero tampoco protesto.

—¿Estabas muy unido a ella? —pregunta con cuidado. Me encojo de hombros—. ¿Eras su novio, o algo así?

—No —respondo, demasiado bruscamente. Guardo silencio durante un segundo, mirando hacia otro lado—. Tengo que irme.

—Sí, yo también. Bueno, hasta luego.

—Adiós.

No espero a ver hacia dónde se va, ni si me mira ni si hay algo en su expresión en lo que debería fijarme. Solo me vuelvo rápido a la tienda y, cuando las chicas me preguntan adónde he ido, no contesto.

Capítulo trece

«I walk out of the dark and into the dark and sit down and wait^[13]».

Mockingbird Wish Me Luck, CHARLES BUKOWSKI

María

Querido Chris (27 de enero).

Es solo la segunda carta larga que te mando, pero es que hoy me siento habladora y me da la sensación de que en realidad no te he contado TANTAS cosas, así que pensé que a lo mejor había llegado el momento de desarrollar un poco más.

¿Qué tal ha sido para ti el principio de año? Para mí, raro. Es extraño sentirse como si hubieras saltado por encima de la Navidad, aunque de

alguna forma supongo que hace bastante que no la celebraba como Dios manda, así que...

Lo más importante que me apetecía contarte es que he vuelto a trabajar (!!!). Espero que no me echen de nuevo, aunque ya tendría que cagarla mucho para que lo hicieran. Es en la residencia de estudiantes donde vivo: limpio los pasillos y los espacios compartidos a cambio de dinero suficiente para pagar la habitación y comer humildemente, lo cual para mí es genial porque ahora mismo tampoco tengo aspiraciones más allá de eso (lo que supongo que ¿es triste?, pero intento no agobiarme de momento).

La verdad es que lo único que me preocupaba cuando me echaron era tener que dejar de dormir en una cama, porque ya probé en su momento alternativas distintas y no me hacen demasiada gracia (una vez dormí en un parque, ¿te lo dije? Fue medio guay porque no hacía frío ni había gente, aunque solo pude estar allí una noche porque

al día siguiente había una pareja chingando en el mismo sitio y me marché). Pero no, la he conservado, y aunque me hayan cambiado de habitación ha tenido sus ventajas. Ahora la comparto con una chica másisima, me da siempre los buenos días y comparte su café soluble conmigo. Además... le hablé de nosotros, porque me preguntó por mi familia (no te enfades), aunque si te consuela, todo lo que dije de ti es cien por cien real. ¡Si hasta le conté que mojas galletas rellenas de chocolate en la leche por las mañanas! O, bueno, mojabas. Lo que sea.

Ella es mi segunda amiga aquí. El otro es un chaval que conocí hace meses y al que he seguido encontrándome por aquí desde entonces. No sé decirte qué tiene, pero es... es alguien especial y a la vez no, ¿sabes? Por algún motivo. Es interesante y aburrido, va de duro y a mí me parece muy blando, es... es una contradicción. Y me ha atraído desde el primer día, porque tiene algo que me

resulta cercano, y conocido y a lo que tiendo, pero la verdad es que no quería usar la palabra «amigo» con él hasta que sintiera que éramos un poco. Estuve persiguiéndolo un tiempo para conseguir su atención..., eso fue gracioso. Seguro que ahora piensas que porqué no dejé en paz al pobre chaval entonces (es algo que tú dirías, «pobre chaval»), pero es que tenía un algo. Ya sabes cómo soy, ¿te acuerdas de mi teoría? Si siento la llamada de alguien, tengo que ser pesada con él hasta que me haga caso. De momento ha ido más o menos bien, creo, así que... bueno, así que fui pesada con él, y aquí estamos.

Creo que Simon no te caería bien. Quiero decir, no tiene nada malo, pero tú dirías que es «borde innecesariamente». Eso sí, me parece que tendrías conversaciones cordiales interesantes, porque los dos tenéis muchas capacidades de debatir, según mi criterio. No sé, en el fondo es más, creo. Solo es que está enfadado. Aún no entiendo bien qué le

pasa, pero tampoco me preocupa; ya llegará el momento de que se lo diga a alguien. Y, si tengo suerte y el destino lo quiere, estaré aquí para verlo.

El caso, que no sé para qué me enrolló. Que espero que estés bien y poder escribirte de nuevo pronto. Todavía me quedan cosas que contarte, pero no quería agotarlo todo a la primera.

Te quiero mucho, pero eso ya lo sabes
De nuevo, espero que estés bien.

María

El móvil empieza a sonar cuando acabo de cerrar el sobre y escribir la dirección de mi hermano y, cuando lo agarro, me sorprende ver que el mensaje de texto entrante es de Simon.

Aunque le di mi teléfono a principios de semana «por si acaso», lo cierto es que no pensé que fuera a usarlo.

El mensaje es bien sencillo:

[27 DE ENERO].

11:16 —He terminado el libro.

Me da un salto el corazón al leerlo y me pongo de pie de golpe.

—¡Danielle! ¿Estás muy liada?

Mi compañera de habitación asoma la cabeza desde su litera, la de arriba.

Solo levanta el libro que tiene en las manos como respuesta.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme corriendo para hacer una cosa y voy en dirección contraria a La Poste. ¿Te importaría echar una carta por mí, si sales? Está preparada en mi escritorio, sello y todo.

—Sin problema. —Ella me enseña el pulgar hacia arriba y yo le sonrío, recogiendo mi abrigo antes de salir por patas.

—¡Eres la mejor, gracias!

Voy directa para allí.



Simon

Los nenúfares me ha acompañado varias noches.

Cuando lo acabo, descubro que en el libro hay solo tres cosas: una historia extraña, párrafos bonitos y el nombre de una ciudad y una fecha al lado de la palabra «Fin»:

Bordeaux, 2 septembre 2004

¿Cuántos años tenía yo en 2004? ¿Ocho?

Es imposible que quien quiera que estuviera en Burdeos hace trece años siga allí ahora. Estoy en mi cuarto, solo, algo cansado por haber leído hasta tarde, y decepcionado.

Bastante decepcionado. Aunque la verdad es que no sé qué esperaba. Me echo hacia atrás en la silla, intentando aplacar un poco la desesperación y, cuando no lo sujeto abierto, *Los nenúfares* se cierra lentamente.

Si no puedo seguir por aquí, no tengo ni idea de por dónde hacerlo.

Unas manos se posan en mis hombros y los aprietan, pero cuando bajo la vista y las miro, no estoy seguro de que hayan llegado a tocarme. Alzo la cabeza para mirar a Valeria. Está junto a mí, observando calmada, y sonrío un poco cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—Estás muy cansado, Simon. Es mejor que te acuestes. Asiento, hipnotizado por su presencia, y me arrastro hasta la cama.

Al día siguiente, en cuanto me levanto (tarde, a eso de las once), recuerdo que le dije a María que la avisaría y le escribo.

[27 DE ENERO].

11:16 —He terminado el libro.

Luego tomo algo para desayunar, me visto y me dispongo a ir a trabajar.

Cuando llego a la tienda ella está en la puerta, esperando sentada con otro de los libros de *Le petit Nicolas* en las manos. El toldo metálico está bajado, así que a Rachel también han debido pegársele las sábanas. Se sobresalta cuando la saludo (de repente, cómo no, parece estar muy contenta) y en cuanto se pone de pie lo primero que pregunta es:

—Bueno, qué, ¿has encontrado algo?

Resoplo sin mirarla.

—En este país lo primero que decimos suele ser «*bonjour*».

Ella se ríe, yo pongo los ojos en blanco y saco las llaves mientras espera a mi lado a que abra. Nos metemos dentro. Me sigue impaciente hasta el mostrador, andando con pequeños saltitos.

Cuando saco el delantal del primer cajón y me lo ato, y solo entonces, me digno a mirarla.

—¿Decías?

Entrecierra los ojos un poco. Yo intento no sonreír para que no note lo divertido que me parece torturarla así.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta—. ¿Has encontrado algo? ¿Sabes ya dónde vivía Aude Leduc?

Frunzo un poco el ceño.

—¿Leduc?

Ella pestañea.

—Eh..., ¿sí?

Ha dicho eso como si fuera obvio, lo cual no entiendo.

—¿Por qué *Leduc*?

—Porque lo pone en la primera página.

Sin decir nada, y casi demasiado rápido, recupero la bolsa en la que he traído algunas cosas y saco el libro. Esta cae al suelo cuando intento dejarla a un lado, pero no me preocupa; planto el libro en la encimera y, cuando voy a abrirlo, ella me lo quita delicadamente y le da la vuelta.

Lo abre. En la primera página, la que suele estar en blanco, hay dos cosas escritas.

Arriba del todo, un número largo e intercalado con puntos que parece una especie de contraseña o algo así; tiene como veinte cifras. Abajo, en la esquina opuesta y escrito con letra muy pequeña, lo siguiente:

Aude Leduc, 1999

En el 99 yo tenía tres años.

—Aude —digo, y no sé muy bien por qué lo digo, si su nombre es la primera cosa que supimos de ella.

(Que se llamaba Aude y que estaba muerta).

—Aude Leduc —repite María, alzando la vista hasta mi cara—. ¿No lo habías visto?

—No. —Frunzo el ceño—. Lo único que he visto es que acabó el libro en Burdeos en 2004. Esas eran mis novedades.

—No sé ni por dónde queda Burdeos.

—En el sudeste. Bastante lejos. Pero da igual porque eso tampoco nos dice nada —digo, cayendo en ello de repente.

—¿Por qué, porque ha pasado mucho tiempo y podría haberse mudado?

—Por eso, y porque podría haberlo acabado en cualquier sitio. Podía haber estado ahí de vacaciones o visitando a su abuela o en el médico. Podría no ser ni francesa.

No había pensado en eso antes, pero lo cierto es que es verdad. No

tenemos nada, solo un nombre.

Y un nombre no sirve de mucho.

—¿No es Leduc un apellido francés? —murmura ella, dubitativa.

—Sí, pero no creo que eso quiera decir nada.

—Pero el libro está en francés, ¿no?

—Podría haber sido belga.

María deja caer los brazos, con los hombros hundidos. Me da la sensación de que la he desinflado demasiado con lo que he dicho, sobre todo después de la cara de ilusión que ha puesto cuando le he dicho que por fin había acabado de leerlo. Me siento un poco mal por haberlo hecho y por haber sido tan pesimista, pero también creo que todo lo que he dicho es verdad y que tenemos cero posibilidades de encontrar a la viuda de Aude, Cécile.

Ha sido un error tener esta idea y molestar a María o ilusionarla siquiera.

Ella mira a *Los nenúfares* como si la cosa no pudiera acabar así o como si le pareciera que es injusto que lo haga. Parece una niña pequeña a quien le han quitado algo que tenía al alcance de la mano, y no dejo de pensar en que no tenía que haber contado con ella porque eso que le han quitado se lo he quitado yo.

Seguro que desea no haberme enseñado la foto en un primer momento.

Aunque da igual, no puede llevársela. No está aquí, está en mi casa. No la he devuelto al libro.

—¿Le has preguntado a Rachel? —pregunta con voz suave, aunque suena un poco desesperado.

Inclino la cabeza un poco, confuso.

—¿El qué?

—De dónde lo sacó. A lo mejor eso podría ser una pista...

No creo —digo, negando—. Probablemente lo sacó de un mercadillo o un contenedor o algo así.

Ella gruñe, cerrando los ojos, y el corazón me late rápido un par de veces porque le he mentado a la cara sin pensarlo.

Yo qué sé de dónde lo sacó. No fue cosa de Rachel. Aunque ella no podría saberlo, claro, porque no sabe nada de Valeria.

Ni quiero que lo sepa.

—Pues nada, supongo. Qué pena. —Suspira, clavando la vista en el libro

—. ¿Puedo llevármelo, aun así? Para leerlo.

—Claro.

—Gracias.

Lo agarra y se lo pega al pecho. Luego sonrío, algo triste. De repente se me ocurre que hay pocas posibilidades de que entienda la mayoría de las palabras y expresiones del libro, pero voy a callarme porque suficiente la he desmotivado ya hoy.

María se va y no me acuerdo de si me despido, solo de que sigo trabajando. Hay mucho que hacer. A la hora o así aparece Rachel, disculpándose por que se le hayan pegado las sábanas («Perdona, es que ayer volví a casa muy tarde...») y despachándome porque va a tener lío mañana y prefiere encargarse ella de esto ahora, así que vuelvo a casa para recoger la guitarra y decido pasarme por el orfanato, aunque se supone que hoy no me tocaba ir.

Pienso, como si acabara de ocurrírseme, que hace un mes o así simplemente habría esperado haciendo cualquier cosa en mi cuarto, pero que ahora necesito algo que hacer.

Algo ha cambiado. El concepto de tiempo ya no es igual para mí.

El último año de mi vida ha sido estático, un desperdicio completo. Pensar en todo el tiempo que he estado parado y en lo poco que he hecho en los últimos doce meses me avergüenza, y la idea de que pueda volver a dejar que pasen las horas y de hacer lo que tengo que hacer solo porque alguien me obliga me genera una ansiedad muy extraña que no conocía antes y que no quiero cerca.

Este libro estúpido era algo que tenía que hacer, un *cometido*. Algo más que una simple distracción. Tras hablar con María, la decepción se ha instalado en mí, de nuevo ese agobio, y creo que no puedo permitirlo. No puedo dejar que algo como eso vuelva a crecer en mí. Tengo que seguir moviéndome.

Por eso voy con los niños, porque la música siempre me ha funcionado. Tocar para ellos tiene, en parte, algo de terapia.

Los peques me reciben cuando llego por la entrada que da a la calle 116, felices de verme. Abro los brazos para recibir a un par de los más pequeños, que me abrazan, y luego saludo con la cabeza a los mayores desde la distancia.

Siempre que vengo se me hace raro volver aquí porque, aunque creo que apenas me quedan recuerdos de cuando mi hogar estaba entre estas cuatro paredes, las sensaciones persisten.

El timbre, por ejemplo; es el mismo que ha habido toda la vida. Cuando llego es justo la hora de comer, y el pitido que indica que todo el mundo tiene que pasarse por el comedor me afecta como si a mí también fueran a alimentarme, aunque no he entrado en esa sala en más de diez años.

En cuanto se van, me paso por el despacho de mi madre para decirle que he venido aunque no lo habíamos hablado y que me quedaré por aquí hasta que Rachel me llame. Ella, que por un momento parece muy sorprendida al verme, se queda mirándome fijamente y acaba asintiendo y volviendo a sus papeles, que mira con muchísimo cuidado y casi con demasiada concentración, casi como si prefiriera fijarse mucho en ellos antes que alzar de nuevo los ojos hacia mí.

Hace frío, así que no salgo. Me quedo en la sala de juegos (aunque aquí no caben todos) y empiezo a tararear algo mientras comen. No se me da bien componer canciones, pero algo intenté una vez, y me gusta la idea de volver a intentarlo. Sé que a los chicos les llevará como una hora terminar, así que me lo tomo con calma. Practico un poco. La guitarra a veces presenta resistencia, como hoy, y parece que tengo que pedirle permiso para tocarla.

Sin poder evitarlo, la última pregunta que me hizo María me vuelve a la mente: «¿Le has preguntado a Rachel de dónde lo sacó?». Un nudo me aprieta el estómago cuando pienso en cómo le he mentado. No, claro que no le he preguntado a Rachel, porque Rachel no lo sabría ni en un millón de años. Sin embargo, la otra hermana...

Cuando miro a mi alrededor veo a Valeria sentada sobre una alfombra con un patrón de calles y carreteras y sujetando una muñeca cualquiera en las manos.

Y sé que ha venido porque la necesito.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Cuando alza la vista hacia mí parece sorprendida. Veo la expresión que tenía mi madre hace unos minutos, esa que dice que no esperaba verme aquí. Sacudo la cabeza y entonces sonrío, más apacible. Luego dice:

—Hola. Y claro, siempre puedes.

—¿De dónde sacabas todos los libros viejos que ibas leyendo?

Inclina la cabeza a un lado. Parece terriblemente poco impresionada. La muñeca da vueltas entre sus dedos, tranquila.

—No lo sé, ni idea.

—¿Cómo que «ni idea»?

—¿Cómo quieres que me acuerde?

Me parece una pregunta rara. Arrugo los labios, decepcionado por la oposición inesperada.

—No lo sé, eran tus libros.

—Ya, Simon, pero ahora estoy muerta.

La forma que tiene de decirlo es tan simple que me hace sentir estúpido.

Echo la cabeza hacia atrás, un poco impactado. La verdad es que no sé cómo funciona la memoria cuando te mueres, pero a lo mejor te olvidas primero de las cosas pequeñas y luego de las personas.

A lo mejor por eso se sigue acordando de mí.

—Vale.

—¿Por qué quieres saberlo?

No respondo inmediatamente y, como no lo hago, ella vuelve la cara hacia la puerta por la que en un rato empezarán a entrar todos los pequeños.

—Nunca había estado aquí antes. Qué espacio tan bonito, la verdad. Viva IKEA.

Dejo de tocar. Ella arruga un poco la boca, pero ya no desaparece. Hace mucho que no lo hace por algo como eso.

—¿Te quedarás?

—¿Dónde?

—Aquí, conmigo.

—Pero ya no estoy aquí ni contigo.

Es mentira. Me sigue a todas partes, incluso cuando no la veo. Lo sé porque lo noto.

—Quiero encontrar a la propietaria de ese libro. La de la foto y la carta. Por eso te lo he preguntado, lo de de dónde los sacaste.

—¿Por qué harías eso? —Frunce un poco el ceño y luego parece sonreír un poco—. ¿Por mí?

No respondo. Ya sabe que la respuesta es que sí.

Parece que intenta fingir que no le importa, pero yo creo que sí le importa y que por eso pone esa cara. Mirando a la muñeca que tiene en las manos, de repente entorna una sonrisa.

Pero no me contesta. Se mueve un poco hacia delante, aún sin moverse, y se pone a rebuscar en uno de los cajones donde se guardan los juguetes.

—Vamos a buscarte un traje de algo importante.

Le pone un vestido de gala y encuna una bata de médico y, en la mano, un diminuto teléfono móvil.

La puerta se abre y uno de los chavales mayores asoma la cabeza y me sonrío, tímido. Me dice que si puede quedarse, que ya no tenía más hambre. Asiento, agarrando de nuevo la guitarra, y le pregunto si quiere que toque algo.

Él asiente efusivamente y me dice que sí, que si no me importa sí, por favor.

Miro de reojo a la alfombra junto a los juguetes, pero ahí ya no quedan espíritus.

Papá dice en la cena que estoy muy callado. Yo respondo que lo estoy siempre. Mamá apunta a que es debido a una adolescencia tardía, y que a ver si se me pasa, y yo le echo una mirada que ella ignora.

Cuando desvía la vista, sin embargo, veo algo que me recuerda a la expresión que tenía cuando me ha visto en su despacho por la mañana, como si estuviera terriblemente desconcertada. Se me quita el hambre después de eso, porque todo me parece estúpido e innecesario, pero como.

En mi corazón, el cansancio de una rendición adelantada. En el fondo de mi mente, la sonrisa invisible e inexistente de quien jugaba conmigo en el orfanato, atormentándome permanentemente.

Me voy a la cama y no tardo mucho en dormirme, pero esa noche tengo pesadillas. Pesadillas de Praga, aunque nunca he estado ahí ni sé cómo son sus calles, y de mujeres muertas que dejan cartas para que yo las lea.

Pesadillas de mujeres un poco decepcionadas por que me haya rendido y me haya quedado inmóvil.

Capítulo catorce

«I moved to an island without roads because I saw you on all of them. I don't wanna forget you, I just want to forget what happened^[14]»

@sunflxwr en Twitter

María

Volver a casa es como salir de un sueño bueno para entrar en otro que se parece terriblemente a una realidad que no me gusta.

Cuando llego a la habitación está vacía, las cosas de deporte de Danielle están tiradas en el suelo, y me quedo mirándolas hasta que tengo la sensación de que han estado ahí desde siempre. Todo es especialmente raro, más que nunca; el cuerpo me pide suelo, como si la gravedad me afectara demasiado, pero en vez de eso prefiero evitar el frío y me pongo el pijama rápidamente, me meto en la cama y me escondo bajo el edredón. Antes de quedarme dormida llamo a la oficina de limpieza para avisar de que estoy enferma porque he pillado un resfriado, y debo sonar muy mal, porque la mujer que responde me dice que vale y que me recupere rápido, y cuelga.

Al día siguiente, cuando abro los ojos, la sensación de cansancio y pesadez no solo sigue ahí, sino que es más grande. Me llevo una mano al pecho. No siento mi corazón, como no lo he sentido otras muchas veces, pero no entiendo muy bien qué he hecho hoy para perderlo. Eso me pone muy triste.

Intento palparme para encontrarlo, pero no está y, solo por si acaso, me levanto y me corto las diez uñas de las manos para prevenir cualquier peligro.

Danielle ha venido y se ha ido en algún momento durante mi sueño, así que cuando me despierto después de eso lo encuentro todo un poco más recogido (se lleva la bolsa de deporte cuando va al gimnasio, así que ya ha debido volver de la universidad..., ah, sí, su portátil está ahí encuna). Estoy otra vez sola. Eso me agobia. Es un agobio muy básico y muy antiguo, algo que no había sentido en mucho tiempo, y me alegro y me frustró al mismo tiempo por haberme quedado sin armas antes de la última siesta, aunque supongo que al final es para mejor.

Sin embargo..., no. No puedo quedarme así, no puede ser lo único. Aún lo siento dentro. Me arrastro hasta el escritorio en la seguridad de mi soledad, saco un folio y me enfrento al papel blanco: se supone que hay algo que siempre me hace sentir bien, algo que por eso mantengo, una única cosa con la que me permito ser egoísta.

Lo único que sale es:

Querido Chris: (

Al intentar decir algo más, se esfuma. Desaparece, como si el mensaje nunca hubiera existido. Mi mano se queda quieta y se me seca la lengua, como si mi mente quisiera asegurarse de que ni siquiera digo las palabras en voz alta.

Así que vuelvo a la cama y me escondo allí y, como la luz que viene de fuera es terrible, agarro una sábana y la engancho a la parte de arriba de la litera para crear un fuerte, una cueva, una cortina que aplaque un poco el brillo y que me alivie.

Vuelvo a dormirme, pero esta vez hay dos imágenes claras rondándome. Veo las figuras de mi madre y de mi padre, aunque no sus caras.

Cuando me despierto otra vez tengo muchísima sed y salgo para reunir todas las botellas que puedo de la nevera y de mi mesa, aunque algunas de las que encuentro no son mías. Las cosas de Danielle ya no están, y sé que solo va

al gimnasio después de ir a clase, así que ha debido pasarse por aquí en algún momento sin que yo me enterase. Eso me hace sentir desprotegida. Dejo las botellas sobre mi almohada (me da la sensación de que está muy caliente) y espero; mientras, miro fijamente el colchón de la cama de arriba y los cuadros que se forman por la presión contra el somier. Y los cuento. No sé cuánto tiempo me paso contándolos. Tampoco sé cómo me siento, pero no me siento bien. Puede que esté enfermando. Y tal vez sea un castigo, enfermar de verdad, sobre todo cuando he mentido sobre ello.

Se me ocurre, de repente, que tal vez solo se me apliquen mis mentiras malas, no las buenas que cuento para gustarle a la gente.

Me incorporo, agobiada. Me parece oír llegar a Danielle, pero no estoy segura, y me gustaría que el sonido se repitiera porque me lo he perdido. Ella es silenciosa, eso tengo que reconocerlo, pero ahora por algún motivo parece que lo ha sido más, como si hubiera tenido cuidado. El cuarto está en penumbra, así que ni siquiera puedo ver su sombra contra mi cortina. Escucho como muy de lejos un «¿María...?», pero no sé si viene de ella o de los cadáveres que he dejado despiertos, así que no respondo. Porque me da miedo. Intento no respirar para que piense que no estoy, y al poco creo que oigo que se mueve de nuevo y que la puerta se abre. Luego se cierra. Y es un momento, pero que desaparezca me hace sentir un poco bien y bastante mal.

Y estoy sola, otra vez. Como siempre.

¿Qué ha causado esto? ¿Por qué me siento así, qué ha sido?

Ha sido algo. El estúpido libro.

No sé de dónde lo saco, pero de repente lo tengo a mano y está sobre mí, en mis piernas. Enciendo una lamparita que tengo enganchada a la cama por dentro; el pequeño foco proyecta un brillo en la portada que hace que no pueda verla bien, pero no me hace falta porque la conozco: las flores, el camino, el efecto de que alguien lo ha coloreado todo con lápices de madera y el título y el autor encajado en un recuadro negro encuna de todo, arriba. *Les nénuphars*. Los nenúfares sin nenúfares. Qué concepto.

Lo abro. Y lo hago porque creo que tengo que abrirlo, porque me parece que estoy a punto de hacerme daño y no quiero hacerme daño nunca más. Intenté hacerle a Moha esa promesa. Acordarme de él de pronto es difícil, como un jarro de agua fría, y los ojos se me llenan de lágrimas al pensar que

no querría tener que darle explicaciones por esto que me está pasando. «¿Por qué ahora, María? ¿Por qué?» Aunque él no haría esa pregunta. Él era bueno y paciente y ya había sufrido suficiente por culpa de las preguntas directas, así que nunca le haría una a nadie.

«Il ni y a pas de nénuphars dans ce livre. Pas un seul.»

Una voz más vuelve, dura y cortante como lo es siempre. La voz de un desconocido que ya no lo es tanto: «Si ni siquiera sabes francés».

Tenía razón cuando lo dijo. No sé francés. Llevo unos ocho meses en Francia y aún no sé ni hablar ni leer bien, no puedo decir nada. No tengo voz.

Pero, por otro lado, siento que nunca he tenido voz.

Todo es mejor cuando duermo.

Hay una manzana y un paquete de almendras en mi cama cuando abro los ojos. No los tengo cerca, pero los toco con el pie cuando me muevo y me extraño un poco porque no tendría que haber almendras ahí. Lo primero que pienso es: «Bueno, al menos no están sueltas», pero luego me doy cuenta que debe significar que es Danielle quien las ha dejado, y me siento rara.

Me las como despacio. Bebo casi medio litro de agua de golpe, luego busco *Les nénuphars* e intento leerlo otra vez.

«Il n'y a pas de nénuphars dans ce livre. Pas un seul.»

»La seule chose qui flotte sur l'eau c'est mon nez, qui est plutôt petit et...»

Respiro hondo. No hay prisa, María, no hay prisa.

«... et a besoin de prendre l'air...»

Asomo la cabeza por la rendija de la sábana. Las cosas de deporte están en el suelo, así que Danielle está en la universidad. Salgo despacio, me siento en mi mesa y veo que allí también hay almendras, justo encuna del folio que saqué el otro día (¿cuándo ha sido?, ¿fue ayer?) para intentar escribir a mi hermano.

Las abro y las dejo a un lado. Me llevo unas cuantas a la boca. Después agarro un bolígrafo y, tras darle un par de vueltas a lo que quiero decirle, me doy cuenta de que aún no sé cómo expresar lo que en realidad no quiero decirle.

Porque esas cosas no tienen nada que ver con plantas ni con mi supuesta nueva vida ni con el color de mi aura ni con pájaros.

Querido Chris (no sé qué día es hoy)

¿Recuerdas cuando éramos pequeños y mamá nos llevó a Francia en mitad de la noche? Yo te preguntaba todo el rato dónde estaba papá y qué había pasado, por qué no había venido con nosotros, y tú solo me abrazabas y me decías que todo iría bien. Luego te quedaste callado. Quería que me dijerais qué había sido de él, pero al final, al cabo de unas semanas, me olvidé de su existencia por completo. Quiero decir que dejé de pensar en él, pasó a formar parte de un plano secundario y no volví a preocuparme por él, hasta el punto de que desapareció de mi cabeza. Y fue fácil, porque era pequeña y los niños pequeños se olvidan de cosas todo el rato.

Después de lo del año pasado había vuelto a echarlo, cuando murió. Pero no solo a él. También a mamá, porque ellos dos van juntos y estarán

conectados para siempre en mi mente, y... a ti. A ti también te estaba echando ¿Qué crees que hago con estas cartas? Dejas de ser una persona real cuando te escribo. Es más fácil enfrentarme a ti así, porque no existes.

No estás ahí, no eres un final. No te llegan estas cartas. No te llegan ¿verdad? Dime que no las lees. No las lees.

No existes. Al final eres un habitante de mi cabeza, y yo te mantengo vivo escribiéndote.

Chris. Chris, Chris, Chris...

Te estás borrando, Chris. Es el tiempo. Ha descubierto que no soy la única persona que ha escrito a sus muertos, y creo que el tiempo los borra a todos, ¿sabes? El problema es que ya no me acuerdo de tu cara, y temo que sin invocarte ya no pueda escribirte ¿Y si...

El boli se detiene. Me tiembla la mano. No, mi mano está quieta; me tiembla todo el cuerpo. Me aparto del escritorio, abriendo los dedos despacio, y abro el único cajón que hay para sacar un sobre. Aún me queda alguno. Si no la mando hoy, no voy a mandarla nunca.

Doblo la página por donde no es, varias veces. El sobre ya tiene la dirección de Chris escrita porque no tengo a nadie más con quien hablar y un día rellené tres de golpe. «María, qué tonta.» Intento meter la carta dentro, pero no cabe demasiado bien al estar mal doblada, y me pongo tan nerviosa que decido apartarme. Y respiro. Ya no puedo quemar nada («María, ya no vas a quemar nada»), pero prefiero apartarme porque, aunque ya no pueda hacerme daño, el agobio viene de todas formas.

Me siento sucia. A pesar de todo lo que he dormido, estoy cansada. Miro a mi alrededor, veo la toalla colgada detrás de la puerta y decido ir al baño. Me vendría bien una ducha.

Me llevo las almendras y me las como por el camino. El neceser con las cosas (el gel, el champú, la esponja y mis cremas) se me clava en el brazo del que me lo he colgado, pero no me importa. Lo más importante de todo, creo, es que no tengo ganas de llorar.

La ducha me sienta muy bien.

Al volver las cosas ya no están en el suelo, pero veo la colchoneta de yoga y una toalla asomar por la parte de arriba de la litera. Alzo los ojos y encuentro a Danielle mirándome desde ahí; me sonrío un poco cuando la pillo, tímidamente. Consciente, me aliso la camiseta y cuelgo la toalla mojada donde estaba antes, intentando aparentar tranquilidad.

—¿Qué tal estás? —pregunta.

—Bien, gracias —respondo, metiéndome en la cama.

Puede que sea un poco maleducado encerrarme otra vez sin más. Ahora que la he visto me siento un poco ridícula por tener la sábana puesta, pero quitarla me parece demasiado de repente, demasiado fuerte. Decido bajarla solo en parte, por un lado.

—¿Ha pasado algo? —pregunta desde arriba.

—No —murmuro. Me parece que he esperado demasiados segundos desde que ella ha hablado para contestar—. No lo sé, ha sido un poco así, sin más. Me pasa a veces.

—¿Quieres hablar de ello?

Sacudo la cabeza. Ella no sabe que he sacudido la cabeza, pero no me veo capaz de decir que no en voz alta. Suelto un ruidito. Intento ponerme a leer de nuevo, pero hay muchas palabras que no entiendo bien y que ralentizan

demasiado mi lectura. Suspiro. La litera se mueve cuando ella baja y me tenso pensando que va a mirarme y a presionarme para que diga algo, lo que sería terrible porque no tengo ni idea de qué decir, pero no lo hace.

Se pone a trastear por la zona que no veo, pasa a mi lado con su bolsa cargada de ropa y luego espera un minuto y escucho de nuevo su voz:

—Voy a la lavandería. ¿Quieres que te baje algo? No tengo muchas cosas, así llenaría la lavadora. No lo sé..., las sábanas o la toalla o...

Sábanas limpias. Solo de pensarlo me relajo. Sí, lavar mis sábanas estaría bien. Después podría colgarlas en la puerta, se secarían enseguida. Me levanto, aceptando su oferta, y le doy las gracias, a lo que ella sacude la cabeza.

Le pregunto si necesita algo. «¿Vas a salir?», responde, y me descubro diciendo que sí, aunque no sé cuándo lo he decidido. Ella también parece un poco sorprendida.

Oh, pues eso es genial. Pues... podrías traer leche, si pasas por la tienda. ¿Te la pago luego?

—Te la traigo gratis, no te preocupes. —Arranco las sábanas y se las paso.

—Gracias. —Las mete en su bolsa y luego se la cuelga al hombro—. ¿Te veo más tarde?

Asiento, sonriendo un poco. Ella se me queda mirando aún un segundo más. Tiene una expresión un poco más preocupada de lo que me gustaría y, cuando pienso en eso, me acuerdo de la comida que me ha dejado por ahí. Me parece que debería agradecersele.

No me da tiempo, sin embargo; antes de que pueda abrir la boca, ella lo hace también y dice:

—Oye, no sé si es raro, pero ¿te gustaría que cenáramos juntas, más tarde? Tengo comida de sobra y puedo cocinar. Y compartimos cuarto, quiero decir... No tenemos que comer solas siempre.

Me cuesta un poco procesarlo. Pestañeo. Ella parece un poco nerviosa.

—¿Cenar? —repito.

Asiente.

—Pues... cenar me parece genial, Danielle. —Intento que la sonrisa sea un poco más grande ahora, para que sepa que, aunque me ha sorprendido, lo digo de verdad—. Gracias.

No dice nada más. Se da la vuelta y se va con la bolsa llena de ropa. Yo me visto de manera un poco más decente, me abrigo bien (aún tengo el pelo mojado y no quiero resfriarme de verdad) y salgo.

Lo único que me llevo es mi teléfono, las llaves, un billete de cinco euros para la leche y el libro. Voy buscando un parque.

Cuando lo encuentro, me siento en el banco que me parece más adecuado y, esta vez tomando aire, empiezo de nuevo:

1.

Il n'y a pas de nénuphars dans ce livre. Pas un seul.

La seule chose qui flotte sur l'eau c'est mon nez, qui est plutôt petit et a besoin de prendre l'air, parfois un cil qui se détache et remonte à la surface. L'eau est toujours dormante dans la baignoire. Souvent invisible et désagréablement transparente, j'aime utiliser de la mousse pour cacher ce qui se trouve en dessous. (C'est moi, ce qui reste en dessous.) ^[15].

Y no lo entiendo todo, pero no me hace falta. Porque no necesito entender. Porque de repente confío en mí un poco (no sé de dónde saco las fuerzas) y empiezo a imaginar lo que significan las cosas con la confianza de que se acercan lo suficiente a lo real como para que nada chirrie. Y me gusta. Aunque sea difícil y confuso, leo y me gusta.

Y entonces, cuando siento que ya he leído todo lo que tenía que leer, cierro el libro despacio y me quedo mirando la portada llena de flores hasta que siento que estoy preparada para volver.

Y vuelvo.

Capítulo quince

«Could a body so preposterous, so easy to destroy (no shell for protection, no weapons for attack), survive in the world? Why hadn't he been turned into a fish? Or a sunflower? A fish or a sunflower made sense. More sense, anyway, than this creature. [...] Had I been transformed into a fish or a sunflower, he thought, I could have lived out my life in peace, without our struggling up and down steps like these^[16]».

Samsa in Love, HARUKI MURAKAMI

Simon

Rachel se está riendo cuando llego. Es una risa maravillosa, aunque no sé si lo pienso porque lo es de verdad o porque viene de ella. La busco por la tienda con la mirada, rápido; el sonido sale del fondo, aunque no la veo junto a la caja, por lo que tiene que estar donde la fruta o donde los congelados.

Cuando llego allí, lo primero que encuentro son dos hombros amplios en una camisa blanca y, después, al bajar la vista, una falda larga. Me quedo mirándola fijamente, porque es negra y tiene flores y flecos y llega al suelo y no me encaja nada aquí, pero cuando alzo de nuevo la vista entiendo un poco mejor a qué se debe.

Es el tío del otro día, que está aquí y se ha vuelto al oírme, y sonrío.

—Hey, ¿qué hay?

La cabeza de Rachel aparece de detrás de él al instante.

Hey, Simon, hola. ¿Te acuerdas de Eric?

Los observo. Hay como un metro entre ellos, poco espacio, y Rachel sigue un poco apoyada contra el congelador, con el cuerpo girado hacia él, aunque ahora yo también haya aparecido.

«Me acuerdo de Eric —pienso—, pero no recuerdo que tuviera nada que hacer por aquí». Ha venido a traer a Mel —añade entonces, como si me hubiera leído la mente, y entorna una pequeña sonrisa—, bueno, a traerla y a vacilarme un poco, en realidad, ¿no es así?

Lo mira de nuevo y sonrío más. Él dice:

—Solo un poco.

—Ah, bueno.

Vuelvo a mirarlo de arriba abajo y arrugo el labio. Me molesta un poco que parezca que va vestido con lo primero que ha pillado y que aun así le quede bien.

—Me falta Mel por aquí, entonces —comento.

—Está en la parte de atrás, pintando —responde Raven—. Dice que es su día libre y que se queda ahí porque no le apetece hacer de encargada. Eso sí, ha sacado tu delantal del cajón y se lo ha llevado puesto porque le gusta mucho.

—Lleva planeando robarlo desde que estábamos en el coche, en realidad —dice Eric—. No dejaba de parlotear sobre cómo parece el vestido de una profesional y la de ventajas que tiene que tenga la parte de detrás libre.

—¿Ventajas como cuál?

—No eran muchas, todas tenían que ver con ir al baño.

Raven suelta una carcajada.

—¿Y has podido conducir hasta aquí con semejante verborrea? Porque es un cielo, pero no habla poco, la niña.

—No te preocupes, después de tres veces ya vengo en plan automático, me he aprendido el camino de memoria.

Ella sonrío y no le dice nada más. Yo frunzo el ceño. ¿Tres? Es solo la segunda vez que yo lo veo.

—Bueno, voy a saludarla —mascullo, y me alejo antes de sentir que me enfado más. Cierro la puerta de la salita cuando entro. El espacio está mejor

iluminado que otras veces, o por lo menos mejor que cuando yo me quedo aquí, y me fijo en las cosas que hay en las baldas de la pared como si no las hubiera visto antes o no me acordara de ellas..., como si no fueran cosas que tengo que saber que están ahí.

Pienso en lo que he dejado fuera, en la expresión encantada que tenía Raven y en que claramente estaba flirteando. Pienso en él, que es modelo y sabe que es guapo y que parecía no dejar de mirarla. Y me molesta. Todo eso me molesta tanto que tengo ganas de tirar las cosas de los estantes al suelo, pisarlas y gruñir como un imbécil, aunque sea por hacer algo que no sea estar quieto.

De hecho, ya siento el gruñido formándoseme en el esternón.

Unos ojos marrones se alzan hacia mí en cuanto cierro y me quedo petrificado. La figura que está sentada a la mesa me observa unos segundos y luego arquea una ceja.

—¿Eso que noto son celos? —pregunta, divertida.

—No.

Valeria sonríe. Tiene un lápiz de color rojo en la mano.

Ya veo, ya. —Desvía la vista un momento a la puerta—. Eric no es mal tío, ¿sabes? Me alegro de que esté por aquí otra vez. Quiero decir, era un poquillo pesado a veces, pero... supongo que tenía su puntillo. —Veo cómo se encoge de hombros, un movimiento casi demasiado fluido, y luego sonríe—. Me gustaba.

—Simon. Simon, oye, ¿qué te pasa?

Pestañeo. Valeria ya no está, solo Mel, sentada a la mesa y con el lápiz rojo bien agarrado. Me observa, muy extrañada. Me fijo en lo que está dibujando (un dragón, creo), pero ella parece que no se preocupa por eso.

—¿«No» qué?

—¿Eh?

—Has entrado y has dicho «No» —dice—. Ni siquiera has respondido a mi saludo.

¿«No» qué?

—Eh..., nada. —Miro a mi alrededor, a la mesa, a lo que está haciendo—. Que no... no puedo creerme que te haya salido tan bien ese dragón, ¿seguro que es un dibujo tuyo? ¡Está muy, muy bien!

No creo que algo así engañe a nadie, ni siquiera a una niña de siete años (por la cara que pone yo diría que efectivamente no ha colado mucho), pero yo me echo hacia delante como si sí y lo miro muy de cerca. Al verme cambiar la atención, ella me acerca la hoja para que pueda verlo, pero no deja de mirarme. Lo cierto es que está realmente bien, no solo *bien-por-decir*, sobre todo siendo tan pequeña... Quiero decir, no sé qué edad hay que tener para dibujar bien o para dibujar así, pero me parece que para los años que tiene lo está haciendo de maravilla...

—Me gusta mucho —digo, carraspeando.

—¿Te pasa algo? —Tiene los ojos muy grandes y muy preocupados.

Que si me pasa algo, dice.

Pues no lo sé, la verdad. Sí, o no, o puede. No tengo ni idea.

—Todo bien —miento, sonriendo—. Me han dicho que tienes mi delantal.

Eso parece ser más o menos suficiente para cambiar de tema. Ella se sonroja un poco y se lleva la mano a la cinta.

—Ay, ups, sí. —Le queda tan grande que se lo ha atado con un buen lazo por delante—. ¿Lo necesitas ahora?

—Un poco. Es mi uniforme y tengo que trabajar.

—Yo también quiero tener un uniforme. Mamá dice que soy la encargada, debería tenerlo.

Sonrío.

—Pues si eres la encargada, sería lo tuyo, tienes toda la razón. —Me quedo mirándola un momento y se me ilumina la mente cuando me acuerdo de algo—. Oye, ¿y por qué no te haces tú uno?

—¿Yo?

Asiento.

—Claro. ¿No querías diseñar, como tu padre y como esa chica, la de los dibujos?

—¿Como Marinette? —Se le ilumina la cara—. ¿Puedo hacerlo?

—Claro que puedes.

—Pero no sé.

—Eres hija de Alejandro, algo se te habrá pegado, digo yo... ¿O no?

Se ríe, feliz. Estoy muy contento (de verdad) por que lo haga. La tensión se me va de los hombros como si fuera agua de lluvia y yo llevara chubasquero.

—¡Vale! Pues voy a hacerlo.

Y entonces agarra otra hoja y casi todos los colores y se dobla otra vez sobre el papel.

—¿Puedo llevar falda? —pregunta.

—Supongo.

—¿Tan larga como la de Eric? Es que a él le queda muy bien. Es tan guapo...

—Digo yo que sí —respondo con un suspiro.

Como la alternativa a estar aquí es salir y soportar a Raven y a Eric charlando, me escurro hasta el suelo y me quedo aquí con ella. Le digo que, si quiere ayuda, estoy a su servicio, aunque sé que no me necesita, y ella asiente distraídamente y sigue.

Al rato, veinte minutos después o así, llaman a la puerta. Raven se asoma.

—Uy, qué apretados estáis aquí. —Se queda mirando a Mel con una sonrisa y luego pasa, entornando la puerta a su espalda. Sus pies quedan justo junto a mi rodilla—. Simon, ha venido a verte María, está fuera.

—¿María?

—Sí. Bajita, pelo negro, ojos azules..., esa María.

—Sé quién es. —Pero me extraña que haya venido, porque llevo sin verla muchos días, como una semana o así—. ¿Te ha dicho qué hace aquí?

—No. Pero supongo que vendrá a verte, ¿no sois amigos? —Antes de que le conteste, vuelve a mirar a Mel y le habla a ella—. Oye, *petit chat*, tengo que irme esta tarde. Te quedas con Simon ahora y luego cuando vuelva te subes conmigo y el abuelo a casa, ¿te parece? Es que tengo una reunión.

—Vale. —Mel ni levanta la vista—. Estoy diseñando.

Rachel sonrío. Yo hago ademán de levantarme. Me tiende una mano para ayudarme, la acepto (cuando la toco, una especie de descarga eléctrica me sube por el brazo en contra de mi voluntad) y luego se echa rápidamente hacia atrás.

—¿Cómo que te vas? —le pregunto, frunciendo un poco el ceño.

—Hoy tengo una reunión en El Havre con las chicas. Tengo que irme ya. Voy un poco pillada de tiempo, de hecho, así que Eric va a hacerme el favor de acercarme con el coche..., pero tenemos que salir ahora.

—Oh, *Eric*.

El nombre me suena ahora muy estúpido saliendo de su boca. Cuando abre la puerta y lo veo a él al otro lado de la tienda, esperando junto a la puerta al final del pasillo, recuerdo lo que ha dicho Valeria:

«Tenía su puntillo».

Se me revuelve el estómago. Raven se deshace del delantal.

—¿Es que os habéis hecho amigos? —pregunto en voz baja.

—Solo se ha ofrecido a llevarme —sisea ella, un poco más cortante de lo que esperaba y echándome una mirada muy dura—. Mira, te veo luego, Simon..., cuídamela.

Salimos los dos, ella delante. Cuando pasa por el pasillo, levanta la mano y dice «Adiós, María»; al girar la cabeza veo que mi amiga está ahí, aunque es casi invisible. La observo. Ha levantado la mano también, sacudiéndola un poco, y sigue con los ojos a Raven hasta que esta llega adónde la espera Eric y salen los dos.

Él se vuelve un segundo y alza la mano para despedirse también. Yo giro la cabeza como si no lo hubiera visto.

María me mira por fin cuando nos quedamos solos. No sé qué clase de poderes tiene, pero me cala al instante.

—Hola. ¿Estás de mala leche?

Suelto un gruñido.

—No —*Sí*—, solo es que esta acaba de encasquetarme a la niña sin preguntarme ni nada, informándome hace treinta segundos.

—¿A qué niña? —Arqueo una ceja—. ¡Oh! ¿Está Mel aquí?

En realidad me parece raro que María la conozca, pero supongo que tiene sentido si antes venía mucho a hablar con Raven y todo eso.

Hago un gesto con la cabeza para señalar hacia atrás.

—Está ahí, pero estaba concentrada, así que interrúmpela luego.

—Jo. —Mira a la puerta como queriendo ir de todas formas, pero luego parece que simplemente lo acepta y suspira—. Bueno, ¿y qué tal? Aparte del cabreo y todo eso.

—Bien. Hace mucho que no te veo, creía que nos habías sustituido por una cadena de supermercados o algo así.

—Siempre me sorprende cuando haces una broma... Como si hubiera venido tanto si tuviera una cadena de supermercados cerca. —Suelta el aire

por la nariz, sacudiendo la cabeza—. Qué va, no he venido porque he estado ocupada. Falté un par de días al trabajo y he tenido que recuperar con horas extra.

—¿Por qué faltaste?

Frunce un poco el ceño, como si no le gustara pensarlo.

—Fie estado mal.

Supongo que quiere decir «mala», *enferma*, pero no lo pregunto. A veces se confunde con las palabras y me parecería muy pedante estar corrigiéndola todo el tiempo.

—Mucha gente pilla catarros en invierno. A ver si consigues una bufanda.

—Ya, sí. A ver. Oh, por cierto. —Alarga un brazo y saca algo del bolso—. Terminé el libro. Me ha costado lo suyo, pero aquí lo tengo: leído de pe a pa.

Me lo tiende con la portada girada para que lea el título, como si hubiera alguna posibilidad de que lo confundiera con cualquier otra cosa.

(Nunca lo confundiría. Lo veo en sueños. Tengo la sensación de que va a perseguirme siempre). Lo miro durante unos segundos antes de decidirme a agarrarlo. No sé si lo quiero, ya no. No sé si... puedo tenerlo. ¿Me lo merezco, habiéndome rendido? ¿Debería quedármelo, guardarlo yo...?

Lo acepto.

—¿Y qué te ha parecido? ¿Te gustó?

—Diría que sí. El balance final ha sido bueno. Ha sido... ha sido como meterme en la cabeza de alguien a quien no conozco y darme cuenta de que ella y yo tenemos fantasmas parecidos. —Sonríe un poco, triste—. Al acabarlo pensé que entendía y no entendía al mismo tiempo por qué alguien se desharía de un libro así.

Lo pienso. Sí que recuerdo que también me pareció extrañamente personal. Me lo paso de una mano a otra, como si quemara.

—Ya, sé por qué lo dices.

—Es una pena lo de la búsqueda, de todas formas —murmura—. Aude subrayó algunas partes muy bonitas, y me ha caído bien por sus notas. Ahora..., no lo sé, estaba leyéndolo y no podía dejar de pensar que me gustaría saber más de ella, que era muy inteligente e ingeniosa. Es una lástima que ya no esté, pero a la vez pienso que aun así todavía podríamos hacer eso por ella.

—Ya —respondo.

El problema es que las partes bonitas no ayudan en nada. No es que Aude «no esté», como ha dicho ella, sino que ha muerto; entre eso y que no tenemos más pistas, me parece que por mucho que busquemos no tenemos ni por dónde empezar. Sé que yo fui el que se obsesionó primero con la idea, pero ¿qué importa? Fue algo de esta semana, y ya ha acabado. Además, las cosas funcionan así, ¿no es verdad? Las cosas van por modas. Algo te obsesiona hoy y se te ha olvidado mañana, así es el mundo: hay cosas, o personas, que dejan de ser relevantes y la gente simplemente pasa de ellas.

Como Aude, que ahora solo existe en esa fotografía de ese libro perdido, o es un fantasma, o las dos cosas.

Parece que María espera que diga algo más. Echa un vistazo a su alrededor, pero como si solo quisiera darme tiempo para añadir algo más sobre lo que ella ha dicho. ¿Qué quiere que diga, que vamos a volver a buscar? ¿Qué vamos a encontrar a su viuda y honrar la memoria de esa señora que una vez fue a Praga y que es partidaria de dar su opinión sobre lo que lee *en los propios libros*? Ni siquiera sé bien qué pienso de eso, la verdad. No sé si es algo que me gusta.

Pero seguro que María es la típica que subraya los libros y dobla las esquinas para marcar por dónde va, y por eso le ha caído tan bien Aude, así que no creo que pudiera discutir con ella.

—Bueno, en fin, ¿cómo estás?

Por un momento alza las cejas, como si yo nunca le preguntara (puf, sí lo hago), pero luego aprieta los labios y desvía la vista. Me pregunto si la cara que ha puesto significa que debería haberme callado, pero, aunque me parece que *tarda en responder* más de lo que sería normal al final se aclara la garganta.

—Bueno..., está siendo raro, estos días. —Alza la vista de nuevo y al encontrarse conmigo entorna una sonrisa, la típica que yo pondría para dejar atrás un tema—. Me parece que es el invierno, ¿sabes? Que dura mucho.

—Ni siquiera está haciendo tanto frío —digo, pero entonces entiendo un poco lo que quería decir, solo después de haberlo soltado.

Tonto, Simon. Eres estúpido.

No necesito un fantasma que me hable para saber que probablemente no

hablara de frío. Me bloqueo un poco ante su expresión de apuro y sorpresa. No puedo preguntarle (tampoco me parece que tenga el derecho de hacerlo, ni sé cómo reaccionaría yo ante lo que pudiera significar eso), así que intento acordarme de algo que me contó la última vez que la vi para intentar tirar de ahí.

—¿La habitación nueva está bien, a la que te cambiaron?

Asiente.

—Eh... bastante. Mi nueva compañera de cuarto es encantadora. Yo diría que nos estamos haciendo amigas. El otro día hasta cenamos juntas, ¿sabes?

—¿Como en una cita?

Sacude la cabeza.

—No, no creo. Simplemente dijo que no tenemos que comer separadas, que es un poco raro, sobre todo cuando lo hacemos a la vez. Me cae muy bien, ¿sabes?

Me alegro por ella. De verdad. Sonrío y, cuando lo hago, ella me imita y se le ilumina un poco la cara. Después se encoge de hombros y se muerde ligeramente el labio inferior.

—Oye, *Sí—mon...*

—¡Lo tengo! ¡He acabado!

La puerta de la salita se abre. Nos giramos. Mel sale dando pisotones alrededor del mostrador y me planta el dibujo en la tripa, ante lo que me sobresalto un poco. Agarro la hoja, le echo un vistazo e intento descifrar qué parte del vestido es cuál entre todos los tonos de verde que ha escogido.

—*Bonjour, monito* —dice María, sonriendo mucho al saludarla.

—¿Qué es eso? —pregunta Mel, inclinando la cabeza—. ¿Qué significa mon... mo-ne...?

—*Monito* es «mono pequeño» en español. —Se ríe—. En plan cariñoso, no que seas un mono de verdad, ¿sabes?

—Pero serlo no es malo. Si fuera un mono de verdad, podría subirme por las estanterías y para llegar al fondo de la tienda no tendría que pisar el suelo.

—No creo que ni tu madre ni Simon te dejaran hacer eso.

—No, no lo haríamos —intervengo, intentando ponerme serio cuando Mel me mira—. Oye, ¿este vestido no es un poco aparatoso para trabajar?

Ella frunce los labios igual que lo hace su padre, Robert, cuando está

contando algo e intenta mantener esa educada compostura canadiense con la que siempre lo cuenta todo, como si todo fuera oficial. Me hace gracia que haya copiado ese gesto.

—¿Tienes algún problema con mi diseño? —pregunta.

—¿Has dibujado esto tú?

María agarra el papel y lo mira. Parece fascinada. Se le pone en la cara una sonrisa enorme, y también abre más los ojos, y de repente se vuelve hacia Mel y parece que va a gritar.

—¡No sabía que pintabas! Yo también lo hago, ¿sabes? Me gusta mucho.

—¿De verdad?

Le da su dibujo y se pone el bolso por delante para empezar a rebuscar dentro. De repente saca un cuaderno pequeño, cuadrado y de tapas negras, y cuando lo abre nos inclinamos los dos sobre ella, porque lo que hay dentro es... inesperado.

—¿Quéééé? —Los ojos de Mel están tan redondos como los míos. ¡¿Los has hecho tú?!

—¿Dibujas? —Parece una pregunta bastante estúpida, sobre todo por lo que tenemos delante, pero al parecer es mi día de soltar estupideces—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace bastante, ¿te crees que se puede dibujar de la noche a la mañana sin trabajo?

Esboza media sonrisa con una ceja alzada, pero la ignoro para quitarle el cuadernito y empezar a pasar las hojas. Está lleno de garabatos, dibujos a lápiz y algunos coloreados con acuarelas que parecen un poco cuarteados («Las pinturas están un poco mal porque no son muy buenas, eran las más baratas que encontré», murmura cuando le pregunto), pero son todos bastante bonitos, incluso los que parecen simples bocetos. Me paro en una página en la que hay muchos dibujos juntos de una cara, y me lleva un segundo reconocer que es la mía.

Ahora el que la mira arqueando una ceja soy yo. Se sonroja un poco.

—Dibujo las cosas que tengo alrededor —dice—. A ti te tengo alrededor muy a menudo, así que...

—Pero esto es de hace tiempo. —Señalo la fecha que ha apuntado abajo a lápiz.

—Ya, porque, como te he dicho, no he empezado a hacerlo ayer.

Sonríó un poco. Sigo hojeándolo. Mel me lo pide con voz suave y se lo dejo agarrar, porque María parece conforme con ello. Se la ve fascinada por el descubrimiento que acabamos de hacer, y no puedo culparla: es bastante impresionante que sepa hacer algo así.

—¿Puedes enseñarme? —le pregunta, alzando hacia ella unos ojos brillantes—. ¿Cómo lo has hecho, por qué te queda tan bonito?

—Es por el tiempo que me he pasado dibujando, pequeñaja. No hay muchos más trucos que trabajar un montón, pero me parecería superbién quedar contigo y que dibujemos juntas, ¿que te parece?

—¡Me parece muy bien! ¿No puede ser ahora?

—Ahora no, ahora no. He venido a darle una cosa a Simon y tengo que irme ya, pero otro día vengo para esto. Que Simon me avise cuando vayas a estar y me traigo mis cosas. ¿Vale?

—¡Vale!

—Vete a practicar, anda —digo—, para sorprenderla cuando venga la próxima vez.

Ella asiente y vuelve a la sala, aunque deja la puerta abierta y mira hacia atrás todo el rato sin dejar de sonreír a María. Yo le devuelvo la libreta.

—Eres una caja de sorpresas, hay que reconocerlo —murmuro, aún bastante impresionado—. Increíble.

—Tampoco exageres. —Aunque pone los ojos en blanco, parece bastante halagada, lo cual me hace sentir bien, y eso no está mal—. ¿Has visto el último?

—¿Qué último?

Vuelve a abrir el cuadernito y lo sujeta por la última página usada.

—Lo hice por nostalgia.

¿Por qué no me sorprende? Obviamente, son las dos mujeres. Son nuestras amantes de Praga, las que abrazan a María y a mí me ahogan, las que nos unieron. Las ha dibujado. Y no son exactamente como en la foto, y lo sé porque me sé esa foto de memoria, pero es una versión bastante cercana teniendo en cuenta que no lo ha hecho con referencias (porque la única referencia posible la guardo yo).

Me sale el aire por la nariz y sonrío.

—Pues claro.

—Ya. Es que las echaba de menos, aunque en realidad no las conozcamos de nada, ¿sabes? Qué tontería.

El corazón se me encoge un poco. La miro sonreír suavemente, observando su dibujo del revés, y me doy cuenta de que las necesita.

De que no sé por qué, porque no la conozco de nada, pero por alguna razón ella necesita a las dos mujeres de vuelta entre nosotros, tenerlas como una meta a la que llegar.

Se despide de mí y me quedo solo con Mel y, a lo largo de la tarde, la gente me entretiene, me pregunta y compra.

A las ocho y media cierro. Estoy bajando el toldo metálico cuando de repente la niña grita: «¡Mamá!» y me vuelvo.

Rachel baja por la calle despacio en nuestra dirección. Nos saluda con la mano y, cuando casi llega a nuestra altura, Mel se separa de mí y corre a abrazarla.

—Hola, *petit chat*. —Sonríe, hundiendo la cara en el pelo rubio de la niña, y me mira a mí—: Hola, Simon. ¿Qué tal se ha portado?

Tan bien como siempre, o sea, fatal.

—¡No me he portado fatal!

—Que no, tonta, que es broma.

Rachel le da un beso en la cabeza y suspira. Me pregunta si hay algo urgente para mañana a primera hora y le digo que le he dejado apuntado qué tiene que pedir y qué cosas ya he resuelto yo. Me da las gracias, aunque un poco seca, y entonces se vuelve para entrar en el callejón por el que ya ha salido corriendo Mel para ir a la puerta de su casa.

La sigo. Intento preguntarle qué tal ha ido, pero ella me responde con frases breves. Eso me hace sentir un poco torpe, y de repente me pregunto si estará cansada, como ha dicho, o si habré hecho yo algo mal. Me quedo un poco atrás, esperando.

Abre la puerta y Mel sube escopetada escaleras arriba mientras grita: «¡Abuelo, abuelo!». Rachel se vuelve hacia mí y vuelve a sonreír de esa forma un poco tirante.

—Pues nada, gracias por quedarte con ella. Espero que no haya sido mucha molestia, con la poca antelación con la que te he avisado. —Agarra con

fuerza la correa de su bolso, sujetándoselo al hombro y poniéndoselo por delante.

Sacudo la cabeza.

—Ha estado muy bien, ha sido casi como si no estuviera.

—Vale. Me alegro, entonces.

Después de mirarme un poco más, se da la vuelta. Es extraño que me despida así y que lo haga en la calle, sobre todo cuando podía perfectamente invitarme a subir y a hablar con el abuelo.

Pone un pie dentro. Una sensación muy rara me sube desde el estómago, como nervios, como una araña que me abraza el pecho, y de repente estoy alargando una mano para agarrarla del brazo.

—Rachel. —Cuando la toco, ella se detiene y solo mira mis dedos cerrados sobre la tela de su abrigo, que la liberan enseguida. Carraspeo y alza los ojos hacia mí, unos ojos que parecen increíblemente poco impresionados, y es eso lo que por alguna razón parece ponerme aún más nervioso.

—¿Qué?

—¿T-te...? ¿Te puedo hacer una pregunta?

Ahora solo me mira fijamente, callada. Ojalá supiera qué está pensando. Frunce un poco el ceño, pero al final dice:

—¿Qué pasa?

—Hum..., eh... A ver, es que...

¿Por dónde empezar? ¿Qué quiero decirle realmente? ¿Es algo específico? ¿Es simplemente hablar con ella de algo? María ha dicho: «Lo hice por nostalgia». A lo mejor no tengo nada que decirle, pero me gustaría poder pensar algo que empezara una conversación, aunque sea por los viejos tiempos...

—Simon, hace frío y estoy cansada, quiero subir ya a casa...

—Eh, sí, es solo... Bueno, n-no creo que lo sepas, p-pe-ro... tú... ¿tú sabes de dónde sacaba los libros Valeria, los que ella leía?

Su cara es un poema. Esa es probablemente la última pregunta que podía esperar de mí, o de nadie, y parece que se queda bloqueada por un momento. La verdad es que ha sido medio improvisada, medio provocada por María. ¿Debería haberla hecho? No lo sé, pero ya es demasiado tarde para arrepentirme de nada, así que...

—Eh... ¿Te refieres a los que doné, dices esos? —Asiento y ella frunce el ceño un poco—. ¿Para qué necesitas eso ahora?

Por supuesto que cree que no tiene sentido. No lo tiene. Ni para mí, no mucho.

—Para, eh..., para comprar algunos. No los mismos, solo... Otros libros, ya sabes. A mí también me gustan los libros, a veces leo.

—Pues me alegro por ti, Simon, pero yo qué sé. —Suspira, se recoloca la bolsa y después se abraza el cuerpo—. La verdad es que ahora mismo no me acuerdo... Y, mira, tampoco sé si debería decírtelo.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Se toma un momento. Mira hacia un lado, incomoda, y vuelve a respirar hondo.

—Porque últimamente estás siendo un cretino. Bueno, y no tan últimamente, la verdad.

—¿Perdón?

Desvía la mirada de forma un poco condescendiente. Tiene pinta de querer irse, pero ahora mismo no me importa lo que quiera, porque merezco una explicación.

¿A qué ha venido eso, tan de repente, tan gratuito?

—¿Qué he hecho?

—*¿Qué has hecho?* —Hay una pausa, una pausa que se me hace muy larga, y luego murmura—: No sé qué percepción tendrás tú de las cosas que pasan, Simon, pero yo estoy ya tan cansada como los demás.

—¿Cansada? ¿Cansada de qué, qué he...?

—Pues de cómo me hablas a mí y de cómo le hablas a la gente. De que parezca que tenemos que pedirte constantemente perdón por... por estar bien, por ejemplo.

Raven alza la vista. No parece estar nada arrepentida por lo que ha dicho y, de hecho, parece bastante más segura de ello ahora que cuando las palabras estaban saliendo de su boca. Me mantiene la mirada. A mí se me encoge el estómago.

Entiendo que me está regañando por contestar tanto, por no dejarme pisotear más, por plantarme ante los demás. Me está diciendo que me porto mal con todo el mundo, ¿no es eso?

Y pienso: «Pero estoy triste».

Agacho la cabeza. Me noto enrojecer. Sacudo la cabeza y busco algo rápido que decir, algo que hacer con mi cuerpo y que, con suerte, haga que esto termine.

Carraspeo.

—Bu-bueno, es igual. Tampoco pensaba que fueras a saberlo, lo de los libros. No tenías que saberlo, era solo una posibilidad... Aunque si me lo hubieras dicho desde el principio, nos habríamos ahorrado tiempo.

Es como si tuviera algo en la garganta. Me atasco, me callo, intento toser un poco. Ella entrecierra los ojos.

—Sí que lo sé. Claro que sé dónde compraba los libros dice.

—¿Sí?

—Sí. Lo sabía todo de Valeria, Simon. Era mi hermana.

«Qué prepotente», pienso, encogiendo un poco el cuello. Que fuera su hermana no quiere decir que tuviera que saberlo, y menos todo. De hecho..., Val decía...

—Pues ella decía que ibas a tu bola y que ni te preocupabas por lo que hacía, que yo recuerde. Decía que te daba igual...

—Simon, cállate antes de que digas algo de lo que vayas a arrepentirte.

Se hace el silencio.

Sus ojos siguen en fijos en mí, y son duros y certeros y claros. Me callo. Claro que me callo, por supuesto, y ojalá lo hiciera para siempre.

Porque me siento como una mierda, porque he visto por dónde iba a tirar y porque sé que, si no me hubiera parado, habría seguido. Porque habría dicho lo que fuera y me habría sentido bien.

Bajo la cabeza, avergonzado. No sé qué decir. Creo que no puedo decir nada. Así que retrocedo un paso, me alejo y huyo de nuevo.

Capítulo dieciséis

«There's a bluebird in my heart that
wants to get out
but I'm too clever, I only let him out
at night sometimes
when everybody's asleep.
I say, I know that you're there,
so don't be sad^[17]».

Bluebird, CHARLES BUKOWSKI

Simon

María viene a la tienda constantemente y, aunque en el fondo me gusta que lo haga, me parece tristísimo que sea su forma de pasar el tiempo libre. En realidad ahora mismo es un poco la única aliada que me queda, así que me alegro de tenerla cerca para cuando me hace falta sentirme apoyado, pero también me parece que lo único que nos une es que somos un par de pringados solitarios sin nadie más a quien molestar.

El lunes a las cuatro en punto, una hora después de que yo haya llegado, ahí está: abrigada, sonriente y con apariencia de contenta, y de alguna forma deja que eso entre con ella en la habitación, como todas las veces.

—¡Buenas tardes! ¿Qué tal estás hoy?

Pongo los ojos en blanco. Dios, si tan solo no gritara siempre. Un señor

asoma la cabeza con cara de molestia desde uno de los pasillos y ella lo ve y se disculpa, pasando rápido hasta donde yo estoy.

—Perdón —susurra (ahora sí, ¿no?). Cuando llega, sonrío de nuevo—. ¿Qué tal todo?

—Bueno, la cosa estaba tranquila hasta que has aparecido.

Arqueo una ceja y ella se sonroja un poco.

—¿Siempre tienes que ser tan desagradable? No me has dicho ni buenos días.

—Buenos días.

—Gracias. Qué, ¿tienes mucho lío hoy?

Señalo la página que tengo delante con la lista de cosas que hacer que entre Rachel y yo vamos apuntando. Solo hay dos tachadas en la página de hoy.

—Tengo que colocar lo que ha venido y hacer unas llamadas antes de las cinco, así que sí, un poco.

—Ah. ¿Me voy?

—No, no. Si no molestas, pero no voy a poder hacerte demasiado caso.

Parece contenta cuando digo que no molesta.

—Me quedo aquí leyendo, no te preocupes —murmura.

—O puedes pasar a la salita y sentarte ahí. Si dejas la puerta abierta y quieres hablar puedo oírte, más o menos.

La boca se le ensancha en una sonrisa gigante y un poco burlona.

—No puedo creerme que me des permiso para pisar la sala vip de este sitio. —Antes de que yo proteste o pueda retirarlo porque es tonta, ella rodea el mostrador corriendo y abre la puerta—. Pero ¡si esto es enano! ¿Cuánta gente cabe aquí?

—No seas ruidosa.

—¡No lo soy!

—Caaalla.

Entra en la salita como si hubiera estado ahí mil veces. Hay algo que me gusta y me incomoda al mismo tiempo de la forma que tiene de acoplarse a los sitios, de ocupar los espacios, como si sintiera que en parte son siempre un poco suyos aunque los pise por primera vez.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar ella deja su bolsa sobre la mesa, saca un libro y también una pequeña libreta de anillas que deja a un lado,

como si esperase necesitarla luego.

Cinco segundos. Cinco segundos y ya se ha acomodado.

Suspiro y sigo trabajando. Sentir que está ahí me hace muy fácil la colocación y nada fácil llamar por teléfono a los reponedores, porque sé que me observa, y eso me motiva y me pone nervioso, según lo que esté haciendo.

—¿Dónde está la calle Montpellier? —pregunta.

Me vuelvo con el teléfono en la oreja mientras espero a que me respondan.

—¿Qué?

—Es por esto. —Levanta un papel haciendo una floritura con la mano y lo sacude—. Lo he encontrado aquí, es un posit que estaba pegado en la estantería.

La puerta suena en ese momento y me vuelvo a mirar. La mujer que entra me saluda. En ese momento me atienden en el teléfono y me centro en lo que estoy haciendo, que es lo que me toca.

Cuando cuelgo y cobro a la mujer, que decide comprarnos media tienda (muchísimas gracias, señora), me vuelvo hacia María.

—¿Qué decías?

—¿Qué?

—Me estabas hablando de algo.

Se queda mirándome fijamente y de repente parece que cae en la cuenta:

—¡Ah! Es verdad. Esto. —Agarra el papel de nuevo y me acerco.

—¿Qué pone?

—Es una dirección. ¿De una *librairie*? Librería La Citadelle, en la calle Montpellier.

—A ver, dámelo.

Librería la Citadelle, calle 92
(Montpellier).
De nada.

Es la letra de Raven.

Le devuelvo el pósito. O sea, que finalmente sí que me ha dado la dirección... Pues no la quiero. No tendría que haberla conseguido así, me hace sentir mal.

—¿Es la letra de Rachel?

Asiento.

—¿Entonces sí lo sabía? ¿Se acordó? —dice María, y sonrío muchísimo. Noto su energía renovada y su emoción, ante las que asiento vagamente—. ¡Genial! ¿Y vamos a ir? Podemos ir ahora, cuando termines. No sé a qué hora es eso, pero... ¿podríamos?

—¿Qué?

Echa la silla un poco hacia atrás y empieza a girar lentamente en ella.

—Verás, yo no tengo nada que hacer hoy y, como en la hora que llevo aquí solo han venido dos personas y eso es poquito para lo que yo he visto otros días, creo que podrías cerrar el chiringuito pronto. Si lo haces..., podríamos pasarnos.

Pestaño.

—Pero no puedo dejar el trabajo así porque sí, no por una... fantasía.

—¿Fantasía? ¿Desde cuándo es la carta de Cécile algo que me haya inventado?

Chasqueo la lengua. No puedo decirle que todo esto está yendo por las malas, que tenía que haber sido más fácil, que en realidad me peleé con Rachel y que me hace sentir mal que ella cediera, porque no solo lo siento como algo triste, sino como algo condescendiente.

Tengo muchas sensaciones, y las odio todas.

—No lo sé, María. No es que sea inventado, es que... ahora que lo he mirado con un poco de distancia me parece un poco imposible. Imposible de conseguir, digo.

—Ha pasado una semana y algo —murmura, un poco decepcionada—. No te ha dado tiempo a poner tanta distancia. Venga, Simon.

Sigo sin entender por qué es tan importante para ti... No estabas tan involucrada antes.

—Te lo dije, sentí... sentí una conexión con Aude. Al leer el libro. Te lo... te lo dije.

Ya, pero...

—Siii-mon...

Cierro los ojos y suelto un resoplido.

Simon Moureau, te estás pudriendo. Pudriendo. Como antes. Eres un pringado.

—Solo sería echar un vistazo —añade. Cada vez usa una voz más baja—. Porfa, porfa, por favor...

—Vale. Pero cállate ya, qué agobio. Y no voy a cerrar antes boy, ya iremos mañana por la mañana, que tengo el día libre.

—¿Sí? ¿De verdad? —Se pone un poco de pie, emocionada, pero le advierto que se relaje con la mirada—. Vale, vale, ya me calmo. Jo. Genial. ¿A qué hora y dónde quedamos mañana?

—¿A las once aquí? O no, no aquí, en la esquina con la otra calle. Te espero.

¡Vale!

Al día siguiente a las once aparece por la calle perpendicular a la del abuelo, andando rápido y con la bolsa de tela que lleva siempre dándole golpes en la cadera. Le hago un gesto de saludo y empiezo a caminar hacia el coche antes de que llegue, para ir abriendo, pero ella se pone a correr y me alcanza enseguida.

Cuando llegamos adónde he aparcado, se planta junto a mi tartana gris, me sonrío y espera a que saque las llaves.

—No sabía que conducías. —Se agacha un poco y se pone a mirar dentro, pegando la cabeza al cristal—. ¿Es seguro?

—¿El qué es seguro, el coche?

—No, que tú conduzcas. —Se incorpora e intenta mirarme por encima del coche—. ¿Puedo fiarme de ti conduciendo?

Resoplo.

—No sé si somos tan amigos como para que me hagas esa pregunta — digo, encajando por fin la llave y abriendo la puerta.

Ella sonrío y se mete también en el coche.

—¿Entonces somos amigos en algún grado?

La miro de reajo brevemente, pero no contesto. En realidad estoy sonriendo, pero muy poco, y prefiero que no lo vea para que no se venga muy arriba. Ella no dice nada más, por suerte, y cuando arranco empieza a toquetear la radio hasta que la enciende y suena una emisora, no sé cuál, probablemente la que estaba escuchando mi madre la última vez que usó el coche. No lo hace mucho, solo a veces, cuando mi padre tiene alguna gestión en El Havre y se lleva el que comparten los dos. A ella le encanta la música antigua, sobre todo Edith Piaf, lo cual en una mujer de su edad no es *para nada* un tópico francés.

—¿Miraste al final dónde estaba el sitio? —pregunta despreocupadamente.

—Sí. Está cerca de la agen... eh... Queda cerca de un sitio donde Rachel solía trabajar antes.

Ella asiente y se queda contenta. Yo frunzo un poco el ceño. No me gusta haber tenido casi un descuido; María no puede saber nada sobre Valeria, o más bien no debería, porque supondría tener que dar millones de explicaciones que no quiero dar.

Suspiro y, cuando le echo una mirada de reajo a mi compañera, veo que ha sacado la libretita de anillas que le vi ayer y que está pasando el boli rápido por encuna.

—¿Ahora no solo dibujas, también escribes? —digo, aprovechando para cambiar de tema.

—¿Cómo que *escribo*? Podría estar haciendo la lista de la compra.

—No creo que te haga falta eso, seamos sinceros, con todo lo que me vienes a ver...

Se ríe, pero, en vez de responder a mi pregunta, lo único que hace es encogerse de hombros y, a los pocos segundos, decir que no sabía lo que era una «*citadelle*^[18]» y que lo buscó ayer en internet antes de acostarse.

—Resulta que es un recinto fortificado en el interior de una ciudad, ¿sabes? Como una muralla por dentro.

Tardamos poco en llegar a la calle Montpellier. Es raro volver a esta zona después de tantísimo tiempo, aunque apenas vine por aquí un par de veces entonces, solo para acompañar a Valeria. De repente, al acordarme de ella, caigo en que hace varios días que no la veo y me pregunto si en todo este tiempo también se habrá pasado por aquí a echar un vistazo. A lo mejor ella

piensa a veces en ellos, en los de la agencia, aunque según me dijo no tenía muy buena relación con nadie allí... Pero, bueno, no lo sé, podría acordarse. O no, no tengo ni idea.

Dios, ¿qué más da? Simon, te pierdes.

Aparco donde puedo en la misma calle y justo entonces se me ocurre que no es precisamente la calle más corta del pueblo y que no tenemos apuntado el número. Suspiro. La idea de María es preguntarle a quien pase, así que hacemos eso (aunque a mí no me haga mucha gracia) hasta que un hombre acaba indicándonos en qué dirección ir y el aspecto que tiene el sitio por fuera. Cuando vemos el cartel, María se emociona tanto que se pone a dar saltitos hacia allí como una niña pequeña. Demasiados saltos, demasiadas risas, demasiado todo..., ¿por quién se esfuerza?

Yo me quedo mirándolo un momento con más cuidado. «Librería La Citadelle, de la cadena Fenice». Cuando bajo la vista, en el cristal del diminuto escaparate hay también unas letras pintadas: «¡Nuevos títulos viejos durante todo el año!».

Menuda tontería.

—Venga, Simon, vamos dentro.

Lo hacemos.

En el interior solo hay tres personas, las tres claramente absortas en un mundo distinto y sin ningún contacto entre sí. Solo una levanta la vista, la que queda más cerca de la puerta, un hombre con gabardina y bufanda que me recuerda a un doctor y que sonrío cuando María le da los buenos días. Esquivamos un par de pilas de libros que parecen estar en medio —el sitio es cuadrado y pequeño, con baldas del suelo al techo y un enorme pilar en el centro de la sala que también han cubierto de estanterías, así que no es muy cómodo pasar— para acercarnos al mostrador de la caja, al fondo, donde un hombre alto en la treintena parece estar registrando los libros de una enorme pila que tiene a su izquierda.

—Buenos días —repite María cuando está junto a él, llamando su atención. Cuando él levanta la vista, una sensación extraña me recorre de arriba abajo, pero no sé decir qué es.

Hola —responde él—. ¿Puedo ayudarlos en algo?

Somos claramente más jóvenes que él ¿y nos trata de usted? No le veo el

sentido.

—Sí —responde mi amiga, que parece haber decidido que hoy va a llevar ella la voz cantante—. Verás... teníamos una pregunta sobre un libro comprado aquí y nos preguntábamos si a lo mejor tú podrías...

Si tiene que ver con una devolución, lo siento mucho, pero siempre hemos intentado dejar clara nuestra política al respecto, señorita. —El tipo levanta la mano para señalar un cartel a su espalda en el que pone: «No se aceptan devoluciones» y, cuando volvemos a fijarnos en él, lo cierto es que parece sentirlo por haber tenido que decirlo—. Los libros son de segunda mano, vienen como vienen, su estado es parte de su encanto y, además, si estuviera roto, tal vez no debería haberlo...

—No venimos porque queramos devolverlo —interrumpo—. Queríamos saber si podría decirnos de quién fue un libro que se compró aquí antes de que lo compráramos, si tienen algún tipo de registro o...

—Es que estamos buscando a la dueña. Había una cosa dentro del libro que queríamos devolverle, ¿sabes? Pensamos que a lo mejor encontraríamos alguna pista que seguir desde aquí.

—Ah. —El chico parece más relajado de pronto, y nos mira a los dos—. Pues la verdad es que no tengo ni idea. Me refiero a que no creo que eso pueda saberse, pero lo cierto es que no sé si ese tipo de registro existe. Yo soy voluntario, no controlo tanto y, además, desde esta oficina poco se puede hacer... Somos casi un mercadillo. De eso tendrían que informarse en la tienda de El Havre, me temo.

—¿Cómo que en la de El Havre? —pregunta ella.

El tipo asiente varias veces.

—Sí, señorita. Nosotros pertenecemos a La Citadelle que hay allí. Somos como una habitación más de las que tienen allí, solo que separada por muchos kilómetros, claro... Nos encargamos de traer excedentes o productos que llevan mucho tiempo en sus estanterías. Ya sabe, la cadena Fenice se caracteriza por garantizar la frescura de los nuevos títulos viejos durante todo el...

—Ya, ya, durante todo el año. Lo hemos leído en la puerta. —Miro a mi alrededor, incómodo—. ¿Ni siquiera tenéis un ordenador aquí? ¿No hay alguna forma de mirar si...?

—Señor, ya le he dicho que desde aquí no tenemos control alguno. Lo siento. Tendrían que ir allí para ese tipo de preguntas. La librería no tiene pérdida, se llama igual que esta y la dirección está en la página web.

—Pero ¿tenéis página web?

María mira a todas partes, como si quisiera comprobar que no ha soñado el aspecto del sitio cuando hemos entrado, y casi entiendo que esté tan sorprendida. Que un lugar tan revuelto y pequeño esté (o pueda estar) relacionado con algo moderno y tecnológico parece un chiste.

El chico se ríe un poco tontamente y asiente.

—Sí, claro que tenemos. O sea, no es solo de La Citadelle, sino de Fenice. Es la cadena de librerías de segunda mano más grande de toda Francia, ¿saben? Nos va muy bien.

—Me alegro —dice ella, educada.

Me aclaro la garganta. María me echa una mirada.

—¿Y cuál es la web?

—Es «Chaîne Fenice» todo junto, punto efe erre. Inolvidable.

—¡Genial! Pues muchas gracias por todo, nos ha sido de mucha ayuda. ¡Hasta luego!

¡Que tengáis suerte!

—¡Sí, gracias! —María se vuelve hacia mí y me fijo en su enorme sonrisa —. Vamos, tenemos que seguir investigando en internet.

Salimos de la tienda y la visita ha sido tan breve que casi me parece que ha sido una pérdida de tiempo. El sol nos da en la cara a los dos, y es un sol casi demasiado cálido para febrero y para el frío que siento en las mejillas. Volvemos al coche comentando el sitio, lo desastroso que parecía (según mi punto de vista) y lo estético al mismo tiempo (según el suyo). Cuando abro la puerta y nos metemos dentro, María dice que lo primero que deberíamos hacer sería buscar en la web, ni que fuera para echarle un vistazo a la dirección que ha dicho el hombre, y le digo que puede hacerlo desde mi móvil mientras volvemos.

—Casi se me había olvidado que el resto de la gente sigue teniendo datos —dice, riendo—. Pásamelo, me pongo a ello.

Me saco el teléfono del bolsillo y se lo lanzo; a ella casi se le cae, pero lo agarra en el último momento. Resoplo y le digo el patrón de desbloqueo para

que entre.

—¿Ya lo tienes? —pregunto al arrancar.

—Pero ¿tú cómo de rápido te crees que tecleo en francés?

—Si no vas a hacerlo bien, aparco en un momento y lo hago yo.

Suelta un gruñido y empieza a murmurar algo en español que no entiendo:

—*Yo lo hago, yo lo hago... Será borde.*

Sigo conduciendo. Para volver a la tienda tengo que salir a la carretera y entrar por otra parte que va más directo, así que tuerzo para allá.

—Bueno, ¿encuentras algo o qué?

—Sí, Dios, no seas impaciente. Estoy en la página oficial, pero no veo nada... Oye, para ser una tienda pequeña tiene muchas pestañitas.

—¿Tienda pequeña? Nos ha dicho que era una cadena de librerías de segunda mano. «La mejor de Francia». —No, no, ha dicho «la más grande de Francia», me parece. ¿Lo será de verdad?

—Yo nunca lo había oído, y llevo viviendo en este país veinte años.

—Uy, espera, espera... Guau.

—¿Qué?

—He entrado en el apartado de «Encuétranos». No te lo vas a creer, pero...

La miro brevemente, tiene los ojos muy abiertos y fijos en mí. Gruño.

—¿Qué?

—Tienen tiendas en un montón de sitios, Simon. En *muchísimos*.

Y entonces empieza a leer la lista de ciudades que figuran en la página que tiene delante, y cada vez que añade uno el alma se me cae un poco más a los pies: Rennes, Calais, Brest, Limoges, Saint-Étienne (¿cuál de todos ellos?), Grenoble, Lyon, Nimes, Périgueux, París, Toulouse, Marsella...

Merde.

—No vamos a encontrarla nunca. Con todas esas ciudades...

Ella guarda silencio, bajando el móvil. Por primera vez no protesta, lo cual es casi más desalentador.

—A ver..., algo se podrá hacer, ¿no? —Escucho cómo suspira, creo que me está mirando de nuevo. Estamos tardando más en la vuelta a casa porque la mala suerte se me ha juntado con quince semáforos en rojo, lo cual es simplemente estupendo—. Mira, vamos de todas formas a la tienda de El

Havre, ¿vale? Nos han dicho que aquí no sabían nada, ya lo has oído.

—Pero cuantas más haya, más sitios en los que preguntar. Y más posibilidades de que nadie sepa nada, ¿no?

—Cambia ese «nadie» por «alguien» y ese «nada» por «algo» y eso podría haber sido un mensaje muy esperanzador si no hubiera venido de ti — murmura.

Sonrío.

—Y eso podría haberme ofendido si tuvieras alguna capacidad de ofenderme —contesto.

Claro, claro, dices eso porque no lo he hecho, ¿no?

También sonrío. Por un momento se me ocurre que a ella en realidad no le hace tanta ilusión que hayamos descubierto esto, sino verme a mí contento con la página y las nuevas direcciones, y su cara parpadea hasta que se transforma en otra que no tiene nada que ver.

Ahí está, la que faltaba.

Pelo rubio en vez de negro, ojos marrones en vez de azules, piel más tostada y lisa que la de la otra.

Y dice:

—Oye, pero esto es genial. La verdad es que no pensé que llegarías tan lejos, no voy a mentirte.

—Vale, pero ¿cuál de todas estas crees que es la buena?

Los ojos de María vuelven a su sitio, borrando los de Valeria. Luego recupera su nariz y el resto de su cara, que es completamente diferente. Mi nueva amiga vuelve a repasar la lista, como buscando el más adecuado, pero es que ni siquiera puedo recordar la mitad de sitios que me ha dicho después de esta breve interrupción.

—Eh... —titubeo.

—¿Cómo vas a saberlo? —dice Valeria desde alguna parte, aunque ya no la veo.

—¿Cómo voy a saberlo?

—No puedes saberlo, obvio, pero habrá una que te llame más que la otra, ¿no? A mí, por ejemplo, me llama Limoges, porque suena a *limones*...

—¿A qué?

—*Citrons* en español.

Se escucha una risa y la cabeza de Valeria aparece entre nuestros asientos.

—Qué tontería.

María abre los ojos y se sonroja, lo cual me confunde, hasta que caigo en que a lo mejor quien lo ha dicho soy yo, sin querer.

Vuelve la cabeza a la pantalla.

—Vale, pues será una tontería, pero ¿entonces cuál, eh?

—Yo qué sé, estoy tan perdido como tú.

—No lo creo, pero, bueno, lo que tú digas.

Por fin llego a la zona y aparco junto a la biblioteca. Le quito el móvil y ella me dedica una mueca, que ignoro.

—Deja que las vea otra vez, anda. —Le echo un vistazo a la pantalla y suspiro—. Yo qué sé, María, son muchísimas...

—Oye, espera —dice, señalando la pantalla—. ¿Y este apartado?

Abro otra pestaña del menú y, cuando la página carga, aparece un formulario.

[<https://www.chaïnefenice.fr/contact/dons>].

Chaîne FENICE

Contact > Dons

Contactez-nous:

Nombre de livres:

Titre (s):

Genre littéraire:

Nom et prénom:

Téléphone:

Ville (et département):

Datos. Información. Para donar algo aquí hay que rellenar esto.

María se ha inclinado sobre mí. Siento su respiración en el brazo hasta que vuelve la cara para mirarme sorprendida.

—Esto... suena como algo.

Como ha pasado antes, su cara parece iluminada por la emoción, aunque sea un poco. Sonríe despacio, como si no estuviera del todo segura de poder

hacerlo. Escucho lo que acaba de decir en mi cabeza: «Esto suena como algo, esto suena como algo». Esto suena como algo, sí. Algo... algo importante.

Algo útil para la búsqueda, que de repente sí parece posible.

—Parece... parece que sí, ¿no?

Empieza a reír.

—Creo que esto es una señal definitiva de que tenemos que ir a El Havre.

Ellos... ellos tienen que saber más, ¿no? Pues vamos.

—Pero ¿vamos a ir así sin más?

—Sí, ¿no?

—¿De verdad?

—¡Claro!

Claro, claro, claro.

—Vale. Vamos. Iremos. A El Havre.

Capítulo diecisiete

«You were mad until it started
singing your favorite song^[19]».

Finch, CAITLYN SIEHL

María

Cuando salgo de la residencia por la mañana para ir a ver a Simon, lo primero que veo al abrir la puerta es que él está ahí, al otro lado de la calle. No recuerdo haberle dado la dirección del sitio, pero no me extrañaría que la hubiera adivinado de alguna forma, porque es bastante listo y, además, una persona del siglo XXI con internet... Aunque sigue siendo raro verlo aquí, porque no pega. Este sitio es mío, de alguna forma, y no lo habría imaginado pisándolo jamás.

Como todavía no ha alzado la vista del teléfono, me quedo observándolo desde donde estoy. Es increíble que pueda parecer desenfocado hasta el punto de ser estético. Incluso es posible que su postura perfectamente imperfecta me moleste un poco. ¿Serán todos los franceses así, hasta los que claramente duermen con la misma ropa con la que han salido a la calle (como es el caso)? Incluso su horrible bufanda amarilla es bonita, y se la ha puesto de tal forma que parece que pertenezca a su cuerpo; es la típica bufanda con la que uno nace, de las que se llevan al cuello toda la vida, y me gusta ver que por lo

menos ahora la suya está un poco suelta.

A los pocos segundos, como si notara que lo miro, alza la cabeza hacia la puerta y clava sus ojos en mí. Me espero que suba una ceja por haberme pillado, algo que es muy de su estilo, pero en vez de eso sonrío ligeramente y alza una mano para saludarme.

¿Sinceramente? Me quedo un poco en *shock*.

¿Tanta ilusión le hará haber retomado esta extraña búsqueda? Si tuve que tirar yo de él...

Bajo la escalera con cara de extrañeza. Él se acerca a mí.

—¿Te he dicho yo dónde vivía? —saludo. Él frunce un poco el ceño.

—¿Hablas tanto que ya no sabes ni qué me has dicho?

—Sí. Puede.

Pone los ojos en blanco.

—Lo comentaste.

Espero no haberle dicho a mucha más gente dónde vivo sin acordarme, porque eso podría ser un poquito problemático.

—¿Qué haces aquí?

—Eh... ¿La librería...?

Inclino la cabeza.

—Ya, estaba saliendo para encontrarme contigo. Pero en la tienda, donde habíamos quedado.

—Bueno, ya no hace falta que vayas, porque he traído el coche y así no tienes que pasearte.

Recuerdo que una vez le dije que voy a todas partes andando porque no tengo dinero para el transporte público. Me conmueve un poco que se haya acordado, pero intento que no lo note porque siendo como es me parece que algún gesto o una exclamación tipo «Ohhh» haría que se estropeará.

—Pues nada, a la aventura de nuevo contigo al volante.

—¿Es que el otro día te pareció que conducía mal?

—No especialmente, pero tu coche va un poquito a pedales.

Pone cara de «ahí tienes razón» y abre. Nos metemos dentro. Es raro, porque me siento como si me hubiera sentado en el asiento del copiloto un millón de veces antes, como si Simon y yo tuviéramos ya algún tipo de rutina: hablamos de cuándo tenemos los dos libre, acordamos un día y vamos en

busca de la mujer muerta, lo cual pretendo que suene menos trágico y más bonito. Ya me imagino escribiéndole a Chris: «Querido Chris: resulta que ese amigo que te dije que no te caería bien es un poco aventurero y me está llevando por toda Francia para buscar una cosa. Además, parece estar ablandándose. No quiero decir que eso último se deba a mis irresistibles encantos, pero... probablemente sí se deba a ellos. ¡Te seguiré informando!».

Puedo parecer un poco tonta, pero me gustaría que más que una ilusión fuera una predicción de futuro. Porque creo de verdad que es cada vez más simpático, o menos antipático, más bien, y me parece que realmente le caigo medio-bien y que no le importa que seamos amigos.

Lo de la carta fue una casualidad maravillosa y, aunque no estoy muy segura de que vayamos a poder llegar al final de este asunto, me parece que vale la pena intentarlo.

—¿Ya buscaste por dónde queda la librería o quieres que use el Maps para ver si la encuentro? —le pregunto, encendiendo la radio y trasteando con las emisoras a ver si hay alguna con música que conozca un poco.

—Traigo el trabajo hecho de casa —contesta—. Es una calle pequeña cerca del centro, así que probablemente no podremos aparcar por allí, pero vamos andando.

—Hace un buen día, así que no debería ser un problema.

Resopla.

—Queda una hora de viaje, espero que no vayas a pasártela hablando del tiempo.

Para su desgracia, no, no lo hago. Para su desgracia, encuentro una emisora que me gusta y me paso la hora de viaje que hay hasta El Havre cantando en un francés más terrible del que tengo al hablar..., por lo bajini, vale, pero cantando.

Por la cara que pone, parece que le han bendecido la existencia cuando encuentra por fin un sitio para aparcar y la radio se apaga.

—Finalmente.

—No seas exagerado.

Caminamos hasta la librería (ahora sí que usamos el Maps porque el señor «traigo los deberes hechos» se ha olvidado del nombre de la calle, bien por él) y, cuando por fin llegamos, nos quedamos los dos petrificados delante.

Por fin. Por fin estamos aquí, lo que nos ha costado. Qué nervios, qué nervios.

El sol nos da en la cara y hacemos el mismo gesto para tapárnoslo con la mano. El reflejo da en el cristal y brilla muchísimo.

No sabía que iba a estar nervioso —murmura.

—Yo también lo estoy, si te consuela.

—La verdad es que no mucho.

—¿Has traído el libro?

Me echa una mirada.

—Claro que lo he traído, ¿por quién me tomas?

Me encojo de hombros.

—¿Y sabemos qué vamos a decir? Tal vez deberíamos ensayar algo.

Sacude un poco la cabeza.

—Creo que probablemente sea mejor si entramos y ya, sin darle más vueltas.

Asiento y tomo aire y, aunque pienso que él debería entrar antes, sé que no va a moverse y doy el primer paso. Me seco las manos en el pantalón antes de abrir y empujo.

Vale, esto ya es otra cosa.

Hay algo en el estilo de esta librería que se sigue pareciendo a la otra, pero aquí hay carteles y etiquetas y todo está mucho más ordenado en general. Obviamente, lo primero que hago es acercarme a la estantería donde está el cartel de «Español», pero Simon me agarra de la capucha y chasquea la lengua.

—Anda, no me fastidies.

—Perdón, perdón, vale. Qué cascarrabias.

Este sitio sí que es grande. Pasamos hasta el fondo, donde hay una caja, pero nadie detrás, y Simon se fija en que hay una puerta abierta a la derecha. Nos acercamos. Al meter la cabeza para echar un vistazo dentro, vemos un pasillo con más estantes llenos a los lados.

—Pero cuánta gente dona libros en esta ciudad, por Dios —murmuro.

—Es la única tienda de todo el Sena Marítimo, así que no vienen libros solo de aquí, sino de muchas comunas y ciudades. ¿Puedo ayudaros en algo?

Los dos nos damos la vuelta de golpe, dando un salto. El corazón me va a

mil por la pillada y la vergüenza. Un señor bajito y de unos sesenta y tantos nos mira con los brazos cruzados sobre el pecho, las cejas arqueadas y cara de molestia, y nos apartamos de la puerta corriendo.

—Lo sentimos —empiezo yo, mirando hacia abajo—. Veníamos a hablar con alguien al mando, tenemos... tenemos algunas preguntas.

—¿Y pensabais que vuestras preguntas eran tan importantes como para entrar a hacerlas en un área restringida al personal de la librería?

—Solo estábamos mirando si encontrábamos a alguien —dice Simón—. No lo hemos visto donde se suponía que debería estar, así que estábamos buscándolo.

—¿Y dónde crees tú que debería haber estado, chico?

Ay, no, no, así no. Así no, que se lía.



Simon

María me pone una mano en el brazo y me echa una mirada como de advertencia. Miro una vez más al señor, que no parece muy contento por lo que he dicho, y supongo que ya que hemos venido aquí a por algo y tenemos que pedirselo a él, me vendría bien callarme.

—No lo sé —respondo, tragándome el orgullo—. Lo siento.

El hombre resopla. Me molesta que no diga que acepta mis disculpas, pero bueno. María se adelanta un poco.

—Creo que hemos empezado un poco con mal pie, y lo sentimos. Veníamos a preguntar por un libro.

—Sí, tenemos bastante de eso por aquí.

Noto a María cortada ante la respuesta y, aunque estaba consiguiendo sentirme de verdad arrepentido por mi bordería automática, vuelvo a

entrecerrar los ojos. ¿Tan molesto estaba que cree necesario ponerse así? ¿No tiene este hombre algún código que lo obligue a tratar bien a todos los clientes...?

—Nos han dicho que desde aquí ustedes podrían resolvernó una duda sobre un libro que compramos...

—No se aceptan devoluciones.

—Ya, eso ya lo sabemos —dice María—. No queremos devolverlo. Si me deja explicarme, lo que quería decir es que nos han dicho que desde aquí podrían intentar buscar el registro del origen de este libro que compramos. Venimos de la otra La Citadelle.

Saco el libro del enorme bolsillo de mi abrigo y se lo tiendo. El hombre lo agarra y lo mira.

—No lo he leído ni me suena. ¿A qué os referís con «el origen»?

—Nos gustaría saber quién lo donó. Hemos visto en la web un formulario que hay que rellenar para hacer una donación, uno bastante completo, y tal vez si ustedes tuvieran un registro donde saliera dónde donaron este en concreto, pues...

El hombre gruñe.

—¿Y para qué queréis saberlo?

María abre la boca, pero yo bufo.

—Por saberlo. Son asuntos personales.

—Ya. —El chasquea la lengua y me acaba devolviendo el libro, luego se aleja un poco—. Lo siento, pero no puedo daros información de ese tipo por *asuntos personales*. Bueno, ni por ninguna otra cosa.

—Pero la necesitamos —insisto, avanzando detrás de él—. No puedo explicárselo, pero necesitamos...

—Estamos intentando dar con la antigua dueña del libro, señor. —Me vuelvo hacia María, que parece mucho más segura ahora y que no titubea al hablar—. Dentro había una fotografía y queríamos devolvérsela.

El librero resopla.

—Hay muchas fotografías en los libros antiguos. La gente se las olvida dentro constantemente por razones que no comprendo. Si fuéramos dando la información de los antiguos dueños a todo el mundo que pregunta por libros así... Bueno, no pasaría nada, porque nadie hace algo semejante. —Nos echa

una mirada de «a excepción de vosotros, que sois raros»—. Pero si a alguien se le ocurriera semejante tontería, esto sería un caos, ¿comprendéis?

—N-no es una tontería —rebato, sintiéndome avergonzado por lo que este hombre está diciendo—. No nos parece una tontería.

—Entendemos que no pueda dar cierta información, pero tal vez... Es que nos vendría bien un poco de ayuda.

—Es importante para nosotros —añado.

Vuelve a chasquear la lengua.

—Pero ¿para qué, qué más os da de quién fuera el maldito libro? ¿Por qué no podéis disfrutar de la lectura y ya está, como hace la gente?

Y entonces caigo: mi abuelo. Este señor es igual que mi abuelo. Es su voz, casi la misma, prácticamente.

De repente, al darme cuenta de eso, me quedo totalmente paralizado.

La verdad es que nunca le diría a mi abuelo que estoy persiguiendo esta pista para saciar a un fantasma.

Pues verás, *monsieur*, lo hacemos para contentar a un fantasma.

Los dos nos volvemos hacia ella. El hombre alza una ceja por quinta vez y a mí se me cae el corazón al suelo.

«La mato».

—¿Perdón? —pregunta el tendero, inclinando un poco la cabeza.

—*María*.

Ella me mira brevemente, pero luego avanza para estar más cerca de él y darme ligeramente la espalda.

—Encontramos una fotografía con una carta detrás en un libro comprado aquí. Una mujer le escribía a su esposa muerta algo muy bonito sobre que ojalá hubieran tenido más tiempo, aunque ahora no puedo resumírselo porque no me acuerdo bien del todo de qué decía.

—¿Una mujer a su *esposa*?

María entrecierra un poco los ojos, ladeando la cabeza.

—Estamos en 2017.

El hombre vuelve a gruñir suavemente, como cediendo, e intenta dejar de arrugar el labio superior. Luego mira hacia el ordenador, suspirando.

María se toma su expresión como un indicativo de que puede seguir.

—Creímos que a la mujer le encantaría recuperar su foto, ¿sabe? Parece

que es de hace tiempo, así que no tendrá el recuerdo muy reciente. Probablemente hasta la metiera en el libro sin querer, porque no es el tipo de cosa de la que uno se deshace.

¿Qué hace? ¿Qué hace? ¿Por qué se lo está contando?

Lo miro. Sigue con la cabeza puesta en el ordenador, como si no quisiera escucharla.

—La ley de protección de datos me impide daros esa información —dice entonces, con ese tono bajo—, por muy bonita que sea esta historia... Si es que es cierta, claro.

María ha conseguido esperar pacientemente a que respondiera. Cuando dice eso, agacha un poco la cabeza.

—Claro que es cierta. Nunca me inventaría los sentimientos de otra persona, y menos para conseguir algo.

Su tono es tan serio y real que hasta yo, que soy el copropietario de la foto y no he abierto la boca, me creo de golpe la veracidad de una historia de la que nunca había dudado.

El hombre suspira.

—Una forma de buscar el origen del libro es saber en qué ciudades se ha donado el título. De ahí ya estaría en vuestra mano engatusar a los encargados de esas tiendas para que os ayudasen otro poco, pero yo paso de hacer nada ilegal.

—Eso sería de muchísima ayuda, señor, gracias.

—Está bien, dadme un momento.

Información, información, información, información. Ha funcionado, ha funcionado, ha funcionado...

No puedo moverme. Estoy tan nervioso que el cuerpo no me responde. Estoy muy contento.

¿Es esto, esto es todo? ¿Ha sido así de fácil?

María se vuelve hacia mí y me mira. Sonríe y parece satisfecha, un poco victoriosa. Si pudiera leerle la mente, estoy casi seguro de que escucharía: «¡Lo hemos conseguido!», pero casi prefiero no hacerlo porque me da muchísimo miedo construir unas expectativas que luego podrían no cumplirse.

—¿Cuál era el título?

—*Los nenúfares.*

Tecleo, tecleo. Pausa.

—Pues mira, no tanta gente se ha deshecho de ese. Lo habríais tenido más crudo si hubiese sido uno de King o ese de las sombras, pero como este pequeño solo han pasado por el sistema unos cinco. No, espera, siete... siete. Ja, parece que casi nadie lo conoce.

—¿Y tiene una lista?

—Sí, ¿te la imprimo?

—Sí, por favor, se lo agradecería.

Ella me mira, sonriendo nerviosa. A mí me va terriblemente rápido el corazón. No puedo creerme que esto esté pasando, es casi como un sueño: un *alter ego* de mi abuelo (como lo recuerdo, como era conmigo hace un año, cuando todavía hablábamos a menudo) está dándonos la clave que necesitamos para seguir con esta locura, y todo gracias a una tipa cualquiera que ha sido lo suficientemente pesada para arrastrarme, pero que no ha conseguido que me harte de ella.

La impresora acaba.

—Aquí tenéis. —El hombre nos mira a ambos fijamente y luego estira despacio el brazo con la lista en nuestra dirección—. Sea lo que sea que hagáis, tanto si es lo que me habéis dicho como si no, tened respeto y cuidado.

—Lo tendremos —dice ella, agarrándola y echándole un vistazo. Mi corazón sigue haciendo ese ruidoso «pum-pum, pum-pum, PUM-PUM» y no soy capaz ni de bajar la lista para intentar mirarla también—. Gracias, gracias, muchísimas gracias.

—Sí, sí. Lo que sea. —Vuelve a chasquear la lengua, algo que al parecer hace *constantemente*, y suspira—. ¿Queréis alguna cosa más? ¿Vais a comprar algo, al menos?

—Yo quiero mirar por aquí —dice María, alzando la vista para mirarme—. ¿Te importa?

Sacudo la cabeza.

—Todo tuyo.

Durante el tiempo que se pasa buscando algo que le interese leer, me desconecto. No sé explicar de otra manera lo que me pasa. Soy plenamente consciente de que la lista es nuestra, de que está en uno de sus bolsillos y de que no me he dado cuenta de en cuál de todos se la ha guardado, lo cual me

pone un poco más nervioso. Por eso tal vez lo de mi estado de hibernación. No puedo leerla y, mientras no pueda, esperaré paciente: mi tiempo tiene que estar dedicado a eso, al fin y al cabo, y mientras descansa será como si en realidad estuviera pasando sobre él.

Al final, María se da por vencida con un suspiro y nos despedimos del librero con un gesto antes de salir. El sol ha cambiado un poco de sitio, así que ya no nos deslumbra. Durante un par de minutos caminamos en silencio calle abajo, como si no tuviéramos nada de qué hablar o no acabara de pasar nada. Luego, despacio, los dos giramos la cara hacia el otro, casi a la vez. Casi como en una coreografía. Sus ojos están grandes y redondos y se muerde el labio; yo tomo todo el aire que puedo, porque me parece que no puedo respirar, y luego suspiro.

En ese momento, saca la mano de su abrigo despacio.

—Siete ciudades —murmura antes de desdoblar la lista.

—Siete posibilidades de encontrar a la propietaria.

Solo después de decirlo se me ocurre que en realidad las posibilidades son ocho, porque aún después de esto podríamos no encontrarla.

Pero no, no. Con todo lo que ha pasado, tenemos que encontrar a Cécile *sí o sí*.

María asiente y abre el papel. No solo es una lista, sino un mapa de Francia con las posiciones marcadas. Los nombres, escritos en mayúsculas, parecen un recordatorio de mis clases de Geografía: Rennes, Calais, París, Périgueux, Burdeos, Lyon y Saint-Étienne.

Tengo ganas de besar la lista. Me siento terriblemente contento, como si de repente estuviera lleno, como si hubiera estado esperando a tener este papel entre las manos para echarme a reír.

Rennes, Calais, París, Périgueux, Burdeos, Lyon y Saint-Étienne.

Sitios de verdad, sitios de verdad, sitios de verdad.

Suelto una carcajada.

—Ya casi está, María.

Ya estamos encaminados. Solo tenemos que investigar un poco, pero el resto...

Me sonrío —es una sonrisa tirante, una que no le he visto demasiadas veces, pero que no me esperaba encontrar ahora— y pregunta si podemos ir a

comer, pues se está haciendo tarde.

En el camino de vuelta, a diferencia de en el de ida, ella no canta. No toca la radio, de hecho; quien lo hace soy yo, y pongo música que hacía mucho tiempo que no escuchaba, música que no necesita que yo toque y que tampoco necesita que esté triste.

Cuando en algún momento la observo, está mirando por la ventana. Me parece que se duerme porque no se mueve ni un ápice, aunque en realidad no sé si ha cerrado o no los ojos y no sé si en lo que dura el trayecto le daría tiempo. Al llegar le doy un toque en el hombro y ella se vuelve casi al instante, sonriendo.

—Ya casi estamos. ¿Dónde te dejo?

—Donde te vaya bien, no me importa.

Empiezo a ir hacia el *Joyer d'étudiants*^[20] donde vive y, cuando se da cuenta, me dice que no hace falta que entre en la calle y que con que pare en la esquina ella ya puede seguir y así no tendré que maniobrar tanto para dar la vuelta.

—Mira, puedes parar aquí. —Lo hago y ella se desabrocha el cinturón corriendo—. Me llevo la lista, ¿quedamos en algún momento para investigar?

No había planeado que la lista fuera a quedársela ella. Me quedo un poco bloqueado.

—¿Tienes el domingo libre? —Asiente—. Entonces el domingo. Quedamos en mi casa, te pasaré la dirección... ¿A las once?

—A las once está bien, supongo. Nos vemos.

María sale del coche y se va calle abajo. Pienso que realmente sí podría haberla dejado en la puerta, pero que no se me ha ocurrido insistir después de que dijera que estaba bien aquí.

Valeria se asoma desde el asiento de atrás, poniendo una mano en cada respaldo de los de delante. Su cabeza aparece cerca de la mía y se queda mirando a María alejarse igual que lo hago yo.

Su figura es un poco borrosa desde este lado del cristal.

—Esa chica está triste —dice.

Muevo los ojos hasta ella. Parece concentrada en no perderla de vista.

—Qué va, estaba bien.

—¿Acaso le has preguntado?

Val se deja caer hacia atrás con cansancio. Me vuelvo para seguir mirándola.

—No, pero no hace falta. Llevo todo el día con ella. Está bien.

Bueno, normalmente no es que seas el más avisado para pillar las cosas, la verdad. Deberías preguntarle.

Respondo con un gruñido y me vuelvo. Arranco. Al mirar por el retrovisor ella ya no está, pero, obviamente, la sensación de lo que ha dicho permanece.

Capítulo dieciocho

«The boy is a bird, a bad bird. He falls out of trees^[21]».

War of the Foxes, RICHARD SIKEN

María

Simon me abre la puerta después del segundo timbrado, cuando estoy a punto de darle otra vez. Parece un poco quemado por algo (más de lo normal, digo), pero decido pasarlo por alto porque esta vez por lo menos me saluda, lo cual no pasa siempre de primeras.

—Hola.

—Hola, siento llegar tarde. He traído palomitas.

—¿Para qué? —Me encojo de hombros, él suspira—. Vale. Anda, pasa.

Lo sigo, cerrando la puerta detrás de mí. La casa es preciosa por dentro, pero, tras un vistazo general, me parece que lo es demasiado. Como si su estética se basara únicamente en su valor decorativo. Él me enseña rápidamente la planta baja —un baño, la cocina y el enorme salón comedor, que ocupa la mitad del espacio de esta planta— y, cuanto más veo, más me da la sensación de que parece que aquí no vive nadie, como si alguien la hubiera preparado para enseñársela a las visitas y, cuando estas se marchan, ellos se movieran a un espacio paralelo con sillones desparejados en los que sí se ha sentado alguien alguna vez.

—Qué bonita —comento sin embargo, quitándome el abrigo despacio y colgándomelo del brazo.

Puedes dejar tus cosas por ahí —dice, señalando un sitio un poco ambiguo—. Mis padres no están hoy, así que había pensado que podíamos quedarnos aquí de momento, que es mucho más cómodo que subir a mi habitación.

La enorme mesa que ocupa el fondo de la estancia parece lo suficientemente cómoda, desde luego.

—¿Qué, no llevas a las chicas a tu cuarto en la primera cita?

Simon me echa una mirada con ambas cejas arriba que es lo suficientemente cortante. Me sonrojo un poco; joder, era una broma, no hace falta que se porte siempre así.

—Vale, perdón, no he dicho nada.

Deja salir el aire por la nariz, sacude la cabeza y pone los ojos en blanco.

—¿Quieres tomar algo? ¿Agua? Voy arriba a por el ordenador, pero la encontraras en la cocina si quieres. Hay una botella en la nevera.

—Estoy bien, gracias.

—Siéntate ahí, donde la mesa del comedor.

Se va y miro a mi alrededor. Es raro, porque esta habitación se parece misteriosamente a los salones de algunas amigas en España: ordenada, pero bastante vacía, con muchísimas cristaleras llenas de vajilla y fotos, y la mayoría de estas de excursiones al campo, bodas y alguna comunión. Me fijo en la de Simon; parece un poco mayor para hacer la comunión, creo, pero aun así está significativamente más pequeño y mono que ahora. Y parece feliz, cosa que tristemente no puedo decir del chico que yo conozco.

Muevo una silla y me siento frente a las fotos. Simon llega en ese momento y deja su ordenador portátil delante de mí. Se me sienta al lado.

—Bueno, al lío. —Abre Google, se dobla sobre el teclado y busca el nombre del sitio—. ¿Seguro que no quieres agua?

—Que no, que no.

—Vale. ¿Tienes la lista?

La saco de mi bolsa y la estiro entre los dos, aunque con los nombres apuntándome a mí. El hombre tuvo a bien imprimirnos el mapa con los lugares señalados, lo cual es bastante cómodo para hacernos una idea de dónde quedan los sitios (sobre todo para mí, que apenas conozco Francia).

—¿Qué quieres hacer con ella?

—Primero, ver cuánto se tarda en llegar a cada sitio desde aquí. Ve diciéndome las ciudades.

Esa parte del trabajo es fácil, sobre todo con Google Maps y su opción de «Cómo llegar»: tres horas, tres horas, tres horas, seis horas, siete horas, siete horas y ocho horas, respectivamente. Le digo que, obviamente, las tres a las que deberíamos ir primero son Rennes, Calais o París, que para algo quedan más cerca (París me hace especial ilusión, la verdad, porque nunca he ido), pero una vez que nos ponemos a comprobarlas él descarta la última porque dice que hay como tres o cuatro tiendas distintas allí y que cree que es mucho lío.

—Pero si hay que buscar, hay que buscar, ¿no?

—Ya, pero me parece mucho más cómodo ir primero. 1 las ciudades donde solo haya un sitio al que ir, no cientos. Se tarda menos y, en el caso de que no la encontrásemos, ya haríamos el esfuerzo de ir allí. Además, si quieres hacer de turista, siempre puedes acercarte un fin de semana, que estará a tres horas de aquí, haya investigación o no.

—Claro —resoplo—, como si yo tuviera el dinero para «acercarme» a París. Andando puede, pero en algo con ruedas...

—Pues andando te llevaría un tiempo.

—Oh, ¿tú crees?

Se ríe echando el aire por la nariz.

—Qué tonta.

Sigue tecleando y aún sonrío un poco más y, probablemente por primera vez, me quedo observándolo e intentando captar detalles suyos. Su cara es completamente diferente cuando está sonriendo.

Por alguna razón, la imagen que tengo de Simon es la de que está siempre nervioso, que vive nervioso. Siempre alerta. Como si estuviera esperando encontrar algún tipo de detonante que le dé la excusa para saltarle a alguien al cuello. Me intriga porque no parece el comportamiento normal de una persona de su edad, de alguien que hace dos días era un adolescente, pero a la vez es justo como se comportaría uno, ¿no? No lo sé, pero Simon es raro. Como si lo persiguieran, como si viera a los muertos, como si tuviera una maldición atada a un tobillo y esta lo siguiera a todas partes.

Es como si hubiera perdido algo en algún sitio y aún no lo hubiera encontrado.

Sea donde sea que tiene ese nudo, espero que se le deshaga pronto... o que al menos alguien le diga que lo tiene, y bien prieto.

Seguimos comprobando las ciudades y buscando las direcciones de las librerías durante un rato. Al parecer, según lo que leemos (y leemos mucho), la cadena fue fundada en el 1996 por un matrimonio de la región de Aquitania que había heredado una biblioteca privada y que decidió poner un puesto. Me parece bonita la idea de hacer algo grande como esto a partir de un hecho casi anecdótico como no tener espacio para poner más estanterías o darte cuenta de que jamás tendrás tiempo para leer un determinado número de libros, y me pregunto si en realidad todas las grandes decisiones se toman así, a partir de minucias, casi de casualidad; si todas las grandes decisiones podrían, en realidad, no haberse tomado.

—Creo que tenías razón, lo más accesible es empezar por Rennes o Calais. —Se queda mirando la pantalla (la ha girado un poco para que yo también la viera, pero ahora no hay ahí nada interesante) y se muerde el labio —. ¿A ti cuál es la que más te llama?

Me quedo mirándolo fijamente. No se ha dado ni cuenta. Esa es la pregunta que le hice hace dos días, por la que me llamó tonta, y ahora le ha salido con tanta naturalidad que casi hasta me ofendo.

—A mí no me llama ninguna, no las conozco.

Mueve el ordenador hacia sí, teclea y luego vuelve a enseñármelo; en la pantalla hay el mapa de Francia, de colores y brillante.

—Rennes está aquí, Calais aquí. Elige tú una.

—Simon, te recuerdo que el mapa lo he tenido yo estos dos días y he tenido tiempo de mirarlo. Sé dónde están, pero sigue sin llamarme ninguna, ¿por qué tengo que elegirlo yo?

El resopla y empieza a gruñir, pero de repente se calla y gira la cabeza. Yo lo miro primero a él y luego al punto donde ha clavado la vista, pero ahí no hay nada. Solo una pared, unas cuantas fotos más (una de Mel que no debe ser de hace mucho) y un par de álbumes. Cuando vuelvo a mirarlo, parece embobado. Embobado y un poco triste.

Carraspeo y mueve la cara hacia mí.

—Calais. Calais es la que más me llama.

—¿Has estado ya ahí?

Espera un poco para contestarme.

—No, pero así la veo, ¿no?

—Ah, ah, ¿quién es ahora el que quiere hacer turismo?

Expulsa el aire por la nariz y sacude la cabeza. En ese momento oímos el ruido de la puerta y los dos miramos hacia allí, esperando.

Desde donde estamos no podemos ver quién es, pero lo escuchamos enseguida: una voz potente y de mujer empieza a saludar a gritos y después otra más baja le hace eco y vuelve a escucharse la puerta. Sus padres. Me da un vuelco el corazón de los nervios, como si hubiéramos estado haciendo algo malo y ellos nos hubieran pillado con las manos en la masa, y cuando miro hacia Simon veo que ha agarrado el papel, lo ha puesto sobre el teclado del portátil y luego ha cerrado la tapa, ocultando toda prueba.

—¿Hola? —se escucha.

—Estoy aquí, madre, deja de gritar.

No me da tiempo a preguntarle por qué llama «madre» a su madre, así tan formal, porque justo en ese momento la nombrada aparece y se detiene en seco al verme allí.

—Oh, hola. ¿Quién eres tú?

No es que lo haya dicho de ninguna forma concreta, pero aun así su forma de hablar ha conseguido clavarme a la silla y hacerme ser consciente de cómo se unen mis músculos a todas mis articulaciones.

—H-hola, me llamo María, soy amiga de...

—Es una amiga mía, mamá.

—Dices «una» como si tuvieras muchas amigas por ahí. —La mujer me dedica una sonrisa breve y luego estira una mano en mi dirección—. Soy Pauline, la madre de Simon. Encantada. Rachel me ha hablado de ti.

¿Rachel le ha hablado de mí? ¿Le ha hablado Rachel, no Simon? ¿Cómo? No lo entiendo...

Aunque, de nuevo, tampoco me da tiempo a preguntarlo, porque me suelta y lo mira a él.

—No sabía que iba a venir nadie, podías haber avisado y preparábamos algo de comer.

—No va a quedarse a comer, mamá, solo ha venido a ver una cosa. — Simon se levanta, agarrando el portátil y guardándose bajo un brazo, y mira hacia la puerta, donde un hombre bajito y fuerte ha aparecido—. Papá, esta es María, una amiga mía. Presentaciones hechas, nos subimos a la habitación.

—Hola —me dice el hombre, levantando la mano brevemente a modo de saludo. A los pocos segundos desaparece, probablemente para colgar el abrigo que tenía a medio quitar.

—¿Seguro que no quieres quedarte? —pregunta su madre, mirándome de arriba abajo cuando por fin me pongo de pie.

De repente me parece que desde donde está puede olerme, y me agobio pensando en que no tengo ni idea de cómo huelo.

—Se... seguro, no... no se preocupe.

Y, aunque Simon haya dicho eso sin preguntarme, lo peor es que de verdad no quiero, porque no me quedaría aquí con la tensión que ha surgido de repente ni por todo el dinero del mundo.

—Se irá antes de comer, no te preocupes. Nos vamos arriba, no nos molestes, por favor.

Él sale delante y yo voy detrás. Cuando ya hemos empezado a subir la escalera que lleva a su habitación, la mujer aparece de nuevo detrás de mí y lo llama.

—Hijo, un momento. Había una cosa que quería comentarte que...

—¿No puede esperar?

Me duele un poco la manera que tiene de hablar con ella, de hacer esa pregunta. Me siento fatal estando físicamente en medio. Lo miro, sin entender del todo bien cómo es capaz de decir algo tan sencillo con tanto desprecio, y el suspiro de su madre se me clava en un costado cuando ella lo suelta.

Le echo un vistazo desde unos escalones más arriba. Parece tan resignada... Pobre mujer.

—Es... es un poco importante.

—Dímelo luego, seguro que si esperas, no se va a morir nadie.

Simon acaba de subir y me da vergüenza seguir mirándola con ese aspecto tan cansado y rendido, porque me parece que no es algo que yo debería estar viendo, así que me disculpo y lo sigo hasta su habitación.

Contra todo pronóstico, el cuarto de Simon no tiene las paredes negras ni

pósteres de grupos de *heavy metal* ni figuritas de juegos de rol que representen la muerte. De hecho, es una habitación de paredes claras, luminosa y mucho más amplia que otras en las que he estado (por ejemplo, las mías).

—Qué limpio —digo, mirando a mi alrededor al cerrar la puerta.

—¿Cómo que «qué limpio»? ¿Qué te esperabas?

Me encojo de hombros.

—La cama deshecha por lo menos.

—Yo siempre hago la cama.

—Me alegro, eso es muy sano. Sigue así.

Simon pone el ordenador sobre el escritorio y se deja caer en la cama con un resoplido. Los muebles son todos iguales, del mismo diseño, uno de esos sets de habitación que a uno le compran cuando es pequeño. Yo tenía uno así en mi primera casa, en la que vivía antes de mudarme a aquel pueblo cerca de Madrid; no son especialmente bonitos, pero son prácticos porque suele haber muchos compartimentos y cajones y van bien para cuartos pequeños, aunque tienen el problema de que cuando creces parece que le has robado la habitación a un niño.

Como si estuviera en mi casa, agarro la silla con ruedas y la aparto para sentarme, girándola hacia él. Simon me ve hacerlo, pero no dice nada, ni siquiera se mueve.

Ha apoyado los codos en las pantorrillas y tiene ambas manos cubriéndole la boca, como si esperara o pensara o simplemente estuviera muy disgustado.

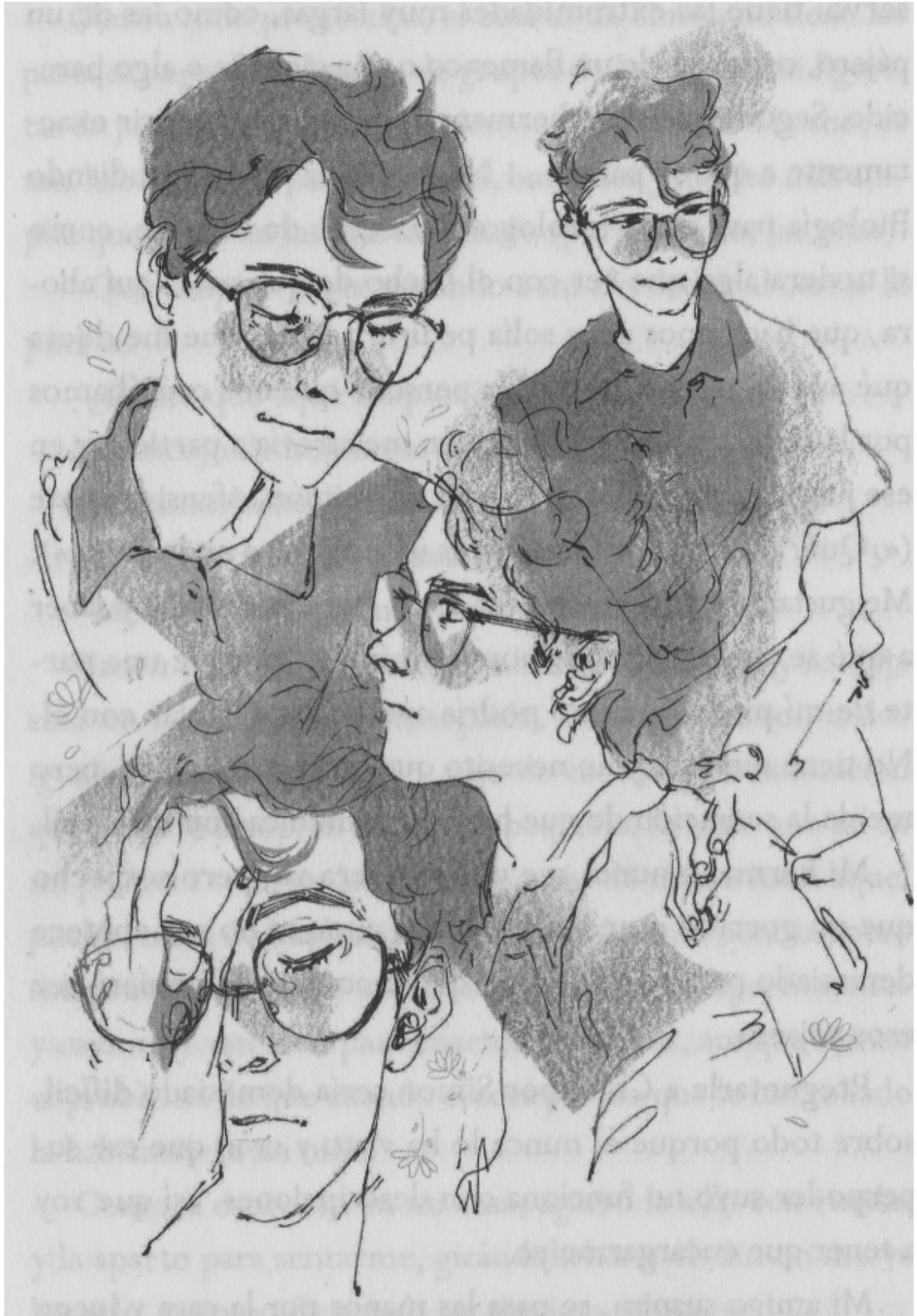
Sin decir nada, y casi de reojo mientras finjo que en realidad estoy mirando sus estanterías desde mi sitio, lo observo: tiene las extremidades muy largas, como las de un pájaro, como las de un flamenco o una cigüeña o algo parecido. Seguro que si mi hermano lo viera, sabría decir exactamente a qué se parece... No por nada estaba estudiando Biología para ser ornitólogo. Recuerdo de repente, como si tuviera algo que ver con el hecho de que esté aquí ahora, que hace unos años solía pedirle a Chris que me dijera qué ave le pegaba ser a cada persona que nos cruzábamos por la calle, y a veces yo también me atrevía a participar en ese juego, aunque fallando, para su opinión, ofensivamente («¿Qué? ¡María, por Dios, no es un periquito ni de coña!»). Me gustaría acordarme de las cosas que me contaba y saber a qué se parece Simon ahora al mirarlo, porque una parte de mí piensa que eso podría ayudarme a

hablar con él. No tiene sentido, y no necesito que nadie me lo diga, pero me da la sensación de que haría la comunicación más fácil.

Mi hermano nunca me dijo cuál era yo, pero sospecho que un gorrión o una golondrina, aunque no me apetece demasiado pensar en ello porque creo que solo quiero ser esos pájaros.

Preguntarle a Chris por Simon sería demasiado difícil, sobre todo porque él nunca lo ha visto y creo que ese superpoder suyo no funciona con descripciones, así que voy a tener que encargarme yo.

Mi amigo suspira, se pasa las manos por la cara y luego se echa el pelo hacia atrás, apartándose de la frente ese mechoncito que tiene siempre sobre un ojo. Respira hondo durante unos segundos.



—En fin, no sé para qué hemos subido, si casi habíamos terminado...

Me encojo de hombros y no digo nada más porque estoy intentando recopilar todo lo que sé de él, aprender de lo que veo y pensar un poco.

Se pone de pie y se acerca a mí para recuperar el ordenador en un movimiento bastante errático. Lo observo cuando regresa a la cama y vuelve a sentarse.

Simon tiene omóplatos de garza, unos hombros extremadamente huesudos, como si se tratara de alas. Como si fueran la percha de la que cuelga su largo cuerpo. Verlo caminar me abruma porque intuyo un peligro, o de que se caiga o de que vuele y desaparezca en un soplo de mi vista, y, cuando se sienta, detrás del mostrador de la tienda o en un banco o incluso dentro de su coche, da la sensación de que se dobla y se acopla con una precisión que ha estado ensayando. Ahora, en la cama, sus piernas sobran por todas partes y aun así es capaz de ponerlas de tal forma que a él no le molesten. Es como si tuviera cuatro rodillas. Me recuerda a uno de esos difícilísimos patrones de papiroflexia que sabía hacer un chico que conocí y con los que yo me quedaba tan sumamente embelesada, porque es lo mismo que me provoca su marcha: fascinación. Sin embargo, ahora que lo pienso, me frustra enormemente el hecho de que vaya como sin prisa a todas partes, casi como si no creyera en el concepto del tiempo y para él este no existiera o, peor aún —y esto es lo que me pone más nerviosa—, como si debieran esperarlo en cualquier sitio. Tiene unos andares lentos y largos que yo misma podría dejar atrás, y teniendo en cuenta mi altura (a veces parece que me dobla), es decir bastante.

Lo único que no le gusta, y en esto también me he fijado, es que lo hagan esperar a él.

—¿Qué más queda por mirar? —pregunto, un murmullo obligatorio como para confirmar mi presencia.

—Yo diría que nada. Creo que ahora lo que habría que hacer es sacar nuestros calendarios para ver cuándo podemos escaparnos.

Escapar, como los pájaros. Como las garzas y las golondrinas y los estorninos. Asiento, intentando hacer memoria.

—Tendría que comprobarlo, pero me parece que el sábado que viene estoy libre.

—Yo también. Podemos acercarnos entonces, si te parece.

Asiento dos veces. El sonrío durante un segundo (en realidad, más que sentir, su boca se ha movido como un tic y vuelve al ordenador).

Pienso en la escalera, en lo que ha pasado hace un segundo. Pienso en la cara de su madre y en cómo me ha hecho sentir.

—Oye, Simon...

Hace un ruidito como interrogante y alza la cabeza hacia mí.

—¿Puedo preguntarte por lo que acaba de pasar, por lo que le has dicho a tu...?

—Mejor no.

La negativa constante. No conozco a nadie que sea como Simon en eso, la verdad.

—Pero estaba pasando algo, y quiero saber qué es.

—¿Cuándo no quieres saber tú algo, María?

Por alguna razón, aunque siga sin mirarme y su ceño no se haya relajado ni un poco, esa pregunta me parece menos defensiva, casi como una invitación a no dejar de hablar del todo. Echo la silla hacia delante y me impulso más cerca.

Cuando lo hago, chasquea la lengua.

—Solo quiero saber si ha pasado algo, ya sabes... No es que quiera entrometerme ni nada, pero...

—Pero te estás entrometiendo.

—Pero no en el mal sentido, ya lo sabes. Solo quiero saber por qué ha pasado lo que ha pasado y por qué he tenido que verlo. Me ha parecido un poco tenso por tu parte.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —gruñe—. La entonación ha sido inadecuada.

Uy, no, Simon Moureau. No vas a cambiarme de tema.

—¿Qué te pasa con tu madre? —insisto—. ¿Por qué estás tan terriblemente enfadado? ¿Tienes en realidad dieciséis años y estás en la edad del pavo, es eso o qué?

—¿Sabes? Podría haberte respondido si te hubieras aguantado la última pregunta, pero siempre tienes que ir por ahí, ¿no? Con la bromita, siempre.

Frunzo el ceño.

—Oye, que no estabas enfadado conmigo, sino con ella. Y prácticamente me has echado de tu casa, no... No ahora, no me pongas esa cara, me refería a lo de la hora de comer. Ni siquiera me has preguntado.

Esta vez, aunque podría hacerlo perfectamente, no contesta. Se queda ahí, mirando al ordenador, que le devuelve un reflejo blanquecino, con cara de enfado y la mandíbula apretada, y sé que está decidiendo. Que no es fácil para él, y que de eso va todo. Que eso explica por qué le ha hablado así a su madre. Y yo no soy experta en padres, de hecho, ahora mismo no creo que pueda hablar nunca más sobre ese grupo de gente, pero aun así me gustaría, si pudiera, intentar ayudarlo.

Porque a lo mejor decirlo en voz alta ayuda. Porque no pretendo justificar nada, solo entender cosas, y si al menos supiera qué es lo que Simon quiere que le alivien, a lo mejor podría hacer algo con esa tensión que le veo.

Toma aire por la nariz. Lo echa. Yo espero, paciente, tanto como puedo.

Hay tanto silencio que escucho los ruidos que vienen de la cocina, abajo, y la voz de la mujer de las noticias de lejos, aunque no distingo lo que dice.

El dedo índice de Simon se sacude dando golpecitos suaves y rápidos sobre su pierna. Chasquea la lengua.

—Mi madre ha estado hablando con Rachel de mí, parece. Hasta te ha mencionado. Lo hacen a mis espaldas, para que yo no proteste, como si fuera un niño pequeño, ¿sabes? Hablan de «lo que me vendría bien» y de «lo que me pasa». Como si hubieran hecho eso siempre, como si Rachel no acabara de... aparecer. —Chasquea la lengua de nuevo y mira hacia otro lado—. Mira, ¿sabes qué? No lo sé. No sé qué decirte, no sé qué más hacer. Solo sé que hemos acabado con esto de las ciudades, supongo que tú pensarás lo mismo... Y tal vez deberías irte ya a tu casa.

—Bueno. Si me echas así, pues sí, me piro.



Simon

—Estoy orgullosa de que hayas decidido ser el mayor capullo que hay en toda la Alta Normandía, la verdad.

—No he sido ningún capullo, simplemente estoy muy cansado. Mira, déjame.

Valeria se toquetea el pelo de forma distraída mientras mira el techo, sin fijarse en mí.

—¿Sabes qué? Creo que, si sigues así, todo el mundo va a saber que estás triste. Que estás triste y amargado. Tu madre tiene razón, ¿sabes? Si no consigues ayuda, me parece que vas a quedarte solo, y me refiero a solo *del todo*, no solo conmigo. —Mueve la cabeza para mirarme y está encantadora, ahí tumbada con todo el pelo rodeándole la cabeza como si fuera un sol. Cuando sonrío, no parece que esté hablando de algo tan irreal—. Si sigues así, hasta yo voy a irme, y no creo que eso vaya a gustarte mucho, sinceramente.

Capítulo diecinueve

«The spoken word converts individual knowledge into mutual knowledge, and there is no way back once you've gone over that cliff^[22]».

We Are Completely Beside Ourselves, KAREN JOY FOWLER

María

Querido Chris (18 de febrero).

Hoy Simon y yo nos vamos a Calais, un pueblo del norte-norte de Francia. Estoy escribiendo esto en el coche antes de llegar porque el viaje es más largo que el último que hicimos, pero lo copiaré más tarde en la postal que compré por allí.

He intentado mirar en alguna guía qué tipo de pájaros hay por aquí arriba para hacerte un

dibujo, pero no he encontrado nada. Lo siento, otra vez será.

À bientôt,

María

Tal como hablamos, no podemos ir a Calais hasta una semana después por culpa de nuestros respectivos turnos. La verdad es que hasta cierto punto me alegro de estar un poco alejada de él, porque el encuentro en su casa el otro día me dejó con muy mal cuerpo y quiero tener tiempo para descansar, pero cuando voy a verlo el viernes para ultimar detalles me doy cuenta de que en realidad hacer un viaje me apetece mucho, aunque sea con el *Emosaurio rex* que tengo por amigo. Espero que sea como el del otro día: aunque sea breve, aunque vayamos a ir y volver en el mismo día y entre unas cosas y otras no nos dé tiempo a estar allí mucho tiempo, en parte me apetece bastante viajar.

Lo que más miedo me da es el tipo de música que le guste a Simon, porque no tengo ni idea de qué voy a encontrarme y no sé si estaré preparada.



Simon

Bienvenidos al rodeo.

Por alguna razón María parece demasiado emocionada por el viaje,

aunque, por otro lado, cuándo no lo está por algo. Tenemos una mochila llena de bocadillos que se ha pasado toda la noche preparando («Como no tengo cocina, solo son de embutido y pan, pero lo he comprado todo en tu tienda, así que si algo está malo, yo no me responsabilizo») y dos o tres botellas de agua grandes para el camino. Me ha pedido que traiga altavoces para poner música desde su móvil, porque no se fía de los CD que pueda tener, y cuando le digo que ni siquiera me ha dado una oportunidad, ella alza una ceja, interesada, y pregunta:

—Vale, ¿dónde tienes algo?

—En la guantera.

La abre y las cajas de CD chocan entre ellas, haciendo ruido. Saca unas cuantas y enseguida está riendo como si alguien hubiera contado un chiste.

—Lo sabía. ¿Mayday Parade? ¿Yellowcard? No serás el más emo...

—¿Disculpa?

Suelto una carcajada y ella pone los ojos en blanco.

—Creía que me encontraría música francesa, no esto.

Increíble por lo que tengo que pasar, sinceramente.

—Pues si conoces esos grupos, será por algo.

—... *touché*.

Sigue mirando los títulos, se atraganta cuando ve la música que me gustaba en 2010 («Green Day, Panic! at the Disco... ¡¿Avril Lavigne?! ¿Sabes que hay una teoría conspiranoica que dice que murió en 2003 y que la que está ahora es una doble?») y, al final, acaba poniendo uno que hice yo mismo mezclando canciones de varios artistas y que, sinceramente, sigue molando.

—Esto se lo contaré a mis nietos —dice cuando empieza a sonar Nickelback, y vuelve a reírse.

—Me ofende un poco, pero también me hace gracia que te hayas quedado solo en esos discos porque son los que te vienen bien para poder quejarte.

—Obviamente que lo he hecho. También he visto que tienes alguno de Mumford y de The Lumineers, pero es que es más divertido así.

—Por supuesto que lo es. —Pongo los ojos en blanco.

—Anda, venga, tú conduce, que va a ser un viaje larguito.

En realidad no es tan largo, sobre todo cuando resulta que yo sigo sabiéndome todas las canciones y que ella también conoce algunas. No sé si es

peor su inglés o el mío, pero me resulta muy divertido, y es raro porque hace tiempo que nada me lo resulta. Berrear en el coche parece tan simple y a la vez tan importante que por un momento dejo de hacerlo mientras ella sigue; la miro y está tan ensimismada con la letra que parece otra persona. O parece que yo sea distinto ahora, mientras estoy mirándola. Al final vuelvo a cantar, puede que emocionándome demasiado —casi me paso la salida que tengo que tomar un par de veces—, pero a las tres horas y poco llegamos y consigo un buen sitio para aparcar.

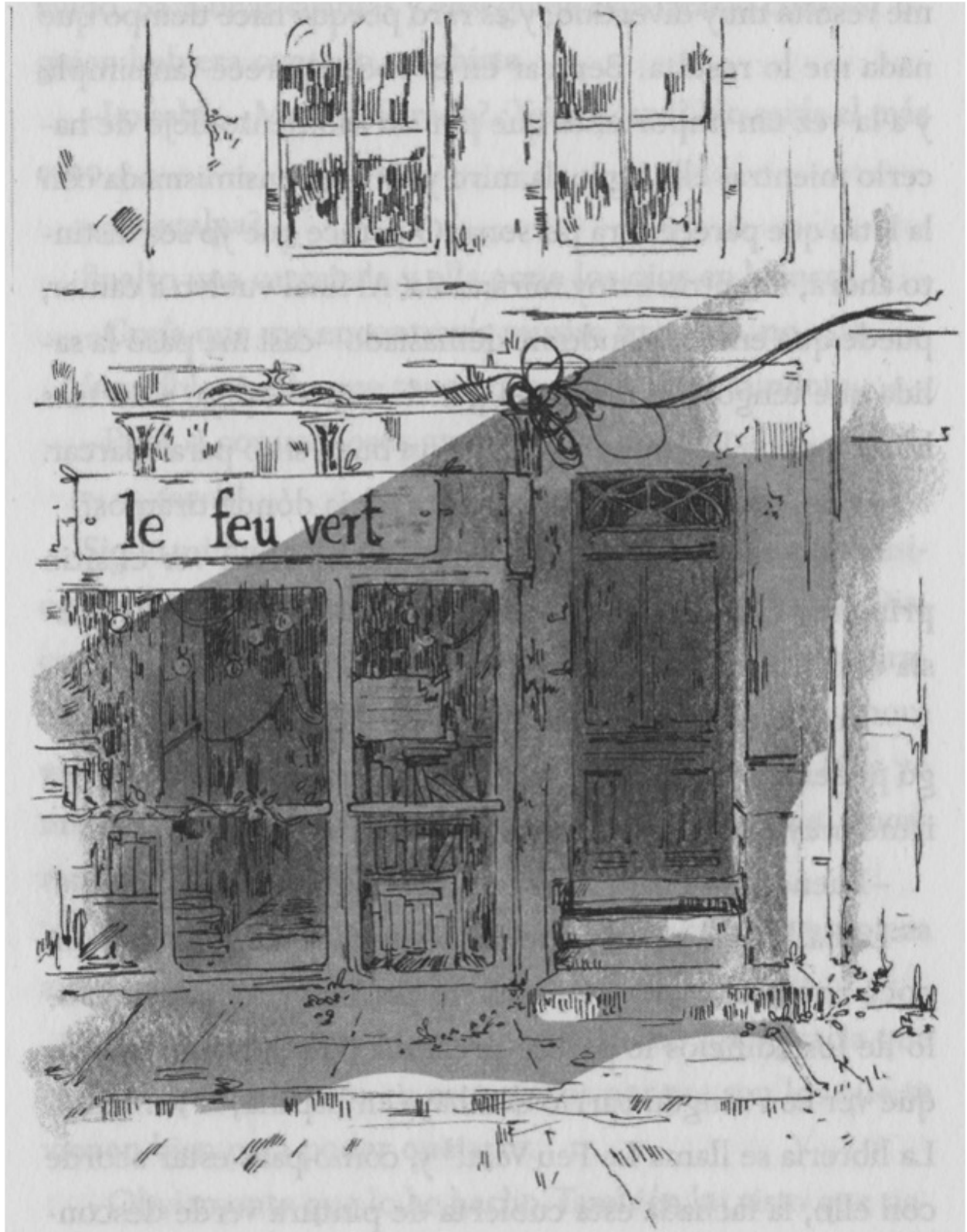
—Vale, tú tienes el mapa, ¿ahora hacia dónde tiramos?

—¡Qué señor más impaciente! ¿No quieres ver el sitio primero? El ayuntamiento, el barrio antiguo, tal vez la iglesia de Notre Dame...

—Preferiría que acabásemos con esto cuanto antes, luego podemos ver lo que quieras... Aunque tampoco querría irme muy tarde, no me gusta conducir de noche.

—Bueno, pues nada... A buscar la calle de la Tannerie.

La calle está relativamente céntrica y, aunque está un poco ruïnosa, María comenta un par de veces que el estilo de los edificios le parece precioso («Esto no tiene nada que ver con ningún barrio que haya en España, la verdad»). La librería se llama Le Feu Vert^[23] y, como para estar acorde con ello, la fachada está cubierta de pintura verde desconchada y algo antigua, aunque eso no quita que sea extremadamente bonita.



—Ahí está, mira este cartelito de aquí: «Le Feu Vert pertenece a la cadena

Fenice de libros de segunda mano»... ¡Fíemos llegado bien!

Cuando entramos, justo igual que en la tienda de mi abuelo, la puerta empuja una campanita que suena y nos anuncia por todo lo alto.

El sitio no es tan pequeño como la tienda de Elbeuf, pero tampoco tan espaciosa como la de El Havre. Lo más chocante de todo, yo diría, es la decisión de haber colocado los libros apilados en columnas en mitad de la sala, del suelo al techo, casi como si fueran árboles.

Lo primero que murmura mi amiga es:

—Si parece un bosque...

Escuchamos un ruido a nuestra derecha y, al volvernos, entre los pilares del laberinto de papel en el que nos hemos metido, vemos un montón de ropa clara que, tras unos segundos, resulta sostener la cabeza de alguien.

El chico alto y rubio que aparece nos sonrío.

—Buenos días. ¿Puedo ayudaros en algo?

No respondemos inmediatamente. Ella se queda mirándolo con la boca abierta como si fuera a decir algo, pero en el último momento frunce el ceño y se vuelve despacio hacia mí.

No sé qué le pasa ahora, pero parece un poco sorprendida por algo y supongo que eso significa que hoy tengo que hablar yo.

—Sí, gracias. —Carraspeo—. Verás, estamos detrás de la pista de un libro... Esperábamos poder comentártelo, a ver si alguien de aquí podía ayudarnos con eso.

—Por supuesto, claro. Si me decís qué queréis, estaré encantado de echar una mano.

El tendero habla de una forma que recuerda extrañamente a un muñeco ventrílocuo. Me quedo mirándolo un momento, un tanto asqueado, y es María la que decide seguir hablando por mí.

—Veníamos a preguntar por un libro que puede que se donara aquí hace un tiempo, eh..., es este.

María me quita *Los nenúfares* de las manos y se lo pone delante, estirando los brazos hacia él. El chico, ajustándose las gafas, frunce el ceño como si esa petición lo hubiera descolocado y se inclina hacia delante para mirarlo.

Tras unos segundos observándolo de cerca (¿no habría sido más fácil que lo sujetara él mismo y ya está?), vuelve a mirarnos con los ojos bastante

abiertos.

—Eh... ¿Y qué queréis saber de él?

—Un hombre nos dijo en otra tienda de la cadena Fenice que este libro ha sido donado pocas veces y que una de esas fue aquí en Calais. Sabemos que guardáis los datos, pero no nos dijeron quién había dado este ejemplar en concreto porque por la protección de datos no se puede, así que queríamos saber si al menos habría alguna forma de averiguar si fue aquí donde lo dejó la antigua dueña.

Me observa como si estuviera intentando procesar mi petición. Me recuerda a algo, o más bien a alguien, como si lo conociera de antes, aunque no lo conozco y no puedo conocerlo porque es la primera vez que vengo aquí.

—¿Por qué queríais saber algo como eso? —pregunta educadamente, aunque con un poco de escepticismo.

Miro a mi amiga, ella suspira.

—La versión resumida es que encontramos una carta dentro que nos gustaría devolverle a su antigua dueña —dice María—. Conocemos su nombre porque firmó la primera página, pero nada más.

Él lo abre por ahí. Comprueba que hay un nombre y que no parece que lo escribiera nadie hace poco y, tras hojearlo un poco por encima (pasando las páginas rápidamente con bastante poco cuidado, por cierto, lo cual me molesta porque se supone que es librero), suspira y lo cierra bien.

—Pues no lo sé... Me parece una misión un tanto imposible, la verdad.

Sonríe un poco. Su expresión no indica que pretenda desanimarnos, sino todo lo contrario; es como si deseara que nos saliera bien, pero también intentara ser realista.

—Lo sabemos, lo sabemos, pero... Bueno, si hubiéramos pensado eso cuando la encontramos, no estaríamos aquí, y haber llegado a Calais ya me parece mucho —contesta mi amiga.

—¿De dónde sois?

—De Elbeuf, en Normandía. ¿Al lado de Rúan, te suena?

—Oh, sí. Pues sí que estáis un poco lejos, hum...

El chico baja la vista de nuevo al libro y pasa otra vez el pulgar por las páginas para hojearlo. Tengo que morderme la lengua para no decirle nada al respecto. Parece pensativo, como si estuviera intentando improvisar alguna

forma de ayudarnos que no pueda meterlo a él en un lío, pero al final solo suspira y se mueve hacia el fondo de la tienda.

—A ver, no sé si debería, pero... dejadme comprobar una cosa.

Se pone a zigzaguear hasta llegar adónde tiene la caja y nosotros lo seguimos, aunque mucho menos ágilmente porque no queremos chocarnos con nada.

María se inclina hacia mí, aún mirando bastante maravillada la librería.

—¿Crees que si empujáramos uno de estos se caerían todos como en un dominó? —murmura.

—No creo. Probablemente haya pilares de verdad debajo. Si no han hecho eso, tomar el riesgo de que todo se caiga me parece una tontería.

Ella asiente, aunque no parece muy convencida, y luego me mira, entrecierra los ojos y baja la voz incluso más.

—¿No crees que el chico ese se parece un poco a ti? Es como un Simon de un universo alternativo. Si no fuera por el pelo...

—¿Qué dices?

—No lo sé, tú fíjate. Por la cara y la altura y la forma que tiene de mover las manos me ha recordado a ti... si fueras más suave.

Resoplo, pero no me da tiempo a contestar porque llegamos adónde está ese «otro Simon».

Incluso aquí hay montañas de libros apilados, pero no solo eso: también un par de cajas con cosas escritas a mano («Clásicos griegos», «Italiano», «Asia») y un expositor muy brillante y colorido con ejemplares de un libro de literatura juvenil («Ese no es de segunda mano —responde cuando María le pregunta—, pero lo sacó una amiga hace poco y me hacía ilusión traerlo... ¿Qué, te gustan las *magical girls*?») y tengo que chistarle a mi amiga para que se concentre y deje de mirarlos. Aunque hay muchas cosas, no diría que es un desastre; es un espacio muy amplio, más que el de la tienda, y me apunto mentalmente que aumentar la superficie de nuestra mesa podría ser buena idea en el futuro.

Mientras tanto el otro teclea y, como tengo la excusa de que estoy esperando, me quedo mirándolo.

¿Es eso lo que me resultaba familiar, que se parece a mí? ¿De verdad nos parecemos? Aunque supongo que nos damos un aire, en realidad la sensación

que me transmite es diferente, como si... como si María tuviera razón y fuera una versión alternativa que no ha pasado por nada.

Una voz en mi cabeza dice, con una risa burlona: «¿Y tú qué sabes por qué ha pasado este pobre chaval?».

—A ver, veréis. —El chico habla de repente, devolviéndome a la realidad —. A los libros de la Fenice suelen ponerles un número de registro cuando los donan, para tenerlos cuantificados y luego hacer estadísticas del éxito que tiene la iniciativa y esas cosas. —Abre el libro por la primera página, donde hay escrito el nombre de Aude, pero en vez de señalar eso apunta al larguísimo número que hay arriba y que en su día pensamos que sería algún tipo de contraseña—. Acabo de comprobarlo y no tengo acceso a la página desde donde se mira porque la clave solo la tiene mi padre, que es el dueño, pero de todas formas deberíais saber que esto funciona como un número de teléfono, por prefijos según la división del país. Al final, si te sabes los números, podrías conseguir acotarlo lo suficiente como para saber en qué tienda fue donado.

—¿Pero también el pueblo? —pregunta ella.

—Sí, sí, el pueblo también.

María sonrío muchísimo ante eso y se pone a mirar el código. Yo me inclino sobre ella para leerlo también:

72.33.332.3358.33167.1996

—¿Tú te sabes los prefijos? —pregunto, alzando hacia él la vista.

—El orden sí, porque es lo típico que te enseñan en clase, ¿no?: región, departamento, distrito, cantón y comuna. El último número, el 1996, es el código del libro. Sin embargo, la lista con la leyenda de los códigos es una de las cosas a las que no puedo acceder... De memoria solo me sé los nuestros. La región Norte-Paso de Calais es el 31...

Me vuelvo hacia María para explicarle rápidamente la organización territorial de Francia, que me parece que desconoce: el país está dividido en regiones administrativas que se subdividen en departamentos que se dividen

en distritos y estos, a su vez, en cantones y comunas (lo que para ella son pueblos). Una vez que más o menos lo ha entendido (le cuesta un poco comprender que haya tantas divisiones, pero supongo que en este tema da igual la comodidad política que aparentemente supone tanta división), comenta que le parece un trabajo excesivo e innecesario para organizar un montón de libros viejos. El chico solo se encoge de hombros como respuesta.

—A mí no me mires, yo ni siquiera sé dónde surgió todo... Llevo solo un par de años aquí con mi padre, y no me dejaba quedarme solo cuidando de esto hasta hace tres meses exactos.

—Bueno, pero sabrás si sirve para algo.

—Ya os lo he dicho, para estadísticas y eso. Es una cadena enorme que se ha extendido por toda Francia y estarán haciendo estudios de mercado constantemente. Resulta que comprueban desde las regiones hasta los cantones para ver dónde dona más la gente y dónde se llevan más libros, para repartir los excedentes, para invertir más en publicidad, etcétera.

María suspira. A mí se me escapa un gruñido que me parece más que comprensible porque no creo que haya nadie a quien un número de veinte cifras le parezca esperanzador.

—Pues como no venga tu padre a decirnos a qué sitio corresponde nuestro número, me parece a mí que va a ser imposible —mascullo.

El inclina la cabeza y me sonrío como si me compadeciera.

—A ver, será mucho curro para vosotros, pero estos códigos existen fuera de la empresa. Quiero decir... son los oficiales del Gobierno. El «31» de Norte-Paso de Calais es un código asignado por el Instituto Estadístico Nacional para identificar la región, y de esos hay para todo tipo de agrupaciones territoriales. Está hecho con el sistema antiguo, eso sí, así que los números de las regiones corresponden a antes de que el presidente las redujera de veintidós a trece hace un año —añade—, pero si investigáis lo suficiente, podríais llegar a sacarlo vosotros.

Prefiero que mire a María antes de que me mire a mí, porque ella está fascinada y yo bastante enfadado.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿Es que también te interesaba?

Él sacude la cabeza.

Bueno... Solo se me ocurrió mirar si los números coincidían una vez.

Estudié Geografía y Política en la universidad, ¿sabes? Así que soy un poco friki con estas cosas.

Guau...

Es imposible que nos pongamos a buscar los códigos esos para sacarlo entero, ¡son muchísimos números! —estallo.

María y el librero se vuelven hacia mí.



María

Cuando Simon empieza a ponerse así siempre pienso que ya no voy a poder pararlo.

Noto su pesimismo y su desesperación desde aquí y, aunque lo entiendo, porque empatizo con el agobio y la pereza que debe de sentir ante la idea de localizar nosotros solos a dónde corresponden estos números, lo cierto es que tampoco es como para gritar así.

El chico cuqui que es un clon de Simon se queda mirándolo un poco cortado; definitivamente no se imaginaba que el emo-angustias de mi amigo iba a tirar por ahí. Cuando le pregunta, alzando un poco la voz, dónde está su padre que no baja a hacernos caso, él titubea y se disculpa diciendo que está fuera, y yo no puedo sentir más vergüenza.

Simon bufa y resopla cual caballo, dándose la vuelta y perdiéndose entre las columnas de libros. Escuchamos la puerta. Al volverme hacia el librero, creo que tengo la cara color bermellón.

—Lo siento muchísimo. Él no..., bueno... —No sé ni qué decir, la verdad, así que me callo—. Gracias por toda la información, nos ha resultado muy útil e interesante. Espero que tengas un buen día, yo... creo que me marchó.

—No te preocupes. Toma tu libro.

Asiento y lo agarro.

—Gracias. Adiós.

Al salir miro a ambos lados de la calle y localizo a Simon en la perpendicular que corta a mi izquierda. Voy hacia allá. Agradezco estar por fin al aire libre, porque entre la actitud de Simon y el espacio cerrado de la librería casi estaba sintiendo claustrofobia, pero también me agobia que vaya a seguir con el numerito aquí, donde puede vernos más gente.

—¿Qué se supone que ha sido eso? —mascullo cuando llego a su lado, molesta.

—Una pérdida de tiempo, eso es lo que ha sido. ¿Para esto subimos hasta aquí y nos pegamos la paliza, para que nos suelte eso?

—Pero ¿qué esperabas que te dijera, Simon? ¡Si nos ha dado una pista muy buena!

Me da la espalda y se pone a caminar, pero no responde.

Lo sigo.

—El chico se ha quedado en *shock* con esa salida tuya. Me parece que deberías ir a disculparte.

Los dos sabemos que no va a hacerlo, y por eso ni él contesta ni yo añado nada. No se para (la calle es larga y tampoco va rápido) y yo camino tras él en silencio, esperando a que reaccione.

Al final lo hace:

—El chico ese... ¿Sabes qué? Tenías razón. Ese chico era igual que yo, pero no igual que yo ahora, sino... como el *yo Je antes*.

—¿Qué?

—Era bastante pardillo. Yo habría seguido siendo así si lio....

Se calla y se detiene. No tengo ni idea de qué está hablando, pero espero que continúe y que lo que salga de su boca se parezca mínimamente a una explicación para esta estúpida pataleta.

Pero no, no sigue, solo aparta la vista dramáticamente, como si no valiera la pena seguir hablando, y pienso que cuando gira la cabeza así y se queda mirando a un punto perdido siempre me parece que se está imaginando a alguien narrando sus movidas.

—¿Si no qué?

El guarda silencio y sé que ya no va a contestarme, así que suspiro.

—Mira, Simon, cuéntame lo que quieras, pero no es normal que hayas salido así como si nada de la librería. Ese tío solo intentaba ayudarnos y tú...

—¿Te das cuenta de que, de nuevo, todo es una tontería? —Clava la vista en mí y me callo de golpe—. Lo del libro. Ese número eterno. Es imposible que todos esos datos sean fáciles de encontrar y que tengamos la suerte de dar con ellos. Podríamos haberlo conseguido, supongo, si alguno de los incompetentes que nos han atendido en las tres librerías quisiera ayudar aunque fuera un poco, pero no les ha dado la gana y ahora ya no vale la pena. Se ha pasado la oportunidad, o el momento, o lo que sea. Iba a ser bueno y...

—¡Oye, ya vale! ¿De qué vas? ¡Te estás pasando un montón!

Simon se para en seco y se gira despacio para mirarme. Su cara es de profunda ofensa e incomprensión.

—¿Qué dices?

Tomo aire.

—Mira, ni la gente con la que hemos hablado era incompetente ni «no les ha dado la gana ayudar». Están haciendo su trabajo, y no van a hacer cosas que no pueden, como, por ejemplo, darte información personal o *hackear* una contraseña para meterse en una base de datos solo porque tú quieres saber cosas por un capricho principesco de no-sé-qué. ¿Vas a obligar a alguien que ni te conoce ni te debe nada a hacer algo ilegal solo porque a ti no te apetece pasarte una o dos tardes rebuscando en internet códigos que ya te han dicho que te llevan al mismo punto? Anda, no me jodas, venga. Esto no es vital para nadie. Estamos intentando devolver un recuerdo, y me parece muy bonito, pero... no te pases.

Sus ojos están fijos en mi cara y tiene la nariz arrugada en un gesto de desprecio e incomprensión. Yo me siento muy cansada de repente, probablemente por haber pasado por tantísimas emociones en tan poco rato.

—¿Sabes? Yo qué sé, Simon. No te entiendo. Y lo intento, ¿eh? Pero lo de ahora mismo ha sido un poco... Demasiado. Y yo no quiero que esto vaya a ser así. —Aparto la vista, cansada—. Creo que voy a dar un paseo, ya iré al coche cuando esté más despejada.

Me doy la vuelta. Siento la respiración acelerada y el corazón encogido, pero por lo menos le he dicho todo lo que sentía que tenía que decirle. Su expresión antes de que me girara era sorprendida, y eso me gusta porque

parecía que no se lo esperaba, pero no voy a quedarme satisfecha con la cara que ha puesto la primera vez que alguien le chista por lin. Que se las apañe. Que analice por qué le he dicho eso y que solucione lo que tenga que solucionar él mismo, pero que lo haga rápido, porque estamos en el norte de Francia, solos y peleados y cansados, y un día que ha empezado tan bien no puede acabar así.

—María... María, espera.

Su voz es un susurro detrás de mí. Escucho sus pasos, pero no me vuelvo. Lo oigo carraspear y ahí está de nuevo, más fuerte:

—María, espera, por favor, tienes... tienes razón. Espera.

Paro. Me giro y lo miro. Su expresión es un poco diferente ahora, como si fuera a echarse a llorar, y me alarma tanto verlo así que incluso hago ademán de volver a su lado, porque me preocupa.

Él sacude la cabeza y mira hacia otro lado.

—¿Simón...?

Vuelve a negar, cierra los ojos con fuerza y yo espero. Mucho *mucho* tiempo, porque él necesita esa espera.

Algo ha pasado. En el tiempo que no lo he mirado ha pasado algo, lo sé.

De repente me parece que está llevando muchas cosas por dentro, cosas que no había visto hasta ahora.

—Mira, siento... siento haber hecho eso. En la tienda. Siento haberme portado... como un capullo.

Su cara está roja, pero no como si le diera vergüenza decir eso. Es algo más. Aún no contesto, porque sé que no necesita que lo haga.

—Siempre... siempre reacciono muy mal con todo lo que tiene que ver con esa foto o ese libro, y tienes razón: la gente que hemos visto no tiene la culpa de nada. Pero es que siento..., es como si todo el mundo estuviera en mi contra, ¿sabes? Solo me ponen trabas. Hasta la gente que no me conoce. Como si... como si el mundo estuviera compinchado para hacerme miserable.

Qué horror. Qué cosa tan terrible que pensar y que decir. El corazón se me acelera un poco de la pena y lo veo hacerse pequeño ante mis ojos, menguar despacio hasta tener el tamaño de un niño.

—Nadie está en tu contra, Simon —murmuro.

—Me gustaría decir que lo sé.

Me dedica la sonrisa más triste y más conmovedora que le he visto. Quiero estar enfadada, no quiero que esto justifique lo que ha pasado, pero me resulta difícil.

Tiene toda la cara roja, ojos y nariz incluidos. No contesto, porque sea lo que sea que va a decirme tiene que ser importante, y por eso espero.

—Yo... Bueno, supongo que no te sorprende mucho que te diga que al principio ni siquiera quería que tú tuvieras que ver con esto. —Desvía los ojos hacia arriba, como si fuera *ahora* cuando está empezando a sentir vergüenza—. Creo... creo que te acuerdas de cómo me puse cuando te sentaste a mirar los libros aquella vez. Dios, parece que ha pasado muchísimo tiempo de eso, pero en realidad fue hace nada... En fin. —Suspira—. Si me he comportado como un capullo cuando has intentado involucrarte en algo que tuviera que ver con esto no ha sido por ti, sino... sino por la dueña de esos libros, la persona que lo empezó todo.

Vale, eso no me lo esperaba y me ha sacado completamente de mi concentración en él.

¿Por Rachel? —pregunto, confundida. Él sacude la cabeza.

—No. Los libros no eran suyos. Eran de su hermana.

¿Hermana? ¿Qué?

Espero. Espero a que abra los ojos otra vez, a que tome aire, a que me explique las cosas que no sé y que no cuadran.

¿Qué hermana? Yo no sabía...

—Se llamaba Valeria. Eramos amigos —continúa él antes de que yo lo pregunte—, y esas eran sus cosas. Aquellos libros, los que Rachel quería donar. Era prácticamente todo lo que tenía. Solo compraba libros viejos y se los llevaba a todas partes, siempre tenía uno encuna. Los compraba en tiendas de segunda mano por uno o dos euros, según me dijo. Bueno, tienda... Ahora ya sé dónde.

Asiento, pero él no me ve hacerlo. Tiene los ojos clavados en algún punto por encima de mi cabeza y su voz suena como si ya no estuviera aquí.

Soy lo suficientemente espabilada como para haber pillado el tiempo pasado de los verbos que usa.

Su voz tiene un tono muy grave, y me atrevo:

—¿Qué le pasó?

Me mira. Parece que va a llorar, pero no lo hace y no aparta los ojos de los míos.

—La atropelló un coche hace algo más de un año.

Y no hay nada más que decir, supongo, porque no tengo que saber más de ella. Porque con eso y la cara de Simon y la manera en que su voz se rompe un poco ya sé que esta es la cosa que lo lleva atormentando tanto tiempo.

No estoy muy segura de qué hacer, igual que no lo estoy de lo que me habría gustado que hicieran conmigo, así que ante la duda espero un poco más, me acerco despacio hasta donde está y, con tanto cuidado como puedo, pongo la mano sobre su brazo esperando que lo haga sentir un poco mejor.

No nos movemos durante un momento. El tarda un poco en volver a hablar.

—Estaba haciendo esto por ella —murmura—. Esa foto que encontraste la guardó por algo, estoy seguro de que para ella era importante. Y pensé que... que si encontraba a la persona que lo escribió... No lo sé. Pensé que pasaría algo, aunque no sé qué supondría. Que honraría su memoria, tal vez. —Deja escapar el aire por la nariz como en una risa amarga—. Pero ya da igual, porque ahora...

—Porque ahora tenemos una magnífica pista de la que tirar, y te recuerdo que seguimos contando con una lista bien larga de sitios a los que ir a dar la lata —interrumpo, sonriendo un poco—. Tú no te preocupes, que vamos a seguir el hilo de esta investigación como sea para encontrar a Cécile.

Él me mira fijamente. Intento sonreír un poco.

—Me parece que esa mujer se merece saber la que estamos liando por darle su dichosa fotito, ¿no?

Se queda un momento inmóvil. Luego suelta el aire por la nariz, como riéndose.

—¿Tú crees?

—Hombre, después de esta aventura..., más nos vale.

—De acuerdo —murmura, suspirando de nuevo, aunque esta vez entornando lo que sí parece una sonrisa.

Venga. —Le doy una palmada en el hombro para concluir el tema y me aparto un poco—. Pero no vuelvas a montar numeritos de estos, si no te importa, que me provocan mucha ansiedad.

Él se ríe un poco y me dice que vale, como si hubiera sido una broma para

dale un toque «más cómico» a la situación. Yo, aunque no lo ha sido y no podría verle nada de gracia, le sonrío. Para mí es importante que todo sea estable si puede serlo, así que este cierre me resulta bastante satisfactorio, sobre todo teniendo en cuenta que ha habido un momento en el que de verdad pensaba que me quedaría en tierra porque se iría sin mí.

Volvemos al coche dando un rodeo enorme para visitar tantas calles como podamos y poder ver las pocas cosas que hay verdaderamente bonitas por aquí. Le compro una postal a mi hermano, vamos hacia el coche y, de repente, en medio de una conversación completamente distinta, me acuerdo de que no le he dicho algo:

—Por cierto, Simon, si alguna vez quieres hablar de ella..., conmigo puedes.

—¿Hablar de quién? —pregunta, confundido. Intento recordar el nombre rápido.

—De Valeria. Si tienes algo que decir sobre ella, me encantaría escuchar.

Al principio no dice nada y, como me impone un poco, yo no insisto. De hecho, por un instante se me ocurre que podría ser lo último que él quisiera: hablar de ella conmigo, compartir algo tan preciado para él con la Pesada Máxima. ¿Ha sido inapropiado...?

Sin embargo, al cabo de otro minuto de incomodísimo paseo, dice en voz baja:

—Lo haré. Gracias.

Y me hace tan feliz que lo haya dicho, aunque luego a lo mejor no vaya a hacerlo de verdad, que el corazón se me hincha de contento porque haya valorado aceptar esa ayuda.

El viaje de vuelta no es tan agradable como el de ida, pero aun así lo es de forma diferente porque tenemos una nueva meta y hay una barrera menos entre los dos.

Capítulo veinte

«Inside your head the sound of glass,
a car crash sound as the trucks roll over
and explode in slow motion^[24]».

«*Litany in Which Certain Things Are Crossed Out*», RICHARD
SIKEN

María

Al día siguiente Danielle me dice que vayamos a cenar y, aunque estoy muy cansada por el viaje, le digo que sí.

El lunes voy al gimnasio con ella, «Solo para probar», como me ha dicho, pero es imposible que siga su ritmo y decido que definitivamente el deporte no es para mí y que nunca lo será.

El martes, como quiere procrastinar, me la llevo a una cafetería que vi a unos diez minutos andando de la biblioteca y dejo que me hable de cómo es la universidad y de sus amigos y de sus profesores; parecen personajes caricaturizados cuando los describe, pero aun así son lo suficientemente interesantes para mantener mi atención hasta la hora en que comienza mi turno y tengo que despedirme hasta la noche.

Mi semana pasa así, rápida y con otras preocupaciones ocupando mi mente, mientras el número del libro no abandona ni un segundo mi memoria.



Simon

Vuelvo a tener muchísimo trabajo por hacer, pero ahora me frustra el hecho de no tener tiempo.

No dejo de pensar en que hablé de Val con María.

Puede que eso me tenga un tanto distraído, porque en mi cabeza he repetido el momento al menos cien veces, tanto las palabras que usé como su reacción. No la de María, sino la de Valeria. No dejo de rebobinar y reproducir ese momento, una y otra vez, una y otra vez, siempre intentando analizarlo otro poco.

Val estuvo todo el rato detrás de María, mirándome mientras yo hablaba, y su figura se volvió un poco transparente cuando compartí su nombre.

No la he visto desde que nos subimos en el coche para volver y no sé si debería estar preocupado.

Decido pasar más tiempo en el orfanato. Aunque eso supone arriesgarme a poner de peor humor a Rachel (seguro que dentro de poco empezará a quejarse de mis ausencias), lo cierto es que estar allí me hace sentir mejor. Rodearme de niños me distrae, porque no paran de hablar de todo y siempre me preguntan cosas. Además, para venir aquí tengo que pasar junto al motel, y pensé que tal vez podría compensar lo que hice llevándole más flores.

Me olvido siempre de ellas. Al menos, eso es lo que parece. Me olvido de ellas y de que llevarlas tenía un propósito y era importante para mí.

Le compro tulipanes, pequeños y amarillos y atados por los tallos con un hilo verde, y se los dejo en la valla, donde ya no quedan pruebas de que antes hubiera habido allí algo más.

Se los renuevo todos los días durante la semana siguiente, por si acaso viniera por aquí y quisiera pedir explicaciones.

Los chavales me cuentan lo que están aprendiendo en clase, con quién se llevan mejor y con quién se han peleado. Las chicas me dicen que han empezado a estudiar y que van a ser astronautas. Durante las horas que me paso aquí eso parece ser suficiente para distraerme un poco, pero lo cierto es que, en cuanto pongo un pie fuera, hay algo que me llena la mente.

Los números del libro que nos descubrió el chico de Calais.

Habían estado todo el tiempo ante de nosotros y no los vimos; cada vez que abro la primera página para volver a mirarlos (los he leído tantas veces que casi me los sé de memoria) pienso que siempre estuvieron ahí, opuestos a la firma de Aude, y que por alguna razón ni siquiera les dimos importancia. Setenta y dos, treinta y tres, trescientos treinta y dos... Los dos siguientes siempre se me olvidan, pero el último es mil novecientos noventa y seis, el año de mi nacimiento.

Tenía que ser 1996. Ese tenía que ser el que identificara al libro, *por supuesto*.

Es como si todo esto hubiera sido orquestado por alguien a quien le pareciera gracioso haber hecho que esas dos cosas coincidieran e intentara culpar de ello al destino.

Por mucho que quiera escaparme, sin embargo, siempre acabo volviendo. A la tienda del abuelo, con Rachel, digo. Ella está fuera menos a menudo ahora, o al menos no me lo cuenta tanto, y me pregunto si es porque ya no tiene más de esas misteriosas reuniones o porque prefiere no hablarme de ellas. Ni siquiera tengo constancia de que siga yendo a ver a Be y a Robert a El Havre, aunque tal vez lo haga y yo no me he enterado. Verla me resulta terriblemente incómodo, más de lo que habría podido imaginar alguna vez (culpo a todas las estupideces que he hecho y dicho últimamente), pero aun así hay algo que no puedo controlar y que tira de mí hacia ella cada vez que la miro.

Parece que haya un halo de luz apuntándola directamente cuando entro. Parece que sea una visión divina o un ángel lo que tengo delante, o algo así.

Las campanitas suenan distintas ahora y, si llaman su atención, es por la hora que es.

—Anda, buenas noches. —Pero solo me echa un vistazo breve antes de seguir con lo que quiera que esté haciendo—. ¿Cómo tú por aquí?

—Trabajo aquí, ¿recuerdas? —Entorno una sonrisa que no sé si pretende

ser burlona o seductora, pero como ella no me está mirando supongo que da igual cuál fuera la intención.

—Quién lo diría, teniendo en cuenta lo poco que te veo. —Desvía la vista a la calculadora que tiene a un lado y marca unos números—. Oye, ya que has venido, ¿vas a estar disponible mañana a las siete?

¿De la tarde?

—No, de la mañana.

Observo cómo ni siquiera espera que le responda, solo sigue con lo que está haciendo. Tras unos segundos, contesto:

—No.

Tampoco levanta la vista.

—¿Qué pasa, tienes la agenda muy apretada a esa hora o qué?

Es que entro a currar al orfanato a las nueve, así que no me da tiempo a hacer lo que quiera que vayas a pedirme.

¿No te da tiempo *en dos horas*? —Arquea mucho una ceja—. Tienes el coche.

—Ya, pero tengo que prepararme y...

Puedes decirme que quieres dormir. —Me interrumpe, mirándome fijamente con una expresión en la boca que parece una sonrisa pero que no le llega a los ojos—. Quiero decir, no voy a decirte que no voy a juzgarte porque voy a hacerlo, pero así al menos no tienes que esforzarte en excusas tontas y empezamos a tener un poco de sinceridad por aquí.

Noto que me sonrojo. Vale, a lo mejor es que quiero dormir (el orfanato queda al lado de mi casa y para venir aquí a las siete tendría que levantarme muchísimo antes, lo cual no me apetece), pero no tiene que decirlo así. ¿Por qué es como si siempre quisiera exponerme?

—¿Por qué no puedes venir tú? —murmuro, avergonzado.

—Puedo. Pero estoy cansada y me gustaría levantarme un poco más tarde, eso es todo. —Se encoge de hombros, de nuevo sin mirarme. Y no lo hace por evitarme ni nada de eso, sino porque en toda la conversación no ha dejado de hacer cuentas con la calculadora y de apuntarlas en un papel.

Espero unos segundos, luego carraspeo y me inclino un poco hacia ella, mirando también el cuaderno.

—¿Es trabajo atrasado?

Asiente.

—Tenía que haberlo hecho la semana pasada, pero con todo el lío que he tenido no me ha dado tiempo. Te dejé una nota, pero tampoco te has pasado mucho por aquí... ¿Te ha llamado tu madre para cubrir a alguien estas dos semanas o qué?

—No —respondo, y me arrepiento al instante.

Ella deja de hacer cuentas y me mira.

—Ah. Pues qué bien, entonces. ¿Solo has estado tocando?

Creo que mi silencio y mi cara colorada son respuesta suficiente.

Pasan unos segundos sin que ninguno de los dos diga nada. Ella sigue a lo suyo, ignorándome. Lo único que se oye son las teclas cuando las pulsa.

—A lo mejor puedo ayudarte ahora de alguna manera... —murmuro—. No tengo nada más que hacer hoy.

—Está bien, gracias, pero ya me las apaño. —Para, suspira y sigue—. ¿Sabes cómo podrías ayudarme? Viniendo mañana a las siete para recoger el pedido.

No puedo evitar sentir que es un truco, pero asiento.

—Vale. Pues vendré, te lo prometo.

Ella no reacciona. No me da las gracias. Y no tiene por qué, porque «sí» es lo que yo debería haber respondido desde el principio.

Termina lo que está haciendo y se incorpora.

—Te he dejado donde siempre la lista de tareas que hay que hacer. Vendré a las nueve menos cuarto, para que te dé tiempo a ir. Eso sí, si puedes, necesito que vuelvas a las cuatro; tengo una reunión a las cinco y media en la ciudad y he quedado con Eric, que va a acercarme. Saldremos de aquí a esa hora... Por Dios, Simon, controla esa cara.

—¿Qué cara?

Pone los ojos en blanco y descuelga su abrigo del respaldo de la silla.

—Esa cara que pones siempre que alguien dice «Eric». Deberías vértela, estás muy gracioso, aunque es un poco ridícula.

—Anda.

¿«Anda»? ¿Qué tipo de comentario es ese cuando alguien acaba de insultarte, Simon Moureau?

Ella resopla, soltando una risa.

—Ni siquiera sé qué te ha hecho para que lo odies tanto, la verdad. Es muy buen chico.

¿«Es muy buen chico»? ¿«Es muy buen chico»? ¿No es eso lo que dijo Valeria?

¿Lo dijo de verdad o me lo estoy inventando?

—Entonces, ¿él te gusta?

Perdón, ¿qué?

La nariz de Rachel se arruga como si hubiera dicho una estupidez que no solo es estúpida, sino también desagradable. Pensar que esa sugerencia le resulta algo malo me gusta, y por un momento pienso: «Es verdad, menuda tontería he dicho, ¿cómo iba Eric a gustarle?» y me siento victorioso.

Pero entonces ella parece muy incómoda, demasiado, y caigo en que no es eso.

—¿Por qué te importa si Eric me gusta o no?

Sus ojos me atraviesan y hay una acidez en su voz que me duele. La reconozco, aunque no recuerdo haberla oído antes: no es veneno, es un desafío. Y el desafío es mi respuesta. Me reta a contestar algo que lo estropee todo o que me delate. (¿Sabe ella lo que me está pidiendo? ¿O lo hace precisamente porque no sabe qué va a ser y por eso ha decidido arriesgarse?). La situación me parece terriblemente extraña por un momento, como si no tuviera sentido que una adulta como ella se estuviera poniendo nerviosa porque alguien como yo le preguntara algo así, pero entonces me viene de golpe que solo tiene veintiséis años, que es joven y que no nos separan tantos años.

Lo cual es casi peor.

Trago saliva. Es mentira, sí que me he encontrado antes con esa forma de mirarme. Es la cara de la Rachel enfadada. Es la cara de Raven cuando se cansa, cuando ha decidido alejarse del todo. Es la cara de un pájaro que no quiere tener nada que ver conmigo y que hace lo posible por mantener la distancia.

—No..., no lo es. No es importante.

—Ah, ahora no es importante. Vaya.

—No me importa quién te guste, so... solo quiero que... en el trabajo...

—Él no me molesta en el trabajo. Yo sigo haciendo lo mío esté él aquí o

no, eres tú el que casi no viene. Además, yo podría decirte lo mismo sobre María, ¿no es cierto? A fin de cuentas, se pasa el día aquí dándote conversación, lo que sí que es entretener.

—Pero María no quiere nada conmigo, solo somos amigos.

—Exactamente igual que Eric y yo.

—No, no exactamente igual.

Entrecierra los ojos. Sé que parece muy molesta y que por eso debería callarme, pero de repente siento una sensación muy extraña —como una mezcla de dos personas en mi mente— y me viene claramente la imagen del librero de Calais.

Veo la cara del chico que era yo hace un año, la cara de confusión de aquel Simon de un universo alternativo. Las expresiones que puso cuando María y yo le hablamos, las que me sé de memoria porque me molesté en aprender antes de que nos despidiéramos para siempre. Lo estudié lo poco que duró nuestro encuentro. Lo miré tanto que llegué a entender sus gestos, a analizarlos a fondo y a asumirlos, y recordé cómo me sentía yo cuando aún era él, antes de que aparentemente tomara la decisión incorrecta.

Me siento así ahora. Me siento como me habría sentido si las cosas fueran diferentes. Me arrepiento y quiero rebobinar y evitarlo todo y llorar, tengo muchas ganas de llorar, pero eso no puedo hacerlo.

—La relación que tenga con Eric no es asunto tuyo, es asunto mío. Que te quede claro. Por mucho... Mira. —Toma aire y, aunque ya la había notado tensa antes, ahora parece que intenta que no note que está enfadada—. Mira, ¿sabes qué? Paso. Paso de esto y paso de ti y de tu agonía y de...

Se calla de golpe, como si hubiera dicho una palabra que se hubiera prometido no decir (¿cuál ha sido, «agonía»?) y se me queda mirando fijamente. No digo nada, no reacciono. A un par de metros, aún observándola, diría que se le han llenado los ojos de lágrimas.

—Lo siento —murmura, avergonzada—. Creo... creo que deberías irte.

Capítulo veintiuno

«A song is just a song until something makes it special. Thank you for making this one special^[25]».

NOEL GALLAGHER, Festival Internacional de Benicàssim, 2015

María

Danielle ha decidido acompañarme a la cafetería en la que voy a quedar con Simon para hablar del siguiente viaje. No se va a quedar para cuando venga, pero como Simon casi siempre manda un mensaje de «Estoy llegando» probablemente le dé tiempo a desaparecer antes de que llegue.

Le he hablado de que está enfadado y triste y de que lo que estamos haciendo lo hacemos por él.

(Porque sí, no soy tan tonta para no saber que todo esto es para que se sienta mejor y no por las chicas de Praga). Es un poco irónico quejarse de que alguien se queja mucho, pero necesito desahogarme, y Dani, la persona más tranquila y emocionalmente estable que he conocido en mi vida, me escucha con los ojos fijos en mí y casi sin pestañear. Me da la sensación de que, cuando le cuento algo, ella lo entiende como si nadie más fuera a hacerlo en el mundo, y sus comentarios son siempre adecuados, los que me habría esperado y los que me gustaría escuchar.

Cuando me agarra de la mano por encima de la mesa y me sonrío

dulcemente es como si ya me hubiera quitado ese peso de encima.

—Gracias por escucharme —murmuro, apretándole un poco los dedos.

—*Anytime*^[26] —dice en inglés, y sonrío.

La sonrisa de Dani es un sueño, y el acento con el que lo dice me parece tan adorable que me da un vuelco el corazón. Me pregunto si el mío les parecerá a ellos adorable también o más bien desastroso.

Seguro que si le preguntara a Simon diría que *bastante* desastroso.

Mi móvil vibra y ahí está el mensaje del rey de Roma anunciando su llegada. Cuando se lo digo, Dani se termina el café de un trago, lamiéndose los labios después, y se pone el bolso sobre el regazo.

—Está a tres minutos —digo, mirando hacia arriba—. ¿Seguro que te vas ya?

—Sí, sí, te dejo con él. No te frustres mucho.

Le dedico una sonrisa.

—Vale, te veo luego. ¡Ánimo en el gimnasio!

Gracias. *Salut!*

Ella sale y, un minuto después, Simon entra. Me pregunto si se han cruzado y se habrán visto el uno al otro. Él parece un poco acelerado, como si hubiera venido corriendo, pero cuando me localiza sonrío y empieza a tirar de su bufanda amarilla para desenredársela del cuello.

—Hola, perdona. —Se acerca y, al ver la mesa, frunce el ceño—. ¿Has tomado ya dos cafés?

—Eh... No, no, uno no es mío. ¿Qué tal estás?

Se sienta donde antes había estado mi amiga y deja sus cosas en la silla de al lado con bastante cuidado.

—Estoy bien. Cansado. No tengo ni un momento de relax, llego a casa agotado y lo peor es que ni siquiera sé para qué quiero tiempo libre si luego no tengo nada que hacer. —Suelta una risa, luego echa mano a la bandolera que ha traído y la abre—. En fin, al grano: ¿has visto lo que te escribí?

—Eh..., no. ¿El qué?

—¿De verdad? —Me encojo de hombros y él suspira—. Bueno, a ver, pues es que he estado blabláblábláblá.

Y sí, me suena tal que «blabláblá» de verdad, porque ahora mismo, cuando Simon vuelve a su monotema, me resulta un poco un rollo.

La carta, los mapas, los viajes. Todo es así, esto es todo para él.

Tengo sentimientos contradictorios porque, por una parte, me siento halagada por ser receptora de su atención y emoción. Sé que no la comparte con nadie más que conmigo (su madre lo dijo, ¿no?, que no tiene más amigos aparte de mí), y tampoco habla de nada con Rachel ni con sus padres. Sin embargo, no puedo evitar sentir que me usa para desahogarse, pero que no me necesita para nada más aparte de eso; no me pregunta por mi vida ni añade un «¿Y tú?» a mis «¿Qué tal?» ni nada de eso. Es como si una vez que se quedara a gusto se olvidara de todo lo demás. Así que eso, no sé qué sentir o cómo sentirme.

Finjo muy bien que lo escucho, de todas formas. Mientras no me haga preguntas, no corro riesgos. Ya he dicho que se me da bien mentir. Mentir que entiendo lo que dice también entra en el *pack*, aunque esté pensando en mis cosas.

Aunque analice mientras tanto cómo me siento.

—... así que, bueno, sería eso. Aunque no haya encontrado dónde se miran los dichosos códigos, esa es la razón por la que me parece que Rennes es una buena opción.

Asiento, sonriendo y bebiendo del café que me ha traído en algún momento (¿se ha levantado y no me he dado ni cuenta?). Solo comento:

—Entonces, ¿vamos?

Él asiente. Se bebe lo que le queda de un trago. Así que a Rennes vamos, incluso sin número.

Al día siguiente, como las otras veces, viene a recogerme a la resi y me deja escoger la música. Al principio le tomo un poco el pelo, como la otra vez, pero al final gruñe que ha grabado un nuevo CD con un poco de todo para que no tenga material para atacarlo y, cuando lo ponemos, resulta que no está nada mal.

—*Mazo* bien, pequeño, me has sorprendido —murmuro cuando la primera canción que suena es *Flapper Girl*, de The Lumineers. Me echo hacia atrás, satisfecha, y le sonrío.

—¿Qué quiere decir «mazo»? —pregunta.

Suelto una risa porque ni me había dado cuenta de que lo había dicho.

—Es una forma de decir «très» que tenemos en Madrid. Se me ha

escapado.

—¿Vivías en Madrid?

—No. —Sacudo la cabeza—. En un pueblo al norte, pero casi.

Espera unos segundos antes de decir también:

—Se te escapan muchas palabras en español a veces.

—Será que lo echo de menos.

Como respuesta solo sonrío un poco, como si eso le hubiera conmovido algo, y sigue conduciendo para salir a la carretera. Yo miro por la ventanilla. No me importaría nada acostumbrarme a este paisaje verde precioso, ni a los árboles ni las formas que tienen los bosques, que no recuerdan en nada a los de España (solo a los del norte, un poco). La música de fondo hace que me sienta como en un videoclip, como si me hubiera colado en una ficción que no es la mía, y poco a poco empiezo a relajarme, hasta que siento cómo se me caen los párpados.

—¿Te importa que me desvíe un poco? —pregunta de pronto, como a los treinta minutos—. Sería solo durante unos kilómetros, luego volveríamos al camino normal.

—¿Por qué? —respondo medio adormilada, volviéndome para mirarlo brevemente.

—Quiero enseñarte una cosa.

Siguiendo indicaciones que entendería si hubiera aprendido a conducir o conociera mínimamente la zona, Simon tira hacia el oeste hasta que, unos kilómetros después, lo que se ve por mi ventanilla no es nada más que casas y casas y árboles y, entre ellas, intermitentemente, el inmenso y grisáceo azul del agua que brilla bajo el sol de marzo.

—El canal de la Mancha —anuncia y, aunque no me fijo en él porque estoy demasiado centrada en contemplar un paisaje que casi parece de otro mundo (¿cuánto tiempo llevo sin ver el mar, cuántos años?), noto que en su voz hay una sonrisa—... Pensé que te gustaría.

Asiento, embobada, y él sube un poco la música. Estoy en un sueño.

Me recuerda a otra persona que me hacía esto hace ya un año. Me recuerda, por un momento, a otro chico que subía la música para que pareciera que estábamos en un videoclip.

El camino por la costa no puede alargarse mucho o nos llevaría más de la

cuenta llegar a nuestro destino, así que al acercarse a una desviación que lleva hacia una ciudad llamada Caen, Simon me dice que me despida y no aparto los ojos del horizonte hasta que he perdido del todo de vista el mar. Tras eso, volvemos a los árboles y las comunas. Durante casi una hora todo pasa así, en silencio y cómodo, ni rápido ni lento, y poco a poco siento que nos acercamos porque Simon empieza a impacientarse.

Y eso lo sé porque habla.

—¿No tienes la sensación de que todas las pistas estaban ahí todo el tiempo, esperando a que las encontráramos? Es como si fuéramos los peores detectives del mundo y toda la gente a la que hemos conocido nos hubiera tenido que ayudar a encontrar las cosas porque nosotros no éramos lo suficientemente listos para verlas.

—Pero qué agorero. —Suelto una risa, sonriendo, y él se encoge de hombros—. Solo somos detectives inexpertos, todo el mundo tiene un primer caso.

—Pues con lo mal que nos está yendo no van a darnos más.

—Anda, ni que hiciera falta. Yo después de esto creo que voy a retirarme. Me he ganado la jubilación.

—Si no has hecho nada.

—¡Aguantarte!

Se ríe. La verdad es que me alegra que lo haga. Para chincharme, sin embargo, cambia la canción hasta que sale una de Green Day.

—Nooooo.

—¡Que Green Day mola! —exclama.

—Qué vaaa, quita esooo. ¡Qué corte de rollo!

Me pongo a gimotear como una niña pequeña y él se ríe entre dientes, cambiándola, pero sacudiendo la cabeza.

—Qué decepción. ¿Sabes? A Valeria le gustaba.

—¿Iba de *heavy*?

—¿Qué va a ser esto *heavy*? —Rebufa—. *L'ignorance*.

Su cara me resulta tan agradable y divertida que no puedo evitar tirar por ahí.

—Vale, y entonces, ¿qué le gustaba?

Encoge esos hombros suyos de pájaro, subiéndolos tanto que casi creo que

se va a rozar las orejas, y, como ahora tampoco me mira mucho, decido que voy a subir un pie al asiento para estar más cómoda.

—No lo sé, le gustaba todo. Se quejaba constantemente, pero a la vez no lo hacía nunca, no... no sé explicarme. Era como que no quería molestar a nadie con las cosas que la atormentaban, pero al final eso acababa extrapolándolo a lo bueno también, y casi no compartía nada. O le costaba mucho. Yo solo conozco un par de canciones que le gustaban, aparte de algunos nombres de grupos, pero si de verdad quieres saberlo... De hecho, en este CD... Espera.

Con un dedo largo y fino se pone a toquetear la radio y, de repente, la música cambia para dar paso a una melodía irlandesa que, aunque no reconozco inmediatamente, sé decir de quién es.

—¿Mumford & Sons?

—Valeria me escuchó cantarla una vez y desde entonces siempre me pedía que la tocara. Se llama *Lovers' Eyes*.

Su mirada se pierde en algún punto de delante, en la carretera, y noto cómo se aparta de mí casi como si lo abandonara su espíritu. Es algo muy curioso de ver. Nunca lo he visto cantar *en serio* delante de mí, no tras aquella primera vez en la calle, en septiembre, cuando nos conocimos, pero ahora empieza a hacerlo tan bajito que tengo la certeza de que no se está dando ni cuenta. En un silencio de la letra suelta un suspiro que es para él, no para mí, y la carretera sigue pasando ante nosotros mientras tras él corren los árboles y las casas en las que no puedo imaginarme que nadie viva y las diferentes señales que nos indican el camino. Este es un nuevo Simon, uno que hasta ahora no había visto, y casi se me llenan los ojos de lágrimas al observarlo, aunque no sabría decir muy bien por qué.

Subo ambas piernas al asiento y apoyo la cara sobre mis rodillas y pienso, así como de la nada, que Simon tiene muchísimo amor que dar. Muchísimo. Es como si ahora se lo estuviera viendo por dentro. Está lleno de él, pero se lo está guardando, como si cuando desapareció la persona a quien había decidido entregárselo le hubiera puesto un candado a todo. ¿Por qué? ¿Ya no sabe qué hacer con él o es que conservarlo le resulta útil?

Durante un instante minúsculo pienso que me gustaría que dirigiera un poco hacia mí.

Hasta su voz es distinta. Está cantando y los ojos le brillan como nunca he

visto que le brillen.

Cuando la canción termina y empieza la siguiente y él pestañea despacio, despertando del trance, me doy cuenta de que nunca se había mostrado tan vulnerable como ahora y de que necesito más momentos así con él, conocerlo, beber de su cabeza.

—¿Tenías una relación con ella? —pregunto de pronto, en voz baja.

Él pone cara de incomodidad, dirigiéndome una breve y horrorizada mirada, y luego arruga la nariz como si eso no le hubiera gustado. La verdad es que he decidido dejar de cortarme a la hora de plantear mis preguntas (aunque eso le confirme que soy una *petite morveuse*^[27], como dijo una vez), por lo que no me achanto.

—¿Lo he dicho bien? —insisto, aunque un poco insegura de repente. Todavía la cago muchas veces hablando, como aquella vez que cené con un chico e intenté decirle que estaba llena («*Moi, je suis pleine*») y se quedó mirándome horrorizado porque, cosa graciosa, eso se interpreta como «embarazada».

El pobre chaval masculló todo rojo que eso no era lo que yo quería decir porque «*pleine*» se refiere a «llena de gracia», o sea, preñada, y puso cara de susto ante la posibilidad de que pudiera ser verdad.

—Sí, lo has dicho bien —gruñe. Me echa una mirada y suspira—: No la teníamos. Éramos amigos. A mí me gustaba, pero no quería presionarla.

—¿Y le dijiste que te gustaba?

—Sí, se lo dije. Y justo a tiempo. —Suelta un resoplido de enfado—. ¿Cómo de trágico es eso? Se lo dije justo antes de que muriera.

Bajo las piernas. Aunque no describiría su forma de hablar como suave y amable, lo cierto es que nunca lo he oído decir nada con semejante violencia.

Me echa un vistazo rápido, pone los ojos en blanco y luego resopla.

—Vale, no fue literalmente justo antes de que muriera, en el lecho de muerte o algo así. Fue esa tarde. Habíamos quedado para que mi abuelo conociera a Rachel, a ver si la contrataba, y mientras esperábamos a que ella se preparara me confesé. Al principio puso cara como de susto.

—¿Te «friendzoneó»?

—No uses esa palabra —gruñe—. Que te guste alguien no significa que tú tengas que gustarle. Y no, no lo hizo, pero le llevó unas horas responderme.

—Entonces ¿le gustabas tú también?

—Supongo. Pero me dijo que ya hablaríamos de eso. Quiero decir, todo bien excepto porque nunca lo hicimos.

Oh. *Oh*.

Ay, pobre.

La carretera está vacía y lleva así un rato, pero aun así de vez en cuando echa breves miradas por el retrovisor.

—Da igual —dice al final con un suspiro—. Eso fue hace ya más de un año.

—Y aquí sigues, aún con esa conversación pendiente con ella.

—Oh, por hablar con ella no te preocupes, no lo necesito. Ya lo hago bastante, me parece a mí.

—¿Eso qué significa?

Vuelve a callarse. Hay algo en lo que acaba de decir me da un poco de agobio de repente; no sé por qué, porque no ha sido un comentario tan raro, pero tengo la sensación de que conteste lo que conteste va a decir algo raro.

—Nada —dice, sonriendo un poco—. No significa nada, solo que le doy muchas vueltas a las cosas.

—Bueno, hum... Si alguna vez te quedas atascado en eso..., puedes hablarlo conmigo. Decir las cosas en voz alta es mejor que tenerlo todo en la cabeza, ¿no? Deberías hablar de ella con alguien.

—Lo hacía. Antes. Ahora... esa persona ya no está cerca.

—¿Cerca?

—Disponible.

Me quedo pensativa. Mi cerebro trabaja rápido.

—¿Rachel y tú no habláis de su hermana?

Sacude la cabeza.

—Ya no. Antes sí, porque parecía que la teníamos en común, pero ahora...

Se calla. Chasquea la lengua. Ahora suena *Ghosts That We Knew*, como si se hubiera puesto en sintonía con nosotros, y miro sus labios moverse de nuevo al principio de la canción, como antes, descentrados. Cuando llega al estribillo, los aprieta con fuerza.

—Las cosas han cambiado.

—¿Valeria y ella se llevaban bien?

Sonríe, amargo.

—No lo sé. No creo. Es un poco difícil. Valeria se quejaba mucho de ella, pero luego intentaba ayudarla constantemente con todo. Eran bastante parecidas, no solo por fuera, que ora lo que veía la gente... Siempre cuidaban la una de la otra, pero sin querer que la otra lo supiera.

—¿«Por fuera»?

—Sí. Eran como dos gotas de agua. Cuando vi a Rachel por primera vez pensé que parecía una versión adulta de Valeria.

—¿En serio? —Asiente—. Qué raro debe ser eso ahora para ti, entonces. Verla, quiero decir.

Abre mucho los ojos durante un momento y se vuelve para mirarme, como si eso lo hubiera sorprendido. Cuando se vuelve a centrar hay algo extraño en él, como si lo avergonzara.

—¿Qué pasa? —pregunto, un poco achantada otra vez—. Si tira tu mejor amiga y Rachel es igual, verla debe resultarte...

—A... ah, sí, ya. Bu... bueno, al principio era peor, supongo, pero ahora... Es lo que te decía, ya no hablamos de nada. Está demasiado ocupada haciendo cosas y conociendo a otra gente.

—¿A qué gente?

—Pues no lo sé, ya sabes. Al chico ese que se pasa todo el día flirteando con ella en la tienda, el que la lleva a El Havre para sus reuniones, ese...
Eric.

Qué cambio de tono de repente, pienso. Con una sonrisa burlona, porque me hace gracia de repente ese comentario tan gratuito, comento:

—Simon, hijo, si no te conociera, diría que estás celosísimo de él.

Él no responde, ni siquiera con un ruido. Cuando giro la cabeza para mirarlo, sorprendida por el silencio (¿en qué contexto no me respondería a algo así?), veo que se ha puesto colorado.

Y cuando lo observo sé que no es solo eso, sino que está haciendo un esfuerzo *bastante grande* para no mirarme. No, no es que esté concentrado en conducir, porque sé de sobra cuál es la cara que pone cuando lo hace, y no es esa... Lo cual es raro. ¿A qué viene?

Entonces, de repente, mientras me pregunto qué diantres le pasará ahora e intento pensar en qué habré dicho, me parece que lo entiendo.

La idea que se me ocurre es de repente tan descabellada que me deja un poco en *shock*, pero, mientras lo estoy mirando, me doy cuenta de que es una posibilidad demasiado real y palpable. Por eso abro tanto los ojos. De pronto, el corazón me hace pum-pum de la preocupación (¿qué significa esto, cómo puedo interpretarlo?) y, más nerviosa de lo que me gustaría, analizo de nuevo todo lo que acaba de decirme.

Él mismo ha dicho que eran como dos gotas de agua. Acaba de decirme que Rachel y Valeria eran iguales, que Rachel es una versión adulta de lo que ella debería haber llegado a ser, más o menos.

Miro sus manos agarrando el volante. Las tiene blancas de lo muchísimo que las aprieta. Simon, Simon, no... Espero de corazón que no hayas hecho eso.

¿Cómo se lo planteo? ¿Cómo le pregunto? ¿Lo hago así, sin más, sin anestesia? Él me está evitando todo lo que puede evitarme estando los dos en el mismo coche, pero creo que no...

—Simon..., no te gusta Rachel, ¿verdad?

El color de sus mejillas sube hasta sus orejas como si hubiera pulsado un botón.

Pienso: «Ay, mierda».

—No. No, qué va.

Pero, obviamente, ahora es demasiado tarde para que pueda creermelo.

—Ay, Simon...

—Que te he dicho que no, María. No me... no me... gusta.

Nos quedamos callados tras eso, porque los dos sabemos que es un «sí», y yo tomo aire por la nariz y luego lo suelto.

Ay, señor, madre mía.

Tiene lógica, pero no deja de ser terrible.

—¿Y se lo has...?

—María, por favor, no hables.

Vale.

De nuevo, silencio. De la nada, una atmósfera enorme de incomodidad. Cruzo las manos sobre el regazo y me observo las cutículas, por hacer algo, mientras pienso en que me siento un poco tonta por no haberme dado cuenta antes, porque ahora parece superevidente.

¿Puedo entender que le guste? Sí, porque tengo ojos, y Rachel es preciosa. ¿Tiene sentido el porqué creo que le gusta? Eso es otra cosa.

Pero ni siquiera puedo dejar que eso sea lo que más me preocupe, porque lo verdaderamente importante es... que se lo ha estado guardando. Y no sé durante cuánto tiempo, pero ha estado atormentado por esto y no lo ha compartido.

—Qué faena —murmuro, porque no sé qué más decir.

—No puedes decirle nada —contesta al fin, apurado.

—¿Decir, yo? —Me vuelvo hacia él y veo la desesperación en sus ojos. El corazón se me encoge—. No iba a hacerlo.

—Ni a ella ni a nadie. Por favor.

—No te preocupes. Si no tengo amigos, ¿a quién voy a decírselo? —Me echa una mirada—. Que no, te lo juro.

Espera unos segundos, luego echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos un momento y suelta un gruñido.

—Joder. Soy una mierda.

¿Una mierda por estar por Rachel? No lo es.

—No lo eres —contesto. Espero un momento mientras intento pensar en qué más decir. Me es difícil expresarme, y sobre todo en francés—. Creo que me alegro de saberlo, porque así ya no te lo guardarás más para ti solo.

Alza la vista y *por fin* se atreve a mirarme de verdad, fijándose un poco más en mi expresión (todo lo que le permite estar conduciendo, de todas formas). Espero transmitirle lo que no me deja decir en voz alta.

—Es como con lo de Valeria —murmuro—. Cuando por fin me hablaste de ella fue todo mucho mejor entre nosotros porque estabas más relajado. ¿No lo notaste? —Me encojo de hombros—. Que me cuentes cosas lo hace todo más sencillo, creo yo.

—Supongo —murmura, pero ya no me mira—. Hum, gracias.

—No las des. Ahora puedes seguir despotricando sobre cómo el horrendo Eric no deja que Rachel trabaje y todo eso, si quieres. Yo encantada de escuchar.

La risa ahogada que suelta me sabe casi a bendición.

—Tampoco era eso. Es solo... que él siempre está por allí, ¿sabes? Se supone que trabaja para el padre de Mel en la agencia, pero no me parece que

de verdad pise ese sitio muy a menudo... Quiero decir, si se pasa el día en la tienda y ahora ellos se han ido a la ciudad, a mano precisamente no le queda. Y se pierde mucho tiempo en ir y volver. Si yo lucra su jefe, no me haría ninguna gracia...

—Cuando hablas del padre de Mel, ¿te refieres al ex de Rachel?

Eso sí que consigue que vuelva la cabeza hacia mí.

—¿Ex? No, no. Alejandro y Robert adoptaron a Mel cuando era bebé, cuando Rachel no podía encargarse de ella. Esto..., bueno, digamos que ella no vivía en una situación muy buena. Se reencontraron de casualidad hace casi un año... Supongo que el pueblo no es tan grande, al fin y al cabo.

—Anda. ¿Y ellos no tienen problema con que ellas se vean?

—Qué va. Parece que les gusta. Mel llama a Rachel «*maman*» y todo, aunque yo creo que la tiene más como una hermana mayor, por cómo se comporta.

—¿Y dónde entráis vosotros?

—¿Qué?

—Bueno, claramente Rachel no es familiar tuya. —Él me echa una mirada un poco dura, porque indirectamente ha sido volver al tema de antes, pero la ignoro—. Pero, según lo que me ha dicho, lleva bastante viviendo con tu abuelo. Así que... ¿dónde entráis vosotros, los Moureau?

Espero. Él se queda callado durante un rato un poco largo, como pensando. Tiene el ceño fruncido y pone de nuevo esa cara de estar esforzándose *mucho* en centrar toda su atención en la carretera. Oh, oh. Es su cara de evitarme y de rumiar. Miedo me da.

Mira por el retrovisor. Mira muchas veces, como si hubiera algo detrás que nos siguiera de cerca, otro coche o algo así, aunque no hay nada. Al final, acaba suspirando.

—Yo conocí a Valeria unos meses antes de que muriera. Nos hicimos amigos. Rachel, por aquel entonces, aún estaba en una situación... chungu. Tuvo algunos problemas, pero Valeria y yo intentamos ayudarla y mi abuelo le ofreció una entrevista para que trabajara en la tienda. —Hace una pausa y vuelve a mirar por el retrovisor y, al hacerlo, sus cejas se inclinan hacia los lados, como si algo le diera mucha pena—. Justo entonces fue cuando atropellaron a Valeria y ella se quedó sola, y mi padre, que es un buenazo y la

reconoció cuando fue a atender la emergencia, la trajo a casa. Supongo que mi madre se encariñaría con ella..., y hasta ahora.

—Pobrecita. A veces parece que viene todo de golpe, como si se hubiera acumulado el mal karma de vidas anteriores sobre las que ya no tenemos control. —No sé de dónde viene eso, pero probablemente de algo que haya dicho alguna vez Danielle. Suspiro—. Por lo menos os encontró, ¿no? Y ahora todo le va mejor, o eso me parece.

—Ella dice que la vida es así, que las cosas buenas van de la mano de las malas y que todo es una montaña rusa constante. Lo repite mucho. Creo que es como un mantra o algo parecido.

—*C'est la vie*... Suena bonito.

—Supongo.

Sin pensarlo mucho (y sin pensar tampoco en si va a regañarme o no por esto), vuelvo a subir los pies al asiento y me abrazo las rodillas, mirando por la ventanilla. Ha habido algo en su voz que me ha dicho que lo mejor sería darle un momento privado ahora mismo. La carretera al otro lado vuelve a como era al principio: campos y árboles y mucho verde, y me relaja, porque es como si en realidad no nos moviéramos o como si el tiempo que llevamos aquí dentro fuera solo una tontería; como si lo sintiera como lo siente Simon en esas veces que creo que para él todo tiene un ritmo diferente.

—¿Queda mucho camino? —pregunto.

—Menos de una hora, ya.

Silencio de nuevo. Después de todo lo que hemos hablado, creo que podría pasar una hora así.

—Valeria decía «*c'est la vie*» también, a veces.

Me vuelvo hacia él y me quedo mirándolo. Parece algo abstraído. No contesto, porque aún no debo hacerlo, solo espero.

Yo creo que lo decía como un eco de su hermana. Cuando se le escapaba parecía algo perdida, como si quisiera imitarla y no se le diera muy bien. A veces simplemente barruntaba; se ponía a murmurar cosas que tenía que hacer, porque siempre quería ser ella quien lo arreglara todo y nunca le gustaba pedir ayuda. Creo que era porque Rachel tampoco la pedía.

Pero tú la ayudabas, ¿a que sí?

Sonríe un poco y se encoge de hombros.

Sí. Me gustaba intentar hacerlo, porque, aunque ella no quisiera, a veces le hacía falta esa ayuda. Me daba la sensación de que muchas veces se echaba encima demasiadas cosas.

Y es lo último que dice del tema. Yo ya no le pregunto. Dejamos que el silencio lo llene todo, o que lo vacíe, y las casas y los pueblos van pasando a nuestro lado mientras nos acercamos a la ciudad.

Al llegar a Rennes admiramos rápida y brevemente su belleza, nos acercamos a la librería y, cuando por fin la encontramos, un hombre está cerrando la persiana metálica de fuera con bastante rapidez. Intentamos hablar con él, pero nos dice que lo siente, pero que no puede ayudarnos.

—¡Voy a ser padre, voy a ser padre!

La visita es corta. Vamos al ayuntamiento para comprobar el código del departamento de Ille y Vilaine y de la ciudad de Rennes y, cuando nos dicen que son 35 y 35238 y no coinciden con ninguno de los que tenemos, Simon se mosquea y volvemos al coche.

Capítulo veintidós

«... he deliberately destroyed a nest of swallows, killing them all. He said he was right to do so: those little birds kept falsely accusing him of having murdered his father!»^[28]

On Conscience, MICHEL DE MONTAIGNE

María

Querido Chris (6 de marzo)

Todavía hace algo de frío, pero el tiempo es agradable. Estoy viajando un poco, aunque tengo trabajo y poco tiempo y dinero, pero vale la pena porque estoy viendo cosas interesantes. Me parece que he mejorado bastante el francés, lo suficiente, al menos, como para hablar con gente por ahí sin necesidad que mi amigo me corrija todo el rato.

También he empezado a leer cosas con un poco más de nivel, ya sabes, para ir practicando.
Espero que tú estés bien.

María

Quién me habría dicho hace un año que mi vida sería así, que iba a vivir todo esto.

Quién me habría dicho que viajaría por Francia, que aprendería del todo otro idioma, que parecería casi (casi) una persona normal.

Quién me habría dicho que no tendría que volver a pensar en ellos como la responsable indirecta de casi tres muertes.

Mi vida es así ahora. Mi vida es diferente. Esto es lo real, lo que me está pasando, lo que vivo todos los días. Lo que yo era antes de llegar a esta pequeña ciudad del Sena Marítimo es como un sueño que no puedo recuperar bien, como una pesadilla, como algo que siempre he visto desde fuera porque, en realidad, debió pasarle a otra persona.

No le doy vueltas, no tantas como parece. Realmente no pienso en ellos. No pienso en ese último incendio, ni en la última vez que fui y no entré en el hospital, ni en el día que arrestaron a mi hermano. Lo recuerdo todo como recuerdo libros y películas, sin saberme bien los detalles, y en realidad no temo que se me olvide a consecuencia de esa desconexión.

Ni siquiera soy igual que la María que llegó al país en mayo o junio, tirando hacia el este en vez de hacia aquí. Me acuerdo de cuando llamé a la puerta de la finca de los tíos abuelos y de que me sentía tan nerviosa que pensé que sufriría un infarto. No fueron ellos quienes abrieron, sino una chica que más tarde supe que se llamaba Iza y que vivía allí para cuidar de ellos todos los días de la semana, y no sé si fue mejor o peor tener que pasar por ella antes de hablar con las personas a quienes había ido a ver.

—Señora Benoit, esta niña dice ser su nieta —anunció la chica tras

conducirme por un pasillo hasta la parte de atrás, donde estaba la terraza. Su cara era seria y parecía cautelosa, como si desconfiara (con razón) de que hubiera aparecido de pronto una nieta perdida, a lo *Anastasia*.

La tía Edmée se quitó las gafas de sol que llevaba con unas manos finas y temblorosas, moviéndose despacio hasta sujetar las patillas con extremada delicadeza. Recuerdo que me quedé fascinada con ese movimiento. Abrió los ojos lentamente, como si así le resultara mucho más cómodo ajustarse a la luz, y después los alzó ceremoniosamente hacia mí.

Eran unos ojos buenos.

—*Ma petite fille!* —preguntó, mirándome de arriba abajo. Hasta ese momento no había pensado en qué aspecto tendría, y me avergoncé por parecer un desastre y porque pensé que probablemente olía un poco mal. La mujer parecía demasiado confundida como para preocuparse por eso, de todas formas, y añadió—: *Mais moi, je n'ai pas de petite*^[29]...

—*Je suis la fille de Joséphine*^[30] —interrumpí, farfullando. Me temblaba todo el cuerpo ante cómo pudiera reaccionar.

Durante los segundos de silencio que siguieron a lo último que había dicho, me pregunté si la chica estaría ofendida por no haberle explicado el parentesco completo y si me echaría de la casa. Los ojos de la tía abuela seguían examinándome, aunque solo había subido un poco sus escasas cejas y no estaba muy segura de cómo iba a reaccionar.

—*María? María, c'est vraiment toi?*^[31]

El corazón me dio un vuelco cuando dijo mi nombre. Empecé a asentir muchas veces, muy rápido, y sus manos se movieron despacio y temblando hasta su pecho.

—*Mon Dieu, ma fille... Mais... qu'est-ce que tu fais ici, chérie? Et ta mère*^[32]?

Fruncí los labios y la miré fijamente. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no me achanté. No había forma de que yo pudiera explicarle todo lo que había pasado con el nivel básico de francés que había aprendido en el instituto (solo habría podido decirle: «*Elle est morte*», y no quería que se enterara de lo que le había pasado así), de modo que simplemente me quedé callada como forma de evitar el asunto.

Me observó un poco más y, poco a poco, también apretó los labios.

Después, despacio, alargó una mano hacia mí y dejé que me agarrara los dedos.

Aquellos dedos habían estado llenos de llamas hacía una semana o menos, pero ya no me salían.

En aquel momento aún intentaba aprender a seguir viviendo sin ellas.

Ahora me miro las manos y las veo limpias, puras, como si nada malo las hubiera cubierto jamás, como si nunca hubieran intentado hacerme algo malo. Ahí está la diferencia, supongo. Eso es lo que ha cambiado. Antes no podía mirarlas sin sentir repulsión, y era capaz de separarlas tanto de mí que conseguía culparlas de mis errores y malas decisiones, como si realmente no tuviera control sobre ellas; ahora, estas manos me ayudan a trabajar, y me satisface lo que hago con ellas, y solo raramente tengo que preocuparme de que estén bien. Son manos buenas, creo. Y son mías, yo las controlo.

Ahora sé eso y ya sé usarlas.

Mi vida ahora es distinta, pero he aprendido de ello.

A la vuelta de Rennes, Simon aparca en su casa e insisto en que me deje ir andando desde allí porque el paseo a la residencia de estudiantes me parece cada vez más agradable; a veces tomo caminos más largos solo para disfrutar de calles con un encanto que jamás les había visto a las de casa. Cuando llego *al foyer* estoy dispuesta a subir para recoger mis cosas e ir a los baños a ducharme, y también se me ocurre que tal vez después pueda bajar al gimnasio a hablar con Dani mientras ella se ejercita. Me gusta hacer eso, parlotear mientras está en la bici o sube peso con las piernas poniendo cara de que en realidad no le está costando un montón.

Sin embargo, nada más pasar la puerta y dirigirme hacia la de cristal, que solo se puede abrir con una tarjeta de inquilinos, la mujer de la recepción, Marie France, chasquea los dedos y la lengua y me llama.

Cuando la miro me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—María, ¿verdad? —pregunta cuando lo hago, y yo asiento—. Claro que sí. Me acordaba, solo es que a veces me hago un lío. —Está mascando un chicle y tiene cara de que lleva queriendo salir a fumar unas dos horas, pero aun así es amable. Señala con la cabeza una caja que tiene a su derecha, a la que yo puedo acceder, y me dice—: Tienes correo.

—¿Correo?

—Sí, y desde hace bastante, la verdad. Nunca bajas a mirarlo, y como sea algo importante...

Sé por Danielle y la chica con quien vivía antes que en este sitio, aunque puedes recibir cartas, nadie sube a tu habitación a entregártelas. En parte lo entiendo, porque somos como cuarenta habitaciones por planta, la mitad dobles, y si hubiera que pasearse por los cinco pisos habitados a dar a todo el mundo sus tonterías, sería un suplicio. Por eso está «el Buzón», como lo llama Dani, que es una caja donde van dejando todo el correo y por donde tienes que pasarte de vez en cuando a echar un vistazo a todas las cartas a ver si hay alguna que sea para ti. Muy seguro no me parece, y menos si has pedido algo por internet y a alguien le da por quedárselo, pero algo es algo y aquí la gente es un poco más decente que en el sitio del que vengo.

¿Por qué nunca bajo a mirarlo, como ha dicho Marie France? Porque yo no espero nada.

Cuando vuelve a señalar la caja, el estómago me da un vuelco y se me aceleran las pulsaciones de golpe.

Pero nadie tiene mi dirección...

—Ha debido de haber una equivocación —murmuro, sintiendo de repente que estoy muy cerca del mostrador, y de la caja, y de ella—. Yo no estaba esperando ninguna carta. Tal vez sea para mi compañera de cuarto, Danielle Baraud...

La mujer se incorpora y, sin decir nada, se inclina sobre el Buzón. Me da la sensación de que encuentra lo que busca demasiado pronto.

Nadie tiene mi dirección, nadie tiene mi dirección, nadie tiene mi dirección. Nadie puede mandarme nada.

—¿Te llamas María? —Ella ya lo sabe, porque literalmente acaba de preguntármelo, pero de repente me choca porque lo pronuncia de una forma demasiado española, demasiado marcada. Aquí nadie pronuncia mi nombre así, de modo que tardo en reaccionar, pero al final asiento—. ¿Vives aquí?

Asiento otra vez—. Entonces me parece que eres tú.

Extiende la mano hacia mí con la carta entre los dedos. Es un sobre blanco con algo escrito que no puedo leer desde aquí y que tampoco quiero ver. Me acerco un paso y la agarro.

Le doy la vuelta. Se me enfoca la vista. En el destinatario, con una

caligrafía que hace mucho tiempo que no veo, pero que reconozco, está escrito claramente:

A María Gaudet-Benoit
Foyer d'étudiants Les Tournesols
4 Rue 78 — Michelet
76500 Elbeuf
France

Me parece que me mareo. Siento que voy a caerme, me parece que voy a hacerlo, pero al final no lo hago.

Le doy las gracias a Marie France, me doy la vuelta, entro en el ascensor y subo.

Voy en modo automático porque mi corazón se ha vuelto robótico para poder aguantar el trayecto hasta un lugar seguro, aunque mi cabeza se haya puesto a funcionar sin parar.

Tengo una carta de Chris, tengo una carta de Chris, tengo una carta de Chris. Me ha mandado una carta.

Para comprobarlo (como si existiera la posibilidad de que fuera una equivocación, aunque no hay ninguna), le doy la vuelta al sobre y la luz del ascensor parpadea un poco, blanca y brillante y terrible, y lo ilumina:

Christophe Gaudet-Benoit

Christophe, Christophe, Christophe, Christophe.

(Gaudet, Gaudet, Gaudet-Benoit). Me ha encontrado, me ha encontrado, me

ha encontrado.

¿Cómo me ha encontrado, cómo ha...?

Me da la sensación de que la puerta se abre sola cuando estoy a punto de entrar en mi cuarto, como si hubieran estado siguiendo mi tambaleo y hubieran esperado a que llegara. Dentro no hay nadie, o al menos nadie que yo vea, solo un espacio más grande de lo normal y como distorsionado. Todo se mueve un poco. Me siento en mi cama —está hecha, ¿cuándo la he hecho, esta mañana? — y sujeto la carta como si fuera un tesoro, con el doblez apuntándome, una flecha que me señala porque la destinataria soy yo, soy yo, soy yo, María Benoit, María G-y-algo, o María como sea, pero yo.

—¿María? —La cabeza de Danielle se asoma por arriba y me asusto, o eso creo, porque en realidad no siento ningún miedo en el cuerpo—. Te has dejado la puerta abierta.

¿La puerta? ¿Qué me importa una puerta cuando...?

—Oye, ¿estás bien?

Dani se baja de la litera de arriba, se acerca a mí despacio y se sienta a mi lado, detrás de la escalerita de la cama. Mira el sobre que estoy mirando yo (mi nombre completo sigue acechándome de una manera horrible) y luego sus ojos vuelven a mí, confusos y llenos de interrogantes.

—¿Qué es eso?

—Una carta —murmuro, aunque no sé de dónde me sale la voz.

Danielle se mueve ágilmente hacia el fondo de la habitación para cerrar la puerta, luego vuelve a mi lado y pone una pierna detrás de mi cuerpo y otra colgando del borde, en una postura que de alguna forma parece rodearme y protegerme. Me gustaría saber si mi respuesta la ha dejado satisfecha («una carta» parece algo demasiado inespecífico, ¿no?).

—¿Christophe?

¿Es una pregunta real, Danielle? ¿Te preguntas quién es? ¿O quieres saber por qué me ha escrito, como yo, por qué han llegado sus palabras hasta mí aunque me haya ido tan lejos?

Vuelvo la vista hacia ella.

—Es mi hermano.

A ella le he hablado de Chris, pero no se acuerda. No se acuerda, no se acuerda. ¿Eso es porque en realidad no llegué a hablarle de él? Estoy segura

de que sí lo hice. Tuve que hacerlo, y creo que lo hice, porque Dani es la única a quien le he contado algo y lo recuerdo porque para mí fue especial contárselo. Para mí no fue cualquier cosa... Tampoco le he hablado a nadie de mi familia excepto a ella. No le he contado mucho, la verdad, pero seguro que sí que he mencionado a Chris, porque cuando pinto un cuadro en el que todo es bonito él es el protagonista.

«Es mi hermano, es mi hermano, es mi hermano». Danielle mira la carta que tengo entre las manos y, aunque ve que está cerrada, pregunta:

—¿Y qué te dice?

—No lo sé —murmuro—. No puedo abrirla.

—Pero ¿quieres saber qué ha escrito?

—Sí.

—Pues solo vas a saberlo si lo abres.

Claro. Eso es... obvio. Bajo la vista también hacia mis manos y ella, sin decir nada más, se incorpora despacio, me da un beso en lo alto de la cabeza y, tras agarrar una botella de agua y una pieza de fruta, se vuelve para arriba.

No hace falta que me diga que va a bajar cuando la necesite para que yo lo sepa. Tomando todo el aire que puedo, cierro los ojos unos instantes y, con los dedos temblando, abro el sobre.

10/02/2017

Querida María:

Leo todas tus postales. Gracias por escribirme. Eso sí, lo siento por ti, pero ni me borro ni me muevo; aquí sigo, y no voy a irme, y espero que no dejes de mandarme cosas porque leerte es la única

forma que tengo de comprobar que el mundo real sigue estando ahí fuera. A veces parece que llevo repitiendo esta rutina desde hace años, muchísimos años, y es todo tan igual que no tengo manera de recordar si las cosas que he hecho han sido hace mucho o ayer. Es raro. Tus postales, por lo menos, marcan la pauta. Te echo de menos muchísimo. Me da un poco de miedo que cuando te vea no vaya a reconocerte. Espero que estés bien, porque a veces no me creo del todo lo que escribes. ¿Qué tal el fuego? ¿Sigues llamándolo así? ¿Sigues estando tan nerviosa?

Espero no asustarte con esta carta. No sabía qué hacer cuando vi que escribías por primera vez tu dirección. Sé que probablemente te agobies, pero no pasa nada, no voy a acosarte. Me gustaría hablar contigo, porque puedo entender que te hayas ido y no puedo reprochártelo, pero también quiero decir cosas y espero que tú también lo entiendas. Aunque depende de ti, claro. Yo, hasta tener respuesta, no voy a escribirte más.

(Buena forma de evitar el rechazo, ¿eh?). No sé qué más decir, la verdad. Pero no dejes de escribirme. Ni sobre pájaros ni sobre colores ni sobre plantas.

Te quiero, pequeña.

Christophe Gaudet

P. D.: Estoy muy nervioso. He escrito esto como unas cuatro veces antes de decidir que esta respuesta es más o menos buena.

Capítulo veintitrés

«His hands keep turning into birds, and his hands keep flying away from him. Eventually the birds must land.»^[33]

Unfinished Duet, RICHARD SIKEN

María

Hola:

Yo ya no utilizo el Gaudet. Ahora solo me apellido Benoit (aunque no oficialmente, eso es difícil).

Por favor, cuéntame cómo es la cárcel.

Capítulo veinticuatro

«She looks like she's
lived longer than
anyone I know^[34]».

A Parasite, SARAH CROSSAN

Simon

Después de varios días pasando de mis mensajes y llamadas, el miércoles siguiente María aparece en la tienda sin dar ninguna explicación.

Quería que viniera porque tengo ganas de verla. Me apetece mucho hablar con María ahora que sabe más de mí, porque es un alivio, porque parece que por fin alguien me entiende. Ni siquiera sé qué me gustaría decirle si viniera ahora, pero tal vez podríamos ponernos a investigar o, yo qué sé, comentar cualquier chorrada; la verdad es que me sirve lo que sea. Me he dado cuenta de que en realidad disfruto bastante de su compañía, estemos en la carretera o no (le cuente o no cosas que no le cuento a ningún otro alguien), y supongo que es algo bueno, porque... porque... porque estar con ella me hace sentir bien, y hace tiempo que no me siento exactamente bien con nadie.

Al rato de pensar eso, como si la hubiera invocado, la campanita suena y aparece ella.

Le sonrío en cuanto la veo entrar, ilusionado, pero ella levanta la mano de

forma bastante impersonal y, agarrando una de las cestas de plástico que tenemos en la entrada, se mete en un pasillo y dejo de verla.

Al principio es raro. No saludar es definitivamente algo que ella no hace, así que salgo de detrás del mostrador y voy a donde está. La encuentro agachada mirando distintos tipos de fideos cuando llego; escoge unos, se incorpora despacio y luego empieza a mirar más de cerca las legumbres, ignorándome.

Frunzo el ceño. Que haga esto no es muy normal, y de repente me siento incómodo.

—¿Dónde has estado toda esta semana?

No responde enseguida, solo detiene un momento el brazo en el aire antes de volver a dirigirlo hasta el estante donde están los garbanzos. Tras unos segundos sin decir nada, acaba soltando un minúsculo suspiro y se vuelve hacia mí sonriendo débilmente.

—Hola. He estado en casa, eh..., meditando. Me ha surgido una cosa, algo del pasado, y tenía que hacerme cargo de ello. Perdona por no haberte hablado ni contestado.

Arqueo una ceja.

—¿Qué significa eso?

—¿El qué, «perdona»? Es una cosa que dice la gente para disculparse.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

No, joder, eso de meditar. Qué intenso. ¿En qué peli te has metido tan de repente?

Su expresión se queda congelada en una mueca rara durante un instante, lo suficiente para que me sienta culpable por haber dicho eso. Desvía la vista. Le sale una risa suave, la risa menos risa que he oído en mi vida, probablemente, y cuando abro la boca para añadir que no lo decía con mala intención, ella sacude la cabeza y vuelve a mirarme.

No significa nada, qué tontería. ¿Os quedan zanahorias?

No me muevo, inseguro. Por mucho que ahora ella intente mantener esa especie de sonrisa, me parece que la he cagado, aunque no sé exactamente en qué momento o por qué. Me separo de la estantería, poniendo entre los dos un poco más de distancia, y miro hacia donde están las verduras, aunque puedo verlas desde aquí.

—Creo que sí, voy a ver.

Ella me sigue. Le pregunto cuántas zanahorias quiere y me dice que tres. Asiento. Parece un poco distraída, como si solo hubiera venido por obligación y estuviese intentando prestarme la mínima atención posible para no entretenerse y poder volver adónde haya estado escondida todo este tiempo. Al menos, esa es la sensación que me da. Me siento un poco incómodo. No sé si de verdad he hecho algo o no, pero, tras un rato en silencio que se me hace eterno (vale que no teníamos por qué decirnos nada mientras yo pesaba las zanahorias y ella colocaba sobre el mostrador las cosas que había metido en la cesta), no puedo resistirlo y pregunto:

—Oye, ¿qué pasa?

Ella alza la vista hacia mí, sus ojos grandes y azules y brillantes como siempre.

—¿Con qué?

—No lo sé, contigo. ¿Qué te pasa?

—¿A mí?

—Sí. ¿No quieres decírmelo, o qué?

Se queda mirándome fijamente, como intentando decidirlo. Luego aprieta los labios un poco y, por tercera vez desde que ha llegado, su única respuesta es una sonrisa. Una sonrisa complaciente. Para que me quede contento. Frunzo el ceño, molesto, pero antes de que vuelva a gruñir su voz se adelanta:

—No es que no quiera decirte algo, Simon, es que no ha pasado nada. De verdad.

—Pues no lo parece. ¿Es algo que tiene que ver con lo nuestro, con lo que estamos buscando, o algo así?

Su sonrisa disminuye.

—No. Simplemente he estado con otras cosas, pero no es nada que...

—¿Con qué? —interrumpo.

—¿Qué?

—¿Con qué cosas?

Frunce un poco el ceño.

—Pues yo qué sé, Simon, con algo distinto. ¿Te crees que todo lo que hago tiene que ver contigo? Mi vida no gira en torno a esta investigación, como la tuya, así que relax.

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendido por la agresividad de un tono suave. En cuanto deja de hablar se hace el silencio; hay unos instantes de vacío absoluto en los que no se oye ningún sonido, ni de los congeladores ni de la calle ni del piso de arriba, y entonces todo vuelve de golpe y siento que la cara me quema tanto que me va a explotar.

Desvió la vista.

—Tampoco tenías que hacer eso, no hacía falta —murmuro.

—¿Hacer qué?

—Humillarme.

—¿Qué?



María

Me siento increíblemente cansada. En realidad no he hecho nada en toda la semana, solo lo que se supone que es mi obligación (trabajar, comer, hacer la cama y dormir ocho horas cada noche), así que no sé exactamente por qué parece que me ha pasado un camión por encima. ¿De dónde viene el agotamiento máximo, de hablar con Chris? ¿De volver a tener un contacto real con él después de tanto tiempo?

¿De explicarle por qué llevo sin verlo tres años e intentar no sentirme como si le hubiera puesto una excusa?

No parece haber pasado tanto tiempo, pero cuando todo explotó yo tenía quince años y ahora estoy a punto de cumplir diecinueve.

Nada más leer lo que me había escrito le mandé dos cartas. La primera era corta, breve y ansiosa (no sabía bien qué decir, así que solté lo primero que se me ocurrió); en la segunda, cuando ya me había calmado un poco, le pedí perdón por la mayoría de las estupideces que había gastado tiempo en decir y

me pareció muy importante aclarar que, si no había ido a verlo cuando aún vivíamos en el mismo país, había sido porque sin el permiso de Ben o su presencia física no podía hacerlo. Porque era menor. Le hablé rápidamente de cosas en las que hacía casi un año que no pensaba, no sé por qué, supongo que simplemente salieron, y luego le dije que había recorrido todo el camino desde la parada del bus hasta la puerta de la cárcel el día anterior a irme de allí, aunque me había dado a la vuelta justo al final porque pensé que, si lo veía, no podría marcharme.

Escribí sobre todo lo que se me ocurrió, páginas y páginas. Creo que nunca había escrito tantas cosas, y para todo lo que conté ni siquiera me ocupó tanto. Sin embargo, eso no debería ser suficiente para drenarme del todo la energía, ¿verdad?

¿Verdad?

Da igual. Lo sea o no, lo cierto es que no tengo fuerzas para lidiar con Simon ahora mismo.

El experto en presionarme y luego hacerse el inocente tiene la mirada baja cuando mis cejas suben movidas por la incredulidad.

—¿De qué estás hablando? Yo no te he humillado.

Suelta el aire por la nariz muy fuerte, como un niño cabreado, y al hacerlo planta algo en mi pecho que ni es mío ni merezco: culpabilidad.

Repaso lo que he dicho, mis palabras exactas: mi, vida, no, gira, en, torno, a, esta, investigación, como, la, tuya. Son todas normales, ninguna fuera de lugar, ninguna ofensiva.

Entonces, ¿a qué viene su cara? ¿Por qué parece dolido y ofendido? Yo soy la que está dolida. Yo soy la ofendida. ¿Qué derecho tiene él de tirar de mí intentando sacarme algo que no quiero compartir ahora y encuna enfadarse cuando cambio de tema?

Desde que empezó a abrirse es como si ese grifo se hubiera roto y ya nada pudiera cerrarlo. Es como si le debiera algo porque ha decidido confiar en mí, como si, por intentar ayudar (o por haber querido entrometerme), hubiera metido la cara de lleno en la caja de Pandora. Que vale, entiendo que uno tenga frustraciones, que se queje de las cosas que le pasan, que, que, que... Pero no se puede ser tan susceptible.

—Y entonces, ¿qué era ese comentario tan innecesario que te ha dado por

soltar?

¡No ha sido un comentario innecesario, ha sido un comentario sin más! ¿He mentido?

No lo he hecho y lo sabe, y ese es el problema, supongo; que le ha dolido porque es una verdad como un templo, y le he expuesto.

No tengo bien el cuerpo. No tengo bien el corazón. No tengo la mente como para pasar por esto ahora, para tolerarlo, para perdonar su estupidez solo porque... porque..., ¿por qué?

Ni siquiera recuerdo qué motivos tengo para aguantar que se porte así conmigo.

Él se echa un poco hacia atrás, poniendo algo más de distancia, y empiezo a agobiarme tanto que comienza a picarme la nariz por dentro, como siempre que me vienen las ganas de llorar. Se queda mirando las cosas que he escogido, que ahora esperan repartidas por la mesa, y entonces dice:

—Las zanahorias y todo lo que llevas ahí son 5,3 euros.

—Ya no quiero nada de esto.

Él se queda mirándome con ojos serios y a la vez lejanos, como si estuviera viendo algo que da a otra dimensión.

—Bueno, lo necesitarás igual, ¿no? Aunque no lo quieras, l'ara comer y eso.

—No. Se me ha quitado el hambre del todo.

—¿Para toda la semana?

—Y para todo el mes.

Gruñe, poniendo los ojos en blanco. Ya no me mira, y parece que no sabe bien qué hacer con su cuerpo, o adónde dirigir la vista si no es a mí o qué más decirme.

De repente no tengo ni idea de cómo leerlo o qué interpretar del lenguaje de su cuerpo, así que me alejo un poco. Unos pasos. Intento observarlo desde más distancia, como si ya no fuera un ser con el que yo interacciono, sino un artículo de exposición o el animal de un zoológico que no sabe cómo salir de su jaula y tiene debajo una etiqueta en la que pone «*Homo sapiens sapiens*», aunque realmente muy sabio no sea.

Cuando por fin alza la vista, probablemente para contrarrestar que yo lo observe con tanta atención, me parece que su mirada podría reducirme al ser

más pequeño del mundo.

Una vez deseé convertirme en algo diminuto —en mi otra vida, lo recuerdo—, pero ya no quiero serlo nunca más.

Entonces ¿qué, has venido para esto? ¿Te has desplazado hasta aquí para revolvérmelo todo un poco, darme más trabajo y luego marcharte sin más? Seguro que te debe parecer gracioso.

—¿Tú ves que me esté riendo?

Vuelve a resoplar de esa forma. Yo frunzo mucho el ceño.

—No, Simon, en serio, ¿ves que algo de esto me esté haciendo el mínimo de gracia?

—No sé por qué sigues aquí, María. Me parece que deberías irte.

—Pues sí, pero voy a irme cuando yo quiera, no cuando tú me lo digas. ¿Qué demonios ha tenido que pasarte para que a la mínima que alguien te dice algo que no te suene suave o complaciente te pongas así, puedes explicármelo? Porque, de verdad, quiero entenderlo.

—¿Te parece normal que yo me preocupe por ti y que tú me respondas...?

—Eso no es preocuparse. De hecho, ni te has preocupado hoy ni te has preocupado nunca. Siempre que hablamos todo es tú, tú, tú, tú, tú, tus sentimientos y lo que tú echas de menos y tu vida. Pero ¿y yo? ¿Acaso te importa lo mío?

—¡Me estaba importando!

Estamos alzando mucho la voz, pero ni puedo ni quiero pararlo. Es la primera vez que experimento esto, que discuto y sé qué hacer con mi boca y que no me tiembla el cuerpo, y me gusta la sensación de controlarme totalmente y ser yo quien tiene la mitad de la fuerza. Estoy decidiendo pelear. Podría volver a ser una persona más conciliadora, a intentar disculparme y dejar pasar esto, pero no quiero hacerlo, porque soy yo la que está harta y yo la que ha escogido dejar de callarse.

Pues que te importe mejor, o de verdad —digo—. Tampoco sabrías por dónde empezar, porque no sabes nada de mí. ¿Me conoces acaso un poco?

No dice nada. Me río, ahora sí, porque o hago esto o me echo a llorar.

Él sigue al otro lado del mostrador, apartado, alto como un gigante y con esa muralla física y real separándonos y protegiéndolo. Estar ahí le viene muy bien y sé que no va a moverse.

Pues vale.

—¿Tú crees que alguien puede soportar a una persona así, Simon? Por eso se va todo el mundo. Y no es porque estén en tu contra, es porque tú te pones siempre contra ellos, aunque nadie intente hacerte nada. Eres tú, con todas... con esas espinas.

Entrecierra los ojos, dolido. Yo me vuelvo y camino hacia la puerta. Tengo ganas de llorar, pero creo que no podría añadir nada más. Y tampoco puedo quedarme.

Capítulo veinticinco

«Finally there is nothing here for death to take away^[35]».
What Matters Most is How Well You Walk Through the Fire,

CHARLES BUKOWSKI

Simon

Por eso la gente se va.

«Por eso se va todo el mundo». Por mí. Se van por mí, por lo que yo hago.

El portazo se oye en toda la casa y hace que toda la estructura tiemble. Me arrepiento al instante de haber cerrado tan fuerte, pero ya es tarde para remediarlo y sería muy estúpido volver a abrir para hacerlo más decentemente, así que me quedo mirando la puerta y luego, chasqueando la lengua, me vuelvo. Valeria está sentada en mi cama, lo que por un momento me sobresalta porque llevo algo más de una semana sin verla, pero la impresión se me pasa al ver la forma que tiene de mirarme, como si se riera de mí.

—Menuda entrada —dice, entornando una sonrisa—. Alguien está de mal humor, me parece.

—He discutido con María.

—Ya veo, ya... Chico, esta vez sí que ha tenido que ofenderte.

Estoy a punto de gritarle que sí y de repetirle palabra por palabra todo lo que ha dicho, pero de repente no me acuerdo. No de todo. Solo de algunas

cosas sueltas, acusaciones, y parecen estúpidas y poco importantes, así que si se las digo va a reírse de mí.

—Sí, lo ha hecho —me limito a contestar, mirando hacia otro lado y acercándome al armario para sacar ropa algo más cómoda—. No ha sido un encuentro muy agradable; básicamente ha venido a la tienda a decirme cosas horribles.

—¿Cosas horribles o verdades? —Cuando me vuelvo hacia ella de golpe, se ríe—. Lo digo porque nos conocemos... Los dos sabemos cómo sueles tomarte que te digan cosas que te duelen, sobre todo cuando sabes que son verdad. Y últimamente...

—Cállate.

Vuelve a reírse.

—Ya tengo mi respuesta.

Gruño.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque no puedo. Pero a estas alturas ya deberías saberlo, ¿no? Que sin ti no voy a ninguna parte. Pero, bueno, sin contar esto, ¿qué tal el resto de la semana?

Resoplo y le doy la espalda para quitarme la camiseta.

—Pues, bueno, igual.

—¿Igual que qué?

—Que siempre.

—¿Y eso significa...?

—Pues no lo sé, Valeria, lo de siempre. Gente que es borde y no me habla demasiado, trabajo... Lo normal para mí.

—No serás tú el más dramático... —Se ríe, subiendo las piernas a la cama y cruzándolas como un indio, y se agarra los tobillos con ambas manos—. Decir que es algo rutinario que la gente sea borde contigo me parece un poco *hardcore*, ¿no? Vale que tus padres y Rachel están un poco hasta las narices de ti, pero eso no significa que se aplique a todo el mundo.

Sí que se aplica, por eso se van. Esa es la explicación, ¿no? Es lo que dijo María.

Valeria pone los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo te importa lo que ella diga? Hace no tanto ni la

soportabas. Y, quiero decir, normalmente te da igual lo que te diga todo el mundo, ¿por qué ibas a preocuparte por lo que haya dicho esa tía que ni siquiera sabe hablar bien en francés?

El tono con el que lo dice no es hiriente de verdad, como si ni siquiera a ella le convenciera ese argumento para degradar a mi amiga. Como si lo estuviese usando como último recurso.

—María es la única... que...

—Es la única que no está del todo contra ti. Ya. ¿Y? ¿A quién le importa? A ti desde luego no, o te habrías preocupado un poco más por ella. *En serio*, quiero decir.

—Pero lo he hecho. Me he preocupado.

—¿Ah, sí? ¿Acaso sabes algo de ella como para preocuparte?

—Claro.

Valeria se ríe con malicia. La sonrisa tatuada en su cara es terriblemente burlona. Despacio, se mueve hasta quedar apoyada en un costado de forma bastante sugerente, con la cabeza en una mano para mantenerla alzada, y se relame antes de decir:

—¿Cuál es su color favorito?

Pestaño, confundido. Qué pregunta tan estúpida, ¿por qué tendría yo que saber...?

—¿Cuál es su animal favorito?

Eso no...

—¿Cuál es su peli favorita, o su libro favorito, o su serie? ¿El plato que más le gusta? ¿La canción? ¿Cuánto tiempo tardó en llegar hasta aquí?

Pero...

—¿De dónde viene, por qué está aquí, dónde está su familia?

El corazón se me acelera, ansioso. Valeria cada vez habla de forma más agresiva y más rápido. Su boca es cada vez más grande.

—¿Tiene perro? ¿Tuvo gato? ¿Puede usar una impresora? ¿Su madre le cortaba el pelo? ¿Está su abuelo paterno vivo? ¿Tiene hermanos? ¿Ha estudiado? ¿Cuántos idiomas sabe, cuáles puede intentar hablar...?

Me llevo las manos a la cabeza y cierro los ojos, y por la habitación empieza a extenderse la risa de Valeria cada vez a más volumen mientras por sus labios siguen cayendo preguntas a cual más al azar y más importante.

Y de repente su voz desaparece, y cuando abro los ojos se ha hecho de noche y en mi cuarto ya no hay luz.

Estoy muy cansado. Hoy no he dormido una mierda, pero he recibido un mensaje de Rachel diciendo que Mel se ha puesto mala y que Alejandro le ha pedido por favor que fuera a quedarse con ella, porque Robert y él curran. Parece que ahora solo nos comunicamos por estas cosas: ella necesita un cambio de turno y yo se lo doy, y ya está. No hablo con ella por otros motivos. Ya ni siquiera subo a su casa para saludar o para llevarle táperes al abuelo, ni me avisa cuando se pasa la tarde con Mel ni me cuenta nada de su vida solo porque soy yo y le apetece que lo sepa. Nada. Y me hace sentir mal, muy mal, pero tampoco sé qué hacer para remediarlo ahora, sobre todo cuando hasta María se ha ido.

Porque espanto a la gente.

Hoy no viene mucha gente a la tienda, así que la mayor parte del tiempo me la paso muerto del asco, sentado tras el mostrador encuna de un montón de cajas vacías de fruta y mirando a todas partes, intentando no pensar. Se me hace eterno, pero no tengo batería en el móvil y, como mirar la hora supondría tener que levantarme para mirar el reloj que hay en la salita, ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado. Aunque da igual, ¿no? Hasta que ella vuelva tengo que quedarme aquí, y si no lo hace, será cosa mía cerrar.

Repaso las cuentas. Me paseo cien veces por los pasillos, apuntando lo que podríamos reponer, intentando encontrar coincidencias entre proveedores para poder entretenerme llamándolos ahora.

—*Bonsoir, reine de ma vie!*

La voz suena casi antes que la campana que anuncia que alguien está entrando, y después del silencio que he tenido toda la tarde me asusta un poco una exclamación así de repentina. Me asomo enseguida. Me siento hasta avergonzado de que alguien haya entrado cuando yo tenía la cabeza metida en el congelador contando existencias, pero, cuando veo quién viene por el pasillo, la molestia sustituye todo lo que hubiera podido haber antes.

¿Qué hace este aquí?

Eric también se queda un poco sorprendido al verme. Se para en mitad del pasillo, la gabardina que lleva puesta flotando un segundo antes de detenerse también, y su cara parece de desconcierto máximo. No sé si es que soy la

última persona que esperaba encontrarse o que está un poco cortado por haber gritado eso. Durante un momento solo nos miramos, los dos con la misma expresión, creo, y entonces él acaba con el contacto visual y sonrío.

—Vaya, Simon, perdona. Pensé que pillaría a Rachel aquí..., bueno, eso es obvio.

Arqueo una ceja.

—¿Qué es eso de «reina de mi vida»?

Me da la sensación de que se sonrojaría si pudiera, pero es el tipo de tío que no ha sentido vergüenza en su vida, ni siquiera por algo así.

—Nada, una coña entre nosotros. No le gusta mucho que la llame así.

—¿Y por eso lo haces?

—Sí, pero creo que le hace gracia. Quiero decir, no lo haría si le molestara de verdad.

Asiento. Pues vale. Tener que escuchar eso ha sido probablemente lo más incómodo, sobre todo porque de repente me viene a la cabeza la conversación que tuve con María de camino a Rennes, antes de la pelea. Aparto la cara y me siento un poco estúpido estando simplemente aquí parado. Intento agarrar algo, por ejemplo, el borde del delantal que llevo puesto, y me encojo de hombros intentando parecer despreocupado.

—Bueno, Rachel no está.

—Ya, ya lo he supuesto. ¿Sabes adónde ha ido? Pensé que tenía turno hoy todo el día.

—Mel no ha ido al colegio y se ha quedado con ella. Pensé que Alejandro te lo habría dicho.

—No me cuenta todo lo que pasa en su vida privada —responde—. Pero, bueno, perdona si te he interrumpido. Te dejo seguir con lo tuyo. Adiós, Simon.

Sonríe de forma amable, amable de verdad, no como si lo hiciera solo por cortesía, y luego se da la vuelta y empieza a volver hacia la puerta. Me quedo mirando su espalda. El corazón me va rápido y no quiero hacerlo, no quiero hacerlo, pero...

—Eric, espera. —Él se detiene y me mira. Carraspeo—. Eh, puedo... ¿puedo hacerte una pregunta?

Arquea un poco una ceja. Me siento muy estúpido y muy pequeño, aunque

soy bastante más alto que él.

—Dispara.

—¿Te gusta?

—¿El qué?

—Rachel. ¿Te gusta Rachel?

Me pregunto si ha sonado tan desesperado como me ha sonado a mí. Me pregunto si él intentará sacar conclusiones (acertadas) como lo hizo María después de que yo hiciera aquel comentario tan tonto. Me pregunto si se reirá de mí en mi cara y me preguntará también si estoy celoso.

Pero no dice nada de eso, solo entrecierra los ojos un momento y de repente ya no tiene la cara que tenía antes.

—¿A ti qué te parece? —El corazón me da un vuelco cuando dice eso, pero espero. Suelta el aire por la nariz, desvía un poco la vista y después sonrío de medio lado—. Creía que se notaba que sí.

Sí. Claro que se nota. Y claro que le gusta. ¿Cómo no iba a gustarle?

La mente empieza a irme rapidísimo. Recopilo toda la información que tengo o que puedo recordar, y al hacerlo empiezo a notar que algo me oprime el pecho. Siento el agobio. Eric alza los ojos hasta mí, que no me he movido de mi sitio, y me quedo embobado mirándolo.

Es guapo. No, de hecho, es *sexy*. Y es modelo. Si a Rachel también le gusta él, yo no tendré nada que hacer en la vida. Bueno, de hecho, aunque no le gustara...

—¿Es porque...? —El corazón me va rápido y me callo, intentando encontrar las palabras más adecuadas, las que no me delaten—. ¿Es porque se parece a Val?

—¿Eh?

—Rachel. Ella es... es igual que Valeria.

Abre bastante los ojos. Creo que ese nombre es el último que esperaba oír aquí. ¿Se acuerda él de que Valeria y Rachel son familia? Podría no hacerlo, porque ha conocido a cada una en un contexto completamente diferente, pero también podría ser la causa de lo que siente por mi compañera. Una mano gigante ha bajado del cielo para agarrarme el pecho, y no he estado tan nervioso en mucho tiempo, pero su silencio es casi un alivio porque pone más distancia entre su respuesta positiva y yo.

Val me dijo que a ella le gustaba. Que era mono. A lo mejor él pensaba lo mismo..., trabajaban juntos...

—¿Qué? Rachel y Valeria no se parecen en nada. ¿En qué son iguales?

Me quedo pillado.

«¿En todo?», pienso.

Pero me detengo antes de decirlo, porque realmente... no. Y empiezo a sentirme profundamente tonto.

A mi izquierda, una figura se asoma entre las estanterías. Está sonriendo, y el pelo rubio y liso le cae por ambos lados de la cara. Parece más angelical que nunca, pero se alegra de que haya cometido este error. No, no se alegra: lo está disfrutando.

Abro la boca para decir algo, pero no me sale nada. Eric parece bastante incómodo.

—Yo no creo que se parezcan en nada, la verdad. Sí, obviamente eran hermanas, cualquiera lo hubiera sabido al verlas juntas, pero... Rachel es inconfundible. Su cara no la tiene nadie. Ni su sentido del humor, ni su forma de ser, ni... —Se calla, como si pensara que está hablando demasiado. A lo mejor está haciéndolo, pero no soy capaz de saberlo, porque no sé ni dónde estoy. Suspira—. No me gustaba Valeria. Era una niña. Pero creo que a ti sí, y a lo mejor tienes que pensar en ello... en paz. Yo tengo que marcharme ya.

—Vale.

Asiente. Parece un poco incómodo.

—Si ves a Rachel, dale recuerdos.

—Mejor no.

Me mira un momento, asiente despacio y luego se vuelve y esta vez sí que sale, dejando detrás la musiquita de cuando alguien se va.

No puedo dormir. El corazón no deja de latirme desacompañado y esa mano no me ha soltado ni un momento.

Me incorporo. Hay un montón de voces repitiéndose en mi cabeza, voces de gente que conozco y que no sabe bien qué hacer conmigo. Desde el otro extremo de la cama alguien se sienta también, como si estuviéramos en un espejo, y doy gracias por no verle la cara en la oscuridad de la noche. Pienso por un momento en la primera vez que estuvo en mi habitación, cuando aún vivía; aquella vez dormimos separados, no como ahora, que compartimos

colcha, y su voz en la oscuridad me contó cosas que sé que no le había dicho a nadie hasta entonces.

Ahora Valeria se mete entre mis sábanas siempre que quiere y, aunque nunca noto ningún tipo de calor a mi lado, a veces me parece que en la cama hay un peso demasiado cercano, a pesar de que nunca llegue a tocarme.

Escucho cómo expulsa una risa por la nariz. Se mueve delante de mí, aunque no sé qué hace.

—¿Qué pasa, en qué piensas? —pregunta.

Su voz parece mucho más tranquila ahora. No me da la sensación oscura que tuve en la tienda, cuando espío mi conversación.

Suspiro.

—No lo sé. En todo. —Alzo los ojos adónde intuyo que está, pero su figura es invisible incluso con el brillo mínimo que viene de fuera—. ¿Por qué me dijiste esas cosas de Eric?

—¿Qué te dije de él?

—Yo que sé. Que te gustaba o algo así. He hecho... —Me quito el pelo de la cara—. He hecho un ridículo espantoso hoy con él.

Sé que está sonriendo, porque lo noto.

—¿Y por qué ibas a creer nada de lo que yo dijera?

—Porque eres tú. Porque tú lo sabes, porque yo...

Su mano agarra la mía. Me quedo tan impactado al sentir que irnos dedos me tocan que me callo de golpe. Me encuentro preguntándome de pronto si esto ha pasado antes, si ha llegado a hacer esto alguna vez, si yo lo he sentido. No lo recuerdo, y me agobio, porque ahora no puedo pensar, porque siento este tacto tan real como siento la cama bajo mi cuerpo, y no puedo pensar en otra cosa.

—Simon —dice suavemente, tanto que me asusta, porque está teniendo mucho cuidado y eso no es algo que mi fantasma suela hacer—. Simon, todo lo que diga van a ser cosas que pienses o hayas pensado tú alguna vez. Lo sabes, ¿verdad? —Se detiene un momento, me aprieta la mano y luego oigo cómo suspira—. No estoy aquí. Sabes que en realidad no estoy aquí, ¿verdad que lo sabes? Solo estoy en tu cabeza.

No contesto. Cierro los ojos. Noto las lágrimas a punto de salir, pero no las suelto.

—Lo siento mucho, Simon. De verdad.

No digo nada porque no puedo. Porque la única palabra que se me pasa por la cabeza ahora mismo es «*merde*». Siento que va a apartar la mano y cierro la mía con fuerza. No quiero que se vaya.

—Está bien —escucho que dice, aún bajito—. No desapareceré, te lo prometo.

Y no va a hacerlo porque yo no quiero, porque se lo estoy pidiendo, porque está en mi mente y de alguna forma siempre he controlado su presencia/no presencia.

No puede irse porque Rachel me odia y María me odia y hasta ese tipo, Eric, seguro que me desprecia ahora que piensa que me gusta la hermana del fantasma que me está tocando. No puede irse porque mis padres se han rendido y hace mucho tiempo que no veo a mi abuelo y, si se va, voy a quedarme solo del todo.

—Estoy muy cansado. Últimamente todo son cosas horribles...

—¿Son horribles o solo es un poco de lo que has estado dando tú?

Abro los ojos. No la veo, pero miro hacia donde sé que están los suyos.

—Perdón —murmura—. Aunque sé que sabes de qué estoy hablando.

La dejo ir.

—Sí. Me he esforzado bastante en molestar a todo el mundo, ¿no? —Entorno una sonrisa sin fuerzas—. Los echo a todos, como dijo María.

—Si sigues dándole vueltas a eso tal vez sea porque ella tenía razón.

Silencio.

—Tal vez.

—Simon —murmura, y de repente sus manos están en mi cara, y la luz de fuera cambia y tengo su rostro tan cerca del mío que es imposible que no sea real y que no esté ahora aquí.

—Val...

—Simon, no vas a poder vivir así mucho más tiempo.

Su mirada es intensa. Sacudo la cabeza mínimamente.

—No.

—Tienes que pedirle perdón a todo el mundo si quieres arreglar las cosas.

—Tengo...

—Si no lo haces, te odiarán. Si es que no te odian ya, claro.

—Tengo que...

—Tienes que despertarte.

La habitación está de repente llena de luz y estoy solo. Es de día y, aunque no estoy muy seguro, creo que realmente no he llegado a dormirme.

Capítulo veintiséis

«Never thought I had to tell you again,
never thought I had to tell you how I lost my mind again^[36]».

At Home, Crystal Fighters

Simon

La pierna me tiembla y no puedo pararla. Un montón de gente entra y sale y se para a hablar y ríe y se invita a comer y después se despide delante de mí, sin verme, sin que mi presencia altere su existencia ni un poco. Creo que nunca me he sentido tan invisible, y me pregunto si habrá alguien más aquí a quien no estoy viendo porque también ha conseguido pasar desapercibido entre semejante multitud. ¿Cuántos estudiantes viven en el *foyer*? ¿Cuántos pueden quedarse aquí un domingo? ¿Por qué no se han ido a pasar el fin de semana a casa con sus familiares o por qué no están durmiendo? ¿Por qué están todos aquí?

Vuelvo a inclinarme sobre el respaldo del sillón que he encontrado libre y sigo observándolos, buscando entre ellos una figura de aproximadamente metro cincuenta con el pelo negro y que siga enfadada conmigo. Valeria me dijo que para hacer las cosas bien tenía que empezar por María, por eso estoy aquí y por eso aún no me he movido.

Miro el móvil. No creo que haya recibido ningún mensaje en los últimos

treinta segundos, pero no tengo nada más que hacer. Llevo más de una hora sentado aquí, la señora de la recepción no deja de asomar la cabeza para mirarme y se me está durmiendo el culo. Le escribí al llegar, y luego otra vez a los diez minutos, pero no pensé que me quedaría tanto tiempo aquí plantado. No es que tuviera muchas esperanzas de que me contestara, porque, dado el número de respuestas que he recibido estos días (cero), las probabilidades de conseguir una ahora eran bajas, pero a lo mejor avisando de que había venido hasta aquí se dignaría a bajar...

Chasqueo la lengua. Vuelvo a mirar la pantalla. La conversación sigue igual que estaba hace un rato.

[12 DE MARZO].

11:24 —María, ¿estás en casa?

¿Lo llamas tú «casa»? Bueno, lo que sea. ¿Estás en tu cuarto?

11:33 —Quiero hablar contigo.

La respuesta no tardó mucho en llegarme cuando le escribí eso, pero no fue tan satisfactoria como pensé que sería.

11:34 —borra mi teléfono si crees que no vas a poder dejarme en paz, Simon.

Se me encogió el estómago cuando lo leí.

11:34 —Solo quería que me escuchases.

Estoy abajo y me gustaría hablar contigo.

11:37 —no quiero verte ahora.

11:37 —Por favor, solo un momento, María.

Y, después de eso, ninguna otra señal.

La puerta de cristal que separa el *hall* donde yo estoy del resto de la residencia se abre y se cierra y se abre y se cierra, y yo miro todas las veces

por si acaso, pero nunca es María. Me aparto el pelo de la cara. ¿Debería irme ya? Es la una y me muero de hambre. Tal vez sea una buena idea, porque no tiene pinta de que vaya a...

—¿Eres Simon?

Alzo la vista. Una chica negra se ha parado ante mí. Es alta, lleva una bata blanca que se sujeta con los brazos y una coleta alta que mantiene sus rizos en la parte de arriba de su cabeza. Me quedo mirándola fijamente, preguntándome si la conoceré de algo (a lo mejor era compañera mía en el *lycée*, no lo sé), pero entonces ella frunce un poco las cejas, acercándose un poco más, y se me enciende la bombilla.

—¿Vienes de parte de María?

Ella asiente y me pongo de pie de golpe. No parece tan espigada desde aquí, sobre todo cuando tiene que alzar la vista para seguir mirándome (como hace todo el mundo). La verdad es que es bastante guapa.

—¿Eres su amiga?

—Sí. Y su compañera de cuarto. Venía a ver si seguías aquí, porque me ha dicho que quiere salir, pero no quiere cruzarse contigo. —Suelta un suspiro—. Me parece que voy a tener que pedirte que te marches.

—Pero se supone que venía a disculparme —contesto, desilusionado—. Verás, la cagué bastante con ella, ¿sabes? Y...

—Sí, sí lo sé. Estaba bastante enfadada contigo y me lo ha contado.

No me mira como podría esperar que lo hiciera (como con un «*ça suffit*^[37]» implícito, como queriendo que la deje en paz y me vaya), sino con una resignación muy cansada que me recuerda a otro montón de gente que también está decepcionada conmigo.

Pero ella no me conoce, no debería haberle dado tiempo a eso.

—¿Cómo te llamas?

—Danielle.

—¿Y te ha hablado de mí? Aparte del enfado...

Entorna una sonrisa amable.

—Antes, un poco. Decía que eras su compañero de aventuras. Aunque las últimas cosas que he oído no han sido tan agradables, antes del enfado, quiero decir; también deberías saberlo.

Así que ella estaba molesta de antes. Desvío la vista. Me gustaría que

Danielle me dijera exactamente qué ha oído, qué ha dicho María estando enfadada, pero no se pueden preguntar esas cosas, me parece. Ni la gente las recibe bien ni nadie quiere transmitir las, y no querría ponerla a ella en un aprieto, así que suspiro y dejo caer los brazos.

—Siento que hayas tenido que bajar para espantarme... Pero sabes que no soy ningún novio acosador ni nada de eso, ¿verdad? Solo soy... —pienso en la palabra que ya han usado para referirse a mí y suspiro— un cretino. Y un torpe. Pero no lo soy a propósito, simplemente se me da muy mal...

—Seguramente sí, pero, aunque no pareces mala persona, no creo que eso sea una justificación. —Suspira y se encoge de hombros—. Sea como fuere, voy a ponerme de parte de mi amiga, y ella no quiere verte, así que...

—También me valdría si me contestara las llamadas.

—Ya, pero no quiere hacerlo, así que mejor no insistas. —Nos quedamos callados, yo dejo caer los hombros y ella encoge los suyos—. Simplemente dale más tiempo, puede que acabe contestando. Pero no la agobies ahora, tienes que darle espacio a la gente.

—Vale, lo que sea.

Desvió la vista. Me molesta, pero intento aplacarlo porque sé que tiene razón, y probablemente sea eso lo que me está molestando. Ya reconozco el patrón y todo, ¿no es genial? Ella aprieta un poco los labios, las cejas inclinadas hacia los lados, y luego mira hacia la puerta.

—Yo no puedo hacer nada más, así que voy a volver a subir.

—Vale. Lo siento otra vez.

—Nada.

Sacude una mano para despedirse y entonces, cuando está casi a punto de llegar a la puerta, se me ocurre algo y la llamo.

—Danielle, espera. ¿Le dirías una cosa de mi parte?

Ella entrecierra los ojos, pero acaba asintiendo. Tras oírlo, sube a la habitación y yo vuelvo a sentarme donde estaba.

Cinco minutos después, puede que menos, escucho desde mi sitio cómo la puerta de cristal se abre tan fuerte que parece que se vaya a romper, y una tormenta sale por ella.

—¿Cómo te atreves?!

Sonríó disimuladamente (que me viera hacerlo sería terrible) antes de

volverme hacia ella.

—¿Qué?

—Primero te presentas en mi casa para acosarme, tú que por menos me llamabas acosadora a mí hace unos meses. ¿Y luego le dices eso a mi compañera de cuarto? Pero ¿de qué vas? Yo no te he abandonado. No me parece justo que digas que te he abandonado. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo eres tan...?

—Venía a decirte que siento mucho haber sido un capullo contigo y que tenías razón, no me he preocupado mucho por ti aunque pensase que sí y no he cuidado demasiado nuestra amistad, que se diga, y por eso lo siento.

Se queda mirándome fijamente con una mueca de incomprensión máxima. Su cara sigue roja y sus ojos, grandes, como si se le fueran a salir de mirarme tan intensamente. Creo que haber hecho esto para que bajase no ha ayudado en nada a que se le pasase el enfado, ni siquiera ahora que más o menos le he dicho lo que venía a decirle. Es muy posible, de hecho, que me suelte una bofetada.

—Pero ¿qué pasa contigo, de qué vas?

—Eh...

Sigue con la boca abierta y las cejas fruncidas cuando me da en el brazo y me empuja. Yo suelto un quejido, llevándome la mano adónde he recibido el golpe, pero paro enseguida porque parece capaz de pegarme todavía más.

—A callar, que debería haberte dado un poco más fuerte. Pero ¿a ti te parece normal hacer esto?

—Solo quería que bajaras. No creo que me hayas abandonado de verdad, sé que fue culpa mía.

—Hombre, solo faltaba. —Se queda mirándome un poco más y luego, chasqueando la lengua, desvia la vista—. Te has pasado, Simon. Deberías haber entendido por mi falta de respuesta que a lo mejor no tengo ganas de verte.

—Pero necesitaba disculparme.

—Pues esperas el tiempo que haga falta. Si para pedir perdón presionas a alguien, ese perdón no sirve de nada —gruñe—. No empiezas nada bien, la verd...

Le pongo un dedo en los labios. No es algo que realmente pueda parar el

discurso de nadie, pero le sorprende tanto que de verdad se calla.

—Espera un momento, solo... He estado pensando en qué decirte, ¿puedo decirlo?

Quito la mano de sus labios. Su mirada podría atravesarme el cuerpo y partirme en dos.

—Puedes.

Tomo aire. Intento esbozar una sonrisa, pero está tan seria que tampoco me da pie a sonreír mucho. —Vale. Hum. Bueno, sobre todo quería decirte que siento haberte usado para volcar toda mi frustración por...

—Como «saco de mierda», que decíamos en mi pueblo —interrumpe.

—Sí —murmuro, incómodo—. Pero, bueno, eso, que tengo mucha frustración y que no sé bien qué hacer con ella, pero ninguna de las dos cosas es culpa tuya, y lo siento. Me hacía sentir bien hablar contigo, pero sé que no es justificación y que no puedo estar así para siempre. Y aun así quería contártelo. No lo sé. Porque escuchas muy bien, me parece, y reconozco que para mí era muy agradable poder desahogarme contigo.

—A escuchar se aprende —responde en voz baja—. A veces esperaba que me escucharas tú a mí también, cosa que pasó... nunca.

Me avergüenza que me lo exponga tan claramente y sin tapujos, y que tenga razón, pero también sé que me lo merezco.

—Lo sé. Lo siento. De verdad.

Pone los ojos en blanco.

—Vale.

—Lo digo de verdad.

—Sé que lo dices de verdad, Simon. No pasa nada. Sé que lo sientes.

Suspira. Luego vuelve a mirarme y, al cabo de unos segundos, entorna una sonrisa y me parece que es una sonrisa de verdad, quiero decir, que no la está forzando para que me vaya.

—Creo que subo a la habitación —dice después, estirando la espalda—. Estoy en pijama y tengo hambre, así que ya hablamos mañana.

—También iba a preguntarte por ti —me apresuro antes de que se mueva—, pero... eh...

—Pero no voy a contarte nada de mí ahora, ya te he dicho que tengo hambre.

Su mirada es divertida, como si mi intento le estuviera pareciendo bastante patético, pero en ella no hay maldad. No insisto porque entiendo que no puedo conseguir nada más hoy y que, de momento, esto está bien.

—¿Sigues enfadada?

Vuelve a suspirar.

—Sí, un poco. Pero creo que se me va a pasar.

—¿De verdad? —Sonrío, porque la verdad es que no pensé que fuera a decir eso último.

Bufa.

—No me pongas esa cara, anda. O sea, ¿no sonríes nunca y me sonríes ahora? Vete a la mierda.

—Tú también estás sonriendo.

—Pues me voy antes de que se te suba a la cabeza. Adiós.

Se da la vuelta y la sigo desde donde estoy con la mirada. Al fijarme en la puerta veo que Danielle la espera al otro lado, observándonos con expresión calmada y bastante neutra, aunque a la vez como si estuviera pendiente de lo que yo hago para protegerla y luego juzgarme.

Cuando la miro me sonrío un poco, casi satisfecha. Luego le sujeta la puerta a mi amiga y, antes de que la suelte y esta se cierre y nos separe, me lanzo hacia delante:

—María. —Las dos se vuelven para mirarme—. ¿Cuál es tu color favorito?

—Eh..., el azul —responde, poniendo cara rara.

—¿Y tu animal?

—Los pájaros. —Se queda mirándome fijamente y después pregunta—: ¿Por qué?

—Por saberlo, nada más. Gracias.

—... vale. Eso ha sido raro. —Sonríe de medio lado—. Anda, *salut, au revoir*.

—*Adieu*.

Capítulo veintisiete

«To the outside, the dead leaves lay on the lawn
for they don't have tree to hang upon^[38]».

The Funeral, BAND OF HORSES

María

Entro en la tienda de los Moureau y, aunque a simple vista no parece haber nadie, se escuchan ruidos en alguna parte y, muy bajito, también a alguien tarareando.

Simon aquí no canta, así que sé que el sitio es seguro.

La puerta suena al cerrarse cuando la suelto y me delata. La cabeza de Rachel aparece a los pocos segundos entre dos estanterías, más cerca de mí de lo que me había esperado. Lleva un moño bastante despeinado y me sorprende al ver que se ha hecho flequillo. ¿Cuánto hace que no la veo? Seguro que más de un mes. De repente me acuerdo de cómo era venir aquí a hablar con ella antes, cuando Simon y yo no nos conocíamos tanto y no nos unía ni un libro ni una búsqueda, y me da una pena tremenda no haber estado cuando se cortó el pelo. Es una tontería, lo sé, pero supongo que últimamente tengo mucho encuna y hasta lo más mínimo me hace ponerme blandita.

Mi semana ha sido un poco intensa.

—¡María! —exclama, sonriendo y limpiándose las manos en la falda del

delantal—. Cuánto tiempo, ¿qué tal vas?

No puedo dejar de mirarla. Me pregunto quién planeó por adelantado una estructura facial tan perfecta.

—¡Estás muy guapa! —digo, y es posible que haya chillado un poco, pero carraspeo para intentar taparlo antes de que sea raro—. Todo bien, ¿tú qué tal?

—Bien, bien. ¡Y gracias! Si venías a ver a Simon, estoy sustituyéndolo por un par de turnos que me cubrió él a mí la semana pasada, así que probablemente estará en casa o en el orfanato.

—Eh... —Qué incómodo—. No, de hecho no. Tuve una bronca con él y, bueno, ya está más o menos solucionado, pero no me apetece mucho verlo de momento.

Arquea una ceja. Me arrepiento de haberle dicho eso nada más entrar, sin haber seguido preguntando para que ella me cuente cosas tuyas. A lo mejor podría haber intentado alargar el momento de sacar el tema un poco más, pero como tengo esta enorme boca...

—No sabía que os habíais peleado. ¿Qué ha pasado, por qué fue?

—Bueno... Me enfadé con él la semana pasada.

—¿Por qué?

—Porque se había puesto un poco pesado. Pero ya lo hemos arreglado, me pidió perdón y todo.

—Bueno, eso me sorprende viniendo de él, para empezar. —Resopla un poco, escéptica, y luego mira hacia el palillo en el que estaba trabajando—. ¿Me ayudas a llevar esa Cija hasta el mostrador? Acabo de llenarla y pesa un poco.

—Sí, claro.

Nos ponemos cada una a un lado y ella cuenta hasta tres para que la levantemos al mismo tiempo. Es bastante grande. Mientras andamos torpemente hasta el fondo, me pregunto cómo es posible que haya venido para hablarle de esto y haya acabado haciéndolo de verdad, aunque supongo que en el fondo tenía tantas ganas de contárselo a alguien que no fuera Dani que no he podido evitarlo. A ella no quería seguir agobiándola, porque ya le he dado suficiente la tabarra con el tema de Simon y hasta hace literalmente dos días ni siquiera lo conocía, pero se me ocurrió que tal vez Rachel me entendería. Por eso vine en un primer momento, pero al verla dudé un poco. ¿Era buena idea

sacarle el tema?

Es que no lo sé.

Cuando conseguimos dejar la caja sobre el mostrador con un gruñido —lo hacemos a la vez, me hace mucha gracia—. Rachel vuelve a echar un vistazo dentro, como si no supiera lo que hay, y yo me entretengo abriendo y cerrando las manos para desentumecerlas.

Entonces, ella comenta:

—Cuando dices que Simon estaba un poco pesado y que por eso discutisteis, ¿a qué te refieres exactamente?

Lo hace sin mirarme, como si no quisiera que piense que está interesada, pero eso casi llama más mi atención que si hubiera alzado la vista y pudiera verle la preocupación en la cara.

—Eh, bueno..., Simon es, bueno, ya sabes cómo es Simon. —Me río un poco, pero ella no se conforma con esa respuesta y me pongo nerviosa porque de repente ya no quiero decir nada que vaya a comprometerlo—. Simon... Simon está enfadado con todo el mundo, y eso a veces me saturaba un poco. —Me callo, mirándome las uñas. Podría cortármelas un poco más para momentos así—. Aunque me ha dicho que va a intentar controlarse, que quiere mirarse lo del complejo de víctima que tiene.

—¿Ha dicho él eso? —Alza ambas cejas.

—Ah, no, no, obviamente. No con esas palabras. Pero se supone que sí se ha comprometido a relajarse, y eso ya es un avance... Ya es algo.

Ella guarda silencio, de nuevo fingiendo que se ocupa de algo de la caja. Yo la verdad es que no sé cómo reaccionar. ¿Debería inventarme una excusa e irme? ¿Para qué he venido exactamente, si ni siquiera estaba tan convencida?

¿Ha sido para esto?

Escucho un suspiro y, como de una tumba, me llega su voz:

—¿Te ha hablado de ella?

Los ojos grandes y marrones de Rachel me buscan. Es solo un poco más alta que yo, pero con su expresión y lo que le brilla la mirada parece una de esas diosas solemnes a las que la gente respetaba y por las que más de uno habría dado la vida.

Me quedo un poco pillada. Asiento. Las dos sabemos de qué *ella* está hablando. Cuando suspira y arruga un poco la nariz, me siento mal por tener

esa información de antes.

—Cuando mi hermana murió... —Deja de hablar, como si no supiera por qué ha empezado esa frase ni cómo seguirla, como si no hubiera nada más que decir porque en realidad no existieran las palabras para hablar de ese momento, lo cual comprendo. Tras unos segundos respira hondo y mira hacia otro lado, chasqueando la lengua—. Me da mucha rabia decirlo, pero la verdad es que hasta cierto punto entiendo por qué él sigue así.

Ante mi cara de confusión, Rachel entorna una pequeña sonrisa.

—Simon ha sido siempre alguien que ha vivido en un mundo sin cosas malas, sin problemas grandes o pesados. Incluso las cosas no perfectas que le han pasado le han ido bien. —No entiendo bien a qué se refiere con eso, pero no puedo preguntarle, porque ante lo siguiente baja la voz—: Valeria fue su primer duelo, y desde entonces está... distinto. Muy distinto. No puedes hacerte a la idea, en realidad, porque parece otra persona. Y es raro, ¿sabes? Porque he pasado más tiempo con el Simon que es ahora que con el que era antes, pero esa otra versión suya era tan buena... que la echo de menos.

Ante eso último, solo sonrío. Su tono parece no dar para más, como si no pudiera alzar más la voz para hablar de esto, y guarda silencio durante unos segundos. Yo lo respeto porque tampoco sé qué decir.

—Antes era tan considerado... Y suave. No quiero decir que ahora sea malo, solo es que... ya no es como era antes. Ayudó a mi hermana un montón, ¿sabes? Y fue justo cuando no dejaba que nadie la ayudase, así que su aparición vino como caída del cielo y le agradezco un montón que se quedara con ella.

Intento hacer el esfuerzo de imaginarme a un Simon suave y considerado y genuinamente bueno como Rachel lo describe, pero es un poco difícil, lo que me genera a la vez escepticismo y pena. Esa imagen no encaja nada en la que yo tengo de él y, aunque en parte es triste, no puedo comprender a la chica que habla conmigo porque añora a alguien que yo no conozco.

Lo cual supongo que tiene sentido.

—Su problema es que no quiere pasar página —sigue—. No quiero que pienses que soy una persona horrible, ¿vale? Pero a veces me parece que él... Es como... es como si disfrutara de ello, ¿sabes? Como si simplemente estuviera muy cómodo estando *ahí*. —Cuando subo los ojos de mis manos a la

cara de Rachel, veo que tiene los ojos llenos de lágrimas. Ella se da cuenta de que la estoy mirando y, con una sonrisa grande y rápida, se seca las mejillas corriendo, aunque nada bajaba por ellas aún—. Qué tontería. Nadie podría estar... Nadie se recrearía en algo...

—Después de contármelo —murmuro, interviniendo por primera vez desde que esto ha empezado— me pareció que lo usaba como excusa.

Qué terrible decir eso y qué terrible es su cara de alivio al escuchar la confirmación en mis palabras. Qué terrible que estemos hablando de Simon, que es nuestro amigo, y de que la causante del mal sea su hermana muerta.

Su cabeza empieza a moverse en un asentimiento muy largo, aunque es como si no se diera cuenta. En su expresión hay algo de ansia, como si durante mucho tiempo hubiera estado esperando a que alguien dijera algo semejante para no sentirse tan mal.

—Y he intentado ayudarlo —se apresura a decir antes de que a mí me dé tiempo a plantearme lo contrario—. Todos lo intentamos. Antes me llevaba muy bien con él y era más fácil intentar hablarlo, pero ahora es imposible tirar de él hacia arriba y... Ni sus padres ni yo sabemos qué hacer para ayudarlo de verdad.

—¿Terapia? —sugiero, aunque es algo tan básico que podía habérmelo ahorrado.

—No quiere ir, y nadie puede obligarlo. Eso es lo malo, para hacer eso debes tener un mínimo de voluntad.

Suspiro.

—¿No es muy grave?

—Sí lo es. Pero no tanto como para arrastrarlo, si lo preguntas por eso. —Suelta el aire por la nariz como en una risa—. No te creas que no me gustaría, de todas formas. A mí me ha... me ha ayudado tanto, María. No te lo imaginas. Él me dijo una vez que ir a terapia era solo hablar a cambio de un pastón, pero, aunque lo sea, contarle lo que te pasa a alguien que sabe qué hacer contigo es uno de los mayores alivios que he sentido nunca. Te da... te da las palabras que no tienes para describir lo que te pasa, y en el momento en que sabes el nombre de las cosas todo parece un poco más fácil. Siempre pienso que si alguien le puso nombre a mis sentimientos es porque los sintió antes que yo, ¿no? Y eso me hace sentir acompañada. Y comprendida. He intentado

decírselo así a él, contarle cómo me siento y por qué es mejor a como me sentía antes, pero él... no quiere. Solo quiere seguir enfadado y que no le quiten sus motivos para estarlo, y lo sé perfectamente, y me agota. Pero también sé que esa estrategia no va a funcionarle siempre, porque es evitar el problema. Porque lo tapas con otra cosa que es un poco más fácil de manejar, pero en realidad lo tuyo sigue ahí, en el fondo, machacándote, y te va consumiendo. —Se detiene un segundo, el labio inferior le tiembla un poco—. Yo lo sé. Era lo que yo hacía. Usaba la soberbia para tapar el miedo y la indiferencia para que no se viera mi tristeza, y no funciona. La tristeza sigue ahí, y crece y se cuela en todas partes cuando te niegas a tratarla directamente.

Me paso la mano por la cara con toda la discreción que puedo. No sé si ella me ve o se ha dado cuenta, pero, si lo ha hecho, no se le nota. Solo suelta un suspiro. Vuelve a meter los brazos en la caja, removiendo lo que hay dentro de forma distraída, y, aunque no sé si está haciendo a propósito lo de no mirarme, yo se lo agradezco.

A mí también me resultaba mucho más fácil trabajar con otra cosa que no fuera el problema real.

—Pero tienes que tomar decisiones —murmuro, con la voz un poco ronca. Alza los ojos hacia mí—. Tienes que querer salir, por ti, no por otros.

—Exacto. A eso me refiero, a que él no quiere.

—¿Y qué haces para que alguien que no quiere hacer algo quiera hacerlo?

—No lo sé. —Las cejas de Rachel se inclinan hacia los lados—. Ojalá lo supiera.

Nos callamos las dos. No se me ocurre qué más decir. Estoy muy triste por todo esto, pero sobre todo por la idea de un Simon alternativo que se quedó olvidado en algún punto del camino. No me lo quito de la cabeza. La voz de Rachel parecía lejana al describirlo, como si no alcanzara del todo a tocarlo con los dedos, y al ponerme a su lado veo la figura de ese otro Simon también, borroso, pequeño, desdibujado por el paso del tiempo.

Y quiero conocerlo. Me encantaría conocerlo.

Pero ya no está.

Ahora mismo solo hay esta enorme caja llena de cosas que no puedo ver porque tengo los ojos encharcados. Esta caja, y lo que tiene dentro, es lo único que importa y que existe.

Cuando Rachel me mira a los ojos, su boca es grande y tardo un poco en entender que me está sonriendo.

—Seguro que se nos ocurre algo. Porque tú aprecias bastante a Simon, ¿verdad? O no lo habrías aguantado tanto.

Me sale la risa por la nariz, a pesar del momento, a pesar de las ganas de llorar.

—Supongo. Habrá que usar la creatividad.

—Pues pareces una persona bastante creativa.

Vuelvo a reír.

—Se intenta.

Capítulo veintiocho

«Maybe all that silence about my brother did something to me. I think it did. Not talking can make a guy pretty lonely^[39]».

Aristotle and Dante Discover the Secrets of the Universe,
BENJAMIN AURE SÁEN

María

Me subo en el coche de Simon y cierro la puerta de golpe, luego me giro hacia él.

La verdad es que tiene ojos de niño pequeño: demasiado grandes, demasiado redondos, demasiado verdes. También tiene las pestañas muy largas. Si se queda mirándome así de fijamente, me va a ser muy difícil ponerme seria.

—A ver, lo primero de todo es dejar las cosas claras, ¿te parece?

Entrecierro los ojos para que vea que su cara de cachorrito no va a funcionar conmigo y él asiente y arranca el coche.

Nos ponemos en movimiento. Las reglas de esta excursión son claras: nada de hablar hasta que lleguemos, nada de mencionar malos rollos anteriores y nada de protestar por las cosas que oímos y que no nos gusta oír. Debemos esperar a estar en territorio neutro. Aunque yo ya he jugado a algo parecido

(en otro tiempo, en otra vida, recorriendo con otro alguien todo Madrid), tengo la teoría de que esta vez va a ser muy diferente. Por eso se lo propuse. Por eso y porque es emocionante, «hablar» así con alguien.

Él debe pensar lo mismo, porque aceptó.

Hemos elegido El Havre porque nos pilla bien y ninguno de los dos ha ido por allí demasiado a menudo. Esta vez no hay ciudadelas ni objetivos alternativos en mente; solo estamos él y yo, enfrentados, dispuestos a dejarnos de rodeos en cuanto a quién sabe qué.

El sitio elegido es el jardín japonés, porque es el primer folleto que encuentro en la Oficina de Turismo cuando vamos y porque tiene una estética que me gusta. Cuando volvemos al coche, aún sin decir nada (la cosa tiene su punto de gracia, la verdad, porque por culpa del pacto hemos empezado a comunicarnos solo por signos y en más de una ocasión se me ha escapado la risa), él aparca lo más cerca que puede y yo me bajo de un salto, casi corriendo para entrar.

En la puerta, bien hermoso, un cartel blanco y lleno de textos en francés y japonés con el plano del parque (¡tiene un lago!) dice en letras grandes:

JARDÍN JAPONAIS

Jumelage entre les ports d'Osaka et du Havre^[40]

日本庭園

女市女末卷大阪ルアーブル

La entrada es el punto A, y de ahí partimos.

Al principio, aunque nuestro voto ya se ha roto, dedicamos un rato solo a pasear y disfrutar. Nada más entrar me pregunto por qué no habremos venido aquí más veces. El jardín es precioso, espectacular, todo ambientado y con un montón de plantas que dan la falsa ilusión de que tenemos más lejos el invierno. Por alguna razón que desconozco, aquí no hace frío, y es impresionante cómo la magia de este sitio ha absorbido todo sonido de fuera,

dándonos un oasis en todos los sentidos. Parece raro encontrar un lugar así en una zona tan industrial como esta, pero a la vez hace que me guste mucho más que si lo hubieran abierto en un sitio algo más propio, y lo agradezco.

Podría parecer que entre tanta planta viviera algún espíritu juguetón o algún dios del hogar.

Atravesamos pequeños caminos, cruzamos un minúsculo puente, nos acercamos al agua y miramos. Carpas enormes, naranjas y blancas, se mueven y sacan la boca a nuestros pies. Levanto un momento la vista para observar el resto del pequeño estanque ante el que nos hemos parado y, medio sorprendida medio nada impresionada, alzo una mano para señalar.

—Mira, nenúfares.

Nos quedamos mirándolos y de repente siento que ambos estamos un poco avergonzados, como si unos estúpidos nenúfares no fueran lo que lo inició todo. Al mirarnos nos sonreímos y después nos alejamos de allí.

Encontramos un banco lo suficientemente apartado y adecuado para que sirva como lugar neutral y entonces el paseo termina.

—¿Qué te parece empezar con un juego tipo «Veinte preguntas»? — pregunta.

Inclino la cabeza.

—¿Jugáis a eso aquí?

—Sí, no lo sé. Se juega un poco en todas partes, ¿no? Y nos viene muy bien para lo que nos concierne. Es un poco más brusco, pero yo creo que vale.

—Como quieras.

A pesar del banco, nos sentamos enfrentados. Respiro hondo. Sé que el primer turno me toca a mí y, como él dice, va a ser muy brusco hacerlo tan directamente, pero he intentado venir preparada.

—Vale, pues... creo que la primera es fácil. ¿Qué haces aquí?

—¿Fácil?

La madre que lo parió, señor mío.

—Eso es probablemente lo menos fácil que podías preguntarme.

Aprieta los labios y su expresión parece un poco arrepentida, pero sacudo la cabeza antes de que pueda pedirme perdón o algo así (ya he tenido suficientes disculpas por su parte, no quiero que acabe cansándome con eso también). Tomo aire.

—Vine a Francia porque estaba desesperada por salir de España y la familia de mi madre es de aquí, así que me pareció una buena idea empezar por Francia... Aunque después pensaba seguir subiendo y acabar en Bélgica u Holanda, pero eso no pasó.

—¿Tienes familia de aquí? ¿De dónde son?

—De Annecy. Son los tíos de mi madre. Estuve con ellos un par de meses en verano.

—¿Y por qué no te quedaste allí?

Me encojo un poco. Esa pregunta me la han hecho muchas veces, sobre todo la tía Edmée cuando me llama por teléfono: que por qué no me quedé, que por qué no volver ahora.

—Porque no sentía que fuera donde tenía que estar. Porque si me había ido no había sido para volver a estancarme y, aunque me gustaba estar con ellos, también me sentía muy parada.

Él asiente. Yo me muevo, incómoda por la postura. No sé si es porque ha empezado fuerte o porque hace mucho que no respondo a preguntas sobre mi vida, pero casi que podíamos habernos quedado como estábamos antes, cuando yo seguía siendo un misterio y a él le daba igual.

Ha pasado solo algo más de una semana de la pelea, ¿qué tanto ha podido cambiar para ahora tener esa cara de esfuerzo y concentración? Me perturba un poco que se esté fijando tanto en mí.

—¿Y por qué te fuiste?

—Te lo he dicho, porque quería irme.

—Ya, pero ¿por qué?

—Porque todo se me hizo demasiado grande y había demasiadas cosas que no sabía cómo manejar. Se me juntaron varios asuntos y, como era demasiado difícil controlarlos, pues me fui.

—¿Sin más?

—Sí, sin más. Hoy en día hay vuelos muy baratos, así que fui al aeropuerto y me piré.

Suena más fácil de lo que fue. Suena tan fácil que no se nota toda la ansiedad y el miedo y la paranoia que supuso hacer aquello «sin más».

—¿Estabas huyendo de la justicia?

Me sale decirle «No» inmediatamente, pero dudo porque creo que en

realidad sí lo estaba haciendo. No tengo ni la menor idea de lo que pasó cuando yo me esfumé (solo recuerdo retazos de aquellos días en la tetería con Móká y de las pocas cosas que se me contaban de lo que había pasado fuera), pero me parecería demasiado ideal que un incendio en una casa y la desaparición de una chica coincidan y nadie haga nada.

—Qué va. Pero, vamos, si me hubieran buscado con ganas, no habría sido difícil encontrarme, porque no es que fuera la persona más discreta del mundo al irme. Oye, de todas formas..., si no supiera que esto es literalmente un interrogatorio, diría que estás siendo un poco directo, ¿no? No te has molestado en empezar por lo fácil fácil.

Él, que tenía el ceño fruncido de la concentración (y ha ido frunciéndolo más y más según hacía más preguntas), estira la espalda y relaja la expresión un poco, como para tranquilizarse. Luego carraspea.

—Vale. Eh... ¿Cuántas preguntas llevamos?

—No lo sé, pero da igual. No hace falta que las cuentes. Puedes seguir si quieres.

Asiente. Se lo piensa un momento y luego dice:

—¿Dónde están tus padres?

—Muertos.

Abre mucho los ojos. Yo siento que debo dar una explicación.

—Mi padre era un maltratador que dejó a mi madre en coma en el hospital. Él murió en un incendio el año pasado. Era lo que se merecía.

El pecho me duele al decir eso, porque realmente no sé cómo me siento al respecto y ahora no es el momento de ponerse a analizar. Trago saliva. Simon parece estar bastante incómodo.

—¿Y no tienes más familia?

—Sí, un hermano. Es lo que más quiero. —Sonríe sin querer al decir eso, luego recuerdo la carta de Chris y mis respuestas y que estoy esperando a que me conteste, y la sonrisa vuela—. Lleva en la cárcel desde 2014.

—¿Por qué?

—Por algo que no hizo. Es complicado.

Me quedo callada. Los ojos se me llenan de lágrimas. Ahora soy consciente de que antes solía acordarme todos los meses del día del juicio en el que lo vi por última vez, pero hace mucho que no lo hago. ¿Fue un catorce?

¿Un dieciséis? No estoy segura. Me siento fatal. En mis últimas cartas le pregunté qué tal le iba y le pedí que me hablara de la cárcel, pero lo cierto es que a la vez tengo miedo de que lo haga, porque soy consciente de que no me imagino bien cómo es. No tengo buenos ejemplos sobre ella para saber lo que pasa en la vida de mi hermano desde hace tres años, y solo me di cuenta de eso cuando él me contestó y dejó de ser una figura muda que me estaba inventando. ¿No es curioso? No importa las preguntas que Simon me haga ahora, porque nunca podrá saberlo todo. Nunca conocerá el silencio. Ni el de mi hermano, que nunca dijo la verdad ni siquiera por su propio beneficio, ni el de mi madre durante su matrimonio. Tampoco el mío. El silencio de la protección falsa, de la seguridad momentánea, el silencio que ha sido siempre un parche para no enfrentarnos a las cosas importantes... Eso siempre será nuestro, por muchas preguntas que me haga nadie a lo largo de mi vida.

Simon me observa con ojos grandes, esperando, queriendo algo más, lo cual entiendo. Yo sentí lo mismo cuando él empezó a hablar. Quería saberlo todo de él, toda su historia, qué lo había llevado a estar así y a estarlo aquí, por qué se había convertido en la persona que yo conocía. Veo el mismo brillo en sus ojos. Al final, el presente es el resultado de las cosas que nos han pasado para que llegemos a cierto punto, y él como humano no es menos curioso que yo: queremos beber de nuestras respectivas historias, aunque ninguno de los dos sea especialmente digno de la confianza de un secreto.

Porque no lo somos, ¿no? Una mentirosa y un chico enfadado y deprimido. A mí no me lo parece.

—Lo más importante que debes saber es que mi hermano es bueno y que todo lo que ha hecho en su vida es protegerme. Lo demás... lo demás creo que lo he hecho mal yo. —Me callo un momento, nerviosa, y me miro las manos. Tengo las uñas cortas. Con las uñas así no puedo hacerme daño, y controlando la respiración no perderé el poder sobre mí misma—. Es la única familia que me queda y lo único que he hecho durante un año es escribirle cartas, ¿sabes? Y sin darle mi dirección. Tuvo que venir Dani para..., bueno, escribirla sin querer en un sobre, un día que le pedí que mandara una carta. Porque no sabía nada, porque eso no se lo había contado.

Vuelvo a quedarme callada. Estoy a punto de llorar ahora. No quiero llorar delante de Simon, pero creo que si pasa no voy a esconderme.

—Le mandaba cartas a mi hermano Chris sin dejar que me contestase porque me era más fácil para no sentirme culpable y al mismo tiempo para no enfrentarme a él. Sin embargo, hace dos semanas, un par de días antes de la pelea... me llegó una carta suya. Me habló por primera vez en mucho tiempo. —Aprieto los labios, tomo aire—. Cuando leí aquel papel con su letra, escuché en mi cabeza su voz.

Una lágrima resbala hasta mi cuello. Desaparece en la tela de mi jersey. Me he olvidado de traer una bufanda y hace un poco de fresco, pero a la vez la temperatura me espabila. Siento el peso del cuerpo de Simon cerca de mí, manteniendo las distancias, pero no mucho. Creo que es la primera vez que se encuentra justo donde lo necesito, en el lugar exacto. No me vuelvo a mirarlo, pero pienso que me gustaría que sintiera en mi energía cierto agradecimiento.

—Yo me fui de casa. Hui. Llevaba sin verlo y sin hablar con él más de dos años, porque mi padre no me había dado permiso para visitarlo, y justo cuando cumplí la mayoría de edad me dio demasiado miedo y me achanté. Desde entonces he estado sola. Y luego, hace dos semanas..., él volvió. Hablándome directamente, sonando igual, disculpándose porque estaba nervioso al escribirme. —Me río un poco—. Había estado hablándole a un fantasma, y de repente se hizo real y recordé de golpe lo mucho que lo quería.

Después de eso la pausa es distinta y sé que ha acabado, que ya no va a hacerme más preguntas. Me paso la manga del abrigo por la cara, aunque no sirve de mucho, y luego me sueno los mocos y alzo la vista hacia él. Está muy serio y parece arrepentido. Por un momento me agobia que con esa cara vaya a darle la vuelta como siempre y haga de este momento algo suyo (quejándose de lo egoísta que ha sido por no haberme preguntado antes o algo así), pero lo único que hace es fruncir un poco el ceño, preocupado, y bajar la vista.

—Lo siento mucho.

Suelto un montón de aire que no sabía que estaba conteniendo. Es como si de verdad me hubiera liberado de algo muy grande. Me echo hacia atrás, apoyándome en el respaldo, y cierro los ojos un momento porque el viento vuelve a correr.

—Gracias.

Cuando lo miro le dedico una sonrisa pequeña. A los pocos segundos, me imita. Pero no podemos quedarnos así mucho tiempo, mirándonos y

sonriéndonos, porque no es algo que nosotros solamos hacer.

Así que me doy una palmada en las piernas y me levanto.

—¿Nos movemos? Me estoy quedando helada.

Simon se pone de pie despacio, alzándose como un gigante ante mí. Yo aprovecho un instante en el que parece que no me mira para volver a limpiarme la cara. Me pregunta distraídamente adónde quiero ir ahora, si no quiero quedarme aquí, y me encojo de hombros para hacerme un poco la interesante.

—Yo qué sé, tú eres el que lleva viviendo aquí al lado veinte años. Algo se te ocurrirá, ¿no?

Refunfuña y me sigue por los caminitos del *jardin* cuando, de repente, un graznido y un aleteo llaman nuestra atención.

Una gaviota pasa sobre nosotros y la sigo con la mirada.

Cuando hablo de Chris siempre hay pájaros.

—¿Estamos cerca del puerto? —pregunto, volviéndome hacia él—. ¿Podemos ir allí?

—Supongo. Pero si vamos, nos quedamos, no vas a tenerme dando vueltas todo el día.

—Vale, vale. Vamos para allá, o a la playa. Tú eliges.

Deshacemos el camino por los puentes y las carpas y sorteamos los estanques con nenúfares y, cuando nos paramos frente un cartel con el plano para comprobar que vamos bien (el punto de «*Vous êtes ici*» no está lejos de la entrada), Simon me pone una mano en el hombro y me vuelvo a mirarlo.

—¿Qué pasa?

Parece un poco cortado, pero me mira fijamente.

—Solo quería decirte que... si necesitas algo, puedes decírmelo. Sea lo que sea.

Me parece que no sabe muy bien qué significa «lo que sea» ni a qué se refiere exactamente, pero me mira y es sincero. Sé que se siente mal por las cosas que nos han pasado antes y que entiende más profundamente a qué venía mi enfado y que lo siente en serio. Y yo lo perdono. Porque, aunque no sabe para qué podría necesitarlo, cuando me dice eso sé que no le importa tampoco qué sea, que ahora va a hacer esfuerzos reales para estar aquí sin más.

—Gracias.

—No hay de qué. Es en serio.
Sonrío y nos vamos.

El puerto de El Havre me parece bastante bonito: un montón de barcos amontonados de los que solo vemos los mástiles, altos como lanzas y dispuestos a salir a pasear. Simon y yo caminamos tranquilamente por el paseo, a nuestra izquierda, el mar en calma. Como nos ha pillado la hora de comer, nos hemos comprado una crep de chocolate cada uno, que para algo somos jóvenes y despreocupados y todo eso, y ahora yo estoy chuperreteándome los dedos mientras él sigue con la suya. No hemos hablado mucho desde que dejamos el jardín japonés. Yo he llorado otro poco (después de abrir esa puerta supongo que podía permitirme hacerlo) y luego se me han quitado las ganas de seguir haciéndolo y hemos estado mirando el mar mientras escuchábamos a la gente hablar a nuestro alrededor.

Me siento muy rara al entender lo que dice todo el mundo. Es algo que no me pasaba al principio, pero me pregunto por qué ser ahora parte de este idioma y este sitio no ha ayudado ni un poco a que deje de sentirme como si estuviera de paso. Me pregunto si tiene que ver con lo que le he contado a Simon antes, con mi plan inicial de seguir viajando, pero cuando nos sentamos en un bordillo con los pies colgando a un metro de la arena me parece que eso tampoco va a funcionar. Que tiene que ver con lo que le he dicho de mi huida. Sería una continuación, probablemente, nada novedoso respecto a lo que llevo haciendo tanto tiempo ya, así que no puede servirme de nada.

Porque al final es hacer lo que Rachel dijo que Simon hacía, ¿no? Me escapo del problema real, sin solucionarlo, y por eso cuando no puedo seguir evitándolo tengo esas crisis tan horribles en las que no puedo respirar.

Me recojo el pelo en una coleta. Aunque aquí el aire corra más y haga más frío, ahora necesito esto para espabilarme, para estar despierta, para no olvidarme. Huele a sal y a limpio.

—Me gusta estar aquí.

Simon me mira.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien. —Lo miro—. Pero menos caras largas. ¿Por qué no hablas tú un

poco?

—¿Y de qué quieres que hable? —Sonríe suavemente, algo incómodo—. Ya he hablado lo suficiente a lo largo de estos meses, me parece a mí.

—Anda, no me fastidies. —Pongo los ojos en blanco—. Dime..., no lo sé, ¿qué has hecho esta semana sin poder darle a nadie la lata? Te habrás aburrido un montón.

—¿Y quién te dice que no tengo otra amiga a quien molestar cuando no te molesto a ti?

Alzo una ceja. Él se ríe.

—Pues no lo sé. He estado pensando mucho. Hablando conmigo mismo.

—¿En qué has pensado?

—En lo que dijiste y en las cosas que me dice mi familia a veces. En cómo me porto y en las cosas que doy por hechas. En... en Valeria.

Todo lo que hablé con Rachel el otro día me viene a la mente, y me preparo por si puedo aprovechar el momento para mencionárselo.

—¿En Valeria?

—Sí. —Se mira las manos, que tiene sobre el regazo, y lo veo abrirlas y cerrarlas—. Antes has dicho que hablabas con un fantasma.

—¿Cómo?

No alza la vista. Parece que se ha vuelto más pequeño. Me inclino un poco hacia él, preocupada.

—Cuando estabas hablando de que le escribías, a tu hermano, has dicho que lo sentías como si hablaras con un fantasma. —Cuando por fin se vuelve a mirarme, sus ojos son un poco más oscuros y sé que está triste—. Yo también lo hago.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Tiene sus ojos clavados en los míos—. A veces veo el de Valeria. Se hace el silencio y solo se oyen las gaviotas, otra vez, y algunos niños.

—¿Te refieres a que te acuerdas de ella?

—No. La veo de verdad. Como te estoy viendo a ti. Y hablo con ella.

—Pero...

Simon se vuelve hacia el mar. Yo opto por callarme.

Cuando decidí que en esta excursión breve nos sinceraríamos no esperaba encontrar las cosas que están saliendo de parte de los dos. No entiendo bien

qué significa lo que ha dicho, sinceramente, y no puedo estar segura de que cuando se refiere a «de verdad» lo diga en serio o solo como yo decía que de verdad tenía un fuego.

Aunque supongo que al final eso son minucias si tú sientes que te está pasando, ¿no? ¿Qué más da que «de verdad» sea universal si para ti lo es? Eso debería ser suficiente.

—¿Y qué te dice?

Él suspira.

—Depende del día. A veces es de mucha ayuda. A veces simplemente me machaca. —Se queda callado unos segundos—. Últimamente dice que no es real, que solo la imagino.

—¿Y tú la crees?

—Supongo. A medias. Pero aunque lo sepa sigue apareciendo, ¿sabes? Y no sé si su presencia me hace bien o mal.

No soy ninguna experta, pero creo que estas cosas aparecen cuando las necesitamos. Sin embargo, no se lo digo porque no sé qué efecto puede tener eso en él. Me quedo mirándolo un poco más, su perfil francés, su nariz un poco respingona, y luego me hundo en mi abrigo porque ya he tenido frío suficiente.

—¿Cómo te hace sentir?

—Bien. —Suelta el aire por la nariz en una especie de risa—. Al final, diga lo que diga, siempre me hace sentir bien porque la estoy viendo.

El corazón se me encoge un poco. Me muerdo el labio. No sé qué decir y probablemente no deba decir nada, así que al final acabo agarrándole la mano y apoyando la cabeza en su hombro. Y nos quedamos así, mirando el mar, intentando con todas nuestras fuerzas que el paisaje nos absorba del todo para hacernos invisibles.

Capítulo veintinueve

«You know what happens when you burn a bridge?
You gotta learn to swim, or fly^[41]».

Marvel's Jessica Jones, MELISSA ROSENBERG

Simon

Le doy muchas vueltas a todo lo que me contó María el otro día. Me siento extraño al pensar cómo ha estado viviendo todo esto sin que yo lo supiera, sin que lo notara. El otro día fue la primera vez que la vi llorar. Me impresionó mucho, porque no era algo que me encajase con ella, pero me alegro de haberlo visto. No de que haya llorado, pero sí de que me haya dejado estar allí.

No sé si tiene sentido decir que ahora siento que estamos un poco más conectados. Por eso se lo conté, lo de Val. Para mí era difícil decirlo; ni siquiera había pronunciado nunca esas palabras en voz alta. Tampoco había reconocido que se tratase de un fantasma. Pensarlo la convierte en una presencia a la vez más y menos real, y me angustia y alivia por haber podido ponerle nombre.

A ella solo le hace gracia.

—Nunca me he parado a comprobar si puedo atravesar paredes. ¿Tú crees que si lo intento funcionará?

—No lo sé, pero si te estampas contra una, habrá sido un ejercicio igualmente interesante.

Valeria arruga los labios y me río. No parece muy contenta porque haya sido yo el de la última palabra, así que desaparece.

Y que se vaya ya no me genera tanta ansiedad.

Después de armarme de valor, y teniendo todo el rato presente la forma que tiene María de hablar de su familia, decido que voy a hablar con la mía para empezar a solucionar las cosas.

O, al menos, hacer el esfuerzo de intentarlo.

Llamo a la puerta del abuelo dos veces. Escucho la televisión dentro, así que sé que están en casa. Espero aún un poco más antes de volver a llamar, pero, justo cuando estoy a punto de hacerlo, la puerta se abre y Rachel aparece en bata y pijama y con un moño bastante desastroso.

—¿Simón?

—Hola.

Se toma su tiempo para examinarme. Sus ojos recorriendo mi cara se sienten extraños, pero me aguanto.

—¿Qué pasa? ¿Tienes que recoger algo?

—No. Solo venía a decir hola, a hablar.

—Ah. —Parece que eso le ha chocado aún más que mi presencia, y tarda un momento en reaccionar—. Bueno, pues pasa.

Asiento, entrando.

—¿Quién es? —grita el abuelo desde el salón.

—Es Simon —responde Rachel, también alzando la voz para que lo oiga—. Ha venido a verte.

Llego al salón antes que ella. Aunque me parece que no hace tanto que no vengo por aquí, encontrar de golpe al abuelo me da una impresión que no me esperaba. Es un choque. Parece más encogido, sus gruesísimas gafas ahora demasiado grandes para su cara, y en lo alto de su cabeza hay más manchas que antes. Además, parece que sobra demasiado sillón a su alrededor; ese siempre ha sido su sitio, desde que era pequeño, pero ahora alguien diría que tampoco encaja ahí del todo, como si se hubiera consumido y ya no cupiera bien del todo. Supongo que la suya ha sido una progresión paulatina, pero en estos meses sin pasar veo la diferencia. Y me siento fatal por no haber venido,

aunque es otra de las cosas que ya no tienen demasiada solución.

Él se vuelve para mirarme.

—Simon, hijo. No hay otro tan largo como tú. Cuánto tiempo.

Parece bastante simpático, y por su expresión diría que está contento de verme, pero me esperaba tan poco encontrarlo así que no sé bien qué decir. La boca me tiembla un poco. Rachel pasa a mi lado, rozándome con el brazo, y centro mi atención en ella porque es más fácil de manejar: se mueve hasta el sofá y se sube a él, primero de pie y luego dejándose caer sobre el cojín y cruzando las piernas como un indio.

—¿Qué te parece, Oliver? Ha venido de sorpresa.

Él asiente.

—Y menos mal, porque iba a olvidárseme su cara.

Se ríe de forma algo ronca. No recuerdo haber oído a mi abuelo hacer eso en toda mi vida, y menos tanto. Su risa no es nada familiar y, al mismo tiempo, por alguna razón supongo que así deben de reírse todos los abuelos de Francia. Hay algo de alivio en que el mío lo haga igual también. Trago saliva. Me siento muy estúpido aquí plantado, siendo el único de pie, mirándolos como si fueran la recreación de una escena cotidiana de la que claramente no formo parte. Bajo la vista a mis pies.

—No traigo comida, me temo —digo, porque me parece que ahora tengo que hablar yo—. Mi madre lleva un montón de tiempo sin guisar, así que...

—Anda, y menos mal, porque el que guisa bien es tu padre. De todas formas ahora es la moza la que se encarga de todas las comidas. Y no se le da nada mal, ¿sabes?

Rachel se ríe.

—Eso lo dice con sarcasmo porque la doctora le recomendó una dieta para cuidarse y ahora estamos en esas, ¿verdad? Menos carne roja y más verdura.

—Tampoco es que pueda comer muchos filetes con esta dentadura, pero bueno...

Asiento a todo, queriendo saber cosas de ellos, absorbiendo todo lo posible la información nueva, aunque sea a través de su dinámica.

Tengo un pequeño nudo en la garganta. Cuando el abuelo empieza otra vez a reírse por lo bajo, me vuelvo hacia Rachel y ella, que ya me estaba mirando

a mí, suelta un suspiro.

—Anda, vamos. —Se incorpora pesadamente, recogiendo un par de tazas de la mesita de café, y se vuelve al abuelo—. Simon y yo vamos a la cocina, que tiene que comentarme una cosa. Abuelo, ¿quieres algo?

—¿Un refresco?

—Te ofrezco un zumo.

—Me vale.

Espero a que pase ante mí de nuevo para seguirla. Pienso en que ha llamado «abuelo» a mi abuelo y en que no sé cómo me hace sentir eso. Cuando estamos dentro, entorno la puerta de la cocina y ella se sienta de un salto en la encimera.

—Bueno, tú dirás —comenta, como de pasada—. ¿De qué quieres hablar?

—Eh..., bueno...

Miro a los lados. La cocina está mal iluminada y el fregadero un poco lleno, pero todo huele muy bien, como a jabón de manos. En la minúscula mesita pegada a una pared a mi lado aún está el paquete de galletas a medias que han desayunado esta mañana. Al mirarlo, algo me conmueve, pero no sé por qué ni por qué precisamente eso, y entonces es cuando murmuro:

—Venía a disculparme.

Al principio ella no dice nada. Nos miramos (me da la sensación, por un segundo, de que ahora mismo tiene la misma actitud que solía tener cuando vivía al final de la calle 118) y muy despacio alza ambas cejas, como en una invitación a explicarme. Sin embargo, no digo nada. Porque no sé muy bien qué decir.

Al final, suspira.

—María también me dijo que fuiste a disculparte con ella. —Mira hacia otro lado, hacia la ventana, que queda a su izquierda—. ¿Qué te está dando, si puede saberse?

—¿Eso qué significa? —digo, frunciendo el ceño. Noto cómo me tensa y no me gusta nada la sensación.

Ella se encoge de hombros.

—Pues no lo sé. Que no es propio de ti. —Me mira de reojo—. ¿Y por qué quieres disculparte?

Mi primer impulso es decirle que por nada e irme, pero cierro los ojos,

intento destensar la mandíbula y cuento mentalmente hasta diez antes de hablar.

—Por no haberme comportado como una persona muy decente. Por pasarme a veces..., y pasarme mucho.

Cruza los brazos, pero no dice nada. No sé en qué momento me pareció que tal vez eso sería suficiente, cuando claramente con Rachel no podría serlo; ella no se conformaría con cualquier cosa. Tomo aire.

—No puedo enumerar todas las cosas que he hecho mal, pero han sido muchas y... no lo sé. Lo siento por todas. Por cómo te he hablado. Bueno, a todos. Y por hacer que el problema fuera solo mío.

—No hiciste que el problema fuera solo tuyo, pero sí pretendiste que lo era. Y no te dejaste ayudar. *Ese* es el principal problema.

—Lo sé. —O, al menos, estoy intentando entenderlo—. Por eso lo siento.

Nos quedamos en silencio. Ella vuelve a cruzar las piernas, ahora sobre el mármol de la encimera. Algunos pensamientos que no creo que debiera tener cruzan mi mente, pero hago un esfuerzo por ahogarlos y, al mirarla a la cara, intento que sea su cara la que veo y no la de Valeria. El ejercicio funciona bastante bien y, cuando vuelvo a tomar aire, parece que entra más fácilmente en mis pulmones.

Sonríe. Débilmente y no del todo convencida, pero sonríe, y es un alivio.

—Bueno. Por algún sitio se empieza, ¿no? —Se muerde un poco el labio—. Te agradezco que hayas venido.

—¿De verdad? —pregunto, sorprendido.

—Sí. De verdad. Que estuvieras así estaba empezando a volverse demasiado difícil de llevar.

—Sinceramente, creo que no he dejado de *estar* así.

Estira la sonrisa.

—Lo sé. Aún te queda mucho. Pero notas la diferencia, ¿verdad? Ahora hay algo distinto.

No sé si hay algo distinto o si es lo que pasó con María lo que ha hecho que diga todo lo que tenía que decir, así que me encojo de hombros de forma despreocupada, como para quitarle importancia.

—No lo sé, a lo mejor. Supongo.

—Creo que con que lo supongas de momento me vale.

Capítulo treinta

«you do not have to be a fire for
every mountain blocking you.
you could be a water
and
soft river your way to freedom
too^[42]».

Salt, NAYYIRAH WAHEED

María

Querido Christopher Gaudet (15 de marzo).

¿De verdad le parece escribir cartas algo difícil?

Ya me extraña, teniendo en cuenta que es usted universitario y que tengo entendido que tuvo que escribir muchísimos correos formales a sus

profesores durante un tiempo. Esto es igual. Ah, y si no se dirige a mí como «usted», le bajaré la nota final dos puntos.

Es broma. En realidad no sé si los profesores de universidad son así, pero espero que no. No te agobies con lo de escribirme, no tienes que seguir ningún formato o lógica, simplemente... no lo sé, escribe. Cuéntame lo que quieras. He decidido que prefiero saber, ¿sabes? Voy a dejar de mirar hacia otro lado. Así que no te preocupes por mí, ya soy mayorcita, lo que me digas no va a dolerme (o sí, a lo mejor un poco, pero tampoco pasa nada si las cosas a veces duelen).

Una parte de mi cabeza siempre ha estado conectada a ti, aunque haya pasado tanto tiempo en silencio.

Así que eso, tú cuenta. Habla. Dime cómo es estar ahí, quiero saberlo.

María

Las cartas tardan como una semana en llegarnos. Recibo su respuesta el día 14, le envió otra el día 15 y, como él no ha podido aguantarse a que yo contestara, tengo cartas suyas también los días 19, 20 y 22. Marie France se ríe de mí por lo mucho que me asomo al Buzón ahora. Yo la ignoro y me encierro en la cueva que es mi cama para leerlas, porque tengo sed, porque me muero por saberlo todo, aunque sea angustioso y suponga un ejercicio muy complicado de imaginación.

Lo primero que menciona en sus cartas es la soledad y la claustrofobia. Dice que, aunque intente mantenerse ocupado, al final su vida ahora se reduce a unos pocos metros cuadrados, de los que no puede escapar. Además, le angustia no poder hablar con nadie. Sus palabras exactas son: «Es decir, claro que hablo, pero aquí es todo distinto. Nadie es tu amigo. Solo aspiras a tener algún aliado, y es difícil para alguien que prefiere no hacer grupitos, como yo». Al principio le pareció terriblemente duro. No se aceptaba la simpatía. Siempre había sido una persona calmada y capaz de darle la vuelta a las situaciones para poder controlarlas, pero allí se dio cuenta de que ya no podría seguir haciendo eso. Que todo se escaparía de su control. Así que siguió la estrategia de intentar pasar desapercibido, ir a su bola y pedir estudiar, porque pensó que funcionaría y que, si iba a pasarse allí seis años, prefería hacer algo útil con ese tiempo para no sentir que lo había perdido.

Pero resulta que cuando no quieres hacer grupitos ni respondes a las cosas que te pregunta el compañero de celda que te ha tocado, la gente se molesta y te hace pagar por sus enfados.

En la carta da a entender que se llevó alguna que otra paliza por eso, por ser bueno y no liarla. También que lo amenazaron y le robaron en más de una ocasión. Leer sobre eso es terrible, pero a la vez Chris es capaz de contarlo con cierta distancia, así que no sé si es algo que ha dejado de pasarle o si simplemente no quiere dar más detalles. Se me pasa por la cabeza que tal vez se esté cortando porque leen sus cartas y no quiere tener problemas, así que intento no ahondar en lo que me ha dicho. Antes de saber si ya me lo ha contado en algún mensaje que esté de camino, le pregunto por sus estudios y, dos días después, me llega una respuesta de hace tres días sobre eso mismo.

He seguido con la Biología. Es mi pasión, al fin y al cabo. No tengo ni idea de cómo va a ser nada cuando salga de aquí (espero que pronto), pero, consiga trabajar en lo que me gusta o no, de momento estoy aprendiendo, y eso es lo más importante.

Sonrío ante eso. Es adorable. Quiero abrazarlo más de lo que he querido hacerlo nunca, y pienso, mirando al cielo, que voy a hacer lo necesario para que consiga ir por el camino que él prefiera.

Es curioso, pero al final fue precisamente decidirme a estudiar lo que más me ha ayudado, a pesar de los roces del principio. O, bueno, me ha ayudado a hacer tratos. Antes solía usar todo mi tiempo de patio para quedarme leyendo, pero de repente se me acercó otro preso y me dijo que si lo ayudaba a sacarse el bachillerato, me cubriría las espaldas. Esto fue como a los tres meses o así. Había tenido ya alguna movida, así que me pareció bien, aunque con que hubiera conseguido que me dejara en paz habría sido suficiente, creo (quiero decir, no habría necesitado que me protegiera activamente,

como creo que hace). Me gusta pasar tiempo con él. Es el único aliado con quien no estoy tenso todo el tiempo, porque necesita algo de mí que para él es más importante que lo que me está dando y eso me beneficia.

El resto es él hablándome de sus avances, de su buen comportamiento y de cómo era leer sobre mí, cómo lo hacía sentir y cómo se alegraba.

Me enteré de lo que pasó. Solo quiero que sepas que me alegro de que salieras, de allí, aunque fuera por eso.

Ahora me asomo todos los días al Buzón, porque después de probar mínimamente las letras de mi hermano no quiero privarme de ellas ni un poco.

Por las noches pienso en él y en el futuro y, aunque no sé rezar, les pido a fuerzas superiores que cuiden de él y que su buen comportamiento sea suficiente para que le reduzcan por fin la condena.

Mientras pasa todo esto, Simon y yo hablamos y no hablamos de lo que supimos del otro en El Havre el otro día. Le cuento algo de esto (aunque prefiero hablar de Chris con Dani en vez de con él) y él me dice que últimamente tiene la cabeza llena de cosas que no sabe ordenar bien del todo y que lo agobia la cantidad de mierda de la que va a tener que ocuparse. Eso de «mierda» es suyo, no mío, aunque coincido con el término escogido; le está costando, pero según me ha dicho ya empezó por hablar con Rachel el otro día, y me parece que eso es buena señal.

—A lo mejor te ríes de mí —me dice un día—, pero he estado pensando mucho en *Los nemúfares*. Lo he releído por encuna un par de veces. Cuando habla de cómo se siente cuando tiene el cerebro entumecido e insensible y no reacciona a nada, cuando dice que le molesta estar así y solo tiene esa

frustración dentro y ninguna otra... Se parece a esto, ¿sabes? A lo mío.

Recuerdo que el libro hablaba de eso. También recuerdo cómo me sentí al leerlo, que me parecía muy lejano y muy cercano a la vez.

Suelto un suspiro.

—Simon, tú sabes que estás mal, ¿verdad?

Se vuelve hacia mí. Tiene una ceja alzada, como si le hubiera chocado o molestado eso tan de repente, pero enseguida relaja la expresión y asiente.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cómo que «supongo»? Te acecha un fantasma. Uno de verdad, no uno...

Me callo cuando mira hacia otro lado, incómodo, y me pregunto si ser así de brusca es la estrategia que quiero seguir con él. Puede que no, al fin y al cabo, así que carraspeo.

—Perdón. Quiero decir..., bueno, sabes lo que quiero decir.

Espera un poco sin contestarme. Hemos quedado en la puerta del polideportivo de la ciudad porque en general nos están yendo mejor los sitios que no están conectados a nada, y ahora tenemos las piernas colgando del murete junto a la escalera en el que nos hemos sentado. Ni siquiera sus pies tocan el suelo desde aquí. Escucho cómo suspira y después, de mala gana, refunfuña y parece que asiente.

—¿Te sigue hablando? —le pregunto, echándome hacia delante—. Me interesa un poco, no voy a engañarte.

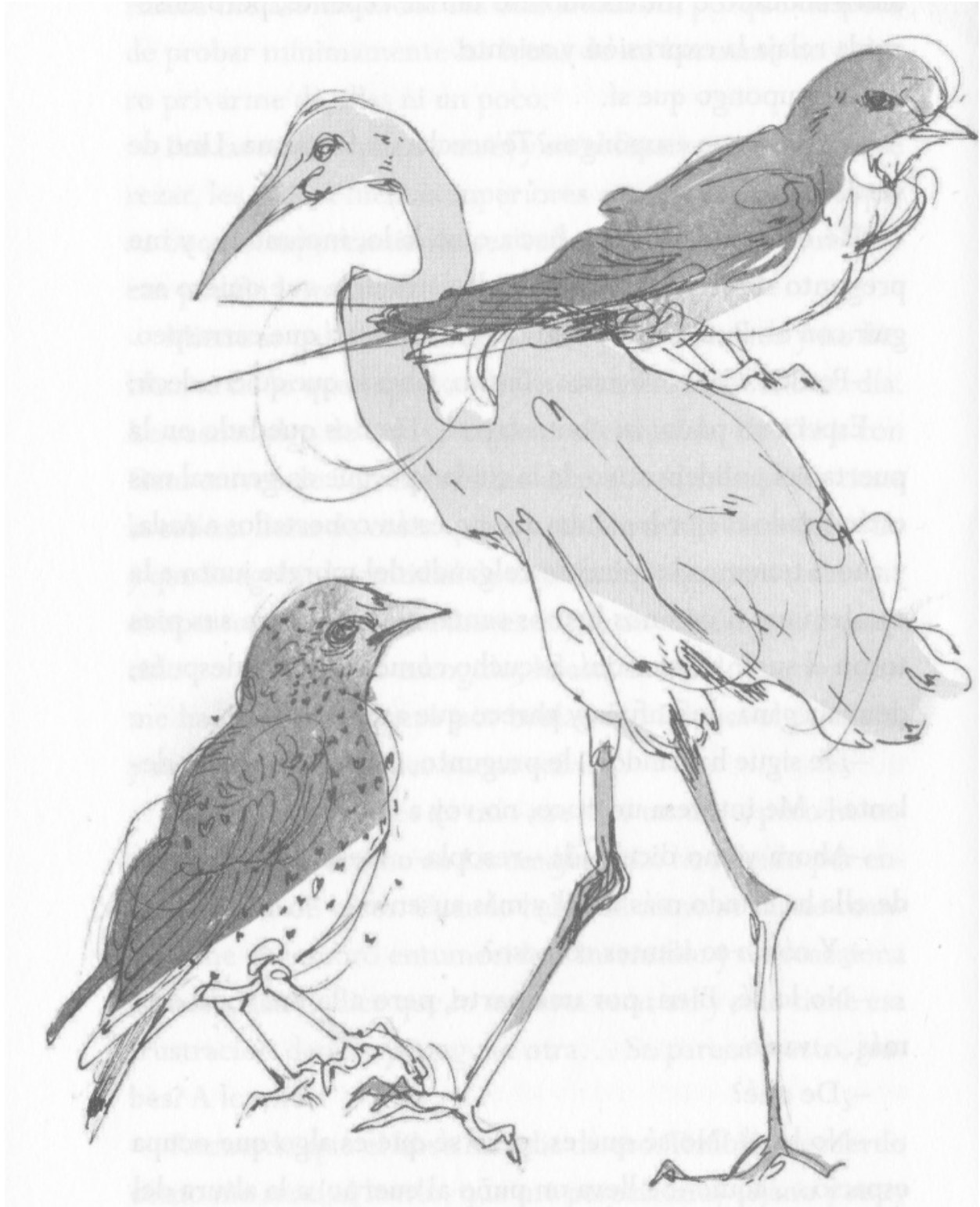
—Ahora ya no dice nada —resopla—. Desde que te hablé de ella ha estado más débil y más ausente.

—¿Y cómo te sientes con eso?

—No lo sé. Bien, por una parte, pero a la vez todo está más... vacío.

—¿De qué?

—No lo sé. No sé qué es, pero sé que es algo que ocupa espacio... aquí. —Se lleva un puño al cuerpo, a la altura del estómago—. No sé cómo explicarlo mejor.



Aprieto los labios, inclinando las cejas a los lados. Verlo así me da mucha pena. He sabido lo que le pasaba demasiado poco a poco, con cuentagotas,

pero ahora estamos aquí y todo el cuadro es azul azul azul, y está lleno de pájaros y pájaros que vuelan por encima de él y le quitan un poco de luz y no dejan que crezca bien y sano.

Valeria es esos pájaros. Tal vez sea ella la golondrina y no yo. Eso me dejaría a mí el estornino.

Tampoco pasa nada.

Le doy un par de palmaditas en la espalda antes de soltar un suspiro y apoyar la cabeza en su hombro. En realidad no estoy muy segura de cómo acepta él este tipo de contacto físico —por su personalidad y también culturalmente—, pero como no se mueve inmediatamente entiendo que lo permite, así que no me aparto. A lo mejor esto es parte de lo que ha echado de menos, ¿no? Los fantasmas no reconfortan. Bueno, al menos yo no creo que lo hagan.



Simon

María apoya la cabeza en mi hombro y le echo un vistazo. En parte vuelve a comportarse como antes de la pelea, pero siento que hay algo detrás de casi todo lo que dice, como si intentase guiar las conversaciones adonde ella quiere. Ya ha pasado otras veces cuando nos hemos visto después de ir al jardín japonés, y no me molesta, pero me hace un poco de gracia. También intenta parecer fuerte y graciosa y despreocupada, pero ahora la conozco mejor y no puede engañarme con esa actitud, solo darme envidia por ser capaz de estar así. De todas formas, al final yo solo me dejo guiar. Sé que quiere que hable (lo quiere todo el mundo), pero viniendo de ella no me molesta porque decirle las cosas es fácil y me siento mejor después de decirle casi todo lo que le digo.

—¿Crees que va a dejar de venir? —pregunta, y yo suelto un suspiro.

—No lo sé. Pero sí que es verdad que cada vez aparece menos, y ya ha estado ausente mucho tiempo otras veces y sé cómo me hace sentir.

—¿Cómo?

—Angustiado. Porque ¿y si desaparece y esa vez es la para siempre?

Ella se queda callada, como si estuviera valorando mi razonamiento. Después se mueve, estirando la espalda para mirarme, y ahora parece un poco más preocupada.

Desvío la vista.

—Con ella todo es cíclico —sigo—. Cuando reaparece, al principio me alegre y luego ella me hunde y se ríe antes de marcharse. Y siento como si nunca fuera a dejar de estar triste, porque no me deja, porque entre que se va y aparece nunca me da tiempo a averiguar cómo dejar de estarlo.

El vacío del que le he hablado se hace más grande y reprimo las ganas que tengo de mirar a mi alrededor, porque sé que no está por aquí. No voy a encontrarla ahora, pero si no la busco, será un poco menos doloroso.

—Pero es normal estar triste y no saber pararlo, Simon. ¿Sabes cómo se aprende a hacerlo? Hablando con gente.

Arqueo una ceja. Ella sacude la cabeza como pidiendo tiempo para que la deje explicarse.

—Ya te lo he dicho otras veces, aunque a lo mejor no... así. Lo comprobé la primera vez que mencionaste a Valeria y también cuando me dijiste que te gustaba Rachel. —Hago una mueca, pero ella la ignora y sigue—: Cuando hablas de lo que te pasa todo es más fácil. Al menos lo es para mí contigo. No solo te entiendo más, lo que definitivamente ayuda, sino que tú también pareces más tranquilo con el universo a tu alrededor. Estás como un poco más en paz. A lo mejor, con alguien que supiera ayudarte...

Me sonrío, pero vuelvo la vista. No creo que mi madre le haya pedido que me diga esto, porque tiene demasiado que ver con la conversación del otro día y, además, no creo que mi madre y María se hayan visto aparte de aquella vez en mi casa, pero aun así me molesta que haya conseguido traerme adonde quería con tanta facilidad. Eso y que me haya sacado el mismo tema que me saca todo el mundo siempre: que tienen que ayudarme.

Odio que todo el mundo esté tan convencido de que necesito ayuda.

—Ya, pero no es lo mismo contarte esas cosas a ti que hablarle a otro de esto. Es mucho más largo y difícil de explicar, y no les gustaría.

—A nadie tiene que gustarle o no gustarle lo que cuentes. No es algo que valorar, simplemente es lo que es y ya está. Y por supuesto que es difícil, pero también lo es estar así, ¿no?

Frunzo el ceño. Me gustaría que supiera y pudiera apreciar los esfuerzos que estoy haciendo para mantenerme calmado y reprimir mis ganas de irme ahora mismo de aquí.

—Si tú lo dices —murmuro sin mirarla.

Escucho que echa aire por la nariz. Se me llenan los ojos de lágrimas. No sé por qué, o más bien por qué ahora, pero empiezo a pestañear muy rápido para intentar controlarlas.

Me pasa una mano por los hombros y vuelve acercarme hacia sí.

—Yo creo que lo tienes todo de tu parte, Simon. El primer paso es reconocerlo y querer cambiar, a partir de ahí todo debería ir rodado, ¿no?

—Eso es bastante optimista.

—Bueno, que vaya rodado no significa que no se vaya a hacer cuesta arriba muchas veces, pero por lo menos seguirás andando.

—Tampoco sabría por dónde empezar, de todas formas.

Guarda silencio durante unos segundos, muy pocos.

—Hum... Yo no soy quién para decir o no decir, pero... ¿aceptas sugerencias?

Suelto una pequeña risa.

—Por supuesto. Quiero decir, probablemente vas a decírmelo igual, ¿o no?

Pone los ojos en blanco justo cuando la miro, pero aun así sonrío. Parece un poco más pequeña y brillante cuando actúa así, protegiéndome, y aunque a veces cuando lo hace me parece que lo está forzando, también creo que es la parte más pura de ella luchando por salir y alegrar un poco a alguien.

—Simplemente pienso que a lo mejor podrías intentar simplificar cómo te sientes y decirlo tal cual. ¿Estás cansado? ¿Estás triste? ¿Qué es lo más básico dentro de todo lo que se te pasa por la cabeza? Me parece más fácil empezar por ahí y luego ir añadiendo sentimientos que intentar dibujar el cuadro entero desde el principio.

Me quedo mirándola. Puedo notar las lágrimas llegándome al cuello y

colándoseme por dentro de la ropa. Es una sensación increíblemente desagradable, pero no me muevo. Ella tampoco. Aunque estoy llorando, no me dice nada ni su expresión parece avergonzada por estar viendo cómo lo hago. Solo sigue sonriendo de esa manera, así tan amable, y cuando por fin se mueve solo es para agarrarme la mano y apretármela.

—Suenas más fácil de lo que sé que será —murmuro—. No se me da nada bien explicarme.

—Con calma. Siempre puedes pedirle a la persona con la que hables que te ayude a encontrar las palabras.

Miro su mano pequeña intentando sujetar la mía. Tiene los dedos tan cortos que apenas veo sus uñas entre los míos y su piel es increíblemente blanca.

Despacio, se la suelto.

—Simplemente está todo... todo atrás. Hay demasiadas cosas que no puedo hacer bien porque ya las he hecho mal. Hacer esto... Me parece que es demasiado tarde, ¿sabes? No sé si ahora sirve para algo.

—Claro que sirve. El pasado no lo es todo. Hay que reconocerlo para ver el futuro, pero no tienes que arrastrarlo para siempre.

Suelto el aire por la nariz.

—Eso de ver el futuro suena a superpoder.

—No, suena a poder normal. Es algo que debería poder hacer todo el mundo, no le veo nada especial... No estarías pidiendo nada extraordinario.

Me río porque me resulta muy gracioso, pero ella frunce el ceño y asiente una vez, firme.

—Todo el mundo tiene derecho a querer estar bien.

El corazón me da un vuelco. Sí, supongo que eso es lo que me gustaría, pero saber lo que pasa y poder hacer algo al respecto me parecen cosas muy diferentes. Y la he cagado mucho. Miro hacia los lados de reojo esperando ver por allí la silueta rubia que viene siempre conmigo, pero ahora solo estamos María y yo.

Y parece suficiente, porque me lee la mente y sabe exactamente qué decirme sobre lo que pienso.

—Se van una vez que hablas de ellos. Los fantasmas.

La miro, sorprendido. En su tono hay cierto... conocimiento. Algo familiar

para ella que no había antes o, por lo menos, que no me había llegado a enseñar. Aprieta un poco los labios, suspirando, y luego habla.

—Yo terna una... enorme ansiedad. Fue un monstruo terrible. Me acompañaba a todas partes, hasta en las situaciones donde no debería haberme pasado nada. Hasta yendo en autobús. La llamaba «mi fuego» porque me quemaba, pero también porque si era algo que podía verse, me parecía más fácil creer que era real. Siguió conmigo hasta que encontré a una persona con quien hablarlo valió la pena, y entonces se fue reduciendo. Más o menos. —La veo abrir y cerrar las manos de forma distraída—. No vas a dejar de estar triste para siempre. Probablemente ni siquiera dejes de estar triste del todo. Pero hablar de cómo te sientes va a ayudar, te lo aseguro. Creo que hablar fue lo que a mí me acabó salvando.

Asiento, pensativo.

—¿Con quién lo hablabas?

—Con un amigo. —Se encoge de hombros—. Él también tenía lo suyo, pero, bueno, compartir nuestras penas nos ayudó. Cuando le cuentas a alguien algo grande, ese algo se te quita un poco de encima. Y al final solo importa que nosotros estemos bien, ¿no? —Me mira—. Oye, ¿por qué pones esa cara?

—¿Un amigo?

Entrecierra los ojos y arruga un poco la nariz.

—Tenía amigos antes de conocerte, ¿sabes?

—Ya, seguro que sí. Con lo simpática que eres...

Me empuja.

—Pues disculpa, pero en España era *encantadora*. Todo el mundo me adoraba. Los chicos se caían a mis pies nada más verme, todo el mundo se moría por mis huesos.

—Por supuesto que lo hacían, no lo pongo en duda...

—¡No puedo creerme que lo estés poniendo en duda! ¡Que realmente era así!

Me río un poco, sintiendo los brazos lo suficientemente flexibles otra vez para moverlos para limpiarme la cara, y poco a poco voy haciendo que el resto de mi cuerpo también despierte.

—Bueno, ¿y qué le pasó?

Me mira de reojo, frunciendo el ceño un poco más.

—¿A quién?

—Al amigo con quien hablabas, el que se caía a tus pies.

—Él no se caía a mis pies.

—Ja, seguro que también lo hacía.

Se queda callada, extendiendo a su alrededor el mismo silencio que cuando estuvimos en el jardín japonés, y luego sacude la cabeza.

—No lo sé, nada. No le pasó nada. Seguirá allí en el pueblo, supongo. No he hablado con él desde que me fui.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros.

—Yo qué sé, Simon. Oye, ¿me estás cambiando de tema? —Me fulmina con la mirada—. ¡Tendrás cara!

Ahora soy yo el que sonrío.

—Se está haciendo un poco tarde, ¿no? Creía que habías quedado con Danielle para comer.

—Sí, pero a la una.

—Pues son menos diez. ¿Te acerco?

Ella suelta un gritito por que se le haya ido la hora y se levanta de un salto. Yo me lo tomo con un poco más de calma, porque el coche no está demasiado lejos, pero la sigo cuando me mete prisa y empieza a decir la vergüenza que le daría llegar tarde.

Justo cuando acaba de sentarse, le pregunto si Danielle entra en la categoría de «amiga que se muere por sus huesos», ella masculla «*Tais toi!*» y cierra la puerta con fuerza.

Capítulo treinta y uno

«Para D., que sabe cómo cruzar un río».

Dedicatoria de *Qué hacer cuando en la pantalla aparece THE
END*, PAULA BONET

María

Danielle me invita a ir al gimnasio con ella, pero declino educadamente la invitación y le deseo toda la fuerza del mundo y que no se muera. Le hace mucha gracia lo mal que lo paso ante la idea de repetir aquel único día que me uní a su rutina diaria y, como sé que si digo tonterías de esas se ríe, las digo muy a menudo. Me saca la lengua, me dice que ya nos vemos más tarde («¿Te apetece que veamos una peli después en el ordenador?») y le respondo que lo tendré todo preparado para cuando vuelva.

—Vamos, que vas a estar esperándome con el pijama puesto, ¿verdad?

—Sí, pero con el pijama de gala.

Me dice que soy tonta y yo me levanto para echarla de aquí. Cuando forcejemos de broma con la puerta, mis dedos tocan los suyos y, aunque supongo que es continuar con la tontería, me gusta y la despido del todo con una sonrisa bastante estúpida.

El resto de mi tarde libre lo paso viendo alguna serie, recogiendo un poco y paseándome por el pasillo de nuestro piso para ver si me encuentro con

alguien a quien pueda saludar. Cuando ya no sé qué más hacer y definitivamente estoy hiperaburrída, bajo a saludar a Marie France.

Antes de que pueda decirle nada, ella me acerca la caja del Buzón con un suspiro.

—Venía a decirte *bonne soirée*, Marie France.

—Ya, ya, seguro, pero tienes un par de cartas.

—¿De verdad?

Me lanza una mirada.

—*Quelle fille*^[43].

Le dedico una gran sonrisa y meto las manos en la caja para buscar mi nombre entre todos los sobres. Saco los que me pertenecen, me disculpo con un poco de prisa y vuelvo a mi habitación. Espero que la mujer no me tenga mala por esto. No podría, ¿no? Ya me conoce y sabe que no lo hago a malas. Además, luego otros días bajo y le doy palique durante un montón de tiempo sin carta ni nada.

Cierro la puerta a mi espalda y me acerco a mi escritorio. Me pongo muy nerviosa y muy contenta cada vez que abro algo que ha escrito Chris. El sobre que usa es la cosa más fea y sencilla del mundo, pero he guardado todos los que me ha mandado con fecha y en orden porque me hace ilusión. Son una prueba de que esta vez la comunicación es bilateral y de que está siendo real, porque ahora tengo sus respuestas como prueba.

Y lo mejor es que siguen llegando, que él no ha dejado de hablarme.

19/3/2017

Hola, pequeña ja:

Me queda poquísimo para terminar las últimas asignaturas de la carrera y estoy muerto de ganas de lo siguiente. Quiero

decir, no voy a dejar de estudiar. Pájaros,
¡allá voy!

Esto es todo lo que tengo que decirte
hoy, la verdad. Es una carta corta para
celebrarlo, pero ya.

Chris

Chris Qué friki es. Saco la segunda carta, que se nota que es más larga desde fuera por el grosor del papel.

20/3/2017

Hello, little girl:

Tengo un par de noticias. Estoy casi seguro de que van a hacerte ilusión, pero te pido por favor que no te emociones antes de tiempo porque no es nada seguro y tampoco quiero que te decepciones. (Te conozco y vas a hacerlo igualmente, pero que no se diga que no te advertí). Llevo un

tiempo intentando gestionar una cosa que creo que va a salir bien. No sé si te conté que mis amigos Óscar y Sonia tomaron mi caso después de que el abogado de oficio se viera un poco desbordado por todo el alcance mediático que alcanzó Ben (ya sabes). ¿Te acuerdas de ellos? Han estado en casa. Los conocí en el instituto. Bueno, el caso es que han sido ellos los que han estado representándome desde hace más de dos años, y después de mucho pelear y gracias a que me he estado portado bien y he estado ocupado aquí dentro...

... es posible que vayan a darme la libertad condicional.

El corazón se me para y siento los ojos llenándoseme de lágrimas casi al segundo. Tengo que dejar de leer durante un minuto. Mis dedos agarran tan fuerte el papel que este se arruga, mucho, me refiero, pero tomo aire despacio y me centro en seguir, porque tengo que calmarme.

No te emociones mucho. Quiero decir,

son buenas noticias, pero como te he advertido, aún no son seguras y me agobia un poco que al final se estropee todo. Me habría esperado un poco más para contártelo, pero, ¿sinceramente?, creo que está cerca y la verdad es que ya no podía aguardarme más tiempo.

Lo bueno de esto es que podré cumplir la condena fuera de la cárcel. Aún tendría que ir a fichar a comisaría una vez a la semana o algo así, y estaré más o menos vigilado, pero estoy contento ante la posibilidad de estar fuera. Óscar y Sonia apunta a conseguir un indulto, pero eso es más difícil y, además, discrecional, así que en realidad ni siquiera me lo planteo... **PERO ESE NO ES EL CASO.** El caso es que podría salir de aquí, después de tres años, y tengo ganas de llorar solo de pensarlo.

«Tengo ganas de llorar solo de pensarlo» significa que ha llorado al

pensar en ello, pero que lo está omitiendo para que nadie lo lea. Se me escapan una lágrima y una carcajada a la vez porque es tonto y lo quiero muchísimo.

Te informaré de todo lo que pase según lo vaya sabiendo, te lo juro. Sonia viene a verme siempre que puede para distraerme un poco y contarme los avances que hacen. Creo que tiene casi más ganas de que salga que yo, lo cual parece imposible, pero te aseguro que no lo es. Es adorable. No deja de buscar cosas de cuando estábamos en el instituto para traerme y animarme. También, aunque tampoco quiero adelantarme, me ha dicho que ella y Hugo me ofrecen un hueco en su casa para quedarme si salgo. Hugo es su novio, no sé si te acuerdas (creo que también lo conoces, pero no lo sé). Ahora me estoy viniendo muy arriba y debería parar de contarte cosas y de hacerme ilusiones de paso, pero desde que volvemos a hablar siento que quiero

compartirlo todo contigo, aunque sean cosas pequeñas (bueno, esto no cuenta como cosa pequeña). Es como si hubiera estado callado desde hace tres años y por fin pudiera hablar otra vez, algo parecido. La verdad es que no sé explicarlo bien, pero da igual, supongo. Al final creo que solo se trata de volver a tener contacto contigo y de que la comunicación se vuelva lo suficientemente poco rara como para abordar las cosas más grandes, ¿no? ¿O algo así?

Bueno, da igual. La cosa es que quería compartir eso contigo. Y espero de verdad que salga bien.

¡Cruza los dedos por mí! Te quiero.

Chris

Dejo la carta a un lado, con el cuerpo temblando, y me río. Sin más. Una carcajada explota en mi boca, y luego otra, y otra, y de repente estoy llorando y riéndome al mismo tiempo en un conjunto patético, y cruzo como puedo

todos los dedos de las dos manos con fuerza.



Simon

El timbre suena por toda la casa, papá grita para que vaya a abrir y subo del garaje corriendo con una botella de vino en cada mano.

El abuelo suelta una carcajada nada más verme, me quita una de las botellas con la mano que agarra el bastón y pasa despacio hacia la cocina. Detrás de él, Rachel me sonrío con los brazos cruzados y sacude la cabeza.

—Pues como beba mucho va a quedarse a dormir aquí, yo no me lo llevo a casa de vuelta.

—¿Qué tal estás?

Ella se encoge de hombros, aún con esa sonrisa burlona y despreocupada, y cierro la puerta tras ella.

—Todo bien. Me ha dado la mañana porque no quería venir, pero supongo que al final ni él puede resistirse a mis encantos.

—Yo diría que no, nadie puede.

Se ríe, se quita el abrigo y saluda a todo el mundo mientras yo me quedo pensando en su expresión, que en cierto modo se parece a la de antes, y en que efectivamente nadie que conozco podría resistirse a ella, aunque eso no tiene por qué ser necesariamente malo.

—Oye, ¿y la peque?

—Viene con Alejandro y Robert, yo no la veo desde el viernes pasado.

Rachel le pidió la semana pasada a mi madre que organizara una cena con todo el mundo, los padres de Mel incluidos, y ella lo ha hecho. Nos ha pedido que nos pongamos diminutamente elegantes (creo que es porque viene a casa un diseñador y quiere causar una impresión más o menos buena), pero no me

da la vida entre todas las instrucciones que tengo que seguir y, en realidad, lo que me apetecería es estar en pijama y no preocuparme.

Una sombra me sigue por toda la casa mientras voy de un lado para otro intentando ayudar. No la miro porque no quiero verla, pero, cuando a veces no puedo evitar mirar de reojo, lo único que veo es a alguien marchándose constantemente.

Cuando por fin llegan y todo el mundo se saluda, mamá da dos gritos y nos manda a todos a la mesa. Mel se cuelga del cuello de mi padre, pide por favor sentarse a su lado y después le da la lata durante *muchísimo tiempo* con cosas que ha hecho en el cole mientras él se encarga de prepararle un plato con un poco de todo. Alejandro y Rachel se ponen inmediatamente a hablar y mamá y el abuelo se les unen en cuanto el tema de conversación es la política; las elecciones están cerca y, aunque sea un poco tenso hablar de esto en una cena familiar, por lo menos todo el mundo está de acuerdo en no dejar a fascistas a cargo del país, así que eso nos llevamos. Yo no entiendo demasiado, porque no he estado pendiente, así que me quedo callado y escucho mientras todo el mundo tiene algo que decir, porque en realidad es interesante y supongo que es información que tengo que saber para cuando vote.

No sé si es exacto decirlo, pero todo tiene un aire navideño muy extraño. «Tal vez sea porque de alguna manera somos todos familia y estamos juntos», pienso, y me detengo de golpe. Es la primera vez que uso esa palabra incluyéndonos a todos. Mis ojos se desvían por un momento hacia Rachel, que se ríe con la boca abierta ante algo que ha dicho Robert (han debido cambiar de tema, porque no creo que ninguno de los candidatos a la presidencia pueda provocar semejante reacción), pero me doy cuenta de que no debería ir por ahí y vuelvo a mi plato. Tengo el ceño fruncido. El corazón me va un poco rápido por haberme dado cuenta de golpe de que en parte sí que es mi familia, pero supongo que es la última señal de que debería replantearme las cosas, como ya me dijo María en su momento.

Suspiro. Los sonidos de sus voces se mezclan, pero a la vez puedo distinguirlos todas y escucharlas perfectamente por separado, y reconocerlos y estar en el centro de ellos me hace sentir como en casa por primera vez en siglos.

Y no me he movido de aquí. He estado todo el tiempo en el mismo sitio.

¿A qué estaba esperando para sentir esto? ¿Por qué lo estaba retrasando?

Una figura se vuelve sólida detrás de todos, junto a la puerta del comedor. El espíritu de Valeria nos mira desde lejos en silencio, y yo diría que nos envidia.

Paso de ella.

Estamos empezando con el plato principal cuando de repente Rachel se pone de pie. Al principio no llama la atención de ninguno de la mesa, pero entonces carraspea y todos se van callando.

—Gracias. Bueno, yo quería... Le pedí a Pauline que organizara esta cena porque hay algo que me gustaría contaros, y si era ella quien os reunía, parecía mucho más plausible eso de venir todos...

Entorna una pequeña sonrisa. El abuelo arquea una ceja y Alejandro suelta una risita. Lo miro. ¿Es que él lo sabe? ¿Por eso se ha reído? ¿Qué puede ser si Alejandro lo sabe y el resto de nosotros no?

—Bueno, tampoco nos hagas esperar, hija. ¿Qué pasa?

—Eso, niña, desembucha.

Rachel vuelve a sentarse y nos mira a todos antes de tomar aire.

—Creo que estos últimos meses me habéis visto todos un poco ocupada. He estado muy de aquí para allá, yendo y viniendo a El Havre, y..., bueno, digamos que unas amigas y yo hemos montado una cosa.

—Nos estás torturando —mascullo, y el resto de la mesa me da la razón. Se ríe.

—Vale, vale. Bueno, pues... Mis amigas Thérèse, Agnès, Marion y yo hemos montado una asociación para prostitutas en Elbeuf. Tenemos local, permisos y acuerdos con mucha gente que va a ayudarnos, porque nuestro objetivo es ofrecer un servicio lo más completo posible para que la gente como yo encuentre un sitio al que acudir en caso de necesitar apoyo o querer descansar en general. Hemos conseguido una psicóloga, una abogada, una trabajadora social y algunos asociados, que básicamente son personas encargadas de dar talleres que nos han parecido muy interesantes, por si alguna quiere apuntarse a hacerlos. —Suelta el aire por la nariz brevemente—. Alejandro se ríe porque le pedí ayuda con eso, y él es la única persona de aquí y de las únicas del mundo que sabían lo que estábamos liando: convenció a una de sus maquilladoras para que diera talleres de maquillaje y nos ha cedido

un montón de productos de su marca, además de que también ha decidido promocionar a alguna de sus aprendices para que venga a hablar sobre moda. Seguimos intentando sacar más ideas sobre qué ofrecer, porque pensamos que tienen que ser cosas que puedan resultar interesantes para todas, pero de momento estamos muy contentas con eso, y... Si estoy hablando muy rápido, podéis pararme.

Rachel se calla de golpe y pasa los ojos sobre todos. Parece un poco nerviosa. La mesa está en completo silencio (como para que no lo esté) y durante una eternidad nadie dice nada, solo la miramos. Luego todo el mundo empieza a moverse de nuevo, pero muy despacio. El abuelo sonríe (es una sonrisa ancha, orgullosa, una que no le he visto en muchísimo tiempo), mamá se lleva una mano al pecho y Alejandro pasa un brazo por los hombros de Rachel al mismo tiempo que Robert pone una mano encima de la suya y le da un apretón breve. Mi padre murmura que es increíble (y «Quién te ha visto y quién te ve», susurrando, con un tono un poco emocionado, como si estuviera cerca de echarse a llorar). Al final, sin contar a la niña, el único que queda por reaccionar de alguna forma soy yo, y los ojos marrones de mi amiga sobre mi cara me despiertan como si deshicieran un hechizo.

Debo tener algo de mi padre, porque los ojos se me llenan de lágrimas.

—Eres increíble.

Se sonroja un poco, sonríe mucho y luego suelta una carcajada de felicidad. Mi madre sacude la cabeza. Parece más en *shock* que nadie.

—Pero... pero... ¿cómo has conseguido que no se entere nadie? ¿Cómo es que...?

—A ver, Alejandro sí lo sabía...

—Sí, pero yo no cuento, porque, además, solo me pediste ayuda hace poco. ¿Puedes creerte que lio a imo de mis chicos para ver si podía gestionarlo todo él? En realidad fue la maquilladora quien vino a quejarse porque el otro le estaba insistiendo, intervine y acabó teniendo que explicármelo ella. Tiene una cabeza maravillosa. A mí nunca se me habría ocurrido incluir en una asociación como esta talleres de ese tipo, pero...

—Creí que podría ser divertido. A mí me habría gustado tener algo con lo que entretenerme y sentirme un poco creativa, cuando trabajaba.

—Es un proyecto precioso, Rachel. Enhorabuena por haberlo sacado

adelante, ¿cuándo empezáis?

—En abril, oficialmente. Queda justo una semana, una conocida de Marion se está encargando de preparar folletos para repartirlos por las zonas donde nosotras solíamos colocarnos, y queremos ultimar un par de detalles antes de abrir oficialmente.

—¿Dónde está el local?

—En la calle 33, Saint Michel. Número 58. Podéis pasaros si queréis y si tenéis un huequito a partir del miércoles, que creo que ya lo tendremos todo listo. Estáis todos invitados a verlo.

Seguimos comiendo mientras le hacemos preguntas a Rachel sobre cómo ha conseguido organizarlo todo y con quién más colabora. Ella habla y habla sin parar, sus ojos brillan y su plato está casi intacto mientras nos contesta. Yo, aunque me centro en Mel y soy el que menos pregunta, no dejo de observarla; parece feliz, más feliz que nunca, y el pecho se me llena de un calor y una simpatía con los que no estoy muy familiarizado, pero que me gusta mucho sentir.

Porque parece que las cosas están yendo un poco bien de verdad, después de todo.

Capítulo treinta y dos

«This will happen for the rest of my life:
I will never remember that she has gone^[44]».

Speaking, SARAH CROSSAN

María

Después de un momento de inspiración y una llamada anoche a una hora un poco demasiado intempestiva para mí, Simon y yo quedamos el domingo para planear lo que vamos a hacer próximamente: terminar la investigación que nos unió.

Es posible que anoche estuviera demasiado dormida y cansada para entender del todo las razones que intentó darme para retomarlo ahora, pero en realidad no sé si me importan mucho. Quiero decir, siempre he sabido que era algo importante para él y que detrás de eso ha estado siempre Valeria, así que no necesito grandes justificaciones para hacerlo, por mucho que él insistiera en dármelas.

Eso sí, ahora estoy cansadísima y solo quiero que el café al que me ha invitado (gracias, Simon) me haga efecto de inmediato.

Estamos sentados en la salita minúscula de la tienda, con la puerta abierta por si viene alguien y un montón de papeles delante. En ellos está apuntada e impresa toda la información que hemos ido recopilando en nuestras

excursiones y búsquedas *online*, y no sabía que había tanto y tan poco conectado. Me parece que es un lío. Además, tampoco ayuda que Simon no esté nada pendiente y solo hable de la cena que tuvieron ayer y de lo guapa que estaba Rachel porque, aunque estoy segura de que es verdad, como siempre, si me ha hecho madrugar tanto, me gustaría que se centrara un poco más en esto.

Aunque de repente se pone a hablar de algo que llama mi atención y me quedo embobada mirándolo.

—Espera, ¿de veras hizo eso?

Él sonríe mucho y asiente.

—Sí. ¿Esa cosa secreta que ha estado haciendo todos estos meses? No sé si a ti te habló de ella en algún momento. —Asiento—. Pues era eso. Estaba organizándolo con unas amigas también prostitutas.

—No sabía que ella lo había sido —reconozco. Me siento un poco rara, porque no sé si esa información tampoco debería conocerla ahora.

Él se encoge de hombros.

—Sí. Quiero decir, no habla mucho de ello, pero tampoco lo oculta. —Se echa hacia delante en la silla (él se ha sentado en la buena), mira un poco por encima de todo lo que tenemos delante y parece que ahora sí que le apetece centrarse—. Bueno, ¿por dónde empezamos?

—*Alléluia*, media hora después... Pues creo que deberíamos empezar por hacernos un esquema con todo lo que tenemos, ¿no?

Simon saca de algún sitio un papel en blanco y un boli y los desliza hasta mí muy sutilmente. Le lanzo una mirada, pero al final simplemente suspiro.

—Bueno, vale.

Empieza a dictarme tan inmediatamente que casi no me da tiempo a copiar:

- Carta Praga: Céline y Aude Leduc (muerta)
- Los nenúfares libro
- Fin en Burdeos el 2 de septiembre de 2004.
- CADENA FENICE

- Ciudades: ~~Elbeuf, El Havre, Calais, Rennes, París, Périgueux, Burdeos, Lyon y Saint-Étienne.~~
- El número: ~~72—33—332—3358—33167—1996~~
- Orden números: región, departamento, distrito, cantón, comuna y código del libro (1996)

«María es tonta y aún no lo sabe». Ay, Simon, que te den.

- Código INSEE que sabemos: 72 (Aquitania) y 33 (Gironde)

—Oye, ¿y cuándo encontraste el código de Aquitania y Gironde?

—Recuerda que tengo muchísimo tiempo libre y completo acceso a internet —responde, dedicándome media sonrisa—. Aunque me costó lo suyo.

—Ya. Bueno, y aparte de esto, ¿algo más?

—No, esto es todo.

Nos quedamos mirando la hoja. Después de la de tiempo que llevamos con esto me parece una lista un tanto patética, sinceramente. Le echo un breve vistazo, creo que para comprobar si parece o no desesperado, y veo que no me tranquilizo, porque si a él no se le quitan las ganas debe ser que sigue habiendo esperanza para conseguirlo.

—No sé tú, pero me parece que habría que seguir por los números —murmura, arrugando los morros y echándose hacia atrás en la silla.

—O podríamos descartar qué ciudades de las que nos quedan por comprobar no están en la Gironde, que tardamos menos.

Me siento hiperorgullosa de que no se le haya ocurrido a él y a mí sí, pero me conformo con ponerle cara de superioridad sin decir nada, porque supongo que si hubiera tenido menos cacao mental, habría llegado él al mismo punto.

Inmediatamente saca el móvil y se pone a mirarlo («Burdeos está en la Gironda definitivamente, como que es la capital, pero no sé cuál más...») y pienso que, si al final resulta que Burdeos es la única del *département*, Simon y yo somos las personas más estúpidas sobre la Tierra porque es literalmente la primera opción que tuvimos.

—En la antigua Aquitania están Burdeos y Périgueux, pero Périgueux pertenece al departamento de Dordoña, no de Gironda. —Suelta el móvil sobre la mesa y se echa hacia atrás. Ni Saint-Étienne ni, obviamente, París se acercan.

—Entonces... ¿Aude nos dio la pista desde el principio? No me fastidies...

Me mira fijamente, no sé si enfadado o decepcionado, y aprieto los labios porque, sea cual sea de esas dos, yo me siento igual.

—Somos idiotas.

—Lo somos.

—*Putain*.

Hago como que me escandalizo un poco, pero justo en ese momento suenan las campanitas y alzamos la vista los dos a la vez.

Rachel nos saluda moviendo ampliamente la mano.

—Hey, ¿qué hacéis los dos ahí?

—¡Hola, Rachel! —exclamo.

Simon se pone de pie y rodea el taburete en el que estoy sentada para salir. Lo sigo.

—Creía que no ibas a venir, se supone que hoy tienes libre.

—Y tengo libre, bueno, más o menos. Pero venía a buscarte. Aunque, mira, me alegro de que estéis los dos. ¿Lleva muerto mucho rato esto?

—Ha pasado como media hora desde la última vez que ha entrado alguien —respondo.

—Entonces cerrad y venid conmigo, que quiero enseñaros una cosa. ¡Vamos, salid de ahí! Daos prisa, que tengo muchas ganas de que lo veáis. ¡Venga!



Simon

Ya sé adónde va a llevarnos en cuanto dice que había venido a buscarme, pero me quedo todo el viaje en silencio porque sé que se muere de ilusión por que lo vea con mis propios ojos.

Conduzco bajo sus instrucciones, que ella alterna con explicarle a María lo que me contó ayer a mí. Aparco donde me dice y, cuando bajamos, la observo caminar rápido hasta un local que, si no recuerdo mal, estaba vacío hace poco; ahora no es que tenga mucha más decoración por fuera, pero sí que han sacado un cartel a la calle en el que pone en letras de muchos colores «*BIENVENUES*».

—Pasad vosotros primero, pasad —dice, sujetando la puerta cuando llegamos a su altura—. Ay, chicos, ¡espero que os guste!

Las paredes son de color azul claro, los muebles, blancos y hay por todas partes sofás y sillones de estilos distintos, algo viejos. Todo huele como a suavizante, tiene cuadros en las paredes y algunas mesas al fondo, donde también hay un par de puertas. Rachel cierra a nuestra espalda, va hacia una de ellas y, tras llamar un par de veces, una cabeza pelirroja se asoma y le sonrío muchísimo.

—¡Hey! ¿Ya has vuelto? —Mira hacia fuera, hacia nosotros, y su boca se ensancha todavía más—. ¡Hola, chicos! Yo soy Agnès, encantada.

Sale con la mano extendida hacia nosotros y se la estrechamos. Detrás de ella aparecen otras dos mujeres, una alta y morena a quien ya he visto (creo que es esa amiga de Rachel que se pasaba a veces por la tienda) y otra hindú con el pelo trenzado y un aro en la nariz.

—Hola, yo soy Thérèse.

—Yo, Marion —dice la última.

—Un placer.

Rachel nos reúne junto a una de las mesas. Ellas parecen bastante contentas, sus expresiones son satisfechas o felices, pero nosotros estamos un poco expectantes porque, por la expresión de Rachel, no creo que nos haya traído solo para que veamos el espacio.

—Es un local muy bonito —comenta María, sonriendo a las cuatro educadamente.

—Gracias. La idea del ambientador y de la pintura fue de Thérèse, los muebles los trajo Marion y ese sofá de ahí me lo encontré yo en la basura —contesta Agnès, señalándolo.

—Tía, no digas que te lo encontraste en la basura —la riñe Thérèse.

—A ver, que lo limpié concienzudamente.

Rachel resopla y luego junta las manos. Cuando se centra en nosotros, parece que va a explotar de las ganas.

—Bueno, chicos, pues... Esta es nuestra asociación para ayudar a las prostitutas. Lo hemos hecho todo entre todas, eso lo sabéis, pero lo que no conocéis aún es el nombre. Se llama...

—¿Se llama *Mahile*! —exclama Agnès.

Las otras tres le lanzan miradas entre sorprendidas, ofendidas y resignadas (Rachel, Marion y Thérèse, en ese orden).

—Tía, ya te vale, que íbamos a dejar que se lo dijera ella.

—Eso, Agnès, que son sus niños.

—Perdón —responde ella—, ha sido la emoción del momento.

—¿*Mahile*? —pregunta María, ladeando un poco la cabeza.

—Significa «mujer» en el idioma natal de Thérèse —explica Rachel.

—Nos pareció que así se incluían también a mujeres no blancas y no francesas como yo —comenta la nombrada, sonriendo—. Al final, este sitio está pensando para que quepamos todas.

—La idea original es de nuestra querida Rachel, aunque las cuatro seamos las fundadoras. —Agnès la abraza por la cintura y Rachel le sonrío—. Es un genio, la verdad. Nos juntó, nos convenció, y ahora nos ha convertido en mujeres emprendedoras.

—Bueno, creo que te has convertido en eso tú solita.

—Pero si no me hubieras liado, no estaría ahora aquí. Seguiría siendo solo

una puta, así que gracias.

Rachel se sonroja un poco. Marion se ríe y le pone una mano en el hombro.

—Ahora es nuestra jefa y la cabeza pensante. También es la primera que le ha dicho a alguien lo que estábamos haciendo. Estaba tan nerviosa por contároslo ayer que casi tenemos que echarla de mi casa por pesada. —Se ríe—. Pero la queremos mucho, así que la dejamos.

—No soy la jefa, todas somos jefas. Ya os vale. —Se aparta un poco de ellas y luego se centra en nosotros, inclinando ligeramente las cejas a los lados—. Bueno, chicos, ¿qué pensáis?



María

Tengo la cabeza llena de información y la verdad es que no me veo capaz de hablar ahora mismo. Simon abre la boca mientras piensa en decir algo (me gusta que implícitamente hayamos sabido que de los dos era él quien tenía que hablar primero) y yo me paro a observar a las cuatro mujeres que tengo delante. Parece que han elegido a cada una de un extremo distinto en la paleta de Pantone, y es interesante ver cómo personas que nunca diría que tienen algo que ver se han unido para algo como esto. Me siento un poco sobrecogida. Creo que no es simplemente el proyecto, sino la emoción con la que lo cuentan, y aunque a tres de ellas acabe de conocerlas ahora me siento increíblemente feliz por que se sientan así y por que hayan empezado algo que han conseguido solas.

—Es más bonito de lo que me imaginaba por lo que nos contaste ayer —murmura Simon, volviendo a mirar a su alrededor—. Parece un espacio muy agradable. Enhorabuena, chicas.

—Gracias. —Thérèse sonríe y luego me mira. Tiene unos ojos entre

marrones y verdes muy brillantes y un poco metálicos que me parecen hipnóticos.

Tardo un momento en hablar, pero cuando lo hago tampoco soy muy brillante:

—Yo la verdad es que... no sé qué decir. Estoy un poco sorprendida. Quiero decir, Rachel me lo ha estado contando en el coche, pero... yo qué sé. Es muy guay. Es una pasada. Lo mismo que ha dicho él: enhorabuena.

Marion suspira, Thérèse sonríe y Agnès da un saltito y una palmada a la vez, riendo. Cuando miro a Rachel, ella se aparta de sus compañeras y se acerca a nosotros para abrazarnos a los dos, a uno con cada brazo.

—Estoy muy contenta de que estéis aquí. ¿Os apetece tomar algo? Tenemos una cafetera ahí detrás, os ofrezco café o té. ¿Sí?

—Un té para mí, por favor.

Nos sentamos alrededor de una mesita de café, todas con tazas calientes en la mano, y Simon y yo escuchamos en silencio cómo ellas cuentan millones de anécdotas que les pasaron durante la preparación de todo esto. Al principio se ríen las unas de las otras, exclamando y recordando estupideces y momentos incómodos («El peor día fue cuando fuimos al bufete y el abogado que nos atendió empezó a explicarnos por qué lo que proponíamos no era posible. ¡Fue tan condescendiente! Marion casi le salta al cuello, menos mal que luego apareció una abogada como Dios manda y pudimos hablar con ella en condiciones...»), pero mientras siguen hablando parece que se apaga la emoción y su tono se vuelve más suave, más nostálgico y más resignado.

—La verdad es que no empezamos hace tanto, pero a mí se me ha hecho eterno.

Marion sonríe de medio lado y mira a Rachel de reojo.

—Ha sido una carrera a contracorriente.

—Pero yo, sinceramente, me siento mucho más satisfecha por eso. La dificultad extra de ser putas aparte de mujeres hace que ahora la victoria me sepa mucho mejor —dice Agnès.

—Pues imagínate una puta hindú.

—Ya, cariño. —Agnès mira a Thérèse, alarga la mano y se la agarra—. Pero aquí estamos, ¿verdad? Sobrevivimos, de momento. *Mahile* está abierto.

—A ver cómo nos va. —Rachel suspira.

—Nos va a ir bien. —Marion, al lado de Rachel, estira un poco la espalda y alarga los brazos sobre el respaldo del sofá, por detrás de su espalda. Ella la mira, pero no dice nada—. Tiene que irnos bien, porque esto es algo que hacía falta por aquí. Por eso se te ocurrió, ¿no? Y por eso lo empezamos. Por todas las prostitutas de esta puñetera ciudad.

Rachel asiente, despacio, sin apartar los ojos de ella. Me fijo en que Simon las observa con la boca pegada a la taza, pero no habla. Le da un sorbo a su té caliente, yo bebo también del mío y esperamos.

—Pero no solo por las otras putas, creo yo. —Todos volvemos la cara para mirar a Thérèse, que parece que se encoge un poco ante tanta atención—. Quiero decir... Estoy de acuerdo en que necesitábamos algo así. Y espero que funcione y que todo lo que hemos planeado pase como lo pensamos, pero egoístamente... también quiero que salga bien por nosotras. Porque creo que merecemos tener un proyecto que salga bien y que salga adelante.

Agnès sonrío levemente y le aprieta un poco la mano. Rachel suspira de nuevo, vuelve a mirar a Marion y ambas se inclinan contra la otra.

—Yo digo que la vida nos ha pisoteado lo suficiente y que tienes razón, Thérèse —dice Agnès, firme—. Tiene que salir bien, por nosotras y porque creo que siempre quisimos tener algún refugio al que escaparnos aunque fuera por unas horas. Bueno, al menos yo. —Se ríe y las mira a todas y luego, como si acabara de darse cuenta de que Simon y yo seguimos aquí (callados, eso sí, porque no nos parece que ahora podamos decir nada), sonrío y pone cara de necesitar explicarse—. Perdonad por el bajón, pero a veces nos ponemos un poquito nostálgicas.

El corazón se me encoge un poco cuando sacudo la cabeza en una especie de asentimiento. Me doy cuenta de repente de que no sé nada de ellas, de que, aunque sienta todas estas cosas por las cuatro mujeres que tengo delante, no conozco a ninguna de ellas, ni siquiera a la que me ha traído hoy aquí. No conozco sus historias. Rachel no me habló de su hermana hasta que Simon lo hizo primero, y eso me hace pensar en la cantidad de cosas que aún tendrá guardadas y que probablemente no vaya a contarme. Y ellas mismas lo han dicho, ¿no? «La vida nos ha pisoteado lo suficiente». Me parece que nunca antes me he parado a pensar en el tema, porque me parecía algo lejano, pero aun así no creo que se llegue a la prostitución por un camino fácil.

—No tienes que disculparte. Me parece comprensible lo que habéis dicho. Todo el mundo quiere que funcione algo en lo que se ha puesto tanto esfuerzo —murmura Simon.

Rachel lo mira y, con el ceño un poco fruncido, sonrío mínimamente.

—Queremos dar un paso adelante. Queremos salir del hoyo en el que caímos. Pero queremos hacerlo intentando sacar a otras compañeras que estaban en nuestra misma situación, ¿sabes?

—¿Creéis que... vendrán todas? —Ellas me miran y noto que se me empieza a poner la cara caliente, pero carraspeo e intento seguir—. Qu— quiero decir, yo no sé nada de esto, y menos aquí en Francia, pero...

—Yo creo que sí —dice Marion, cortándome—. Esto no es tan grande y nos conocemos todas, literalmente. Quienes vengan saben quiénes somos y de dónde venimos. Y saben que lo hacemos porque las entendemos mejor que nadie. Todas nos hemos sentido angustiadas y desamparadas, y sabemos que esas cosas te comen. Incluso aunque pudieran haberlo elegido... No puedes librarte de eso. Aquí, estando juntas y sabiendo que puedes encontrar ayuda si la necesitas, se supone que esos sentimientos deberían hacerse un poco más pequeños.

—Aunque decir que puedes haberlo elegido me parece hablar desde una perspectiva un poco privilegiada —comenta Agnès, echándose un poco hacia delante—. No lo digo por lo que acabas de decir, sino por esa idea que hay a veces de que esto puede ser una vocación. Tampoco conozco la situación de todas las mujeres, solo la mía y la de las compañeras que han querido compartir las suyas conmigo, pero también sé que esto no se hace por amor al arte, como a lo mejor otras cosas; acabas aquí porque la vida te ha empujado a ello o porque necesitas dinero rápido y el balance entre lo que das y lo que te llevas te parece aceptable. Puedes elegirlo y meterte de manera más voluntaria o acabar aquí porque es la última salida...

Marion asiente.

—Exacto. Y, al final, el objetivo es apoyarnos. Estar todas juntas, mujeres cubriéndoles las espaldas a otras mujeres. Al fin y al cabo somos nosotras contra la misoginia, ¿no? Y contra hacer negocio de ella. Luchamos en un mundo de hombres desconsiderados que creen que tienen derechos sobre nuestros cuerpos, y estamos hartas de que sea así.

—Queríamos ser las que tenemos la iniciativa de no tener miedo de pedir ayuda ni de ofrecerla —murmura Thérèse con una sonrisa tremendamente amable y pacífica—. Si hace falta cuidar niños o acoger durante una noche o ayudar con lo que sea, nos gusta la idea de que otras como nosotras puedan venir aquí a por algo de eso.

—Pero, sobre todo, queríamos unirnos y estar representadas, y pensamos que a través de *Mahile* podíamos hacerlo. El problema de la prostitución es que hoy en día se sigue viendo como un trabajo indigno, y se descuida, y no hay ningún tipo de regulación. Aún estamos trabajando en planificar bien esa parte, pero pensamos..., bueno, que teniendo un nombre detrás, algo más grande que nosotras, nos sería más fácil conseguirlo. Ni siquiera estamos apuntando tan alto como el Gobierno todavía, pero si pudiésemos conseguir que el alcalde nos hiciera caso y nos abriera un poco esa puerta...

Las cuatro mujeres se nos quedan mirando y tengo la sensación de tener delante a las cuatro guerreras más fuertes y fieras del mundo. Nos hacemos pequeños. Lo único que soy capaz de sentir ahora mismo es admiración, admiración y muchísimo orgullo y felicidad porque alguien haya hecho esto. Porque hayan sido ellas. Porque se hayan encontrado y hayan apostado por esto y hayan seguido adelante. Sonríó con lágrimas en los ojos. No debería ponerme a llorar, pero lo que acaban de contarnos me ha encogido muchísimo el estómago.

—Me parecéis increíbles. De verdad. —Las miro a todas, una por una, y ellas me sonríen—. ¿Yo podría ayudar?

Agnès da una palmada con una risa. Rachel estira mucho las comisuras de los labios, satisfecha.

—Cuando abramos oficialmente este espacio, la idea es que sea absolutamente inclusivo, nunca exclusivo. Apto para todas las trabajadoras del sexo, sea cual sea su postura, edad, raza u orientación, y para aquellas mujeres que de alguna manera quieran participar. Así que sí, puedes ayudar, si quieres. Y los hombres... podéis ser aliados, aunque no estéis directamente involucrados. —Thérèse le lanza una mirada a Simon, que parece ensimismado y solo asiente, aunque parece convencido.

Rachel, que ha estado mirándolo también todo el tiempo, alarga su mano libre hacia él y le toca el brazo.

—Todas hemos conocido momentos de soledad aquí, y todas lo odiamos. Cuando estaba reuniendo a la gente y todo se hacía difícil... Bueno, pensaba en Valeria. En qué hizo que yo entrara, en que lo único que pensé cuando empecé a prostituirme fue que tenía que sacarla adelante.

Como si hubiera intuido que yo no entiendo lo que está diciendo, me lanza una mirada rápida y sonrío.

—Mi hermana y yo nos quedamos solas cuando ella era muy pequeña, y yo tuve que ocuparme de las dos. Las cosas se me torcieron demasiado rápido, y la situación..., la verdad es que muchas veces me pudo. Una vez, casi del todo. —Cuando vuelve a centrar su atención en Simon, sus dedos bajan por su antebrazo y le agarra la mano y se la lleva al pecho—. Esto me ha agotado mucho. Ha supuesto muchísimo esfuerzo, más del que me esperaba. De verdad. Pero me acordaba de ella, ¿sabes? De todo lo que tuvimos que pasar y de la paciencia que tuvo. Con lo pequeña que era. Ella me ayudó también, y sé que aguanté tantísimo tiempo porque, aunque muchas veces sentía que sí, en realidad no estaba sola. Estaba con Valeria. Aunque no estuviéramos tan unidas al final. Pero me ayudó a respirar muchas veces. —Una lágrima cae por la mejilla de Simon, Rachel sonrío dulcemente y se levanta, acercándose a él, para llevarse su mano a los labios y besarle los dedos—. Quería que supieras que me acuerdo —murmura—. Y que por supuesto que todavía me duele. A veces me pregunto qué le parecerá lo que hago y me imagino que me responde, ¿sabes? Y es porque la echo de menos. Pero sé que donde esté está orgullosa, porque he podido seguir adelante y ahora no quiero que ninguna se sienta sola nunca más. Quiero que al menos haya una persona en una casa, aunque no sea específicamente *su* casa, que las esté esperando.

Simon aprieta los labios y cierra con fuerza los ojos. Todas miramos hacia otro lado, dándoles un poco de intimidación. Por primera vez desde que los conozco se abrazan delante de mí, Rachel inclinándose hacia él y Simon rodeándole el cuerpo, y lo hacen con fuerza. A lo mejor porque de nuevo se entienden. Me limpio la cara con sutileza y creo que alguna de las otras lo hace también, pero no me fijo mucho.

«Quiero que al menos haya una persona en una casa que las esté esperando».

Simon y yo nos miramos una vez fuera. El cielo se ha nublado y está todo un poco más oscuro, así que tengo la sensación de que hemos estado ahí dentro un montón de tiempo. Todo tiene un aire gris blanquecino brillante que me recuerda como a un sueño y tengo una sensación de tranquilidad en el pecho que es nueva y que, aunque tengo que aprender a gestionarla, me gusta.

Mi amigo toma aire y alzo la vista hacia él. Por alguna razón me parece que en este instante está pensando lo mismo que yo. Agacha la cabeza, me dedica una breve sonrisa y pregunta:

—Burdeos, ¿no?

Sonrío.

—¡Burdeos!

Capítulo treinta y tres

«I'm not calling you a ghost, just stop hunting me».

I'm Not Calling You a Liar, FLORENCE + THE MACHINE.

María

Salimos de casa a las nueve menos cuarto de la mañana. El viaje a Burdeos es el más largo que hemos hecho hasta ahora. Cuando pongo el Maps antes de salir y veo que son siete horas, el corazón se me para un poco, pero él me dice que puedo dormirme si quiero y al principio sí que lo hago. A la hora o así, me despierto. Le doy un poco la lata diciéndole que me sabe mal que sea el único que pueda conducir (qué vamos a hacerle, yo no tengo intención de aprender en un futuro próximo) y él gruñe y protesta y me pregunta si me importa parar en algún área de servicio para que pueda tomarse su tercer café.

Ayer me molesté en preparar bocadillos y él ha traído unos cuantos paquetes de galletas y una neverita con agua y algunos refrescos. A lo mejor se ha pasado un poco, pero me alegro de que haya venido preparado. Tras la pausa volvemos a la carretera, pongo un poco de música (esta vez me toca a mí, y he venido preparada) y así vamos de parada en parada hablando o cantando (yo) o haciendo bromas (él) mientras las horas pasan y pasan.

Cuando llegamos son más de las cinco de la tarde y da la sensación de que vamos tarde a una fiesta: las tiendas se preparan para cerrar y todo el mundo

se está yendo, el sol poniéndose poco a poco. La verdad es que es bastante bonito. Decidimos ir primero a la Oficina de Turismo para buscar información, pero cuando llegamos hay cola para acercarse al mostrador y escucho frases en español de unos cuantos turistas. Al principio se me hace tan raro que no entiendo bien qué dicen, pero entonces empiezo a distinguir frases extremadamente cotidianas y hay algo extraño en entrar en contacto con mi «idioma secreto», así que me alejo lo máximo posible. Simon está más callado que antes, como si en el coche se le hubieran acabado todos los temas de conversación (lo cual también entiendo), así que intento distraerme mirando a mi alrededor, a cualquier cosa, sea interesante de ver o no.

En la pared, tras los mostradores de información, veo una lista enmarcada de todas las ciudades con las que Burdeos está hermanada, y me emociono al ver la bandera de España al lado de «Madrid».

—¡Hey, mira! —Le doy un codazo a Simon y se lo señalo.

—¿Qué? —Lo localiza y suelta el aire por la nariz con una risa—. ¿Madrid?

—Mi ciudad. —Le sonrío—. Me ha hecho ilu.

—Pero ¿no decías que no vivías exactamente allí?

—Bueno, pero para el caso es lo mismo.

—¿Y cuál es la otra ciudad que también tiene la bandera?

La busco. No me había dado ni cuenta.

—Ah, Bilbao. Está en el norte. Es bonita.

—¿La conoces también?

—Sí, fui una vez. Y también tenía un amigo cuya familia venía de allí.

—¿Qué amigo, el de las penas?

Giro la cabeza para mirarlo, sorprendida. Por alguna razón esperaba que toda la información que le di sobre mí aquel día se le hubiera borrado completamente, y no sé cómo me siento por que se acuerde de eso.

—Sí, justo ese.

La mujer que estaba hablando con la chica tras el ordenador se va y yo avanzo dejando a Simon atrás, junto a las postales. Me doy cuenta cuando me estoy alejando de que tal vez tendría que haberme llevado una, para Chris, aunque... ya no hablo así con él, ¿no? Ya no necesito una imagen bonita que justifique mi mensaje, y ahora me explico y me quejo y le pregunto; todo eso

no cabe en una simple postal. Por eso ya no me hacen falta, ¿no es así?

Él dijo que estaba esperando a que la comunicación entre nosotros fuera lo suficientemente fluida. Estaba esperando a que ambos pudiéramos volver a hablar de las Cosas Realmente Importantes, las que son más importantes que la posibilidad de que vaya a salir de la cárcel (no me lo quito de la cabeza) y todo lo que va a pasar con nosotros después. En parte tengo la sensación de que soy yo la que está obstaculizando esa comunicación, al menos un poco, y que si volviera a mandarle una sosa y minúscula postal, volveríamos al principio.

Dios, lo feo que estaría eso. Se enfadaría conmigo, y él casi nunca se enfada. Pero estaría justificado.

Por fin es mi turno y, cuando le pregunto, la mujer me da un par de planos de la ciudad y me dice dónde está la librería de la cadena Fenice, aunque no me la marca en el plano. Le doy las gracias, repitiendo mentalmente la calle que me ha dicho para que no se me olvide, y cuando llego junto a Simon él la busca en el Maps antes de que salgamos para allá.

—Pero aquí no me sale la tienda.

—Será como la de Elbeuf, que era tan pequeña que no aparecía en ningún lado.

—Pues si es tan pequeña, qué bajón.

—Bueno, tendremos que comprobarlo.

Decidimos ir andando porque no parece que quede tan lejísimos, pero en qué momento pensamos eso... Al principio tenemos buenas intenciones (esto quiere decir que miramos a nuestro alrededor, admiramos las preciosas cafeterías y vamos por ahí como si fuéramos turistas normales que tienen ganas de disfrutar de la vida), pero entonces empezamos a tener unas cuantas diferencias en cuanto a la ruta que debemos seguir y la tensión aparece entre nosotros.

Él dice que el móvil es mucho más fiable porque «cómo va a equivocarse Google» y que, además, puede centrarlo constantemente para rectificar en caso de duda. Yo soy más de la opinión de que el plano de papel no solo es estéticamente más agradable y *vintage*, sino más fiable, porque puedes moverlo a gusto y pintar por dónde ya has ido. Empezamos a caminar un poco como en una lucha, eligiendo alternativamente el camino, y al final acabo

preguntándole a alguien porque me pierdo completamente y el Maps de Simon no deja de dar vueltas.

—No sé qué le pasa, se ha vuelto loco...

—Deja, que así tardamos menos.

La mujer de la frutería donde pregunto me dice que estamos un poquito más al norte de lo que nos gustaría. Me señala la calle en el plano, me desea buena suerte y, antes de salir de su tienda, me dice que nos demos prisa porque van a dar las siete y a lo mejor nos encontramos el sitio cerrado. Al salir, cuando Simon me pregunta, le suelto un gruñido.

—Nos hemos perdido, sorpresa. ¿Me dejas guiar a partir de ahora? Porque a este paso volvemos a casa a pie, y preferiría morirme.

—Oye, ¿qué te pasa? Que tampoco es para tanto.

Le lanzo una mirada y, mientras lo estoy haciendo, me doy cuenta de que a lo mejor sí que estoy siendo demasiado dura y que puede que no venga a cuento. Desvío la vista. Vale que a lo mejor ha habido un poco de tensión intentando encontrarnos, pero, efectivamente..., tal vez no debería sentirme así.

¿Qué me pasa?

—¿Es porque he mencionado a tu amigo? El otro día también te cambió la cara cuando salió el tema. Tampoco creía que te molestaría tanto.

Cierro los ojos y chasqueo la lengua. Uno de los problemas de que Simon esté en modo voy-a-dejar-de-mirarme-el-ombbligo es que ahora se da más cuenta de las cosas y, teniendo en cuenta que ya me había acostumbrado a ir por ahí sin pena ni gloria y sin tener que esconder mis sentimientos, tener que explicarme me cuesta un montón cuando no voy tan mentalmente preparada como lo estaba en el jardín japonés.

—No es que me moleste, es que no me lo esperaba. Y ya está. No estaba molesta por eso, sino porque por tu culpa nos hemos perdido y ya es de noche.

—La verdad es que creo que te habías puesto así antes.

—Bueno, pues será porque me da un poco de pena pensar en él, Simon. Si sigues mencionándolo no creo que se me pase.

—Pero...

—¡Que estoy evitando el tema! ¿Es que no lo ves?

Le doy la espalda y tiro en la dirección que me ha indicado la señora, una

callejuela pequeña llena de escalones que baja hacia otra más grande. Aprovecho para aumentar la velocidad y adelantarme un poco. No pensé que este tema tuviera tanto poder sobre mí ahora, pero supongo que es una cosa más que no está del todo cerrada y que a lo mejor no cierro jamás. Sigo caminando varios metros por delante de él un rato, el ceño fruncido e intentando alisar el plano cada vez que lo miro porque está hecho un desastre. Al final, a los quince minutos o así, llego a un cartel en el que pone «rue Laugel» y me detengo, mirando a ambos lados en busca del cartel de una librería, pero por ahí no hay nada.

Simon me alcanza entonces. Lo noto colocarse a mi lado y taparme un poco la luz de una de las farolas que han encendido hace poco. Suspira, lo imito y, cuando alzo la vista, me encuentro con una expresión lastimera que ya le he visto poner otras veces.

—Ni siquiera es el sitio —mascullo, por si acaso él solito no se había dado ya cuenta—. Aquí no hay ninguna librería, ni de la cadena Fenice ni de nada. No está.

—¿Seguro que es la calle?

—Sí. Calle Laugel, Simon. Lo pone ahí. —Señalo—. Calle Laugel, ninguna librería.

Se queda callado unos minutos. Me molesta que no diga nada, sobre todo porque parece tranquilo, como si le diera un poco igual haber caminado durante dos horas para nada. ¿Por qué me mira con esa cara? ¿Va a volver a sacar el tema o qué? Frunzo el ceño, casi a modo de advertencia, y entonces desvía la vista y mira el móvil una vez más.

—Creo que deberíamos buscar un sitio donde pasar la noche hoy, porque aunque lo encontremos ahora, no creo que podamos hacer nada. ¿Quieres que nos tomemos algo en un sitio con *wifi* y lo miremos?

—Como quieras. Ya sabes que no tengo mucho dinero, pero tú decides.

Al final me invita a un refresco en un bar cercano que tiene la música a volumen medio-alto y el fútbol de la tele en silencio. Apoyo la cara en las dos manos mientras observo cómo él trastea y mira páginas de hoteles y hostales para encontrar las camas más baratas a última hora. De vez en cuando me enseña fotos, yo digo si me gusta el sitio o no y, al ver el precio, normalmente me niego en rotundo.

Aunque esté intentando mantenerme pendiente, lo cierto es que tengo la mente en otro sitio y no puedo evitarlo. Supongo que es en parte como una maldición. Normalmente intento evitar el tema de Ignasi, porque tengo cosas más importantes de las que ocuparme que no tienen nada que ver con él, pero de repente es la única cosa que me ocupa la cabeza. ¿Por qué? ¿Porque lo dejé y me fui? No me parece tan relevante. No me parece algo relevante de lo que ocuparme ahora.

Apoyo la frente en los brazos y cierro los ojos con fuerza. Me siento bastante estúpida, la verdad. Es como si tuviera otra vez dieciséis años y no supiera gestionar nada y todo se me hiciera una bola porque siempre es demasiado grande. Abro y cierro las manos, como precaución y para desentumecerlas. Espero que esto se deba al larguísimo viaje, a que no estoy acostumbrada a caminar tanto (al final Dani va a tener razón con eso de que hay que hacer deporte) y a que parece que en este sitio hay cada vez más ruido y la luz es un poco más roja y más naranja, y es agobiante.

Cuando al cabo de unos minutos alzo la vista, Simon ya no mira el móvil, sino que me mira a mí, y tiene otra vez esa cara de tonto que me molesta tanto. Es como si en lugar de llevarnos un año y pico nos lleváramos diez, y es una sensación bastante molesta teniendo en cuenta que este es el mismo pringado al que tuve que reñir yo misma hace unas cuantas semanas.

—¿Qué? —pregunto, arqueando una ceja.

—Nada, ¿qué te he dicho?

—Nada, pero te estoy oyendo pensar desde aquí.

—Ah, es verdad, que tienes poderes. Se me había olvidado.

—No seas idiota.

—Pero ¿de verdad estás enfadada conmigo?

Lo pienso durante unos segundos.

—Qué va. No estoy enfadada contigo. Estoy enfadada en general, pero por una vez no es cosa tuya.

—Vaya, qué maja. —Se queda callado, bebe de la cerveza que se ha pedido (¿desde cuándo bebe eso el emo pringado?) y carraspea—. Bueno, entonces, ¿qué pasa?

—Nada.

—Ya.

Nos quedamos los dos callados, sin movernos, con nuestras bebidas delante y mirando en distintas direcciones. A los pocos segundos, suspiro. Esto es ridículo, sobre todo porque hasta ahora no había pensado apenas en él, pero intento encontrar una forma de expresarme para que él lo entienda.

No es solo Ignasi, pero Ignasi tiene mucho que ver con lo que estoy sintiendo ahora.

—Algunas cosas de mi pasado están volviendo de golpe, supongo, y que lo hayas mencionado ha sido..., bueno, has añadido una gotita más a un vaso que está ya casi colmado. Aunque no te lo creas, se me da increíblemente mal gestionar mis sentimientos, así que esta reacción puede que sea mi manera de gestionar la nostalgia.

—Qué curioso.

—Ya. Ha sido un cúmulo de cosas. —Alzo los ojos hacia él y me siento de repente muchísimo más joven que Simón—. Él solo era un amigo del instituto, pero era alguien importante para mí. Lo dejé atrás cuando me fui y no he vuelto a contactar con él. En realidad no es que me preocupe mucho, pero no tenía pensado ocuparme de ese recuerdo de momento.

—Perdón por haberlo reflatado.

—Demasiado tarde para disculparse, pero lo agradezco.

Él bebe y yo lo hago también, mirando al televisor. Me da la sensación de que el partido sigue exactamente igual que la última vez que lo miré, hace quince minutos. El refresco se me acaba y la pajita hace ese estúpido sonido de sorber, así que la suelto y me pongo a mover el vaso por la mesa dejando diferentes marcas con el rastro de humedad.

—Si erais amigos, ¿cómo es que nunca contactaste con él al llegar aquí?

Subo la vista hasta él. Menuda preguntita, ¿a qué viene?

—Pues no lo sé. Lo nuestro se acabó entonces y no había más, supongo. Él era un atardecer y yo un amanecer, éramos incompatibles. Es muy fácil.

—¿De qué hablas?

Su cara sería graciosa si me apeteciera entrar en los detalles de este último razonamiento.

—No sé explicarlo, pero... hay varios tipos de gente. En esta categoría, hay amaneceres y hay atardeceres. Yo soy del primer tipo. Él era del segundo, como tú. Por eso existía esa incompatibilidad. Tú y yo la tenemos también un

poco, pero por alguna razón funcionamos bien juntos. No sé explicarte a qué viene todo esto, pero... puedes notarlo, ¿verdad? Por qué tú eres un atardecer.

Parece que lo piensa un momento y entonces se encoge un poco de hombros y parece que asiente.

—Creo que lo veo.

—Pues eso.

Me reclino contra el respaldo de mi silla. Este bar es probablemente el peor lugar en el que soltar una intensidad semejante, pero él parece haberla digerido o estar aún haciéndolo. Vuelvo a mirar a la tele, tarareando la canción que está sonando, y pienso que no sé por qué estoy hablando de este tema cuando en realidad estamos en Burdeos por otra cosa.

Tenemos que encontrar a Cécile, la mujer de la carta, una de las amantes de Praga, para devolverle la fotografía. Eso es lo que deberíamos tener en mente.

—¿Por qué a él no le escribiste, como hacías con tu hermano?

Cierro los ojos un segundo y luego intento mantenerlos fijos en el campo verde con las personas diminutas corriendo.

—Pues porque no. Porque no me salía. Porque no tengo nada que decirle, no lo sé.

—Pero erais amigos...

—¿Y qué? —Vuelvo la cabeza hacia él y parece un poco preocupado, aunque no es una expresión que le pegue mucho y sé que está intentando ocultarlo—. ¿De qué va esto? No voy a dejar de hablar contigo si algún día huyo de este país también, no te preocupes.

Entorna una media sonrisa.

—No es que me importe que lo hagas, pero ¿quién me dice que no lo harías?

—Yo, te lo digo yo, porque la María que él conoce no se parece a la que conoces tú, y la María de ahora sí escribiría.

—¿Seguro?

—Sí, aunque no es que te importe.

Sacude la cabeza. Intento empezar a tranquilizarme de verdad, a aplacar un poco el enfado, y para hacerlo pienso que en el fondo a Simon le preocupa un poco que yo desaparezca.

—Yo tampoco tengo mucho que ver con el Simon que conocía Valeria, ¿sabes? —Lo miro y parece un poco avergonzado—. Lo he pensado mucho últimamente. Que he cambiado un montón en los últimos meses, pero todo el tiempo. Ni siquiera soy igual que cuando me conociste. Pero también he pensado que... que no es necesariamente malo. Que está bien, eso de cambiar.

Sonrío. Ha hablado de él como hablaba Rachel del Simon de antes. Todo el mundo lo echa de menos, creo. Me pregunto qué tenía ese Simon de especial y si el de ahora estará intentando volver, como en un círculo, a ese punto.

—Sí que pareces alguien distinto.

—Y tú, un poco. Ya no eres tan pesada como antes, aunque en esencia sigas siendo un amanecer.

Me río porque lo dice como si no fuera una cosa que digo de mí, en parte, porque me parece bonita.

—Hay otra cosa —murmuro, jugando con la pajita de nuevo. Veo que está atento a lo que voy a decir y tomo aire—. Mi hermano está intentando conseguir la libertad condicional y dice que está muy seguro de que pueden dársela. Va a salir de la cárcel.

—Pero ¡eso son buenas noticias, María! ¿A qué viene esa cara tan larga?

Me agarra del brazo y lo sacude como en una especie de felicitación efusiva en la distancia y se pone tan contento que se levanta de golpe para pedir otro par de bebidas y una ración de algo rico que podamos compartir. Yo sonrío mientras está presente, pero luego miro fijamente a la mesa y cierro con fuerza las manos.

Estoy muy contenta, sé que lo estoy, pero no puedo exteriorizarlo como él.

Aunque lo que más deseo en el mundo es que Christophe salga, por algún motivo me tiembla todo el cuerpo. Solo cruzo los dedos todo el rato, cada vez que pienso en él, como para servirle de amuleto.

Simon vuelve con comida y me doy cuenta cuando la veo de que estoy muerta de hambre. Lo devoramos todo y pedimos otro plato, y luego otro, porque debemos tener un agujero en el estómago o algo así, y cuando acabamos lo pagamos todo y vamos al hostel donde Simon ha reservado las camas. Justo cuando nos estamos registrando se me ocurre preguntarle al recepcionista si sabe algo de la librería inexistente de la calle Laugel, pero nos dice que no le suena de nada. Sin embargo, también nos dice que miremos

en la calle Laugier, porque la gente suele confundirlas y a lo mejor allí tenemos suerte. Simon me lanza una mirada un poco fulminante al descubrir ese dato y, cuando estamos yendo hacia la habitación, me dice que si me he equivocado, va a volver a Elbeuf sin mí.

Sí lo he hecho, pero es su culpa por haber mandado a la española a conseguir la información importante y, además, si me dejara en tierra, Rachel lo mataría.

Capítulo treinta y cuatro

«Is it that it's over or do birds still sing for you?»^[45].

Autumn leaves, ED SHEERAN

Simon

Madrugamos, desayunamos en una cafetería cercana y, con la ropa de ayer y bastantes nervios, partimos hacia la calle Laugier y la única librería que hay allí según Google Maps: La Nuit Étoilée.

La sombra aún camina detrás de nosotros, no muy cerca, pero lo suficiente, aunque María no lo sabe porque no puede verla. Yo, como siempre, sí. La sigo por el rabillo del ojo. No me fío de ella, porque lleva una semana sin hablar ni mostrarse claramente, y no sé si es por las decisiones que he tomado, pero me inquieta que se comporte así.

Cuando llegamos nos quedamos parados delante de la pequeña librería al otro lado de la calle. Tiene un cartel bastante feo, pero María sonríe un montón al verla por fin, me mira y luego empieza a caminar muy segura hacia allí. Miro a ambos lados de la calle antes de cruzar. Todo está siendo un poco extraño, como si estuviera en un sueño, pero puede que tenga esta sensación porque estoy cansado de no haber dormido bien.

Me pregunto si acaso serán idénticas todas las librerías de segunda mano. Quiero decir, a lo mejor no son tan idénticas, pero sí tienen el mismo ambiente

de desorden, olor a polvo y color sepia.

—Qué maravilla —suspira María, mirando a su alrededor—. ¿No te parece preciosa?

—Como las otras, supongo.

—Ya es la última. —Me echa una mirada de reojo y se muerde el labio—. ¿Estás nervioso?

—¿Sinceramente? —Asiente—. La verdad es que no.

Parece sorprendida, pero en vez de decir algo solo sonrío.

Avanzamos hacia el mostrador. La persona al otro lado de este teclea rápidamente ante un ordenador antiguo con un enorme monitor blanco. Alza brevemente la vista para echarnos un vistazo y luego sigue, como si le fuera imposible parar.

—Buenos días —dice María—. ¿Tiene un momento? Queríamos preguntarle algo.

—Sí, sí, dime. No te miro, pero te escucho —responde elle, sonriendo.

María me echa un vistazo. Me encojo de hombros.

—Vale, eh... Veníamos a preguntar... por un libro. Un libro que creemos que donaron aquí.

—Siento decirte que todos los libros de esta tienda han sido donados aquí, así que tendrás que especificar un poquito.

María vuelve a detenerse. No recuerdo haberla visto tan insegura en las otras tiendas. Suspiro y, echando mano de mi mochila, digo:

—Este es el libro.

Lo levanto y se lo pongo delante.

Elle, asiente una vez, aparta solo un segundo los ojos de la pantalla y silba.

—Ah, *Los nenúfares*, de C. Martín. Lo conozco, muy bueno. Sí. Si lo tenéis, ¿por qué queréis preguntar por él, de todas formas?

—Porque fue donado en esta tienda. O eso creemos, según el número del localizador.

—Ah, ¿y?

—Que queríamos saber quién lo donó.

El sonido de las teclas se detiene. La persona tras el mostrador vuelve a mirarnos, esta vez un poco más seguido, e inclina la cabeza.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros. Ahora vuelve a ser el turno de María.

—Por Dios, decidle de una vez lo que queréis y vámonos de aquí ya.

Me doy la vuelta al escuchar esa voz. Valeria está detrás de mí, con los brazos cruzados y una expresión bastante infantil que se me antoja real y cercana, como si en vez del fantasma estuviera con nosotros la verdadera. O, bueno, conmigo. Me mantiene la mirada, desafiante como ella sola, con los labios bastante fruncidos. Verla por entero, que deje de ser una sombra, hace que el corazón se me hinche de alivio por una razón que tampoco entiendo.

María ya está respondiendo por mí. Como siempre, a ella se le da mejor dar esta clase de explicaciones.

—... supusimos que sería algo importante, así que queríamos devolvérsela. Supongo que si mi esposa se hubiera muerto, también me gustaría atesorar todos los recuerdos posibles de ella...

—A ver, déjame ese código.

María me arranca el libro de las manos y se lo enseña abierto por la página de la firma de Aude. Lo copia sin mirar, sus dedos moviéndose a toda velocidad sobre el teclado numérico (no me creo que pueda escribirlo así sin equivocarse ni una sola vez) y, cuando termina, da un golpe final a la tecla *enter* y el brillo del monitor sobre su cara pasa de ser blanco a azul ante nuestros ojos.

—*Los nenúfares*, de C. Martin. Donado en Floirac el 15 de octubre de 2013. La mujer que lo hizo fue... Chica, ¿cómo me has dicho que se llamaba?

—Aude. Aude Leduc.

—Pues, bingo, Aude Leduc.

María frunce el ceño. A mí me da un vuelco el corazón y me echo hacia delante.

—¿Has dicho Floirac? —Elle asiente y se encoge de hombros—. ¿Eso dónde queda?

—Es una *commune* de Burdeos. Está aquí al lado, no muy lejos. Creo que hay un autobús que va desde la terminal de la calle Paludate y os deja bien.

Me vuelvo a María con el pulso a mil. No puedo aguantar la sonrisa que me brota en la cara. Ya está, casi estamos, esta vez sí. Esta vez, de verdad. Estoy tan emocionado que no me lo creo.

—Vamos para allá ahora mismo, ¿no? Tenemos que ir. Estamos muy cerca. Ella sonrío y asiente.

—¡Vamos, vamos!

Nuestre espectador nos mira alternativamente y, con una sonrisa picarona, dice:

—Parece bastante importante para vosotros, así que suerte. Lo dudo un poco, pero espero que encontréis lo que estáis buscando.

Valeria se sube en el coche con nosotros. La veo abrir y cerrar la puerta aún con esa actitud de adolescente enfadada, pero María parece no inmutarse, así que supongo que será parte de mi imaginación.

Llegamos a Floirac en poco tiempo. María dice que podríamos parar primero a tomar un segundo desayuno («Sí, ya he desayunado, ¿y qué? Mido uno cincuenta y siete, claramente me queda mucho por crecer aún»), pero tampoco pone mucho ímpetu a sus protestas cuando le digo que primero hay que hacer lo verdaderamente importante. Ha estado bastante callada desde que salimos de La Nuit Étoilée, como si su cabeza estuviera en otro sitio, y cuando bajamos del coche y caminamos hasta la oficina de La Poste me inquieta un poco que no diga ni mu.

—Siempre he pensado que es un poco rara —masculla Valeria—. ¿Por qué no dice en voz alta lo que se le viene a la cabeza? No creo que esté pensando exactamente en su lista de la compra, seguro que os incumbe a ambos.

—Calla —mascullo—. No es rara en absoluto.

—¿Qué dices? —pregunta María, echándome un vistazo.

—Nada, nada. Ya estamos, mira.

Hemos venido a La Poste a preguntar por la dirección, y nos pasamos un rato intentando convencer a la mujer tras el mostrador (una señora mayor que parece bastante cansada de trabajar subida a esa silla) de que somos buena gente y no intentamos nada malo hacia la señora Leduc. Al final nos dice que vive a las afueras, en la calle 63, y nos hace jurarle tres veces que nos portaremos bien antes de dejar que nos vayamos. «Parecéis buena gente, os lo veo en los ojos. Soy medio bruja. Tenéis la mirada clara y cortés, por eso me fío, pero que no me entere yo de que liais algo».

—¿Qué casa crees que será? —le pregunto a María cuando estamos de nuevo en el coche camino a la calle 63.

—Ha dicho que tenían un árbol. Un árbol bonito.

Hay muchas casas con árboles en la calle 63, en Saint Germain de Floirac. Caminamos despacio mirando hacia ambos lados, fijándonos en todos los jardines, pero ni hay nadie fuera ni debería haberlo, porque es 1 de abril y aún hace un poco de fresco. Al final, un poco impaciente, decido llamar a un timbre cualquiera y preguntar, porque se tarda menos. María se queda a mi lado y aún parece pensativa, como si algo de esto no la convenciera.

—Qué tontería. Ni que fuerais a tener la suerte de que la casa fuera esta.

Me gustaría decirle a Valeria que esa no es nuestra intención y que no creo que vaya a pasar, pero me callo. Ella chasquea la lengua y espera también, alejada de María.

Una mujer asoma la cabeza por la puerta y nos mira durante unos diez segundos antes de sacar el resto del cuerpo y preguntar, con un grito, quiénes somos. No parece ninguna de las figuras de la foto, así que le pido perdón y le digo que nos hemos perdido, que estábamos buscando a otra persona. Abrazándose el cuerpo, ella avanza un poco más hacia nosotros y pregunta que a quién. Tiene algo de pájaro, esta señora, como si fuera a salir volando de pronto, a mirarnos desde arriba y luego a graznarnos.

Me pregunto si María la dibujará más tarde.

—¿Vive en esta calle?

—Según lo que sabemos, sí. Eh..., ¿le suena «Leduc»?

—¿Leduc? Claro. Viven ahí, en el número ocho. ¿Quiénes sois?

—Pues...

—La parca son, me parece —se ríe entre dientes Valeria.

María sonrío amablemente a la mujer.

—Nadie, nadie, solo veníamos a entregar una cosa. Muchas gracias, que pase un buen día.

—Hasta luego...

Buscamos con los ojos el número ocho. Está justo al final.

—Claro que iba a estar al final de la calle, ¿qué te esperabas? —Valeria resopla y, cuando me mira, es la primera vez que parece calmada y pequeña y suave—. Es donde todo esto empezó, por si lo habías olvidado.



María

No sé por qué Simon no parece nada nervioso. A mí me late muy rápido el corazón, como si fuera a morirme o estuviera realmente involucrada.

Porque antes no lo estaba. No lo estaba, ¿verdad? A mí esto *nunca me ha importado*.

Me pregunto qué clase de maldición tengo para que todas las cosas en esta vida tengan que afectarme.

Es él quien llama al timbre del número ocho de la calle Saint Germain.

Tardan un poquito en abrir, pero abren. Ver a la mujer que lo hace me choca un poco, como si de repente tuviera delante a una celebridad, como si me encontrase con mi cantante favorito en la calle y de alguna forma no se pareciera en nada a él. Es familiar de un modo extraño, puede que porque ya la conozco de ver su cara un millón de veces en la foto, pero a la vez el movimiento de su cuerpo le da un sentido de irrealidad a todo porque, desde que yo sé de ella, su figura nunca se había movido.

Simon y yo hemos hablado mucho sobre quién creíamos que era cada una de las chicas. Él decía que la alta sería Cécile y que la otra sería Aude. Aunque yo no las tenía todas conmigo, al final me convenció, pero ahora nos ha abierto quien creíamos que estaría muerta.

—¿Sí? —pregunta, una expresión amable pero cautelosa en el rostro—. ¿Puedo ayudaros en algo?

—¿Es usted Cécile?

La mujer frunce un poco el ceño y luego pestañea. Nos mira a los dos alternativamente antes de contestar.

—Eh... ¿Quién?

—C-Cécile... Cécile... Led...

Miro a Simon, increíblemente nerviosa. Él tiene los ojos fijos en la mujer. Ha sacado la foto al salir del coche, para tenerla a mano y que fuera más rápido enseñársela y dársela, y la mira un momento como para comprobar que efectivamente es la misma persona que tenemos retratada.

Ella sigue mirándonos desde su puerta. Nos separan más de tres metros del lugar donde está, pero mi vista no es nada mala. Es ella, definitivamente tiene que ser ella. Está más mayor y tiene una ropa y un pelo diferentes, pero es ella seguro.

—Lo siento, chicos, pero aquí no vive ninguna Cécile. Me parece que os habéis equivocado.

—P-pero... n-no puede ser.

La veo apretar los labios y mirarnos de aquella forma una vez más. Después pone un pie detrás y hace ademán de cerrar la puerta. Antes de que pueda moverse, y reaccionando con una energía que no sé de dónde sale, le arranco a Simon la foto de la mano y la extiendo.

—¿No es esta usted?

La mujer se detiene y, tras unos segundos, abre de nuevo y da un par de pasos hacia fuera para mirar bien la foto. Yo también avanzo. Noto la respiración acelerada, pero intento calmarla para que no piense que soy rara o que hay en mí algo de desesperación.

Cuando sus ojos se abren un poco más en señal de reconocimiento, el alivio es infinito.

—¿De dónde habéis sacado esa foto?

Simon, que se había movido despacio para ponerse a mi altura, abre la boca para contestar, pero al final no dice nada. Parece que se ha bloqueado. Dejo que la mujer agarra la fotografía para verla de cerca y, justo cuando estoy a punto de contestar, ella vuelve la cabeza hacia la casa y dice, alzando la voz:

—Aude, ¿puedes venir?

«¿Eh?». A los pocos segundos aparece tras ella una mujer alta y morena que es, también inconfundiblemente, alguien que conocemos. Mis ojos se clavan en ella, y una vez que he empezado a mirarla ya no puedo ni pestañear. Ya no siento mi cuerpo ni mi corazón. No se supone que tengan que estar las dos. No a la vez. No ahora, en 2017.

Según la carta..., la carta decía...

La persona de la librería dijo que Aude Leduc había donado el libro en 2013 y me extrañó que hubiera sido hacía tan poco.

La señora de La Poste, la que era medio bruja, nos dijo que «las Leduc» vivían en la calle Saint Germain, e ignoré el plural igual que lo hizo mi amigo.

No sabía qué pasaba con la foto, pero de aquí a un tiempo me he sentido como si supiera que algo estaba yendo regular. No sé por qué. No era nada lógico, más bien una intuición rara que lo único que hacía era que me sintiera culpable por dudar de algo que nos había llevado tanto tiempo y esfuerzo. Sin embargo, ahora...

Creo que lo sabía. No podía haberlo sabido, pero en algún rincón dentro de mí estoy segura que tema que saberlo.

Delante de nosotros, la primera mujer (¿Cécile?) le enseña la foto a la que acaba de aparecer (Aude, Aude, Aude), y ella sube las cejas hasta el infinito.

—¿Una foto del viaje a Praga? —La mira, extrañada—. ¿Qué haces con esto?

—Es de las que revelamos. Acaban de traérnosla estos dos.

Las dos mujeres (Cécile, AUDE) alzan la vista hacia las nuevas estatuas que ocupan su jardín. Por alguna razón, los ojos de ambas encuentran los míos. No soy capaz de enfrentarme a ellas, no ahora que estoy intentando procesar todo lo que pasa (las dos están aquí, las dos están vivas; entonces, ¿qué significa esa carta?), así que alzo la vista hacia mi amigo y, al verle, me da un vuelvo el corazón.

A lo mejor Simon sí que va a quedar petrificado para siempre. A lo mejor está intentando procesar lo que tenemos delante y su cerebro no es lo suficiente potente como para aceptar la solución. No va a poder responder a la pregunta que nos han hecho, probablemente no pueda hablar en un rato, así que voy a tener que contestar yo.

Vuelvo la cabeza hacia delante y me aclaro la garganta.

—Nos... nos la encontramos en un libro de segunda mano —murmuro—. Estaba entre las hojas...

—¿En qué libro?

—Eh... *Los nenúfares*.

La mujer que nos ha abierto la puerta le lanza una mirada a la otra, que

sonríe intentando parecer inocente. Creo que suelta algo como «Ups» o algo parecido, pero luego, cuando la agarra, es la primera que se da cuenta de que tiene algo escrito por detrás.

Mientras *Aude* lo lee, la otra nos observa con cuidado.

—¿De dónde venís?

—De El Havre —contesto, y es solo medio mentira.

Ella sube las cejas.

—¿Y cómo habéis encontrado nuestra dirección? ¿Por qué os habéis molestado en traer la foto hasta aquí?

—Oye, ¿qué es esto?

Aude sube la cabeza y sacude un poco su imagen, mirándome. Creo que las dos se han rendido con Simon porque él no reacciona. La mujer de su lado lo agarra para leerlo y, mientras observo su cara cambiar a medida que avanza, intento explicarme.

—No lo escribimos nosotros, estaba en la foto cuando la encontramos. Es la razón por la que hemos venido aquí. Pensamos que Cécile querría encontrarla, que la habría perdido sin querer, pero resulta...

—Pero yo no me llamo Cécile, sino Marine —dice la mujer que nos ha abierto la puerta cuando acaba—. Aunque ella sí se llama Aude, ¿cómo...?

Simon y yo intercambiamos una mirada. Él, carraspeando y moviéndose como si despertara de un sueño larguísimo, por fin se atreve a hablar.

—Bu... bueno, en la primera página del libro estaba escrito el nombre de «Aude Leduc»...

La responsable chasquea la lengua.

—Vale, eso tiene sentido, siempre firmo mis libros cuando los compro.

A pesar de lo apurada que me siento porque Simon esté así, la verdad es que me alegro de que haya hablado. Le agarro la mano un momento y se la aprieto con fuerza para darle unos pocos ánimos antes de soltarlo. Así, mirándolas y mirándonos, casi parecemos un cuadro: una representación cómica y poco acertada de ellas, una baja y otra alta, tranquilas y amables con desconocidos y nada inestables por dentro.

Casi lo mismo que Simon y yo.

—¿Y dónde dices que lo comprasteis? —pregunta Marine.

—No lo compramos nosotros —dice Simon, un poco ronco—. Estaba...

entre las cosas de una amiga.

—Pues tuvo que escribirlo ella, o alguien que lo tuviera antes de que ella lo comprara. Quiero decir, ella es Aude y estamos las dos vivas. Nosotras no hemos... escrito esto. —Marine se queda mirando a Simon un momento—. Oye, chico, ¿estás bien? ¿Quieres un poco de agua?

Él tarda un poco en contestar. Parece desorientado, como si la nueva información lo hubiera aturdido aún más.

—N... no, gracias. —Se vuelve hacia mí y murmura—: Entonces, ¿lo escribió ella?

—¿Podría ser?

Simon mira un segundo detrás de mí, como si desconectara, como si lo estuviera consultando. Luego vuelve y asiente un poco y despacio, pero me pregunto si su fantasma le habrá dicho algo más.

Me giro hacia las mujeres.

—Perdonad si os hemos molestado. Me alegro mucho de que las dos estéis vivas, de verdad. Quiero decir... Bueno. Creo que ahora tenemos que irnos.

Aude tuerce una sonrisa rara y murmura: «Gracias, supongo» y, cuando lo hace, todo gesto en ella me parece un gesto de señora mayor. Ahora veo lo que ha cambiado desde que le sacaron esa fotografía y, sobre todo, el problema desde el principio: que no es como yo esperaba porque la Aude que yo imaginé se había quedado congelada en la ciudad checa y no había salido de allí. Y lo mismo con su esposa. La sensación de extrañeza venía de verlas mayores, de que no se hubieran conservado intactas todo este tiempo.

Agarro el brazo de Simon porque ya no tenemos nada que hacer aquí, porque ya hemos acabado, y justo cuando estamos a punto de movernos Marine da un paso hacia delante y nos llama.

—Espera.

Su voz es como de sacerdotisa. Parece que va a darte el mundo, pero en realidad tiene el poder de hacerte obedecer.

Esperamos.

—Esta foto... —La mira otra vez, titubeando—. Esta foto se sacó hace más de diez años. Tenemos más de ese viaje. Yo ni siquiera la recordaba, no sabía que existía, y sé que habéis hecho todo el camino hasta aquí, pero... creo que deberíais quedárosla. —En vez de mirarme a mí, como ha estado

haciendo casi todo el tiempo, sube los ojos a Simon y los clava en su rostro—. Me parece que para vosotros es algo más importante. Es vuestra, si la queréis.

Miro a Simon. Está serio y noto que tiembla un poco. Cuando le suelto el brazo, se mueve hasta ella como si pensase que está dormido. Aunque duda un poco, al final agarra la foto de las manos de Marine y consigue esbozar una sonrisa. Pequeña, pero verdadera. La mujer parece aliviada. Le echo un vistazo a Aude, que lo mira todo con los brazos cruzados desde la puerta, y por un momento cruzamos las miradas. Es extraño, pero para mí es suficiente.

Parece que Simon se va a echar a llorar, pero al final se contiene.

—Gracias —murmura con voz ronca, y la mujer sonrío amable.

—No hay de qué.

Capítulo treinta y cinco

«A man had two birds in his head —not in his throat, not in his chest— and the birds would sing all day never stopping. The man thought to himself, *One of these birds is not my bird*. The birds agreed^[46]».

The Language of the Birds, Richard Siken

María

El viaje de vuelta lo pasamos en silencio.

Sé que no debería hablar ahora, así que miro por la ventanilla y dejo que lidie con los sentimientos que deben estar rondándole ahora mismo. No ha dicho nada desde que nos hemos despedido de Aude y Marine, y lo entiendo, por eso le estoy dando su espacio.

El paisaje no cambia mientras vamos dejando pueblos atrás. Me quedo dormida durante un rato, luego me despierto y ha puesto la radio —no es música, solo las noticias—, luego vuelvo a dormirme. Cuando me despierto otra vez, saco un libro que he traído e intento leer un poco, pero me mareo y paro. Es un poco aburrido, pero cada vez que le miro está serio y parece que ha puesto el modo automático, como si intentara concentrarse en no pensar para no sentir lo que sea que le provoca lo que acaba de pasarnos.

Me encantaría que me dijera cómo se siente al haber descubierto que

Valeria escribió la carta que nos llevó a Burdeos, pero no le pregunto. No puedo. No debo preguntarle.

Apoyo la cabeza contra el cristal y vuelvo a dormirme. Cuando llegamos a Elbeuf me deja en el *foyer* y observo cómo se va diciéndole adiós con la mano, aunque no me responde.

Danielle me pregunta cómo ha ido y le doy largas, pero me extiendo explicándoselo a Chris porque, aunque creo que no puedo hablar de ello en voz alta, necesito desahogarme.

Pienso en la cara de Marine al mirarlo, la pena que sentía. Ella no ha estado todos estos meses, pero entendió al instante lo importante que había sido para Simon. Qué raro. Supongo que hay gente mucho más empática que otra, es eso o que sabe leer la mente. No me imagino lo terrible que sería que alguien pudiera leer mentes de verdad, pero sí que me gustaría poder tomar prestada esa habilidad por un instante ahora, aunque solo fuera para saber qué ha pensado Simon y qué decir para aliviarlo.

Porque Valeria nos ha engañado. Y ni siquiera ha sido el fantasma que habla con él, la que en realidad no existe; ha sido la de verdad. Desde el pasado. Inintencionadamente, también, pero lo ha hecho. Y hemos viajado miles de kilómetros para descubrir el pastel.

Le digo a Chris en mi carta que al menos me alegro de que ambas estén bien y de que sigan juntas (y vivas).

A los dos días o así decido llamar a Simon para intentar que me hable, pero ni contesta al teléfono ni me devuelve los mensajes. En cuanto veo que tengo la tarde más o menos tranquila (lo que significa que no hay mucho que limpiar porque me he pegado una buena paliza por la mañana), le pregunto a mi compañera si puede cubrirme y decido ir a hablar con Rachel por si puede adelantarme un poco cómo ha estado.

No es que el silencio me preocupe especialmente, pero sí lo hace la posibilidad de que se haya vuelto a encerrar en sí mismo, como ella me dijo que hacía.

Cuando entro en la tienda está con un señor, pero me sonrío y saluda al verme, y yo me quedo paseando entre las estanterías hasta que oigo que él le paga y le da las gracias y se va.

—¿Ya estás libre? —saludo al verla acercarse.

—Más o menos. —Sonríe—. ¿Qué tal, María?

—Bien. ¿Sabes algo de Simon?

Su expresión cae un poco y frunce el ceño.

—Sí. —Hace una pausa, luego suspira—. ¿Qué pasó en vuestro viaje, qué hicisteis?

—¿Por qué, está muy mal?

—No lo sé —responde—, pero lo parece. Está en su habitación. Solo sale para mear, según su padre. ¿Qué hicisteis?

—Nada. Quiero decir, lo que pasó es que... —Me callo. No sé cómo plantear esto; me da la sensación de que no debería ser yo la que lo dijera—. Creo que Simon tenía aún cosas que resolver con tu hermana, ¿sabes? Y creo que se ha encontrado con esas cosas de golpe.

—Oh. —Rachel me mira y luego entorna una sonrisa triste—. Siempre es Valeria, ¿verdad?

Me encojo de hombros. Con un suspiro, me dice que es mejor que simplemente vaya a verlo. Me angustia un poco lo que pueda encontrarme después de lo que ella acaba de decir, pero me armo de valor y lo hago.

Cuando llamo al timbre, su madre me abre y sonrío.

—Hola, María. Qué sorpresa.

—Verna a ver a Simon.

—Claro. No sé si te va a dejar entrar, pero pasa.

—*Merci*.

La casa está igual que la última vez que vine, como si nadie hubiera utilizado ninguna habitación en todo este tiempo. Me dice que vaya a la cocina y yo obedezco; el padre está ahí y me saluda, pero parece incluso más distraído que la última vez. Cuando la madre de Simon vuelve, me dice que espere un momento y se pone a colocar cosas en una bandeja; al girarse con ella en las manos pregunta: «¿Le subirías esto, por favor? A lo mejor a ti te abre», y yo asiento un poco sobrecogida, dejando que me pase el peso y la responsabilidad del relevo, como si con esta comida fuera a salvar el mundo.

Tomo aire. El vaso de agua tiembla un poco. Cuando llego arriba y dejo de notar los ojos de ambos adultos en el cogote por fin respiro y, sosteniendo la bandeja con la cadera, libero una mano y llamo a la puerta de Simon con los nudillos.

—¿Simón? ¿Estás ahí?

No contesta. Espero un poco y vuelvo a llamar, esta vez un poco más fuerte.

—Simon, Simon. Soy María. ¿Me dejas entrar?

Pego la oreja a la puerta. Me parece oír un ruido dentro.

—¿Qué?

—*Pasa.*

Todo está un poco oscuro aquí dentro, porque tiene las persianas medio bajadas y la poca luz de fuera apenas llega para iluminar. Está anocheciendo. Él está tumbado en la cama. Se ha escondido entre las sábanas, por lo que debe de estar pasando un poco de calor. Huele a que realmente no ha salido de aquí en tres días, lo cual me preocupa, aunque no sea un olor tan terrible.

Dejo la bandeja en su escritorio y cierro.

—Simon, ¿qué pasa?

No contesta. Tampoco se mueve. Suspiro y camino por la habitación haciendo como que no espero su respuesta, intentando que no note que ansio desesperadamente que hable. Al final, sin embargo, me rindo. Me dejo caer en el suelo, cruzando las piernas como un indio junto lo que intuyo que debe de ser su cabeza y apoyando la mía en la cama con un suspiro.

—Tienes que soltarlo —susurro—. Si te lo quedas dentro, se te va a enquistar y va a ser más difícil sacarlo después. Tienes que contármelo.

No hay respuesta. Cierro los ojos y pienso que podría quedarme dormida si lo intentara ahora mismo, pero en vez de hacer eso hablo:

—Creo que es la razón de todo lo que ha pasado este año. Que dejaste de hablar. O que hablabas desde la comodidad de no tener que plantearte cosas como qué significaba tu tristeza o cómo pararla. Creo que por eso te agarraste a trozos de papel brillante y viajes por carretera. Pero ¿sabes qué? Eso también lo hice yo. Contigo. Hice lo mismo porque no quiero reconocer cosas, porque he tardado meses en dejar que alguien me contestara una carta y porque siento que llevo cansada toda mi vida y que eso va a matarme.

Escucho cómo su cuerpo se mueve. Cuando abro un ojo, veo otro suyo observarme desde la oscuridad de la cama.

—¿Cómo te mataría?

—Simplemente creo que tengo tantas fuerzas que reponer que, cuando lo

intente, mi cuerpo va a hacer un balance y se va a dar cuenta de que le sale más rentable morir.

Me imagino que su boca se estira un poco en la oscuridad y me gusta imaginármelo, me hace sentir un poco mejor.

—Eres bastante dramática.

—¿Yo? Si me han dicho que llevas días aquí encerrado.

Ninguno decimos nada durante unos segundos. No quiero tener tiempo para pensar en el par de desastres que nos hemos ido a juntar.

—Tu madre me ha pedido que te suba algo de comida. Sé cómo crees que es, y puedo ver esa dureza, pero está preocupada.

—No tengo hambre. Tengo sueño. Pero tampoco puedo dormir.

—¿Vas a decirme ya cómo te sientes?

Escucho cómo suspira. Mueve las sábanas. Se descubre la cabeza y puedo ver la sombra de su pelo enredado.

—Pues no lo sé, María. Estúpido. Engañado. Me siento un completo imbécil. —Cierra los ojos y, aunque me siento tentada a tocarlo, me quedo quieta en mi sitio—. No vine directamente aquí cuando te dejé en el *foyer* el otro día, ¿sabes? Fui hasta el lugar donde atropellaron a Valeria, aparqué y me eché a llorar. No sabía qué hacer. Me sentía muy patético.

—Simon —susurro, pero él no me mira.

—No dejo de pensar en que había miles de cosas que podía haber comprobado antes, millones de cosas que podían haber evitado que esto pasara.

—Espera, ¿evitar qué?

—¿Qué va a ser? Que hiciéramos el ridículo.

—¿Ante quién lo hemos hecho?

A eso ya no contesta. Tiene los ojos fijos en el techo. Hay una energía estática aquí que no me suena, que no he sentido nunca. Tengo ganas de levantarme para abrir la ventana.

—¿Te hablé de que tenía trucos para hacer que Valeria viniera? —pregunta de repente, y asiento, aunque no creo que vaya a verme—. Creo que te dije que siempre funcionaban.

—Sí. Que, aunque no dijera nada, siempre aparecía.

—Pues ella ya no viene. He intentado invocarla, pero no puedo. No puedo

hacer que vuelva.

Una lágrima cae por un lado de su cara hasta su oreja. La luz está desapareciendo del todo. Dentro de poco no podré distinguirlo.

Me recuerdo encogida en un sofá rodeada de gente que intentaba ayudarme, pero sintiéndome completamente sola, y lo entiendo todo.

Me llevo una mano a la cicatriz que tengo en la mandíbula y el cuello y trago saliva.

—¿Se ha marchado?

Asiente. Otra lágrima.

—Sí. Y no sé qué hacer. No sé qué pensar, porque...

Sé lo que va a decir. Lo sé porque yo también lo pensaba, porque yo también sentía que dependía del fuego.

—... la necesito.

Cierro los ojos. Pobre Simon. Siento muchísimo que crea algo así, aunque entiendo por qué piensa eso.

—No, no la necesitas, Simon. Valeria estaba ahí para apoyarte, no para que pusieras todo tu peso sobre ella y que en su ausencia ya no sepas caminar.

El silencio nos envuelve y sé que lo está usando para llorar. Lo conozco y no le digo nada sobre eso; es su tiempo privado. Con la cabeza apoyada contra el colchón, imagino un mundo mejor: un mundo en el que el tiempo pasa más rápido y todo se soluciona y donde no existen los fantasmas, sean buenos o malos.

Cada vez que sube los brazos para secarse la cara lo noto, y me conmueve bastante que por fin lo esté dejando ir.

—Sobrevivirás a esto, Simon. Ya verás cómo sobrevives correctamente.

—¿Cómo lo sabes? —murmura, y su voz es un poco difícil de entender.

—Porque he estado en el mismo punto y he llegado aquí casi entera. Tú tienes un montón de gente contigo que va a ayudarte a estar un poco bien.

—¿Solo un poco?

—Tampoco puedes pedirle peras al olmo, pasito a pasito.

Se ríe. Se ríe y es un sonido delicioso.

Cuando me levanto para marcharme, recordándole una última vez que por favor coma, me llama desde la cama y me giro para mirarlo inútilmente.

—¿Qué pasa?

—Gracias por todo, María. Gracias por... acompañarme. Le dedico una sonrisa que no puede ver en la oscuridad.

—De nada. Nos vemos mañana, intentaré pasar a verte. Espero que estés un poco más presentable.

Capítulo treinta y seis

«Siempre me ha gustado esa idea —confesó—.
Pensar que puedes alejar el invierno de ti solo con tu ingenio.
Y poder concentrarte en el calor de la primavera».

Corazón de mariposa, ANDREA TOMÉ

María

Querido Chris (7 de abril).

Simon ha aceptado salir de casa. Y ducharse. Me alegra, porque lo interpreto como una buena señal. Ahora lo estoy esperando (dejaré de escribir cuando venga, porque siempre que me ve hacerlo me pregunta si estoy hablando contigo). Espero que me cuentes que tal fue al final lo de la libertad condicional. Supongo que será algo más largo de

Lo que yo me espero, o no, no lo sé. La verdad es que no tengo ni idea. Sé que dijiste que me mantendrías informada y que yo te prometí en mi otra carta que no me haría ilusiones, pero, chico, por supuesto que me los estoy haciendo. Dime por favor qué tal estás y cómo va todo.

Te quiero un montón, hermano.

María



Querido Chris (13 de abril):

Deberías ver a Simon. O sea, sé que no lo conoces y supongo que te dará igual su vida, pero me parece increíblemente interesante la forma que está teniendo de comportarse respecto a lo de la carta falsa. Cuando quedamos se supone que no vamos con la intención de sacar ese tema en absoluto, pero al final siempre sale porque él no

puede aguantárselo. Está bastante..., bueno, la palabra que me sale es «enfadado», pero en realidad creo que sería más bien «frustrado» por la situación. Sigue pensando que ha hecho el ridículo. ¿Ante quién?, te preguntarás. Ante mí no, porque sé que no podría importarle menos lo que yo piense o deje de pensar. ¿Ante su familia? No creo, porque yo no les he dicho nada de lo que estábamos haciendo con lo poco que él hablaba con ellos antes no creo que tampoco lo haya hecho.

¿Ante el fantasma que lo seguía? A lo mejor pensaba que ella lo veía desde ahí arriba. A lo mejor por eso ahora aprieta los dientes y dice todo el tiempo: «Merde, es que si no hubiéramos sido tan tontos...».

(No te traduzco el «merde» porque me gusta mucho cómo lo dice, me hace bastante gracia. De todas formas en realidad creo que solo lo dice por la cantidad de pasta que se ha gastado en

gasolina). ((No no puedo pagársela, pero intenté darle parte del dinero que he calculado que costo y me dijo que no lo ofendiera y que si volvía a intentar dárselo me lo haría tragar)). (((Por estas cosas parece que no, pero en realidad Simon es buena persona))). Aparte de eso, el mundo parece bastante tranquilo. Todo funciona como siempre, y en mi vida hay una rutina bastante estable que he de confesar que me apasiona. A lo mejor era esto lo que necesitaba, un poco de orden para sentirme bien. Me gusta saber cuándo van a pasar las cosas.

Los turnos de mañana empiezan a las siete y media y los de la tarde a las tres. Lo primero que hay que limpiar son los baños (cada una se encarga de dos plantas), luego la cocina y después los pasillos. Todo está organizado en mi cabeza y sé lo que tengo que hacer en cualquier momento; saberlo me tranquiliza. Me siento increíblemente cómoda. Sé que acabé en este pueblo sin querer, pero supongo que a veces el destino sí que

es sabio y todo eso. A lo mejor este es el sitio donde se supone que yo tenía que estar desde el principio. A lo mejor era donde tenía que aprender a funcionar como una persona.

Pero, en fin, que me voy por las ramas. Soy un poco pesada, ¿no? En realidad, menuda carta más tonta te he escrito. La tiraría, pero me da pereza escribir otra. Bueno, que espero que estés bien y que todo salga como quieres allí en España.

Besos, te quiero,

María



AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA (17 de abril):

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA

BUAH, JUSTO TE DIGO HACE UNOS DÍAS

QUE QUIERO QUE ME INFORMES DE SI TE LA HAN CONCEDIDO Y ME LLEGA HOY LA CARTA QUE MANDASTE EL LUNES PASADO DICIÉNDOME QUE SÍ. LO ESCRIBIMOS A LA VEZ. CONEXIÓN CÓSMICA ENTRE HERMANOS BENOIT.

Aunque, bueno, si saliste el día 3, a lo mejor no has leído mis últimas cartas, ¿no?

BUENO, DA IGUAL. NO DECÍAN NADA IMPORTANTE. AAAAAA, CHRIS, MADRE MÍA MADRE MÍA, ENHORABUENA.

¿CÓMO HAS TARDADO TANTO EN DECÍRMELO? ¡DIEZ DÍAS! ¡DIEZ DÍAS DESDE QUE SALISTE HASTA QUE ME ESCRIBISTE ESTA CARTA!

DIOS, CHRIS, OJALÁ PUDIERA IR A VERTE.

ESTOY QUE NO QUEPO EN MÍ.

ESPERO QUE APRECIES EL ESFUERZO QUE SUPONE HABER ESCRITO TANTÍSIMAS

AES SEGUIDAS A MANO.

YA ME CALMO, TE LO JURO, PERO, MADRE MÍA, ES QUE NO SABES LO QUE ME LATE EL CORAZÓN, A LO MEJOR ME MUERO POR ESTO.

PERO NO, AHORA NO PUEDO MORIRME.

AÍ, CHRIS, ME ALEGRO MUCHO POR TÍ.

ME HE APUNTADO TU NUEVA DIRECCIÓN Y ESTOY DESEANDO USARLA. ESPERO QUE TE DEN LAS CARTAS QUE TE MANDÉ ANTES DE SABER QUE TE HABÍAS IDO.
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAA.

TE QUIERO UN MONTÓN.



Querido Chris (20 de abril):

Hola. Lo primero de todo, les he contado a mis amigos las Buenas Noticias y los dos dicen que

enhorabuena.

Me alegro mucho de que tus primeros diez días hayan ido bien. Es un poco estresante intentar mantener una conversación decente así, la verdad, porque estamos completamente descoordinados, pero me alegro de que lo hayas tenido en cuenta y no hayas esperado a mi reacción (¿fue exagerada?) antes de volver a escribirme. Por cierto, otra cosa: esta carta te llegará sobre el día de mi cumpleaños, creo, así que más te vale felicitarme, que llevas dos años sin hacerlo y debería caérsete la cara de vergüenza. (¿Has visto lo que he hecho? ¿Podemos bromear sobre el tema ahora? Si no te sientes cómodo haciendo chistes sobre ello lo dejo, pero me ha parecido un intento apropiada para probar). Cambiando de tema, las cosas van bien por aquí, la verdad. Todo el mundo está un poco revolucionado con las elecciones, pero como no me he enterado mucho de qué ha pasado, pues tampoco puedo hablarte tanto de eso. La Semana Santa

ha sido una maravilla. He hecho bastantes excursiones y ha molado un montón.

Me he dado cuenta de que tengo ahorrado el dinero suficiente para darme algún caprichito (la señora de la tienda de ropa de segunda mano se va a llevar un disgusto cuando vea que ahora compro cosas que no ha llevado puesta otra gente antes que yo) o para ir a cenar por ahí con mi amiga Danielle. Simon sigue un poco con esa actitud, de que lo han tunado y le da rabia no haberlo visto venir, pero en realidad, está trabajando un montón y se esfuerza en ser más.

Me pregunta muy a menudo por ti. Creo que como es hijo único tiene un poco de envidia de cómo hablo de mi Magnífico Hermano Mayor (ese eres tú) y quiere conocerte. Le he dicho, como te dije a ti, que no os llevaríais bien. Se ha enfadado conmigo porque dice que yo pienso que no se llevaría bien con nadie.

Mi niño dramático.

Ah, por cierto, dale las gracias a tu amiga Sonia por la polaroid de tu cuarto nuevo, es bien cuco. También dale las gracias (y a su novio) por dejar que al final te quedas con ellos en el piso. Muy maja. Me alegro de que sigas llevándote con gente del insti y de que encima sean personas así de comprensivas. Ya me hablarás más de ellos, tienen pinta de ser gente interesante.

Un besote, te quiero

María



02/5/17

Pero, qué dices, Chris. No puedo hacer eso. ¡Estás maja! ¡Cómo voy a volver? ¡Cómo voy a irme? ¡Y las cosas que tengo

aquí? ~~No puedo... hace mucho, Chris, no sé~~
~~Si...~~



25/4/2017

Hola, María:

A lo mejor me he precipitado un poco con la otra carta. Seguro que te has puesto muy nerviosa.

Lláname y lo hablamos, ¿vale? Este es mi nuevo teléfono: 7629333655. Estoy las 24 horas disponible.

Chris

Capítulo treinta y siete

«Just because it burns doesn't mean you're gonna die^[47]».

Try, PINK

Simon

María apoya la cabeza en sus manos y, al minuto o así, la sube echándose el pelo hacia atrás. Yo guardo el teléfono, que estaba mirando, para prestarle toda mi atención. Creó que nunca la había visto tan agobiada por nada. Me choca un poco esta imagen de ella, porque de los dos es siempre la que lo tiene todo más controlado, pero supongo que la ocasión lo merece.

Aunque no voy a decirlo en voz alta, después del mes tan soso que hemos tenido («El Mes Post-Aude-y-Marine», como ella lo llama) parece que el mundo estaba esperando para moverse de nuevo.

Cuando le he contado antes a Rachel lo que había pasado con ella, se ha quedado mirándome un momento y luego, con una sonrisa, ha dicho: «Así que es eso lo que ella tenía que resolver».

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Vas a llamarlo?

Cierra los ojos.

—No lo sé. Es que no puedo hacerlo. —Clava los ojos en el cielo y chasquea la lengua—. Maldito Chris, ¿en qué estaba pensando? ¿Es que no me conoce de nada? Tema que saber que me rayaría si me decía algo así.

Vuelve a bajar la vista, le da una patada a una piedra que le pillaba cerca y luego balancea la pierna un poco más, dando golpes con el talón en el murete donde nos hemos sentado. Estamos en un parque que le pilla cerca y al que yo no había venido antes; ha sido ella quien me ha citado aquí, y cuando he llegado ya estaba, con su cuadernito de espiral en la mano y un boli sin destapar. Hace buen tiempo, lleva la camiseta que le regalé el sábado por su cumpleaños (Rachel me dijo que no le contara que la había elegido ella, pero lo hice) y no hay mucha gente en esta zona, por lo que estar aquí es agradable.

—¿Y por qué no puedes llamarlo? —pregunto, intentando ser paciente.

—Pues porque no.

—¿Es porque te da miedo?

—¿Qué?

Me mira con el ceño fruncido. Tras unos segundos, arruga el labio como en un puchero que la delata bastante.

—¿Por qué dices eso?

—Pues no lo sé, tal vez porque llevas tres años sin hablar con él y ahora ya puedes hacerlo. Te conoceré poco, pero cuando estaba en la cárcel te ahorrabas el elegir si llamarlo o no, y me da que ahora te agobia un poco tener que tomar tú la decisión.

—Me conoces poco porque tú quieres —dice—, aunque en eso... Supongo que tienes razón.

Nos quedamos callados. No sé decir si está molesta conmigo o no por haberlo dicho. A lo mejor me he pasado un poco, pero, por otro lado..., ella solía pasarse también conmigo, y lo que decía esas veces era siempre lo que me funcionaba mejor.

—No es solo eso, de todas formas —murmura al cabo de un minuto.

—¿Qué más es?

—También me asusta un poco que él no suene como él.

—¿Por teléfono?

Asiente.

—Ha pasado un montón de tiempo. Y ha estado en la cárcel. En mi cabeza su voz es ahora más grave, ya sabes, cuando leo sus cartas, y creo que es porque en realidad ya no recuerdo cómo sonaba antes. ¿Y si al escucharla no sé distinguirla entre la verdadera y una diferente?

Suelto una risa.

—Siempre me fascina que te preocupen cosas por las que no se preocupa nadie más. —Pone cara de pena y ofensa y, como no quiero invalidar su inquietud ni nada por el estilo, me apresuro a añadir—: No creo que tu hermano vaya a sonar distinto. No es así como funcionan las voces, hasta donde yo sé.

—Creía que os cambiaba mucho en la adolescencia.

—¿Acaso tiene trece años? —Sacude la cabeza—. Ya me parecía. Pues entonces estará bien.

Eso la hace sonreír un poco.

—Debo de estar pareciéndote una tonta, pero es que... no he podido pegar ojo en los dos últimos días por culpa de este tema. De verdad que no sé qué hacer... Es que, si lo llamo, ya sé lo que me va a decir.

—¿El qué?

—Pues lo mismo que en la carta, que vuelva a España. Que por lo menos vaya a verlo.

—¿Y por qué es eso algo malo?

—Porque este es mi sitio —dice, apurada—. A lo mejor tú no lo entiendes del todo bien, porque no estás en mi cabeza y probablemente aunque lo estuvieras te harías bastante lío, pero este... Siento este sitio como casa. Pero de verdad, no es un decir. No sé explicarlo bien, pero todo lo que hay aquí lo he construido yo sola y, si me fuera..., lo perdería.

Quiero responder algo que sea útil. Después de lo pendiente que María ha estado de mí, después de lo bien que ha sabido usar ella las palabras para sacarme de mis rayadas, un comentario mínimamente relevante es lo mínimo que le debo.

Intento pensar como lo haría Rachel. Intento decir algo que diría ella, porque es de las personas más sensatas que conozco y suele controlar los discursos bastante bien.

—Pero... no perderías nada, ¿no? Las cosas que has construido ya son tuyas. No deberían desaparecer aunque te muevas en el espacio.

No reacciona al escuchar eso, solo se queda aún más rato callada y, al final, escucho que dice:

—¿Entonces piensas que debería irme? ¿Me dejo convencer?

Pestañeo. Me da la sensación de que hay algo de reto en su pregunta, como si hubiera una respuesta correcta y una que no lo es. No me gusta demasiado que me esté probando, así que solo digo:

—La pregunta es más fácil que eso: ¿quieres ver a tu hermano, o no?

Sube las cejas. Se muerde el labio. Toda esta conversación está siendo un poco como un combate de lucha libre, pero no tiene que ver conmigo. ¿Por qué le da tantas vueltas? Se nota que lo echa de menos. No me parece que tenga que ser tan complicado, porque al menos con mi lógica no lo es.

—Sí —responde—, sí que quiero.

—Pues ya está.

—Pero... tampoco quiero irme.

—No sé en qué momento llamarlo se ha convertido inmediatamente en que te vayas.

—Pues en el momento en que Chris puede convencerme de todo, Simon. En que tiene el superpoder de ser encantador y siempre le ha funcionado conmigo. Me hace sentir muy segura y cuando me cuenta los planes sé que no me va a pasar nada, así que siempre los hago, ¡y encima siempre estoy contenta de hacerlos, porque siempre salen bien!

—¿Qué tiene eso de malo? Porque no acabo de verlo.

—Nada, solo es que... yo... Yo qué sé, Simon. Estoy nerviosa. Y tú lo has dicho, me da un poco de miedo. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

—No lo es. Lo estás haciendo tú difícil, sinceramente. Difícil y largo.

—Eso lo dices porque tú no estás en la situación y a ti no te afecta.

—Por lo que estoy viviendo ahora diría que me está afectando un poco...

—Me lanza una mirada enfadada y sonrío—. Era broma. En parte. Pero, en serio, creo que es cuestión de no darle más vueltas. Además, por llamarlo no va a pasar nada aparte de que hablaréis y ya. No va a absorberte a través del teléfono.

Arruga un poco la nariz y echa la cabeza hacia atrás.

—Eso mismo ha dicho Danielle antes cuando he hablado con ella. Qué pesados sois.

—¿También lo has hablado con Danielle?

—Anda, claro. Como que estábamos juntas cuando lo leí. El problema es que se ha puesto a decirme cosas demasiado sensatas y responsables y me

estaba haciendo sentir mal, por eso he venido a hablar contigo.

La madre que la...

—Vaya, qué maja eres, gracias.

—Entre Dani y tú no hay comparación posible, Simon, así que ni siquiera deberías ofenderte.

Suelto un bufido. Ella apoya la cabeza en mi hombro y nos quedamos los dos mirando hacia delante.

—La verdad es que me pregunto por qué no tendrás más amigos.

—Pero si en el fondo me quieres un poco —contesta.

—¿Un poco? Un *montón*, diría yo.

Se ríe. El silencio nos envuelve durante unos minutos. La luz está desapareciendo mientras el final de la tarde se acerca, pero curiosamente el cielo sigue azul claro, y me quedo mirándolo entre las hojas de los árboles intentando no pestañear.

—¿Sabes que en este parque me leí *Les nénuphars*?

—¿Vas a llamarlo? —pregunto de nuevo, girando levemente la cabeza para mirarla. Veo que se mueve un poco y lo interpreto como que se encoge de hombros.

—Supongo que sí. Aunque no sé qué voy a decirle.

—¿Quieres que te deje mi teléfono?

—No, no voy a llamarlo ahora. —Se aparta, estira la espalda y mueve las piernas un poco, sin tocar el suelo—. Lo último que necesito es que un montón de gente paseando al perro me vea parlotear y llorar en español, gracias.

—¿Qué más da lo que piense la gente? Somos un par de pringados perdedores y a nadie le importa lo que hagamos. Nadie va a prestarnos atención.

Eso lo dijo ella en algún momento de nuestro Mes Post-Aude-y-Marine. Lo soltó con una lógica tan aplastante que me eché a reír, y la verdad es que alivió bastante mi frustración general ante todo el esfuerzo que habíamos puesto en algo que era mentira.

—Sé que lo somos —contesta—, pero a nosotros sí que nos importa. A mí me importa. Aunque tampoco quiero que seamos unos pringados perdedores para siempre; de aquí tenemos que seguir hacia arriba.

—Vale, pero no intentes cambiar de tema. Se está haciendo un poco tarde,

¿te acerco para que puedas llamar por teléfono a tu querido hermanito y escuchar por fin su voz?

—Pues se lo agradecería, *monsieur* Capullo. Hay que ver qué amable es usted, muchísimas gracias.



María

Danielle me observa con ojos grandes y los brazos cruzados cuando vuelvo a la habitación. Nunca la he visto tan impaciente por nada, y en parte me halaga que esa impaciencia tenga que ver conmigo, como si fuera algo particularmente bueno porque estuviera dirigida hacia mí. El teléfono me quema en la mano y, cuando cuelgo, avanza un par de pasos, aunque sigue manteniendo las distancias como si quisiera castigarme un poco hasta que le dé alguna noticia.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué te ha dicho?

—H-ha... Me ha dicho que... que sueño muy mayor. Como una filósofa muy vieja.

Ella pestañea y espera, inmóvil, sin reaccionar para nada.

—¿Y qué más?

—Bueno, y que tiene muchas ganas de verme. Y que la amiga con la que se está quedando tiene un sofá cama donde podría dormir si fuera a visitarlo.

—Y... ¿vas a ir?

El corazón me late muy rápido. Observo la cara oscura de Danielle esperando mi respuesta como si yo fuera la encargada de decirle que le ha tocado la lotería, y me fijo estúpidamente en que un tirabuzón se le ha escapado del moño y le cae por la frente. Quiero entretenerme recolocándoselo, aunque solo sea para ganar tiempo. ¿Sería solo por eso? No

lo sé, pero tal vez no debería estar preocupándome por esto ahora.
—Le he dicho que lo intentaría.

Capítulo treinta y ocho

«Fue tan largo el duelo que al final casi lo confundo con mi hogar».

Cuarteles de invierno, VETUSTA MORLA

Simon

María mira a todas partes en la estación de autobuses, tal vez intentando encontrar algo que no encaje y que le permita quedarse, pero no hay nada. Todo está en su sitio. Ha intentado bromear un par de veces con que le ha costado mucho traerme hasta aquí como para ahora no visitar la ciudad, pero nada que diga va a distraerme porque tengo muy asumido que no voy a dejar que se escaquee.

—¿Entonces no vamos a ver París?

—Bueno, yo a lo mejor lo hago ya que estoy aquí; pero tú deberías ocuparte de algo un poquito más importante.

Se enfurruña y le digo que siempre podemos entretenernos cuando vuelva, pero contesta que si después de dieciséis horas de viaje tiene ganas de algo, deberían darle un premio que incluya un masaje y una cama de hotel.

Nos abrazamos cuando va a subir al autobus y me quedo allí hasta que se va porque sé que le hace ilusión que lo haga. A mí me quedan aún otras cuatro horas de vuelta, pero no me importa haberla acompañado a París (era de donde salía el viaje más asequible para ella) si con eso me he ahorrado otras

tres tardes de inseguridades y planes y quejas que para mí no tienen mucho sentido.

Ella se pasa el viaje durmiéndose y despertándose a cada rato (lo sé porque cada vez que tiene los ojos abiertos me escribe), y por momentos me gustaría que el *wifi* del autobús se le agotara para que se durmiera del todo y me dejara tranquilo. Es una maldición esto de que me caiga bien, porque me siento mal si ignoro sus mensajes. A las ocho de la mañana por fin llega y me dice que va a tener que dejarme hasta que consiga *wifi* de nuevo, pero que no me preocupe porque su hermano dijo que iría a buscarla y estaría bien. Intento expresarle lo mucho que me apena poder descansar de sus mensajes y me manda a la mierda, pero con un emoticono de corazón al lado. Después, por fin desaparece y, a mi pesar, me encuentro mirando el móvil cada cinco minutos esperando noticias de cómo le ha ido.

A las cinco de la tarde me manda una selfie en el que sale ella con cara de muerta junto a un chico como de mi edad que sonrío mucho y tiene pinta de todo menos de exconvicto.

Chris y ella han estado llamándose estas dos semanas diariamente y hablando por mensajes cuando no podían conectarse a Skype. Ha sido tan difícil sacarla de casa que, de hecho, no he podido hacerlo, así que hemos pasado las últimas tardes en su residencia, que por dentro parece la cárcel de una película de los cincuenta y ni siquiera tiene papel en los baños («Ah, ya, porque la gente lo roba. Debes tener el tuyo en el cuarto e ir con él cada vez que vas al baño, pero aun así yo lo repongo siempre»), solo para que ella tuviera *wifi* y pudiera hablar con él.

—Sabes que esto que estás haciendo es de bastante mala educación, ¿no? —le decía yo.

—Ya, si Chris me está regañando para que deje el teléfono y te haga caso. Está completamente de tu lado, ¿sabes? Ah, y dice que hola y que admira tu paciencia.

No pasa nada especialmente remarcable durante la semana que María está en Madrid, excepto, supongo, que tengo muchísimo tiempo libre y no sé qué hacer con él. Intento trabajar más en la tienda para que Rachel pueda estar en *Mahile*; ha estado compaginando las dos cosas muy bien y casi no he tenido que cubrirla ni un día, pero parece que a veces querría pasar allí más tiempo y

lo entiendo, porque al fin y al cabo el proyecto es nuevo y sigue habiendo cosas que ultimar. También cuido de Mel algunas tardes, cuando Bob o Alejandro me llaman y ni Rachel ni otra persona que tengan más cerca puede cuidarla. Al principio la acercaba a casa Eric, porque no debía tener más que hacer con su vida aparte de conducir de El Havre a Elbeuf, pero acabé yendo yo mismo a por ella porque prefiero hacer el viaje y, además, la sillita de Mel en mi coche le da un toque de persona responsable que me hace sentir bastante bien.

Para que luego María diga que no lo soy.

Ha pasado ya mucho tiempo y he intentado expulsar los sentimientos hablando de ello, pero aun así el vacío no se va y, de vez en cuando, tengo que mirarme el estómago para ver que no hay un verdadero hueco ahí.

Hoy es 18 de mayo, lo que significa que hace un mes y medio que Valeria desapareció, y cada día que pasa estoy más seguro de que esta vez lo ha hecho del todo.

Hace unos días quedé con Rachel y le conté que veía al fantasma de su hermana. También le dije que me calmaba su presencia, pero que ya no me visita y que no sé muy bien qué hacer. No estaba muy seguro de cuál era mi intención al contárselo, y no fue más fácil hacerlo porque fuera la segunda vez que lo mencionaba en voz alta. La verdad es que me daba un poco de miedo que se enfadara conmigo o me abofeteara o algo así, pero cuando se lo dije solo abrió mucho los ojos, se escondió el pelo detrás de la oreja y esperó un momento, como si estuviera pensando en qué contestar.

Al final solo sonrió un poco.

—Ya. Sé de lo que estás hablando porque me pasó igual. A mí dejó de venir a verme cuando le pedí a tu madre que me llevara a terapia. —Hizo una pausa, desvió la vista y rio—. Creía que me estaba volviendo loca, ¿sabes? Por eso se lo pedí. Lo de ir a la psicóloga. Pero en cuanto tuve unas pocas ganas de cambiar..., puf, se esfumó.

No me esperaba que me confesara algo así. No me esperaba no haber sido el único, y no supe qué contestarle.

Aprovechó mi silencio para seguir:

—Sé que ahora mismo te debe estar costando su ausencia. ¿Cuánto dices que llevas sin verla, un mes? Y ni siquiera te están ayudando. Yo tardé lo mío.

—No lo... No lo sabía.

—Claro que no, igual que yo no sabía que a ti también te pasaba. Se me está ocurriendo que a lo mejor se mudó de mí a ti cuando yo ya no la quise. — Su mirada parece en parte una disculpa, como si se sintiera algo culpable por haberme pasado el espíritu—. De todas formas, si algo sé es que es buena señal que no te ronde, Simon. No sé qué habrás hecho, pero sea lo que sea... te felicito por ello.

La charla me dejó pensando. Cuando volví a casa, subí a mi habitación y, después de pensármelo un poco, coloqué el libro de *Los nenúfares* y la foto de Aude y Marine en la mesilla.

También escribí a María para decirle que lo había hecho.

[18 DE MAYO].

22:29 —No creo que fracasáramos con las amantes de Praga.

He estado pensándolo y creo que, aunque no saliera como esperábamos, no salió mal. De hecho, es más, estoy contento de haber hecho todo este viaje.

Contigo.

22:32 —yo también me alegro de que no consiguieras espantarme con tu personalidad solitaria y enfadica, es broma, en parte. En parte no, porque de verdad me alegro de que consiguiéramos llegar al final con esto, ha significado mucho.

22:32 —Para mí también.

Capítulo treinta y nueve

«The bird floats in the unfinished sky with nothing to hold it.
The man stands, the day shines. His insides and his outsides kept apart
with an imaginary line thick and rude and imaginary because there is no
separation, fallacy of the local body, paint on paint. I have my body and
you have yours.
Believe it if you can. Negative space is silly^[48]».

The Way the Light Reflects, RICHARD SIKEN

Simon

María vuelve el día 23 y yo voy a recogerla a la estación. Aunque después de dieciséis horas de viaje debería estar literalmente muerta, me salta al cuello para darme un abrazo y empieza a parlotear un montón sobre lo mucho que se alegra de haber ido. «No te voy a reconocer que no haya habido días muy aburridos, porque había una cantidad de cosas limitadas que podíamos hacer, pero nos hemos puesto al día y le he estado ayudando a buscar trabajo y me he sentido muy útil para la sociedad. ¿Sabes qué? Tiene el pelo un poco más largo, pero no porque no se lo haya cortado en tres años, sino porque dice que ahora le gusta así». Nos subimos al coche y damos una vuelta por aquí mientras sigue contándome cosas. Cuando se cansa, volvemos a bordo y nos metemos en la carretera ya directos hacia Elbeuf. Aunque ha dicho que ya

había dormido suficiente en el bus, cae rendida enseguida. Al llegar a la residencia me bajo, le digo a la recepcionista si puede llamar a Danielle Baraud y, cuando aparece con expresión preocupada, le explico que ya hemos vuelto y que está tan cansada que no puedo despertarla, así que o se queda a dormir en el coche o la subimos entre los dos. Entre susurros Danielle me pregunta, cuando estamos en el ascensor, qué tal ha ido. Le respondo que creo que bastante bien y me enternece un poco la expresión aliviada que se le pone. Se preocupa mucho por ella.

María duerme todo el día siguiente, como si la hubieran drogado. No sé nada de ella hasta que vuelvo de trabajar, cuando leo su mensaje en el que me da las gracias por haberla acompañado y me dice que le gustó ver/no ver París a mi lado.

[25 DE MAYO].

19:56 —aunque yo el romanticismo ni lo entiendo ni lo comparto, fue bonito que estuvieras porque fue la confirmación definitiva de que somos amigos sí o sí.

A partir de ese día las cosas parecen ir muy rápidas, como si después de estar parados tanto tiempo el mundo tuviera que compensarlo.

Las cosas que dijimos que haríamos cuando estuviéramos libres las hacemos ahora. El tiempo sigue pasando y yo ya no le llevo flores a Valeria, Rachel consigue sacarse el carnet de conducir y Mel y María deciden quedar todos los jueves por la tarde para dibujar juntas. Todo parece sencillo y rutinario en el mejor de los sentidos, creo, casi como si lo hubiéramos hecho siempre. Todo está en calma. Solo a veces noto una brisa extraña o como si alguien me estuviera esperando en algún lugar sobre la Tierra.

Pero, como dijo Rachel, tiene que ser poco a poco.

El abuelo me llama un día para que vaya a verlo a casa y me habla muy serio de la tienda, del trabajo que he estado haciendo y de que opina que lo he hecho muy bien. También me propone un aumento. Al principio es tan inesperado que sinceramente creo que está intentando gastarme una broma, porque conociéndolo creo que sería capaz de vacilarme con algo así, pero

después saca una foto de la difunta abuela Ann-Marie, le da un beso y me pregunta si soy tan tonto que ya no confío en la gente. Le pido perdón y me bufa. La cifra es tan alta que cuando vuelvo a casa parece que lo hago montado en una nube.

Se lo comento a mi padre y me pregunta si me ha doblado las horas también. Sí, lo ha hecho, pero teniendo en cuenta mi disponibilidad horaria y mi falta de pasiones, el dinero compensa.

En algún momento también hablo con mi madre. Empiezo por el trabajo en el orfanato, que decido dejar, y su respuesta no es para nada la que esperaba: lo acepta enseguida, como si lo hubiera estado esperando mucho tiempo, y me dice que cree que me vendrá bien centrarme en una sola cosa y, si me apeteciera, buscar algo distinto. Estamos en su despacho cuando se lo digo. Me siento un poco inquieto rodeado de todos sus títulos y diplomas de reconocimiento y premios por los proyectos que llevó, pero ella me pide que me siente en una de las sillas ante su escritorio y, cuando cierra la puerta, se coloca en la de al lado. No hay una enorme mesa entre los dos cuando hablamos. Ambos mantenemos las distancias, porque supongo que lo he aprendido de ella y debe de ser una de las pocas cosas en las que somos bastante parecidos, pero la conversación se siente más real y cálida de lo que he sentido nada en mucho tiempo.

Le pido perdón por cómo me he comportado todos estos meses y por lo que ella llamó más de una vez mi «adolescencia tardía». Me dice que le habría gustado llevarlo todo un poco mejor, pero lo cierto es que sé que yo no se lo puse nada fácil. Ahora, con más distancia, veo eso bastante claro. Acabamos la conversación cuando la llaman para que se ocupe de algo, nos abrazamos tímidamente y luego me despido. Ese día, cuando llega de trabajar, trae para cenar comida china y, como mi padre está de guardia, nos quedamos los dos en el salón a ver un documental sobre alienígenas en la televisión hasta las dos de la madrugada.

En algún momento María decide ofrecer clases de español y cuelga carteles en *el foyer*, en la tienda y, por si acaso, en *Mahile*. También empieza a vender sus dibujos, aunque por muy impresionantes que sean es un poco difícil que se los compren. Parece bastante obvio que está intentando ahorrar dinero y, cuando le pregunto si tiene intención de huir del país *otra vez*, arruga la

nariz y me dice que sí, que obviamente.

—He planeado escapar con mi amante a lo *Thelma y Louise*.

—Ah. ¿Danielle va contigo?

Pone los ojos en blanco.

—Vas a tener que dejar de decir eso. Me halaga bastante que quieras emparejarme con un hada como ella, pero es más una fantasía tuya que algo que vaya a pasar de verdad, porque yo no me enamoro de la gente.

—Si tú lo dices...

Cada vez es más y más difícil vernos, ya sea por sus turnos intensivos limpiando o por los míos, pero hoy hemos conseguido coincidir en la tienda y la he dejado terminando un dibujo que le encargaron mientras yo coloco un pedido que ha llegado tarde. Después de lo de *Thelma y Louise* ya no decimos nada, al menos no durante un rato, y yo aprovecho para colocar las cosas que quedan más lejos de ella antes de seguir con la conversación.

Porque hay una pregunta que lleva rondándome desde hace tiempo y no puedo resistirme:

—Entonces qué, ¿vas a irte?

Al principio no responde. Dejo el carro vacío a un lado, me coloco detrás del mostrador y tacho una cosa más de la lista mientras espero a que procese lo que he preguntado y se decida a responder. Al minuto o así, me giro. Su expresión parece más culpable aún con la iluminación de la salita, sus ojos también grandes, e inmediatamente me siento mal por si he dicho algo que no debería.

Baja la cabeza al dibujo a medias. Tapa el boli. Da unos golpecitos con él en la mesa, se muerde el labio y luego vuelve a mirarme con la misma expresión.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Entonces es que sí?

—No. No es eso. Lo estoy pensando.

—Lo suponía, por lo del dinero.

—¿Qué dinero? —Arqueo una ceja y ella mira hacia otro lado—. Ya. Solo quiero tener un seguro por si acaso. Por si acabo tomando una decisión u otra.

—¿Tiene ya tu hermano un piso en Madrid?

—No, en Madrid no, son muy caros. Pero... ya no vive con Sonia y Hugo.

Trabaja en una biblioteca. En una universidad. Le pagan poco, pero le dan acceso a todos los libros de allí y está muy contento.

—¿Vive con alguien?

—Sí, con un chico. Está deseando echarlo para que entre yo. En realidad no se llevan mal ni nada, pero al parecer es bastante desordenado.

—¿Y tú quieres ir?

A esto no me responde tan rápido. Suelta un suspiro, sigue jugando con el boli y se encoge de hombros como una niña que no quiere reconocer algo.

—No lo sé. Estoy muy confusa. Llevo mucho tiempo pensando en ello, pero... Sigo sin tener ni idea de nada.

—¿Cuál es el problema exactamente?

—No lo sé. No dejo de pensar en que no tenía que haber ido a verlo, que tenía que haber dejado las cosas como estaban. Yo aquí lo tenía todo claro. Este sitio es estable. Pensé que la vida con Chris no lo sería, que me alteraría el descontrol porque suponía que de vuelta a España es lo que habría, pero lo cierto es que estar con él fue... calmado. Y se sentía genial. Era como si no hubiera pasado el tiempo, ¿sabes? Nos hablábamos como si nos hubiéramos visto cada día durante los últimos tres años, y era maravilloso, y vine muy bien de allí. Me sentía perfecta a la vuelta. Pero ahora...

Hace una pausa. Sin decir nada, entro en la salita y me siento en el suelo, a su lado, con la espalda pegada a una de las estanterías. Ella me observa hacerlo y luego se queda mirándome fijamente.

—Echo de menos la semana en España con Chris, pero cuando estaba allí... te vas a reír, pero echaba mucho de menos esto. —Yo no me río y creo que se lo esperaba. No dice nada sobre eso—. Sé que voy a pasarlo mal si me voy, pero si me quedo aquí, sigo sin estar aquí del todo, porque pienso todo el rato en allí y en que quiero volver y en que fue corto pero intenso y... No lo sé, estoy hecha un lío.

—Yo creo que deberías irte.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros. Apoya la barbilla en la mesa y no aparta los ojos de mí. No sé cómo explicarle que simplemente sé que esa es la solución correcta, porque es más una intuición que otra cosa.

—Porque, si quieres ir..., a lo mejor simplemente deberías irte.

—¿Así, tan fácil, sin más?

—No lo sé, ¿qué más quieres?

Es una pregunta estúpida porque conozco a María y sé que quiere más, *bastante* más. Siempre necesita mejores respuestas a cualquier pregunta, pero hoy me niego a elaborar más que eso.

—Pues... no lo sé. No echar de menos a nadie.

—No vas a poder no echar de menos a nadie, eso mejor asúmelo pronto.

—Bueno, ya, pero quiero decir... me siento de ambos sitios. Creía que ya no me sentiría de España, pero me siento de allí también.

—Porque *eres* de allí, y que hayas estado huyendo no quita que lo sigas siendo. Anda, María. Tu acento raro y tú podéis volver sin problema, el resto de la gente de Elbeuf no vamos a movernos de aquí.

—¿Acento raro? Creía que mi acento ahora ya no era tan...

—Además, gracias a los dioses, en 2017 tenemos un invento maravilloso que seguro que te sirve de mucho cuando te pongas nostálgica: se llama Skype, lo tengo instalado en mi móvil y puedo agregarte para que dejes de lloriquear.

Me pega una patada. Encojo la pierna con un quejido y ella sonrío, mordiéndose el labio con las palas superiores.

—Irme supondría dejarte aquí solo, lo sabes, ¿no?

—Sí, y me va a doler mucho no tenerte por aquí para mi vigésimo primer cumpleaños, pero es lo que hay.

—¿Cuándo es eso?

—En un par de semanas. Voy a montar una auténtica fiesta.

—Pero no me iría ahora, ¿eh? No es que esté planteándome irme mañana. Tengo aún... cosas que cerrar. Por ejemplo, no puedo dejar a tu sobrina sin un par de clases finales de figura humana, que un poco de falta le hacen, y quería regalarle unas acuarelas en algún momento.

Que llame a Mel «mi sobrina» me pone un pelín ansioso y me hace una ilusión tremenda al mismo tiempo.

—Mira, pase lo que pase, ¿qué crees que va a ocurrir aquí cuando te vayas? Nada. Absolutamente nada, de hecho. Va a seguir todo igual que siempre, y va a estar intacto por si quisieras..., yo qué sé, volver algún día.

—Hasta que has dicho esto último he creído que estabas diciendo que yo era completamente irrelevante y te iba a pegar un puñetazo.

—No creo que hayas sido para nada irrelevante, María. Y menos para mí. Todo lo contrario. Dios bendiga lo pesada que eres, porque si no, no habríamos llegado hasta aquí y yo, personalmente, estoy un poco agradecido.

—Entonces a lo mejor lo hago —contesta, sonriendo de medio lado y con una expresión satisfecha en el rostro—. Lo de irme. Al fin y al cabo es lo que me dijiste aquel día, ¿no? Las cosas que he construido aquí ya las llevo conmigo.

—Pues espero que lo hagas, porque probablemente te traiga cosas buenas.

—¿Y tú no vas a echarme de menos, o qué? Parece que te mueres por perderme de vista.

Lo dice como medio en broma, pero yo sé, porque la conozco, que en realidad tiene tantas ganas de saber de verdad la respuesta que no va a parpadear hasta que se la diga.

—Yo sí, bastante. Pero me parece que ya he cerrado lo mío, ¿sabes? Y que, por mucho que vayas por ahí diciendo que todo contigo está perfecto, ahora la que tiene que cerrar algo eres tú.

Epilogo

«You said the ship in port is the safer one
but it's not the reason it was made,
so forgive me if I wander off
and forgive me more if I just stay^[49]».

The Ship in Port, RADICAL FACE

Simon

Danielle ayuda a María a bajar sus cosas hasta la calle y yo salgo del coche al verlas aparecer tan cargadas. Dani es la que lleva más bártulos. Los dejan todos en el suelo y me ven subir la escalera hacia ellas para ayudarlas. María sube una mano y la sacude para saludarme. La otra me mira, se abraza el cuerpo y luego sonrío amablemente. Cuando me fijo veo que tiene los ojos un poco rojos e hinchados de haber llorado; aparto la vista.

Agarro todo lo que puedo y bajo con ello para que tengan un poco de intimidad. Las veo decir algo, aunque desde aquí no lo oigo, y entonces María se ríe y la otra desvía la vista. Todo en sus movimientos parece tenso y fluido a la vez, lo cual supongo que tiene sentido. María le quita una pelusa de la camiseta y sonrío; también está triste, y no lo oculta, pero no parece que sienta esa tristeza como algo terrible.

Su lenguaje corporal confirma que ella ya sabía despedirse de antes.

Decido esperar a cerrar la puerta, porque si lo hago, a lo mejor se despistan y piensan que ya tenemos que salir, y me siento en el maletero mientras las miro. Danielle alarga los brazos hacia ella, le agarra los dedos y se los lleva a la boca; le besa las manos con los ojos cerrados, despacio, y luego se las pone contra las mejillas y le dice algo. María asiente, sonrío de nuevo y sé que le dice que la extrañará.

La chica negra suspira, abre los ojos y la suelta. Luego sonrío también. Me parece que dice «*Bon voyage*», y María responde «*Merci*», se pone de puntillas y le da un beso en la mejilla. Después de eso, se vuelve para irse. Me separo del coche rápidamente, para que no note que las estaba mirando, y ella me busca con los ojos y me sonrío.

Alargo una mano hacia ella para que me dé la última bolsa que llevaba a la espalda.

—Yo te la guardo, dame.

Asiente y me la tiende, y no decimos nada más.

Al salir de ahí con el coche se pega al cristal de la ventanilla y se despide con una mano.

Me pidió que fuera a la tienda antes de ir al aeropuerto, pero de todas formas le pregunto de nuevo, no como si se me hubiera olvidado, sino para aliviar de algún modo ese silencio.

Ella suspira.

—¿Y si me quedo? —pregunta, casi como si fuera algún tipo de amenaza.

—¿Y si yo me hago feriante y me mudo a Pekín?

—Que lo digo en serio. En realidad podría no irme. Marie France, la de la recepción del *foyer*, querría matarme, pero se le pasaría rápido. Podría quedarme.

—¿Vas a rajarte ahora? ¿Con el vuelo comprado?

—No. Pero es una posibilidad que está ahí. He dicho «podría».

Llegamos a la calle del abuelo y aparco. Ella sale saltando y me deja atrás para entrar. Cuando llego está de rodillas en el suelo abrazando a Mel (no sé por qué, porque tampoco es mucho más alta que ella) y dejando que la niña le dé muchos besos muy rápidos en la cabeza.

—Y mándame fotos de España, que nunca he ido.

—Sí, sí.

—Y también un regalo, que estarás lejos y es lo que te toca hacer.

—¡Mel!

María se ríe y Mel se encoge de hombros sin intención de retractarse.

—Si quiere mandármelo, puede hacerlo, no pasa nada.

Rachel suspira y mi amiga se pone de pie.

—Vamos a echarte mucho de menos —dice, mirándola con ternura. Antes de que a la otra le dé tiempo a contestar, le agarra el brazo y tira de ella para abrazarla, y sé que María lo está disfrutando, porque cierra los ojos y sonrío un montón.

Cuando se separan Mel vuelve a abrazarla, emocionada, y Rachel se limpia las lágrimas discretamente.

—Bueno, ¿qué plan tenéis? Decídmelo otra vez, se me ha ido un poco.

—Vamos a ir al puerto de El Havre para que se despida del mar, y de ahí nos dirigiremos al avión. Su vuelo sale en unas seis horas, así que creo que tenemos tiempo de sobra para ir, comer, echarnos mía siesta en la playa y luego gatear hasta el aeropuerto si nos apetece.

—No hagáis eso —me advierte Rachel, apuntándome con el dedo. Luego vuelve a mirar a María y parece que se emociona—. Ay, qué ganas tengo ya de que vengas a vernos. Vendrás, ¿no? Tienes que estar pendiente para que cuando bajen los precios puedas venir.

—Sí, sí, no te preocupes. Volveré siempre que pueda. Te lo prometo.

—¿Vas directamente a casa?

—No, al final no. Voy a ver primero a mis tíos de Annecy, luego tomaré otro vuelo desde Lyon a Madrid. Tengo que decirles que estoy bien y que mi hermano también lo está. Además, quiero deslumbrarlos con mi maravilloso nivel de francés, que la última vez que me vieron fue hace un año y casi no sabía ni ir a la compra.

—He de decir que has mejorado mucho, así que probablemente sí que los sorprendas.

—Eso espero, con la lata que te he dado viniendo a hablar contigo todas las semanas... como para no mejorar.

Rachel le roza la mejilla de forma cariñosa.

—No ha sido ninguna lata, ha sido un placer. Estoy encantada de haberte conocido, María Benoit.

—Lo mismo digo, Rachel Miles. Y te deseo toda la suerte del mundo con *Mahile* y otros futuros proyectos.

Vuelven a abrazarse y, cuando se separan, María se agacha para darle un beso a Mel.

—A ti sí que te escribiré pronto. Y a lo mejor sí que va con regalito.

—¡Bieeeen!

La música en el camino hacia El Havre está al máximo volumen y cantamos por la carretera hasta el punto de quedarnos afónicos. Da igual cuál sea la canción. En cierto momento se calla, se me queda mirando y me doy cuenta de que me está escuchando atentamente. Paro. Me pide que no lo haga.

—Acabo de ser consciente de que llevo sin escucharte cantar de verdad desde el día en que nos conocimos, y me ha dado mucha pena.

Pone canciones que le gustan. El viaje se me hace increíblemente corto y, cuando llegamos al puerto, nos quedamos mirando el mar desde el coche otro poco esperando a que acabe de sonar *The Ship in Port*. Nos agarramos de la mano. El mar es solo el mar y también lo es todo y, cuando la miro, tiene los ojos llenos de lágrimas y algunas se le están escapando cuesta abajo por la mejilla.

—Es como si fuéramos parte de un cuadro. Nada de esto parece de verdad. No me imagino marchándome, aunque esté a punto de hacerlo. —Me aprieta los dedos antes de soltármelos y se limpia rápidamente la cara—. Nada me parece real desde hace tiempo. Aún estoy esperando a despertarme y que todo esto no haya pasado.

—Pues está pasando de verdad, y hemos recorrido un montón de camino hasta este punto. Va a ir bien, ya verás. —Vuelve a limpiarse las lágrimas y asiente—. ¿Es porque estás nerviosa?

—N... no. O sea, sí. Pero lloro porque estoy contenta.

—Rara.

—No me llames rara. —Me da un puñetazo en el brazo, jugando, y se ríe entre lágrimas—. Es que no puedo creérmelo. Después de tanto tiempo...

—Ya. Pero después de tanto tiempo ya era hora, ¿no?

—Sí. Sí, ya era hora. Y en realidad me muero por esta nueva etapa. Creía que huir sería lo seguro, pero en verdad esa seguridad no era real, porque estaba tapando muchas cosas. Creo que ya era hora de que me reconciliara

conmigo misma. —Se lleva una mano al corazón y me dedica una sonrisa—.
Gracias por cantar para mí hoy, Simon. Te quiero.

—Y yo también a ti, María.

Nota de la autora

«You were the one who helped me see^[50]».

The Fall, IMAGINE DRAGONS

Antes de irme del todo, hay dos cosas que me gustaría comentar, porque querría que se supieran:

- El proyecto que empieza Rachel a lo largo de todo el libro y que explica por fin en los capítulos 31 y 32 está basado en algo real: el Colectivo Hetaira, fundado por mujeres prostitutas y otras madrileñas y que lleva desde 1995 luchando por la defensa de las trabajadoras del sexo y la normalización de su trabajo. Entre sus objetivos están la defensa y la promoción de la autonomía de las mujeres, la igualdad de oportunidades entre géneros, la lucha contra la violencia de género y la defensa y la difusión de los derechos humanos, así como combatir el estigma de las prostitutas y crear un lugar de encuentro para ellas. Podéis informaros más en <www.colectivohetaira.org>.
- Las ilustraciones de *Pájaro azul*, igual que las de *Cosas que escribiste sobre el Juego*, son todas de la maravillosa ilustradora Marina Speer (Mer). Podéis seguirla en redes sociales (es @nightmerss en Instagram y Twitter) para disfrutar más aún de todo su arte y estar pendientes de su tienda para cuando reabra (espero que no tarde mucho).

Y ya. Gracias por leer hasta aquí y por vuestro tiempo.

Agradecimientos

«There is a light somewhere
it might not be much light but it
beats the darkness^[51]».

Betting on the muse, CHARLES BUKOWSKI

Este es el final de un proyecto que mi yo de diecisiete años nunca pensó que terminaría. Un proyecto que gente con la que ya no hablo me vio diseñar una vez, cuando yo estaba en bachillerato, y me animó a seguir a pesar de no tener apenas detalles. Un proyecto que empezó a quedarse ahí, atrás, en un rincón de mi mente, y que llegó un punto en el que pareció demasiado antiguo como para que nadie fuera a rescatarlo.

Pero salió. Lo rescaté. Porque hablar de esto me parecía importante.

Aquí está, y mi yo de veintiún años se siente orgullosa de haber terminado «la trilogía». Esta historia ha cambiado mil veces, pero en el fondo ha sido siempre la misma: el después de dos personas con pasados a los que no sabían enfrentarse, un espacio donde quería hablar de arrastrar cosas o intentar dejarlas atrás. Un sitio en el que estudiaría el duelo. Ha sido un viaje largo y variante, porque yo misma no soy la persona que empezó a planear esta historia —y he lidiado con mis propias pérdidas por el camino—, pero estoy orgullosa de la meta a la que he llegado. Y de haber explorado esto.

Sin embargo, no lo he hecho sola, y hay muchas personas a las que quiero mencionar:

Gracias a mi familia, porque al final es más fácil superarlo todo cuando

estamos unidos.

Gracias a Ryan por ser mi consultor español-francés y por ayudarme con todas las traducciones y los términos extraños que te he ido preguntando. Gracias también por encontrar siempre un ratito para atenderme. Soy una pesada, MIL PERDONES. Tú eres muy genial, *tho*.

Gracias a Luis por dejarse liar y ayudarme con todas las consultas legales. ¡Te preguntaré más cosas (probablemente)!

Gracias a Bea Esteban por ayudarme con las cosas referentes a lo que cuenta Chris sobre la cárcel. Me encanta lo capaz de eres de crear imágenes enteras, de comprender las cosas y de hablar de ellas con sentimiento y pasión.

Gracias a Paula Peralta, porque está siempre para mí aunque solo tenga libres veinte, diez o tres minutos, porque es paciente y porque hablar con ella es como ordenar todo lo que tengo en la mente. Eres una persona brillante y estoy deseando verte regar tus proyectos igual que tú me recuerdas que debo regar los míos.

Gracias a Mer por las ilustraciones maravillosas. Eres de mis artistas preferidas, no *kidding*, y me inspiras. Algún día quiero dibujar como tú.

Gracias a Sara por sus gazapazos en Francia (más concretamente, por cedérmelos), por ser racional y por ser la cabeza analítica del apoyo constante *en todo*. A Devi, por los *brainstormings* que llevamos haciendo sobre esta historia desde hace quince millones de años (bueno, a lo mejor solo tres, pero ya sabes), por ser mi madre oficial y porque cuando me desespero sabe sacarme de ahí. Y a Ana Victoria, por supuesto, porque esta es la última historia que te destripo entera, te lo juro (sabes que cuando te cuento las cosas las veo un poco más claras).

Gracias a todos los autores que aparecen en este libro, por sus obras y sus palabras (no siempre «oficiales»), que me han servido de inspiración. Gracias, sobre todo, a todos los que escriben sobre muerte y pájaros y coches.

Gracias de nuevo a Taylor Marie Corum, que en paz descansa. Nunca tuve el placer de conocerte en persona ni de poder hablar contigo, pero te leí siempre y eras una inspiración. Todo el mundo te echa de menos, y me recordaste por qué hablar de esto es importante. *You rest well, sunset*.

Also, thanks to Caitlyn Siehljoryour writing and Jot allowing me to use

Wash as the opening poem. Your books are amazing and I really hope everybody reads What We Buried and Crybaby/Y por último gracias a Anna López, mi querida editora, que tanto cree en mí, que me acuna desde la distancia y con quien es un gusto trabajar. Gracias por las risas y los *e-mails*, por la conexión que tenemos en cuanto a ideas varias y, sobre todo, por la paciencia increíble y por cuidarme.



CLARA CORTÉS (Madrid, 1996) es graduada en Psicología y actualmente se dedica a tiempo completo a escribir historias sobre salud mental y diversidad de todo tipo. Ha publicado tres novelas: *Al final de la calle 118* (Plataforma Neo, 2015), con la que ganó la tercera edición del premio La Caixa/Plataforma, *Cosas que escribiste sobre el fuego* (Plataforma Neo, 2016) y *Pájaro azul* (Plataforma Neo, 2018). Desde hace un año también se dedica a la ilustración y a subir pequeños webcómic a internet. La podéis seguir en @ClaryCorts.

Notas

[1] «El amor acabó y no hubo / más música. / Ni siquiera / violines. / Lo único que quedó fue la / carretera donde eso pasó / y un calcetín que se le cayó / en su camino a no-casa, / a no-aquí, a ya-no-más. / Es así como ocurre. / Nadie le hace una placa a la muerte / de un amor pequeño. / Nadie hace una estatua para olvidar. / Simplemente deambulan sobre la tierra / hasta que la hierba crece de nuevo. / Así que lavas el calcetín / y lo dejas en tu cajón, / donde acaba / en la pila de los desaparecidos, / y un día lo llevarás / sin darte cuenta. / Te acuerdas, / pero ya no / duele / más». <<

[2] «Puedes querer mucho a alguien, pero nunca puedes querer a nadie tanto como puedes echarlo de menos». <<

[3] «Porque en mi cabeza sigues viva, / sigues viva, / y sé que es mentira, pero es una que me gusta». <<

[4] Calceines. <<

[5] «Quiero contarte esta historia sin tener que confesar nada». <<

[6] «Mi corazón es todos los accidentes de coche. / Envuelvo un árbol, quieto.
/ Si los cielos fueran casas, / rondaría la tuya primero». <<

[7] «Tiene gracia. El día que pierdes a alguien no es el peor. Al menos tienes algo que hacer. Lo peor es todos los días que siguen muertos». <<

[8] «A mi hermana querida, / eras el sol y ahora es siempre de noche». <<

[9] Pringado de mierda. <<

[10] «Verás, tomo las partes que recuerdo y las junto de nuevo para formar una criatura que haga lo que le digo o que me quiera de vuelta». <<

[11] «Este pequeño pájaro azul no va a dejarlo estar. / Ella jura que puedes ser mejor que el resto. / Le dije: “No, te estás equivocando; / si fuera algo especial, no existiría esta canción”». <<

[12] ¡Hola, gatito! <<

[13] «Salgo de la oscuridad y entro en la oscuridad y me siento y espero». <<

[14] «Me mudé a una isla sin carreteras porque te veía en todas ellas. No quiero olvidarme de ti, solo quiero olvidar lo que pasó». <<

[15] En este libro no hay nenúfares. Ni uno.

Lo único que flota en el agua es mi nariz, que es bastante pequeña y necesita tomar aire, y en ocasiones alguna pestaña que se despega y sube hasta arriba. El agua siempre está estancada en la bañera. Suele ser invisible, desagradablemente transparente, así que me gusta usar espuma para ocultar lo que hay debajo.

(Yo soy lo que queda debajo). <<

[16] «¿Podría un cuerpo tan absurdo, tan fácil de destruir (sin concha de protección, sin armas para atacar) sobrevivir en el mundo? ¿Por qué no había sido convertido en un pez? ¿O en un girasol? Un pez o un girasol tenían sentido. Más sentido, por lo menos, que aquella criatura. [...] Si me hubieran transformado en un pez o un girasol, pensó él, podría haber vivido mi vida en paz, sin sufrir hacia arriba y hacia abajo en estas escaleras». <<

[17] «Hay un pájaro azul en mi corazón que / quiere escapar, / pero soy demasiado listo, solamente lo dejo salir / a veces por la noche, / cuando todo el mundo duerme. / Le digo: sé que estás ahí, / así que no te pongas triste». <<

[18] Ciudadela. <<

[19] «Estuviste enfadado hasta que empezó / a cantar tu canción favorita». <<

[20] Casa de estudiantes. <<

[21] «El chico es un pájaro, un mal pájaro. Se cae de los árboles». <<

[22] «La palabra hablada convierte el conocimiento individual en conocimiento mutuo, y no hay forma alguna de retirarse una vez que has tirado por ahí». <<

[23] El fuego verde. <<

[24] «En tu cabeza suena un cristal, / el sonido de un accidente de coche mientras los camiones circulan y explotan a cámara lenta». <<

[25] «Una canción es solo una canción hasta que algo la hace especial. Gracias por hacer que esta lo sea». <<

[26] Cuando quieras. <<

[27] Mocosa. <<

[28] «Destrozó deliberadamente un nido de golondrinas, matándolas a todas. Dijo que estaba en su derecho a hacerlo: ¡esos pajarillos seguían acusándolo falsamente de haber asesinado a su padre!». <<

[29] ¿Mi nieta? Pero yo no tengo una... <<

[30] Soy la hija de Joséphine. <<

[31] ¿María? ¿María, de verdad eres tú? <<

[32] Por Dios, mi niña... Pero... ¿qué haces aquí, querida? ¿Y tu madre? <<

[33] «Sus manos siguen convirtiéndose en pájaros, / y sus manos siguen alejándose volando / de él. *En algún momento los pájaros aterrizarán*». <<

[34] «Parece que haya / vivido más tiempo que / nadie que yo conozca». <<

[35] «Finalmente ya no hay nada aquí que la muerte pueda llevarse». <<

[36] «Nunca pensé que tendría que volver a decírtelo, / nunca pensé que tendría que decirte cómo perdí la cabeza otra vez». <<

[37] Ya vale. <<

[38] «Fuera, las hojas muertas yacen en el suelo / ya que no tienen árboles a los que aferrarse». <<

[39] «Puede que todo ese silencio en torno a mi hermano me hiciera algo. Yo creo que lo hizo. No hablar puede hacer que uno se vuelva bastante solitario».

<<

[40] Jardín japonés. Hermanamiento entre los puertos de Osaka y de El Havre.

<<

[41] «¿Sabes qué pasa cuando quemas un puente? Que tienes que aprender a nadar, o volar». <<

[42] «no tienes que ser fuego para / cada / montaña que te bloquee. / también / podrías ser agua / y / serpentear como un río hasta la libertad». <<

[43] Qué niña. <<

[44] «Esto va a pasarme el resto de mi vida: / nunca recordaré que ella se ha ido». <<

[45] «¿Ha acabado ya, o siguen los pájaros cantando por ti?». <<

[46] «Un hombre tenía dos pájaros en su cabeza (no en su garganta ni en su corazón) y los pájaros cantaban todo el día, sin parar. El hombre se dijo a sí mismo: *Uno de estos pájaros no es mi pájaro*. Los pájaros estuvieron de acuerdo». <<

[47] «Que quem no significa que vayas a morirte». <<

[48] «El pájaro flota / en el cielo inacabado sin nada que lo sostenga. / El hombre está de pie, el día brilla. Su interior y / su exterior están separados por una línea imaginaria... / gruesa y grosera e imaginaria porque no hay / separación, es una falacia del cuerpo local, pintura / sobre pintura. Yo tengo mi cuerpo y tú tienes el tuyo. / Créelo si puedes. El espacio negativo es estúpido». <<

[49] «Dijiste que un barco en puerto es un barco seguro, / pero que no es la razón por la que fue construido, / así que perdóname si me voy / y perdóname si solo me quedo». <<

[50] «TÚ fuiste quien me ayudó a ver». <<

[51] «Hay una luz en alguna parte / puede que no sea mucha luz, / pero vence a la oscuridad». <<